



**NUEVOS  
CÁTAROS  
PARA**

**MONTSEGUR**

**Saint-Loup**



**NUEVOS CÁTAROS PARA MONTSEGUR**  
**Saint-Loup**

Título original:  
NOUVEAUX CATHARES POUR MONTSEGUR

Traducido al portugués por António Carlos Rangel  
NOVOS CÁTAROS PARA MONTSÉGUR  
© 2003, Huguin Editores, Lda.  
Lisboa

Traducción al español por R R B dedicada a la memoria de  
D. Miguel Serrano Fernández  
NUEVOS CÁTAROS PARA MONTSEGUR



Las Españas  
año 120 (2010)



Saint-Loup

Hace ya algún tiempo que esta hermosa novela de Saint-Loup **“Noveux Cathars per a Montségur”** fue traducida al catalán, **“Nous Catars per a Montsegur”** circulando al parecer, su corta edición en un restringido número de lectores. La editorial portuguesa Hugin, en el año 2003 también encargó su traducción y posteriormente se editó **“Novos Cátaros para Montségur”**, saliendo a los grandes circuitos comerciales del libro en nuestro país vecino y siendo un éxito de ventas. Por tanto a día de hoy podemos disfrutar de este libro en dos lenguas de nuestra península ibérica. Esperemos que para los lectores en castellano, pronto se anime una editorial a cometer su estreno para los castellano-parlantes.

Decíamos que ha sido éxito de ventas en Portugal y es que curiosamente, las novedades editoriales relacionadas con temas vinculados al Nacionalsocialismo histórico y la IIª Guerra Mundial, sigue siendo según parece, de un enorme interés para el gran público. Ahí tenemos las ventas y las cifras que lo demuestran.

La temática de la novela es atractiva: se rememora la cruzada contra el Grial, contra los albigenses; aparece la Orden Negra de las SS y toda su aureola de misterio; los dominicos y los nuevos cátaros se enfrentan en pleno siglo XX con discusiones teológicas; la guerra divide a los antiguos amigos por caminos diversos...todo ello en un espacio geográfico determinado, el Languedoc, bajo el enorme influjo de esos gigantes en “dormición” que son los Pirineos. Saint-Loup nos adentra y conduce el alma a través de esta ágil y hermosa novela romántica, que sin duda dejará a nuestro espíritu inquieto y con un anhelo de búsqueda tanto interior como exterior, tal cual como acontece a sus personajes principales.

La novela sin duda tiene algunos tintes autobiográficos. Según la biografía realizada por una persona que conoció, trató y tradujo obras de Saint-Loup -el infatigable J. Bochaca- nos relata que Marc Augier, auténtico nombre de nuestro escritor galo, nació en Burdeos el 19 de Marzo de 1908 y en 1935, siendo miembro del Partido Socialista francés, fundó con unos amigos los “Albergues Laicos de la Juventud”, siendo uno de sus principales animadores e impulsores. En 1936 fue secretario de Estado para deportes y tiempo libre y en 1937, fue delegado por el gobierno francés como representante de su nación al Congreso Mundial de la Juventud, donde escuchó los ataques del “muy neutral” presidente americano Roosevelt contra Alemania, Italia y Japón. Al regresar a Francia, abandona el P.Socialista Francés y pasa a formar parte de la disidencia del Partido Socialista Nacional de Marcel Déat.

En 1942 combate en la Legión de Voluntarios Franceses (L.V.F.) con el grado de sargento en el frente ruso. En 1944 es oficial político de la división Waffen SS “Charlemagne”, siendo pionero y divulgador del “europeísmo” frente al “pangermanismo” imperante. El 15 de Abril de 1945, según nos dice J. Bochaca, “*abandonó el reducto alpino y regresó clandestinamente a Francia por la montaña*”. Huye a Sudamérica y entra como consejero técnico del ejército del General Perón, donde logra ascender hasta el grado de Teniente Coronel y durante su estancia argentina, recorre la Cordillera de los Andes y la Tierra del Fuego. Regresa a su querida Europa, retorna a Francia en 1953 acogiéndose a un indulto del gobierno galo.

Hasta aquí tenemos una breve biografía de la vida de Marc Augier (Saint-Loup) y como podremos apreciar, el personaje principal de nuestros **“Novos Cátaros”**, tiene mucho en común con su creador literario. Los paralelismos son evidentes y por tanto determinadas circunstancias propias de Saint Loup se convierten en auténticas analogías para su personaje principal. Roger Barbaïra, es un amante de la montaña, disfruta y participa de los “Albergues Laicos”, se encuentra con la guerra y combate también del lado alemán. Regresa derrotado y se refugia en la montaña, **“esperando impacientemente al sol, y tanto es así que a través de la carne descubre el origen material de los cultos solares”** (página 204). El exilio interior y exterior afianzan su inquebrantable fe. Se casa y tiene hijos. Es un apasionado de las motos y de los coches. A semejanza que Roger Barbaïra con su hijo, Saint-Loup pierde a su hija Bárbara en un accidente de moto.

A través de tres luces, tres tonalidades por las que sus dos personajes principales, Roger Barbaïra y Auda Isarn, discurren y se transmutan como si de una obra alquímica se tratase. Luz Azul, Luz Roja, Luz Verde en su traducción portuguesa; Tonalidad Azul, Tonalidad Roja, Tonalidad Verde en su traducción catalana. Tres luces, tres tonalidades que podrían corresponder a 3 etapas de sus vidas; nacimiento, muerte y resurrección.

El Nacimiento; efervescencia de la juventud, romanticismo, amor por la naturaleza y el deporte, pasiones y dilemas en torno a la política, descubrimiento de la historia de su Languedoc.

La Muerte: aparición de la 2ª Guerra Mundial, división del grupo de amigos y discurrir trágico de la vida. Nadie queda a salvo tanto física como anímica y espiritualmente después de los impactantes acontecimientos de la guerra.

La Resurrección: los personajes, valga la redundancia, se establecen y se estabilizan en la vida de modos diversos, reencontrándose y retomando viejos sueños, no siendo sino sorprendidos por los diversos destinos de sus vidas.

Prácticamente todos los personajes que aparecen al comienzo de la novela, sufren esta transformación, sus vidas serán influenciadas por el encuentro con un personaje muy peculiar: Otto Rahn. La búsqueda de Otto Rahn y del Grial impacta a Roger Barbaïra, descubriendo la verdadera historia a los personajes del libro. Se inicia entonces la búsqueda de esa piedra, de esa escritura pagana cifrada, puesto que **“el Grial es talvez el último mensaje de los Hiperbóreos antes de su desaparición”** (Pág. 30)

El comienzo de la novela sucede en un albergue laico en los Pirineos, donde el buscador del Grial, Otto Rahn, conoce al joven de

Carcassone Roger Barbaïra y a la bella neo-cátara Auda Isarn. Otto Rahn les desvela el significado del Grial a los jóvenes montañeros, les despierta el amor por Occitania y su trágica historia. Junto a ellos hay otros personajes, amantes de la montaña en general y nacidos en diversos lugares del Languedoc. Ellos son los jóvenes comunistas Marius Chabrol y Esteve Caberol, el amante de la historia occitana Guyot Peyrat, los represaliados y asesinados a manos de la "Resistencia" Lou Ganet y Raymond Ferrocas, además de otros personajes como Robert Robuffay, Jordi Couquet y Gaston Rebol.

La aparición de Otto Rahn es corta pero su influencia es enorme, puesto que en el personaje principal, Roger Barbaïra, le hará despertar en su interior el recuerdo de la memoria de la Sangre. La nobleza "faydit" será para el protagonista Barbaïra **"un comportamiento, no una cuestión de archivos"** (Pág.72), eje central de su vida, así como el neocatarismo lo será para Auda.

No debemos de "destripar" más el argumento de este bello cántico a la libertad y al honor, puesto estás páginas son sin duda un bello canto más que una novela al uso. Solo animar a los lectores de Tierra y Pueblo a nadar en estas letras, a iniciar el camino de regreso al Grial tal como nos invita el autor, volver a Montségur y de nuevo permanecer firmes en los viejos sueños.

Como anecdótico, diremos que constantes y curiosas son las alusiones que hace Saint-Loup a los coches y a las motos. Y según parece, él era un apasionado del motor, de la mecánica. Es simpático el tratamiento que le ofrece a los motoristas, una especie de nuevos caballeros andantes, que en su novela incluso bautizan a sus máquinas... Norton, Citroën, Volkswagen...expresión del genio mecánico europeo que Saint Loup tanto le gustaba y que incluso ha dedicado algunas novelas al tema, como por ejemplo "Diez millones de orugas", en torno a las realizaciones de la Volkswagen, o la biografía del constructor de automóviles Renault de Billancourt, además de "Una moto para Bárbara", como recuerdo de su hija, motorista como él y fallecida en accidente de tráfico.

Comentaba un buen amigo mío que en Saint-Loup veía reflejado el espíritu de Tierra y Pueblo, de ese amor incondicional a las patrias carnales de nuestra Europa, y creo que no le falta en absoluto razón puesto que en "Novos Cátaros para Montségur" ese espíritu se percibe sin duda alguna y conociendo sus obras se reitera esa visión pura, limpia y veraz de la Europa de las Etnias, la Europa real y tradicional, frente a este mercado común o a esa denominación del nacionalismo burgués como Europa de los Pueblos.

Para finalizar, debemos mencionar que nuestro novelista Saint-Loup es productor prolífico, puesto que en su haber constan alrededor de unas 30 obras, según la breve biografía realizada por J.Bochaca, que a continuación reproducimos:

Antes de 1945

**“Yo he visto Alemania”**

**“Los Partisanos”**

Después de 1945

**“Cara Norte”**

**“La Noche empieza en le cabo de Hornos”**

**“La piel del Uro”**

**“Renault de Billancourt”**

**“Marius Berliet, el inflexible”**

**“Los Voluntarios”** (sobre la Legión de Voluntarios Franceses)

**“Los Heréticos”** (sobre los Waffen SS franceses)

**“Los Nostálgicos”** (subtitulado “Aventuras de los Supervivientes”)

**“Los SS del Toisón de Oro”** (flamencos y valones combatiendo el comunismo)

**“La División Azul”**

**“Diez millones de orugas”**

Sobre las patrias carnales y su renacimiento, estos relatos

**“No hay perdón para los bretones”**

**“Nuevos cátaros para Montsegur”**

**“La república del Mont Blanc”**

**“El país de Aosta”**

Novelas con fondo histórico

**“Los Veleros fantasmas de Hitler”**

**“El Boer ataca”**

**“El rey blanco de los patagones”**

**“El Mar no quiso”**

**“La montaña no quiso”**

**“Los amigos de la Belle Etoile”**

**“Los Esquiadores de la Noche”**

**“Montaña sin Dios”**

**“La sangre de Israel”**

**“Una moto para Bárbara”**

Y la que algunos consideran su mejor obra, **“Gotterdamerg. Encuentro con la Bestia”**.

Federico Traspredra

(Tomado de la Web: <http://terraepovo.blogia.com>)

Para Auda Hubert-Bonnal,  
cuando cumpla veinte años.

¡SI FUERA NECESARIO EL LANGUEDOC  
VOLVERÁ A SER CÁTARO!.....

(Declaración hecha a la prensa por André Castéra, vinicultor de  
Montredon, Aude, en la tarde del 29 de Noviembre de 1967).

I

**LUZ AZUL**



Otto Rahn

## I

El hombre emergió de súbito de los matorrales de moreras y masas de boj, finos robles y hayas, que todas las primaveras dan verdor a la fortaleza abandonada. A los ojos de los ocho jóvenes que acababan de transportar la poterna, apareció grande, delgado y de rostro juvenil, pupilas claras de vendedor de sueños, cabellos peinados hacia atrás bajo un casco, y al mismo tiempo viejo a juzgar por la ropa: camisa de scout arrugada, botas de montaña y pantalones cortos *knickerbockers*, de los que en todas partes, menos en Inglaterra, la moda de 1937 intentaba desembarazarse.

El grupo de visitantes permaneció estático junto al torreón truncado. ¿Qué actitud adoptar ante la aparente amenaza de un hombre solitario que caminaba lentamente en su dirección surgido de las profundidades de la ruina donde casi nadie se había aventurado en siete siglos? Sus facciones no revelaban hostilidad. Parecía sumamente contrariado, como un amante sorprendido en flagrante delito o un eremita sobresaltado en el momento más elevado de su ascesis.

El sol del mediodía proyectaba sobre el grupo la sombra de la muralla meridional. Instalados cómodamente en las oquedades de los robles que los matorrales impedían crecer, los mirlos trinaban. Al llegar a unos pocos pasos de los visitantes, desapareció del rostro el velo de sueño que lo tenía apartado del mundo de los vivos. Sonrió, extendió la mano al muchacho más cercano y simplemente dijo:

-Me llamo Rahn.

-Y yo Barbaïra.

-¡Otto Rahn!

-¡Roger Barbaïra!

Las pupilas del joven dejaban entrever una mirada no acostumbrada al sol meridional; parecía recibir la luz dulce y compacta de un lago escandinavo en alguna hora incierta del Solsticio de Invierno. Los cabellos castaños hacían más singular su acento languedociano que, pese a todo, concordaba con la altura media, las piernas algo cortas y el tronco huesudo desarrollado en fuerza.

-¿Es alemán, Sr. Otto Rahn?

- ¡Ah! ¿Lo adivino? Carezco casi de acento. ¿Y el señor? ¿También es alemán? ¿Belga? ¿Danés?

Roger Barbaïra se encogió de hombros.

-¿Qué le parece? Nací en Carcasona. Vivo a doce kilómetros, cerca de una aldea que tiene mi nombre.... Bueno... yo soy el que poseo el nombre de la aldea.

El silencio colocó de nuevo una barrera entre el grupo de jóvenes y el hombre solitario. En las hondonadas donde la aldea de Montsegur mostraba las pizarras de los tejados que el sol recocía en rojizas perspectivas, un cuco marcaba los segundos con repetición precisa.

Otto Rahn hizo una señal en dirección al grupo quieto detrás el joven Barbaïra como un pelotón de soldados tras su jefe, y preguntó:

- ¿Y sus camaradas?

- Son *ajistes* de aquí, de la región.

-Perdón.... ¡¿*Ajistes*?! ¡Imagine!, una palabra francesa que desconocía....

Barbaïra sonrió.

-¡No es una palabra francesa, más bien es un barbarismo! *Ajiste* es lo mismo que usuario de los albergues de juventud.

-¡Ah, ya!... ¿Wandervögel? ¡Los conozco de sobra. Fue un profesor alemán, Richard Schirman, quien creó los primeros albergues de juventudes en Europa, allá por 1907!

-¡Sabemos eso! Replicó con sequedad Roger Barbaïra.



Los jóvenes se instalaron en los peñascos que soportan la muralla sur de la fortaleza, que ganaba impulso para enseguida perderlo en el interior, en el plano horizontal, enlosado caótico cubierto de musgo. Sacaron de sus bolsas algunas escuetas provisiones. Otto Rahn se instaló junto a ellos, inducido por un sentimiento que revelaba una cierta complicidad. Con ocasión de ese encuentro, entonces con treinta y tres años, entraba en la ‘familia’ de los Wandervögel. Preguntó a los primeros:

-Entonces, ¿son *ajistes*?...

Por el relieve que dio a sus palabras, se adivinaba que poseía un perfecto conocimiento de la lengua francesa, pero se tropezaba con un término desconocido y, a la manera de M. Jourdain, pensaba con un ligero complejo de inferioridad: ¿cómo se puede ser *ajiste*?

-Sí, replicó Jordi Couquet con la boca llena. Nos encontramos los sábados en algún albergue de juventud aquí de la región. En invierno es en Carcasona, en un AJ llamado *À l'Ombre de la Cité*.... ¡Eso, en los días lluviosos! En primavera vamos a Mosset, al *Mas de la Coume*, de un *pau* llamado Kruger, ¡un bellissimo *pau*!

Otto Rahn se sobresaltó.

-¿Un *pau*? ¿Qué es un *pau*?

-*Père aubergiste*. El que dirige el AJ. Impone la disciplina, ayuda a los jóvenes y pone de patitas en la calle a los tipos que arman lío en el dormitorio de las jovencitas. No se dice *père aubergiste*, se dice *pau*. Es más rápido. Muy buen *pau*, el padre Kruger... También es contra el destierro hitleriano, ¿sabe?...

Otto Rahn reprimió un gesto de contrariedad y el joven prosiguió:

-En verano, se puede elegir... El AJ de Saint-Pierre-la-Mer tiene playa. El AJ *Jean Jaurès* de Quillan... tiene montaña. Como el de Enveigt, cerca de Bourg-Madame. ¡Pero el AJ que todos prefieren es de donde venimos en bicicleta esta mañana, el *Au-devant de la Vie*, entre Foix y Roquefixade!

Permaneció callado. Otto Rahn observó con interés a la muchacha del grupo que iba y venía sobre los peñascales. Alta, fina, nerviosa, se movía con ímpetu contenido, con la impaciencia piafante intercalada con el miedo del caballo pura sangre que el jockey mantiene expectante con vueltas sucesivas antes de la señal de partida. Otto Rahn parecía subyugado por el movimiento de sus bellas y musculosas piernas, moldeadas en una feminidad sin defecto alguno –piernas de pura-sangre que confirmaban su actitud- pero aún más por la sonrisa melancólica que de vez en cuando afloraba de los labios de aquella rubia de ojos oscuros y resplandecientes que un pequeño infierno parecía iluminar desde el interior. Empezaba a dar muestras hacia la joven de dieciocho o diecinueve años de un interés mayor de lo

que las conveniencias recomiendan, cuando Jordi Couquet, divertido y clarividente, respondió a la pregunta que el alemán no se atrevía a formular:

-Esa es Auda Isarn. Es alumna de enfermería en Toulouse. ¡Es una compañera excelente, pero a veces un tanto plúmbea!

-¿Y tú? Aparte de los AJ... que haces? *Ajiste*... Eh! eh! ¿no es una profesión, o sí?

-¿Yo? Trabajo cerca de aquí, en un telar de Lavelanet. El que se encamina hacia la puerta es el hijo de mi patrón, Gaston Reboul... ¿Este yugo *ajiste* le parece extraño, no?... El proletario y el hijo de papá.... ¡El capital y el trabajo se dan bien y nos gastamos bromas en los AJ los sábados por la tarde!.... ¡‘Camas a la española’<sup>1</sup>.... Cubos llenos de agua encima de las puertas. Racimos de uvas dentro de las botas! ¡Me encanta gastar bromazos y soy un socialista que vale por dos!

-¿Y el hijo de su patrón se aviene a este juego?

-¡Claro, tiene *esprit auberge*!<sup>2</sup>

Otto Rahn murmuró con ensoñación:

-También tenemos lo mismo en Alemania, ahora.

Y alternativamente observaba a la bella e inquietante Auda Isarn y Gaston Reboul, hijo de un ‘capitalista’ integrado en una sociedad sin clases de los AJ. De mediana altura, trigueño, magro, el joven Reboul ostentaba una dejadez asumida tal vez de manera voluntaria, sin la cual tendría dificultad de sentirse a gusto en un mundo más cercano al trabajador Jordi Couquet que al heredero de los Telares Industriales de Lavelanet. Pensó: ¡estos *ajistes* (¡que me parta un rayo! ¿cómo se puede ser *ajiste*?.....) caen en el engaño, ya que su ideal consiste en alinear al pueblo por la élite y no hacer descender a esta hasta el pueblo!

Jordi Couquet terminaba de roer una manzana arrugada, con un invierno en el granero en su haber, y arrojó el carozo en medio de los matorrales de enfrente. Otto Rahn la reprendió suavemente:

-No debió hacer eso...

---

<sup>1</sup> Broma consistente en colocar las sábanas dobladas sobre su mitad con el fin de que el durmiente sólo pueda introducirse parcialmente en la cama.

<sup>2</sup> Expresión francesa que significa más o menos ‘predilección por albergues o espíritu de albergue’.

-El joven arqueó las cejas negras y espesas.

-¡No me venga con esas! ¿Por qué? ¡Allí puede crecer un manzano!

-¿Por qué? ¡Por respeto a Montsegur, el más sagrado de todos los elevados lugares de Europa!

Inquieto, el camarada Couquet miró directamente al alemán. Tuvo ganas de colocarse un dedo en la sien precisando la estima que tenía por la salud mental de su viejo interlocutor, pero se contentó con objetar:

-¿Alto lugar? Montsegur a duras penas tiene mil doscientos metros. Ya estuve en montañas con más de tres mil. ¿Qué si pasa? ¡No se acotaron altitudes para arrojar huesos!



El sol aún entraba en la fortaleza por encima de la muralla occidental. Bajo esa iluminación directa la vegetación salvaje mostraba su verdadero carácter de maleza. Las conversaciones fueron escaseando con las primeras muestras de calor. Otto Rahn parecía contrariado. El movimiento (acompañado) del pie apoyado sobre el talón le cronometraba el curso de los pensamientos y dejaba traslucir una ligera irritación. Permaneció en silencio durante largo tiempo y, por fin, retomó la conversación con una frase trivial.

-¿De modo qué todos sois de esta región?

-Todos. Marius Chabrol, el pequeño allí de abajo que nos mira como un padre listo a escuchar una confesión de asesinato, es de Narbona. Es banquero. ¡Digamos más bien, empleado bancario! ¡Eh, eh! No es lo mismo. Sea como fuere, es un tipo importante... ¡Tiene diecinueve años y es secretario de la juventud comunista de su zona! El que está en el lado izquierdo es Raymond Ferrocas, va a ingresar en la Escuela Normal de profesores. Nació en Béziers. El grueso aquel, de cara cortada a machetazos, es Robert Robuffay, trabaja con el padre en Menèrba. Tiene viñedos. El del pelo ensortijado a la vera del muro es Guyot Peyrat, de Toulouse. Está preparando cualquier asunto en la Facultad de Letras de Montpellier. Un excéntrico. Habla y escribe el dialecto de la región. Todos son de aquí.

Guyot Peyrat se había aproximado y ya estaba lo suficientemente cerca como para oír la última frase que denominaba dialecto a la lengua d'Oc. Levantó los hombros y dijo:

-¡Ya no se hacen *amôrri*<sup>1</sup> como tu, Jordi! ¡Dijiste más de un centenar de veces que la lengua d'Oc no es un dialecto!

-¿Qué quieres que haga para no quedarme a 'medias-tintas', si eso es chino para mi?

Uno a uno, los muchachos se fueron colocando junto al alemán. La chica paseaba sobre los peñascos manteniéndose a distancia en una actitud de 'pura-sangre'. Otto Rahn se volvió al muchacho que había abordado primeramente una hora antes:

-Señor Barbaria, quería hacerle una pregunta, una pregunta importante. ¿Cuál es la razón de venir con sus camaradas a Montsegur?

Un tanto cuestionado, Barbaïra tardó en responder.

-Bien... para nosotros, *ajistes*, es un lugar de excursión como cualquier otro. Es al menos lo que pienso. ¡No hay razón alguna para que no sea así! Salimos pronto por la mañana del AJ en bicicleta, pedaleamos y escalamos. Los caminos son buenos para ejercitar los músculos. Tenemos una bonita vista que nos espera y la admiramos mientras comemos cualquier cosa. Vinimos ya en cuatro o cinco ocasiones a Montsegur, ya que ofrece el panorama más bello de toda la región y nuestro AJ base queda a menos de una hora de bicicleta....

-¿Eso es todo?..

-Sí, Bueno, hay un castillo, más o menos pequeño que está muy derruido. Conocemos otros más interesante...Foix.... Puivert.... Puylaurens.... Roquefixade... Queribus....

Arreció el viento. Los robles y hayas comenzaban a gemir con suavidad. En torno a la fortaleza en ruinas se asomaba el rumor de un océano embravecido. El lado negro y fino de la sombra proyectada por la muralla meridional le remarcaba la base. El sol calentaba los bloques ciclópeos ligados los unos a los otros sin argamasa que, gracias a la perfección del corte,

---

<sup>1</sup> Expresión que forma parte de la dialéctica del resentimiento usada en el Languedoc en 1968. Proviene de Amaury y se refiere al hijo de Simon de Monfort que precisamente no brillaba por su inteligencia.

resistían desde hacía siete siglos el peso requerido. La blancura de las piedras confería a la fortaleza el ardor virginal de los grandes veleros del Cabo de Hornos. Ahora, parecía elevarse en las alas del viento, bucear en un calculado y largo impulso y tomar rumbo a Oriente a merced del viento, la lluvia y de la miseria. El desapego aéreo de la construcción, la incertidumbre de su equilibrio, la ilusión del movimiento de un navío en plena mar gruesa llegan a provocar vértigos en los corazones menos preparados.

-Entonces, insistió Otto Rahn, ¿Montsegur no es para ustedes más que un sitio para contemplar el paisaje y un terreno de entrenamiento para escaladas?

El joven intentó defenderse.

-¡No! Sabemos que fue el último refugio de los Albigenses<sup>1</sup>... pero es historia antigua y poco nos interesa. ¡El albergue de juventud de donde venimos se llama *Au-devant de la Vie!*

-Lo se bien, lo se... murmuró el alemán en tono melancólico. La patrias carnales que en su diversidad conferían a la Francia capetiana un genio intenso y singular, fueron sustituidas en vuestra revolución de 1793 por una patria jacobina en la abstracción de los conceptos libertad e igualdad. ¡Cuan doloroso es!

Y en seguida añadió:

-¿Saben que si Alemania tuviese la felicidad de poseer un Montsegur, toda la juventud hitleriana iría allí a subir de rodillas?

Hubo un segundo de estupefacción entre los jóvenes. Parecía que sobre la gran nave de piedra resplandeciente de luz se había abatido un formidable peso que obstaculizaba los movimientos de cabeceo y oscilación provocados por el viento del norte.

-¿La juventud hitleriana?...¿Montsegur?... balbuceó Guyot Peyrat, el poeta del grupo.... Señor Rahn, no veo que relación pueda haber entre ambos.

---

<sup>1</sup> Error muy extendido. En realidad, tras la capitulación de Montsegur los Cátaros del Languedoc se refugiaron en el castillo de Queribus hasta 1255, y con posterioridad en algunas cuevas fortificadas de Sabarthes.

El secretario de la juventud comunista de Narbona interrumpió:

-Tengo la impresión de que se está burlando de nosotros! ¡No existe la menor relación entre Montsegur y esa juventud hitleriana de la sórdida dictadura alemana!

Otto Rahn enrojeció y respondió encolerizado:

-¡Le pido que no insulte a Alemania, querido joven! Amo a mi país. Si Montsegur y Sabarthès son mi segunda patria, Alemania continua siendo mi madre! Vine a Montsegur con un amor inmenso cuyo origen desconoce y que nada tiene ver con la política actual!



Mientras Otto Rahn seguía discutiendo con los amigos, Robert Robuffay escalaba la muralla norte; proeza deportiva tan peligrosa como absurda, hecha claramente para hacer valer sus cualidades de trepador ante Auda Isarn, que seguía la progresión con más angustia que admiración.

Otto Rahn retomó el hilo de la conversación.

-¡Me espanta comprobar como los franceses nacidos en el Languedoc muestran tan escaso interés por su propia historia! Vuestro país en el siglo XII poseía la civilización más avanzada y el nivel cultural más elevado de Occidente. Vuestros señores feudales iban a parar con frecuencia a la caballería cristiana y militar del norte. Era una vía de búsqueda de su superioridad aristocrática. La descubrieron en las Cortes de Amor, en las que los trovadores dedicaban un determinado culto a las damas que por su inteligencia y belleza la merecían.

Ahora Robert Robuffay descendía de la muralla por una de las escaleras en ruinas y se aproximaba a la joven al oscilar ligeramente el cuerpo.

-¿Sabes lo que está diciendo el señor alemán, Auda? Que eres la muchacha más bella e inteligente de todo el Languedoc.

Posó en ella sus ojos color castaño asilvestrado intentando dar encanto a su ingrata expresión y alargó sus labios finos en una sonrisa forzada, pero sólo logró exprimir fuerza bruta y colérica.

-¿Oíste, Auda? El señor dice que deberíamos abrir Cortes de Amor en los AJ del Languedoc.

Como se aproximaba para tocarla, Barbaïra, que contemplaba la escena por encima del hombro de Rahn, frunció la ceja, apretó los puños y aludió con avanzar. Sin embargo la joven empujó al descarado con gesto rápido y lo increpó a la cara:

¡Idiota! ¡Vete a otro lugar a decir disparates! El espíritu *ajiste* nada tiene en común con Cortes de Amor.

Roger Barbaïra se relajó. Auda Isarn reinició las idas y venidas, pero con mayor inquietud que el pura-sangre que encarnaba momentos antes. Ahora su actitud era la de un animal salvaje trastornado por el mundo de los instintos. Otto Rahn prosiguió:

-Igualmente vuestro país poseía el culto cátar, enemigo del catolicismo romano y protegía a los judíos. Cuando el papa Inocencio III pidió que abandonase la herejía y expulsase a los judíos, ¡el país le respondió con cánticos! En 1209 predicó una Cruzada contra el Languedoc. Vencidos por Simon de Monfort, vuestros señores fueron desposados de sus feudos y los campesinos y aldeanos sometidos a la ley capetiana del norte. A pesar de varias sublevaciones, la Inquisición destruyó a los Cátaros y los franceses aplastaron vuestra lengua y vuestras costumbres. ¡Aún hoy la Francia jacobina continua velando para que nada de vuestro pasado vaya más allá del mero folclore! ¡Ahora bien, el folclore es la vergüenza de una etnia que a pesar de estar viva, no osa afirmarse como soberana! ¿Sabían eso?

-Si, dijo lentamente Guyot Peyrat, hablo y escribo la lengua d'Oc. ¿Pero a los ojos de mis camaradas, sabe? ...¡represento ese folclore que el señor tan injustamente condena!



Ahora el sol cenital quemaba la masa vegetal comprimida en el interior del recinto, destilaba los aromas de los robles y las hayas y acrecentaba el olor del bosque que emergía de las profundidades meridionales. Mirlos, cucos, pinzones y curracas capirotaadas rompían de uno en uno en gran silencio del mediodía. Bien instalados en el calor vivificante de las piedras

apartadas los grillos le hacían su rendición, sustituyendo la escala de los cantos de las aves por una salmodia monocorde que paulatinamente se volvía en un nuevo silencio.

Roger Barbaïra consultó su reloj y juzgó que la pausa entre el cielo y la tierra había durado ya lo suficiente. Sentía que sus camaradas, como el mismo, estaban anhelantes por caminar, correr, gritar, comer y beber. Dijo al alemán:

-¡Nos vamos para abajo! Tenemos que estar en la estación de Foix a las cinco y media. Auda va a Toulouse, Chabrol a Narbona, Ferrocas a Béziers, Peyrat a Montpellier.... ¡El Languedoc es grande, señor Rahn!

Tal como en la llegada, pasaron de uno en uno la poterna. Otto Rahn los siguió a la carrera por la vereda, saltando de peñasco en peñasco. Ya sin resuello se detuvieron en un prado en declive, el Prat dels Cremats.

-¿Y si almorzáramos todos en Montsegur?, propuso el alemán.

Jordi Couquet esbozó una sonrisa melancólica.

-Sabe, cuando hacemos salidas *ajistes* no comemos en el restaurante. ¡Aparte de eso no tenemos dinero!

Otto Rahn se quedó meditando unos segundos.

-¡Bien, les invito a los ocho! De ninguna manera soy rico, pero... que importa... tengo treinta y tres años! Y añadió con desenvoltura juvenil:

-¡Además, la señora Couquet ha de darme crédito de nuevo!

-¡Siendo así, el asunto cambia! Observó Marius Chabrol, el joven comunista... ¡Andrajosos de todos los países, uníos!

Rieron a carcajadas y continuaron el descenso.



El restaurante de Marius Couquet se ubica en una mansión histórica en cuya fachada se observa el escudo heráldico de los Authie de Bellerose, la familia más antigua del país, no lejos de la iglesia de Montsegur, construida allá por 1685. La señora Couquet ofrece a los huéspedes cartas variadas de menús en los días de mayor afluencia, más simples cuando apenas pasan de uno o dos viajeros. Sea al nivel que fuere, su capacidad de

acogida es ilimitada. Nada de aparatosidad en el servicio ni cocina complicada, pero sería imposible encontrar en todo el Languedoc jamón más suculento que el suyo, sin olvidar los vinos de Corbières con sabor de roca seca y los colores del dios Sol.

Cuando vio aparecer a Otto Rahn al frente del cortejo, lanzó un grito de sorpresa y exclamó en francés:

-¡Oh, señor Rahn!.... ¿Volvió junto a nosotros? ¡Nos da un placer enorme!

-¡Ay, ciertamente señor Couquet! ¡También es una alegría para mi!

El alemán pasó la mirada por la sala. Nada había cambiado desde su última estancia. Posiblemente algo más ennegrecida por el humo y más vieja, pero adecentada y ordenada inteligentemente. Murmuró enternecido al evocar el pasado:

-¡Cuando pienso que viví tres meses en su casa... ¡Y la manera como me trató siempre!... ¡Volver a ver todo! ¡Dejar todo!....

-¿Acaba de llegar y ya piensa en partir? ¡Nada gentil por su parte!

-En mi Alemania ruda y trabajadora, un mes de vacaciones es un privilegio excepcional, señora Couquet.

Otto Rahn mentía disimuladamente. No estaba de vacaciones, en efecto, pero sí para cumplir una misión.

-¿Cuándo nos vimos por última vez?

-En 1931... ¡Ya han pasado seis años! ¡Quise volver en 1934, a la altura en que mi libro se editó en francés, pero no me lo permitían!

El "no me permitían" de Otto Rahn hizo levantar sombras gigantes en el cielo alemán que en breve irían a cubrir toda Europa. Para los jóvenes *ajistes*, sin embargo la frase nada significaba. Sólo retuvieron la alusión al libro. El hombre que esa mañana había aparecido repentinamente ante a ellos es un escritor extranjero, y, poco después, el personaje toma nuevas dimensiones.

-Es un sabio, avanzó Ferrocas.

-Tal vez un novelista, propuso Auda Isarn.

-¡O un historiador!

-Lo que nos contó allí arriba debe ser verdad, sugirió Gaston Reboul. ¡Si los alemanes estudian un país extranjero, lo hacen a fondo y acaban sabiendo muchas más cosas que los habitantes de la región!

-Eso es cierto, confirmó Marius Chabrol.

*Madame* Couquet se eclipsó en la cocina. Volvió a la sala unos minutos después, y fingiendo haber olvidado el francés durante esa breve ida y vuelta, preguntó a Otto Rahn con el acento típico de Montsegur, a la par rudo y cantarín:

-¿Abèts dinnat?

Al comprobar que continuaba entendiendo el dialecto, Otto Rahn sintió rejuvenecer siete años.

-¿Si almorcé, señora Couquet? ¡No, realmente, tampoco mis amigos! Vinimos aquí para eso mismo.

-¿Son nueve en total? ¡Bien!, no dejaré que se mueran de hambre, ¡vengan!

-Se me da crédito como otras veces, ¡soy yo quien paga!

La hostalera rió.

-Como otras veces. ¡De buena gana! Aunque pase mucho tiempo se que nada pierdo con él.



Los muchachos y la chica se habían sentado a la mesa. Otto Rahn la presidía y respondió a la pregunta formulada por cuatro o cinco bocas al mismo tiempo:

-Si, publiqué un libro titulado *Cruzada contra el Graal*. Lo tradujeron y publicaron en Paris, pero infelizmente le suprimieron muchas notas importantes en referencia al Graal.

-¿Graal? ¿Qué es eso?, preguntó Jordi Couquet, hablando con la boca llena una vez más.

Otto Rahn sonrió.

-¡Ah!... ¡ah!... ¿El Graal le interesa, señor Couquet? ¡Pero, ahora que advierto, el señor tiene el mismo nombre que el dueño del restaurante!

El joven limpió su boca con el reverso de la mano y respondió.

-Sabe... en Montsegur, como en Lavelanet, del otro lado de la montaña, donde nací, somos todos primos... ¡lo que supone una gran cantidad de ellos!

Y sonrió. De repente muy serio, Otto Rahn parecía meditar. Solo se oía una sinfonía de tenedores, el glu-glu de las botellas y el rumor de jóvenes maxilares. Finalmente el alemán respondió a la pregunta.

-Según un proceso clásico la evolución, el Graal se convirtió en mito a partir de una realidad viva. Los cristianos robaron ese mito a los paganos, como robaron todos sus lugares sagrados al construir iglesias sobre las ruinas de esos templos...

Tras un silencio que le permitió contemplar a todos uno por uno, preguntó:

-¿Hay cristianos entre vosotros? No deseo ofender a ninguno....

Una risa franca salió de casi todas las gargantas. Gaston Reboul recordó al alemán:

-¿Tenía conocimiento que somos miembros del Centro Laico de los Albergues de Juventud? Eso explica la cuestión.

-¡No forzosamente!, objetó Rahn.

-¡Así es, de hecho! Concordó Raymond Ferrocas. Nací en Cévennes, de familia *camisard*<sup>1</sup>, de manera que soy medio protestante... ¡Lo suficiente para no burlarme cuando me preguntan si soy cristiano, como vosotros hacéis, camaradas!

-Yo soy comunista, recordó el joven Chabrol.

-¿Y la niña?..., preguntó Otto Rahn posando una suave mirada en Auda Isarn... ¿No come?

-Estoy esperando la ensalada.

Jordi Couquet soltó una carcajada.

-¡Es vegetariana! ¿No le decía, señor Rahn, que Auda es muy complicada?

La joven ignoró el reparo y respondió directamente al alemán.

-No se si soy cristiana, pero si lo soy, no es según el punto de vista católico o protestante.

---

<sup>1</sup> Protestantes hugonotes que luchaban contra los ejércitos de Luis XIV tras la revocación del Edicto de Nantes.

Ya tranquilo en cuanto a las eventuales consecuencias de sus palabras, Otto Rahn retomó el asunto alzando su voz para dominar las de nuevo crecientes conversaciones en dialecto.

-Los cristianos asimilaron el mito del Graal, como por cierto todo lo demás, e hicieron de él la copa de esmeralda que contenía la sangre de Cristo recogida por José de Arimatea durante la Pasión. ¡Esa copa fue vista en todas partes y en ninguna!... En Siria... en Roma, en el siglo III... en la gruta aragonesa de San Juan de la Peña en 1399...más tarde en Valencia, y claro, en Montsegur, pero los cristianos no encontraron nada más allá del mito...¡Y por razones evidentes! Así como mis camaradas...

De súbito calló. Iba a decir: como mis camaradas del sagrado colegio hitleriano, más pensó en el efecto que podía provocar al lanzar la frase delante de una asamblea tal e hábilmente engarzó....

-Tal como mis camaradas especialistas de Rumania, pienso que el mito del Graal es el reflejo de una enseñanza perdida, de una ley de vida apta solo para ciertas razas.

-¡La raza no existe!, objetó Marius Chabrol.

-¡Para usted, tal vez no!, replicó Otto Rahn con una sonrisa, pero con lo que el señor que piensa la naturaleza se preocupa poco y avanza en un sentido exclusivamente selectivo, racial, por lo tanto... Esa enseñanza fue escrita, la ley codificada y, lo que es muy probable, gravada en piedra.

Rahn hizo una pausa, contempló uno a unos aquellos rostros juveniles ligeramente inclinados sobre la mesa y a continuación recomenzó:

-La piedra-Graal, evocada en innumerables ocasiones por Wolfram von Eschenbach en su *Parzival*, en donde narra sobre una "piedra preciosa", y más explícitamente designada por los arios maniqueos de Persia al asociar la palabra *gohr* –piedra preciosa en antiguo persa- a la palabra *al*, lámina, o sea, piedra preciosa grabada, ¡es posible la única noción que no pertenece al mito y que está históricamente fundamentada!

-¡Interesante!, observó Robuffay, poniéndose un enorme pedazo de jamón en el plato.

Mientras tanto, las conversaciones de los bebedores locales, que oían al alemán con toda su atención, iban decayendo hasta terminar del todo. Entre dos respuestas, solo se oía el susurro de las moscas al asaltar en remolino los cristales de las ventanas y, allí fuera, el canto languedociano de un bueyero que seguía a lo largo de la única calle de la aldea para llevar las vacas a los prados extendidos a la entrada de las gargantas de Lasset.

-Tengo buenas razones para creer, continuó con vigor Otto Rahn, que vuestros Cátaros estuvieron en posesión del Graal-objeto y descifraron un parte de la ley, pero sólo una parte; si la conocieran toda, no se habrían dispersado entre el desierto sin salida del pensamiento oriental y el Evangelio de Juan – como Lutero hizo después con el Antiguo Testamento- ¡y habrían hecho desaparecer el cristianismo con suma facilidad en lugar de ser destruidos por él!

Contrariamente a la mayor parte de los *ajistes*, que le escuchaban con curiosidad cortés, los bebedores locales prestaban tanta atención a las palabras del escritor alemán, que acabó por volverse hacia ellos, recordando como Montsegur estuvo y está sensibilizado con todo aquello que respecta al drama cátar. Les dijo:

-Cuando el 16 de Marzo de 1244 abandonaron la fortaleza, los Perfectos todavía no habían puesto en lugar seguro el llamado "tesoro" que, para el europeo de hoy, espiritualmente corrompido por el pensamiento judaico, sólo puede ser un montón de monedas y piedras extrañas y no un tesoro según el espíritu y la carne: una ley de vida interesada en la supervivencia de la especie, grabada en las láminas del Graal. Fue trasladado la noche anterior por Amiel Aicart, Poitevin, Hughes e un cuarto hombre cuyo nombre se perdió. Esos Creyentes o Perfectos –se desconoce su verdadera dignidad- descendieron por medio de sogas a lo largo de la pared norte, la más vertiginosa del *pog*<sup>1</sup>, y depositaron el Graal en lugar seguro, muy probablemente en alguna gruta entre Montsegur y Sabarthes. El secreto desapareció con ellos. ¡Así, hace siete

---

<sup>1</sup> Nombre con el que se designa en Occitania a los macizos montañosos de cumbre redondeada.

siglos, Occidente perdió la ley que podía, que puede aún, reconducirlo al verdadero camino!



Otto Rahn se giró nuevamente hacia los *ajistes* y no habló más. Las revelaciones que acababa de hacer sobre la naturaleza del Graal, y que ningún miembro de la asamblea se atrevió a confirmar o refutar, fueron subrayadas por un silencio absoluto. Los hombres de Montsegur, que piensan siempre en los Cátaros pero nunca hablan de ellos –como si la amenaza que los Cruzados del norte hicieron pesar sobre el país conservase toda su fuerza o el suplicio del fuego inflingido a los doscientos Perfectos o Creyentes a unos cientos de metros de la posada *Madame Couquet* crepitase en su propia carne- reanudaron en voz baja las conversaciones interrumpidas. La palabra *gargamèlho* les afloraba muchas veces a los labios.

-¿Qué quiere decir *gargamèlho*?, preguntó Robert Robuffay sin dejar de masticar la sexta loncha de jamón de la región.

-Goloso, precisó el estudiante de filosofía y poeta Guyot Peyrat, mirándolo con ironía feroz.

-Es una expresión del dialecto de Montsegur, contrapuso Otto Rahn. Aquí todo es especial: la lengua, la pronunciación, los nombres y hasta la forma especial de la nobleza. Dada la asociación entre el nombre de la familia y el nombre propio, la gente de aquí es siempre "de alguien" o "de algo", ¡Nouel del Fidel... Marcou del Couli... Milou de Bast... y tantos otros!

Roger de Barbaïra comía apenas con los labios. De entrecejo fruncido y mirar melancólico, se adelantó con voz pesarosa:

-Los Cátaros... el Graal... La nobleza local... Todo eso es verdaderamente extraordinario. Cuando pienso que en el espacio de dos años vinimos cinco o seis veces a Montsegur sin saber de cierto lo que hacíamos, tengo que admitir de hecho, ¡que somos unos miserables!

Otto Rahn replicó con la mayor cortesía:

-Lo que sucede es que vuestra curiosidad se orienta en otro sentido. ¿Aparte de los encuentros sabáticos en los albergues de juventud y de la partida en domingo, que más pasa?

-Hacemos esquí en invierno y grandes marchas en el verano; vamos en bicicleta de las estaciones del ferrocarril a los AJ, puntualizó Barbaïra.

-Y a la montaña, recordó Ferrocas. El camarada Robuffay es un excelente guía de montaña.

Robuffay se irguió ligeramente y confirmó sus intenciones por Auda Isarn, pero sin conseguir hacerla erguir la cabeza.

-En este momento, paso fácilmente el *cing-sup*<sup>1</sup>. Aparte de eso... exploramos grutas. Es bastante divertido, ¡es como escalar al revés!

-Conocemos a Norbert Casteret, añadió Barbaïra, el gran hombre de la espeología francesa. Los consejos que no dio nos permitieron progresar con rapidez.

Otto Rahn tuvo un sobresalto y se puso levemente pálido. Sus ojos brillaban con una extraña esperanza.

-¿Cómo?, replicó. ¿Exploran grutas y no me dicen nada?

-¡No nos preguntó!

Otto Rahn reflexionó profundamente pero se decidió rápidamente.

-Me gustaría hacer una propuesta. La próxima semana comienzan las fiestas de Pascua y algunos de vosotros tenéis un mínimo de ocho a diez días de vacaciones... ¿Qué tal si exploramos grutas juntos?

Os muchachos se contemplaron con sorpresa divertida.

-No tendrán más dispendios que la comida... ¡El resto corre de mi cuenta! Concretó el alemán.

-¡En ese caso, puede contar conmigo!, anunció Roger Ferrocas, el futuro profesor.

Marius Chabrol tan solo podía disponer de tres días, Guyot Peyrat tenía que quedarse en casa.

-Puedo traer a Lou Ganet, un amigo de Carcasona, anunció Roger Barbaïra. Tiene solo catorce años, aunque es muy fuerte, un auténtico acróbata.

Después se volvió para el escritor:

---

<sup>1</sup> Grado en la escala de dificultades definidas en las escaladas, acotadas de uno a seis, con un nivel superior e inferior entre cada rellano. Hay una segunda tabla para la escalada denominada "artificial": modo de progresión que usa otros puntos de apoyo aparte de los peñascos.

-En cualquier caso, dígame, señor Rahn.... ¿por qué esa pasión repentina por las grutas?

El alemán mostró una sonrisa.

No es cuestión de una pasión súbita, señor *ajiste* (continuaba pensando:¿cómo se puede ser *a-j-i-s-t-e* en esta tierra que tiene la lengua más bella del mundo?)...¡Aparte de mi amigo Gadal, instructor de Ussat-les-Bains, soy quizás uno de los precursores de la espeleología! En 1930 y 1931, cuando vivíamos el uno cerca del otro, exploramos las cuevas más importantes de la región. Bouan, Niaux, Vic-de-Sos y Lombrives, aparte de otras más. ¿Adivina lo que buscábamos? ¡El Graal-objeto, esas tablas de la ley salvadas de Montsegur de las que hablaba hace poco! Solo encontramos material prehistórico y unos diseños e inscripciones que prueban la presencia de los Cátaros.

Silencio. La señora Couquet retiró los platos de la mesa y sirvió café en vasos largos y estrechos.

-Si tuviéramos mal resultado, volvió el escritor, solo puede ser por dos causas. En primer lugar, porque existen millares de grutas en esta región, y luego, si buscáramos lejos lo que debe estar cerca de Montsegur. Durante dos años medité acerca de las certezas históricas de que podemos disponer en los manuscritos de la fundación Jean de Doat, y que investigué en la Biblioteca Nacional de Paris...Los cuatro hombres dirigidos por el Perfecto Bertrand d'En Marti que sacaron el tesoro de la fortaleza recibieron instrucciones para prender una hoguera en la cima del Bidorta en caso de que la misión tuviera éxito. El fuego fue encendido y observado desde Montsegur, pero eso no prueba que los portadores del Graal lo tuvieran escondido allí cerca. Un hombre podía encender una hoguera mientras los otros llevaban lejos las láminas de piedra grabadas. Para reconstruir el itinerario, partí igualmente de datos históricos relacionados con la existencia de una ruta sagrada de los Cátaros.

Otto Rahn sorbió el café con lentitud, saco un bolígrafo de la bolsa, arrancó un hoja del bloc de notas y dibujó una especie de plan director que hizo circular.

-Vean este camino a través del desfiladero de La Peyre que conecta Montsegur a Luzenac. Es la ruta sagrada que une la fortaleza a las cuevas más importantes, habitadas desde la

prehistoria. Justo tras el inicio de la persecución, los Cátaros prepararon dos posiciones fuertes, una "abierta", la fortaleza reconstruida a su petición por el propietario, el señor Ramón, señor de Perelha, en la cima del *pog* de Montsegur, y otra "cerrada", en las grutas del valle de Ariège. Hasta que la Inquisición no se estableció de manera sólida en el Languedoc, hubo numerosas idas y venidas de Perfectos y Creyentes a lo largo de ese itinerario. El recorrido precisa de apenas cinco horas de marcha. Cuando la persecución se encarnizó, el tráfico disminuyó aunque sin cesar del todo, pero tendiendo a la retirada de la posición "abierta" y más amenazada –Montsegur– hacia la posición "cerrada" –las grutas– más segura. A pesar de la aparente lógica de la cuestión, cometí un ligero error al buscar el Graal en esas cuevas. Más tarde, advertí que los jefes cátaros no iban a cometer la falta de confiar la custodia del tesoro a *spulgas*<sup>1</sup> tan conocidas y, por consiguiente, tan amenazadas las de Sabarthes. ¡Las tablas del Graal se depositaron sencillamente en una caverna desconocida en algún lugar a lo largo de la vía sagrada, antes o después del desfiladero de La Peyre! ¡Puedo decir que volví a Francia justamente para intentar descubrirlo!

-Roger Barbaïra que hacia algunos minutos contemplaba al alemán con interés, dijo al sonreír:

-Soy de la opinión que su concepción del Graal puede no estar históricamente fundamentada, en todo caso, es un bello tema para los espeleólogos.

-De las grutas del desfiladero de La Peyre, hay dos al menos, que conocemos, ¿no es cierto, Robert?, dijo Ferrocas a Robuffay, el trepador.

-Si, una queda en la falda del pico de Saint-Barthélemy, la otra en un corredor del pico de Soularac. ¡Pero no pensamos en marcarlas, cuanto menos en visitarlas!

-¡Ay está! exclamó el alemán. Solo no consigo nada, pero con un equipo tan bueno como el vuestro, podré tener éxito en mis investigaciones!

-¡Miren!, avisó Marius Chabrol al agitar el puño donde lucía un reloj de pulsera, ¡ya pasan de las tres horas! ¡Foix está a

---

<sup>1</sup> cuevas.

treinta y dos kilómetros y nosotros.... en bicicleta! Si tenéis intención de perder el tren, os dejo ya! ¡Si el lunes no me presento al trabajo, los capitalistas no me pagan!

-¡Sólo un momento!, gritó Otto Rahn, levantándose al mismo tiempo. ¿Podemos encontrarnos aquí el próximo sábado?... Dormimos en las granjas del llano de Lasset... ¿Hay cuerdas, tiendas, linternas?

-¡No se preocupe, señor Rahn, nos encargamos de eso! ¡Equipamientos, es cosa nuestra!

Los *ajistes* abandonaron la sala en medio de un tumulto de pies, de rumores mezclados con voces de animales, de eslóganes políticos y de protestas de Auda Isarn, asediada de cerca por el más eminente trepador de los AJ languedocianos... Rahn volvió a sentarse y se restregó la mano derecha triturada por las despedidas que confirmaban el "Hasta la vista, hermanos" de los vigorosos *ajistes*, sus nuevos camaradas, que a lo lejos iban disminuyendo de tamaño...



Después de la dura subida hasta el desfiladero de Seguelà, los jóvenes enfilaron en descenso a Montferrier. Un viento alegre se les asociaba a los oídos.

-¡A esto se le llama suerte!, gritó Robuffay. Henos aquí lanzados en las grandes expediciones subterráneas al estilo Nobert Casteret.

-¡Es de balde! <sup>1</sup>, precisó Jordi Couquet.

Avanzaron sin método, como cachorros, unas veces deslizándose con la precisión de las flechas, otras serpenteando bajo los grandes plátanos <sup>2</sup> que flanquean la carretera de Foix.

Ferrocas y Roger Barbaïra iban a la par. El futuro profesor miró con expresión inquieta al compañero circunstancial y dijo:

-¡Ese alemán no me inspira mucha confianza!

-¿Por qué?

---

<sup>1</sup> ¡Es gratis!

<sup>2</sup> (*Acer pseudoplatanus*) Árbol eurasiático de la familia del arce.

-Un tipo que se lanza de esta manera.... Que paga sin conocer a nadie... Que se impone al grupo...

-¡Dependes de él!

-¿Y esa historia de la caverna? ¿Qué habrá detrás de todo esto?

-¡Nada. Él dice lo que busca!

Ferrocas levantó los hombros con tal fuerza que la bicicleta se inclinó hacia un lado.

-¡En fin, menuda historia! En el siglo XX no se anda por ahí buscando el Graal, diantre!

Como el tiempo apremiaba, aceleraron la marcha. Entraron en la estación de Foix con el ímpetu tumultuoso de la juventud. Mientras Jordi Couquet inscribía las bicicletas, Ferrocas insistió:

-¿Ese Otto Rahn es escritor? ¿Qué prueba tenemos de eso? ¡Puede muy bien ser un espía!

Barbaïra encogió los hombros.

-¡Hay una edición francesa del libro antiguo, dijo, basta comprarlo antes del próximo domingo!

-¡No había pensado en eso!, admitió Ferrocas ruborizándose. Pero no se dé por vencido.

-¿Qué cuenta en el libro? ¡Convenía saber!

La discusión fue retomada en el tren. La intrusión del alemán en la vida del grupo –verdadera vida privada multiplicada por ocho gracias al *esprit-auberge*- fue analizada bajo todos los aspectos. Finalmente, votaron a favor o en contra de la admisión de Otto Rahn en el grupo. Cinco *ajistes* se pronunciaron a favor. Como de costumbre, Auda Isarn se abstuvo. Guyot Peyrat y Ferrocas aplazaron su decisión para los ocho días siguientes. Querían leer *La Cruzada contra el Graal* antes de pronunciarse.

## II

Una semana más tarde, los *ajistes* trepaban por el camino que conducía al desfiladero de La Peyre. E iban cantando:

*Ma blonde entendí-tu dans la ville  
Siffler les fabriques et les trains?  
Allons au-devant de la vie,  
Allons au-devant du matin!*

*Debout ma blonde, chatons au vent,  
Debout amis!  
Il va vers le soleil levant  
Notre pays...*

El bosque de hayas, robles y abetos les engulló casi a la salida de las granjas del último llano de Lasset, donde habían pasado la noche tumbados sobre el heno. Troncos blanquecinos y troncos negros. Follaje compacto, rojo, negro, verde, filtrando una claridad parsimoniosa acentuada en lo profundo por el sol invisible. De vez en cuando, un rayo solitario perforaba la bóveda negra y verde con la precisión de una lanza. Bosque impregnado del dulce aroma de las setas. Musgo con olor a subterráneo. A sus pies, Lasset emprendía el ritmo de un torrente siempre más rápido a medida que se apartaba de Saint-Barthélemy, de donde brota cuando en la cima hay nieves duras que alimenten su fuerza salvaje. El estruendo inicial excluía a los otros ruidos y se volvía gradualmente eco de tramontana, soplo de brisa, más tarde canto de ave y, finalmente, silencio.

Otto Rahn avanzaba con paso menos vivo que los jóvenes. Había partido algunos minutos después de ellos pero, sustentado en su caminar lento y regular de montanista experto, no perdía terreno.

Al cabo de media hora, salió del bosque. El espacio sustituía ahora las paredes de hojas que parecían querer pegarse a la piel. Delante, más al frente, los *ajistes* se imaginaban desnudos tomando un baño de sol. Sol rojo. Prados azules. Nieves color del cielo. La ligera embriaguez de las alturas les pigmentaba la piel y encendía una alegría súbita en los ojos.

Cuando Rahn los alcanzaba, volvían a partir como si estuviesen ávidos de gastar los excedentes de su fuerza joven. El escritor alemán paró y se volvió. Se apresuró también en descubrir la perspectiva aplastada por la altitud que presentía

tras sí y temiendo por la emoción demasiado fuerte que experimentaba. Ahora el valle se abría en un movimiento progresivo de tijeras y ofrecía en su eje el *pog* de Montsegur con una mancha blanca de la fortaleza, minúscula, impresa en un lado de cielo donde el reflejo de los pastos chocaba con el azul mediterráneo y sugería las profundidades de sima glaciar. En el impulso romántico cuyas manifestaciones no podía dominar y siempre que su curiosidad volvía a encontrar el polo magnético – la Rumania <sup>1</sup> – la Cruzada contra los Albigenses – la epopeya cántara y el Graal perdido – el alemán gritaba para sus adentros:

*Montsalvatge, ô but de misére*  
*Las, personne ne te veut consoler* <sup>2</sup>

Enjugó una lágrima sentida y volvió al eje del camino que progresivamente se convertía en un trazo por la extensión del pastizal. Aquí y allá, placas de nieve que continuaban resistiendo en toda la orientación norte a la claridad feroz del sol y que al fundirse por la base se disolvían en murmullos de agua viva. Rahn se giraba hacia atrás a cada minuto. Tras sí el *pog* se desplazaba regularmente de norte a sur, se esfumaba en las hondonadas acentuadas por una altitud creciente y parecía luchar por mantener el dominio sobre la aldea que se revelaba por las gotas carmín de los tejados, como si los hombres que antaño la escogieron para afirmar su renuncia continuasen disputando a las leyes de la materia. El *pog* terminó por desaparecer apagado por las estribaciones del valle del Lasset, asimismo denominado Val l'Incant, Valle del Encanto, Valle Encantado.

---

<sup>1</sup> Palabra usada generalmente por los lingüistas para referirse al conjunto de países cuyos habitantes seguimos hablando latín. Eso sí, formas de latín muy lejanas de su remoto origen y muy distintas unas de otras, y en los que sus diferentes variedades fueron haciéndose cada vez más ininteligibles entre sí. Hasta el punto de que hubo que empezar a bautizarlas con nombres distintos y llegaron a ser lo que hoy conocemos como italiano, francés, rumano, español, portugués, catalán... (N.d T.)

<sup>2</sup> Salvo otra indicación, las citas de este capítulo se remiten al *Parzival* de Wolfram von Eschenbach.

Otto Rahn halló nuevamente el camino y apretó el paso. Tras un cuarto de hora, encontró a los *ajistes* sentados en la hierba del desfiladero de La Peyre.

-¿Entonces? ¿Ya está viejo?, le preguntó entre risas Jordi Couquet.

-¡Tan viejo como el Graal! ¡Y ni así, a pesar de que tuvo la paciencia de esperar por mi siete siglos, debo apresurarme! Veinticuatro horas más o menos o quince minutos....

Buen humor general. Las botas humean. Los maxilares se activan. Sol. Brisa ligera que espera la subida del calor del medio día para transformarse en viento y fustigar el desfiladero, humillar el bosque de Embeyre, bramar en las gargantas de La Frau donde se refugiaron los últimos Cátaros. Es hora para los buscadores del Graal de dejar de pensar en su empresa. Jordi Couquet introdujo delicadamente hojas de hierba en el cuello de Auda Isarn, que protesta. Trae hoy pantalones de hombre y el escritor alemán, sensible a la belleza de sus piernas mostrada una semana antes, se siente triste. Mientras tanto admite que aquella ropa conviene más a la trigüeña de ojos negros que una falda; que aunque negando su sexo, tiene una belleza que le es propia pero imposible de definir.

Robuffay lucha con un chorizo de quince centímetros de largo. Le quita la piel con un movimiento en espiral y Otto Rahn nota con satisfacción que en lugar de lanzarla delante de sí, como en Montsegur, la envuelve en papel parafinado y la coloca en la mochila posada en la hierba.

Hierba azul. Cielo azul. Nieves azules todavía abundantes en la cordillera principal de los Pirineos, cuyo desfiladero se prolonga cincuenta kilómetros. El sol maltrata las cabezas sin cubrir. Roger Barbaïra saca con discreción de la bolsa una vieja boina languedociana. Es de su padre. El azul se descolorió y una parte de tejido está grasiento a fuerza de ser solicitado por los dedos. Roger Barbaïra la aplasta con los dedos en la misma parte, la empuja hacia los ojos y moldea el ala hasta formar una visera... exactamente como el padre.

Ferrocas, que no se había perdido ninguno de los pormenores de la operación, dijo en son de burla:

-¿Qué es eso? ¿Cubres la cabeza como los *culs-terreux* de la región?

-¿Y por qué razón no habría de cubrir la cabeza como los *culs-terreux* a que pertenezco?

-¡No te hacía falta venir con tu tomo de filosofía!

-Con tomo o sin el, tengo ambos pies y manos en las viñas, como mi padre.

-¿Nos vamos?, preguntó Rahn.

Los muchachos cogen las bolsas y toman el sendero de la pendiente sobre el desfiladero. Esta vez no dejan tras sí papeles parafinados o las de conserva vacías.



Las tiendas fueron montadas próximas a los primeros torrentes del pico de Soularac, no lejos de una depresión donde las nieves mantenían una buena reserva de agua helada. Encendieron un fuego con la leña que Barbaïra, Couquet, Robuffay, los tres hombres fuertes del equipo, habían apilado durante la tarde con la ayuda del más novato, Lou Ganet.

El padre de Ganet poseía un establecimiento de maquinaria agrícola en Carcasona, en la avenida Marcou, y él mismo llevaba aún los pantalones que usaba en el colegio Stanislas, el "seminario" de la calle de Mairie. Era mal estudiante, al contrario que su hermana Matilde, que progresaba bien. "Los buenos padres" lo tenían en tan baja estima, que le recusaban la entrada en los scouts. Así que aceptó con toda naturalidad la compensación *ajiste* que Barbaïra le ofrecía.

Era un muchacho bello, viril, robusto, moreno, de cabellos negros ondulados, que con catorce años, es decir en pleno crecimiento, ya medía un metro setenta y cinco. Mostraba ser un soñador, tan cerrado, como inadaptado a su medio. Nadie le conocía otro amigo aparte de Barbaïra, el único que, aparte del padre, la madre, de la hermana Matilde y del hermano Pierrot, sabía de la existencia en su cuarto de una fotografía de Mermoz colgada en la pared a la cabecera de la cama, en el lugar en el que habitualmente Jesús vigila los sueños de pequeñas criaturas. Transportó sus veinte kilos de leña sin pronunciar una palabra, y

ningún *ajiste* se podía vanagloriar de haber oído alguna vez salirle de la boca una frase entera.

La noche se iba tornando azul. El monte Saint-Barthélemy perdía los últimos hilos del manto de oro tejido por los reflejos de un sol perdido bastante tiempo atrás de las estribaciones de la cordillera principal. La hoguera crepitaba. Otto Rahn extendió las manos hacia el fuego, cuyas llamas se perdían en la noche con el destello danzante y efímero de los fuegos fatuos. Roger Barbaïra, ya entonces con una buena experiencia en espeleología primitiva de su época, se sentó más callado que de costumbre, pensando que mañana una gruta le entregaría el fabuloso tesoro del Graal.

Barbaïra conocía bastante bien las leyendas del Graal. Antes de dirigir con su padre la gran explotación vinícola que poseía a la entrada de Corbières, también restregó los pantalones en los bancos de los "buenos padres" de Carcasona. Más estudioso, mejor adaptado que el pequeño Ganet, consiguió sin gran esfuerzo dos licenciaturas. La historia le interesaba especialmente. En el cuarto que ocupaba en el "castillo" –de hecho, una mansión, noble de líneas, es cierto, pero de modestas proporciones– conservaba todavía sus libros escolares y los releía de cuando en cuando. La noción de Graal que le daban –la copa de esmeralda paseada entre Montsegur y Valencia, o entre Montsegur y Montserrat– le dejaba indiferente, y teniendo en cuenta la necesidad propia de la juventud de provocar a un hombre más viejo y conecedor, no había mentido del todo al manifestar ocho días antes al escritor alemán que los *ajistes* no se interesaban por el pasado. Todo comenzó a cambiar cuando él le presentó el Graal y la historia del Languedoc bajo una nueva luz.

Le preguntó:

-¿Pero, en fin, qué sucedería si descubriésemos el Graal de piedra del que habló en Montsegur?

Otto Rahn no podía decirle la verdad. Imposible responder a este leal muchacho, ahora tan entusiasta: ¡Esas tablas serían llevadas en el mayor secreto para el III Reich! Era imposible revelarle las estrechas relaciones con Alfred Rosenberg, autor de *El Mito del Siglo XX*, que le acababa de enviar a Montsegur, no

de vacaciones, sino en el cumplimiento de una misión, o las relaciones con el sacro colegio que vivía a la sombra de Heinrich Himmler! Con todo, sin exponerle toda la verdad, podía responderle sin engañar:

-Si se encontraran esas láminas, hay que traducir los textos. No hay duda que nuestros sabios de hoy tendrán las mismas dificultades que impedirán la interpretación justa y completa que en el tiempo de los Cátaros.

-En su opinión, ¿con qué tipo de escritura tuvieron que habérselas los sabios? ¿Los jeroglíficos egipcios llegaron a ser traducidos realmente?

-¿Cómo lo puedo saber? Tal vez se trate de una escritura pre-rúnica. Wolfram von Eschenbach, que se supone haber sido iniciado en los misterios arios, deja presentirlo al decir:

*Guyot, le maître de haut renom,  
Trouva en écriture païenne enchevêtrée  
La légende qui atteint la source première des légendes*<sup>1</sup>.

Otto Rahn dio un énfasis especial a "escritura pagana cifrada",

-¿Por qué escritura rúnica o pre-rúnica?

El alemán afirmó con una pasión bruscamente desencadenada:

-¡Porque sólo puede ser un tesoro ario y pagano! ¡Las tablas del Graal llegaron a estar en Persia! ¿Cómo fueron a parar allí a no ser en las alforjas de los conquistadores nórdicos? ¿De donde venían los Shyitas y los Medos sino de las planicies del Danubio y del Don? ¿Y de donde provenían los primeros ocupantes de esas regiones sino del reino boreal, de la civilización de Thule? ¿El Graal es tal vez el último mensaje de los Hiperbóreos antes de su desaparecimiento?

Barbaïra se quedó pensando detenidamente. Como hombre de tierras languedocianas, su sentido de equilibrio rechazaba las

---

<sup>1</sup> Guyot, el Maestro de alto renombre  
Encontró en escritura pagana cifrada  
La leyenda que va a la fuente primera de las leyendas.

teorías del escritor, pero tenía un impulso interior que le llevaba a aceptarlas. Creía, como al contrario que todo el mundo, en la profundidad de la ciencia germánica y se decía a si mismo ¡si este hombre de gran cultura habla con tanta certeza del deambular del Graal, es porque se basa en descubrimientos que ignoramos!

No obstante intentaba defenderse del alemán y de si mismo:

-Todo eso son hipótesis, señor Rahn. ¡Preferiría una interpretación de la historia más... menos romántica, digamos! Sin embargo y a pesar de todo, ¡admitámosla! En ese caso, ¿cuál es la razón de los persas, según dice poseían el Graal, para tener abrazado el dualismo maniqueo mucho antes que los Cátaros?

-¡Por la misma razón! ¡No llegaron a traducir correctamente las tablas!

Hubo un silencio. Ya había gente durmiendo en las tiendas. El viento se levantó durante unos segundos, silbó en las cuerdas que tensaban las lonas y dejó de existir por un tiempo indeterminado. En una cumbre revelada por un fragmento de espacio más oscuro que el resto del firmamento, la estrella del Pastor <sup>1</sup> encendía un fuego de San Juan que un pastor invisible atizaba. Paralizados por el frío que congelaba la nieve, los murmullos del agua cesaron por completo. De cuando en cuando, y cada vez más espaciadamente según el tiempo fluía, una piedra rodaba en las gargantas del pico de Soularac.

-¿Y si el Graal fuese descubierto y traducido, que podría suceder?, preguntó Roger Barbaïra.

-Si así fuese, respondió el escritor alemán en voz baja, el destino del hombre de raza blanca tomaría un derrotero completamente distinto.

-¿Qué quiere decir?

-Es difícil decirle más. No le creo lo suficientemente abierto a estos problemas para exponerlos en toda su magnitud. ¡Y además, no soy profeta! ¡Sepa apenas que una vez encontrado y descifrado el Graal, Europa dejará de balancearse entre el

---

<sup>1</sup> Como en algunas tradiciones se denomina popularmente al planeta Venus. Para los antiguos griegos era la estrella Capella, que era el pastor que arreaba a un rebaño de vacas (la Vía Láctea).

cristianismo y el comunismo y apagará esos dos semblantes de la lepra que la corroen la cara y la ciegan!

De nuevo, se dio un silencio.

-¿Y si no fuese?, preguntó Barbaïra.

-El mejor de vuestros trovadores, Peire Cardinal, ya respondió a esa pregunta:

*Prochains sont certes les temps  
Oû le monde sera sens dessus dessous,  
Oû le curé ira au tournoi  
Et la femme fera le sermón <sup>1</sup>.*

Otto Rahn sonrió, apretó la mano del joven y se retiró a su tienda.



Divididos en dos equipos, los *ajistes* buscan ahora las grutas descubiertas el año anterior. Robuffay se acuerda que tenían tres aberturas pequeñas, al contrario de la de La Frau, explorada por ellos mismos, y de las de Bouan, y Lombrives, exploradas por Rahn y Gadal.

-¡Recorrí doce kilómetros en Lombrives y no llegué a las últimas chimeneas!, dijo el alemán a Barbaïra, que dirige el equipo de Soularac.

Unas veces marcha con él y otras con Robuffay, responsable del equipo de Saint Barthélemy. En efecto, en el Centro Laico de los Albergues de Juventud no hay jefes, sino responsables. La pequeña mentira dialéctica divierte mucho a Otto Rahn, ya que en el mundo de la montaña como en otros aspectos de la vida, es el mejor, el más fuerte o el más "comprometido" de los muchachos el que va a la cabeza del rebaño.

---

<sup>1</sup> Próximos están ciertos los tiempos  
Del mundo vuelto del revés  
El cura ira a las discusiones  
Y la mujer dirá el sermón

La base del pico de Soularac se asienta directamente en los pastizales. En parte alguna la vegetación cubre los peñascos. Por el contrario, la vertiente este de Saint-Barthélemy que oculta la abertura de la gruta, se sumerge en los matorrales de las pendientes superiores del Val de l'Incant. Robuffay la acomete con la fuerza del leñador. A la maraña de espinos, bojs y werneritas opone su cara tallada a cincel, una expresión de obstinación, manos rudas, crisis súbitas de violencia y, de vez en cuando, una cólera que de eco en eco despierta toda la montaña....

Barbaïra espera descubrir rápidamente la caverna de Soularac. Cuando en la primera noche regresa espantado y desengañado al campamento-base, le dice a Rahn:

-¡Es curioso! ¡No reconozco nada! ¡Los pasos y laderas cambiaron de aspecto! ¡La entrada quedaba próxima a una chimenea abierta que ahora no consigo encontrar!

Robuffay acaba de obtener un resultado igualmente negativo, pero por razones más evidentes. El año pasado había atravesado esa zona antes de la llegada de la primavera. La vegetación, ahora muy alta oculta los pasos, de forma que va hacer falta mucha suerte para descubrir una abertura tras la cortina negra de bojs.

Segundo día de búsquedas. Nuevos contratiempos. Llegada la noche, los rostros quemados por el sol y la altitud se inclinan hacia la fogata del campamento. Las manos arañadas por los espinos se extienden a las comidas y los platos. Auda Isarn, que dirige la cocina, preparó una cantidad enorme de arroz caldoso que los muchachos engullen sin hacer el menor enjuiciamiento. Media hora después, roncan en las tiendas. Auda y el escritor alemán están despiertos. La soledad a dos y el fuego que se apoya en la noche invitan a proseguir su corte de amor germano-languedociana. Dice a la joven:

-¿Sabe que en Dodoma, donde se encontraba el roble más venerado de Grecia, las sacerdotisas de Artemisa se llamaban palomas?... ¿Y qué la paloma era el ave sagrada de los Cátaros?... ¡En Viernes santo, día de la *Minne*, esto es, del amor supremo, una paloma iba a depositar una hostia en el Graal!

Posaba en Auda Isarn una mirada muy dulce, hablaba con voz húmeda y escogía las palabras del fondo de su elevada cultura. A través de la bruma roja y negra, de la barrera del fuego y de la noche que los separaba, su mano acariciaba la de la joven tras su búsqueda.

-En 1930 descubrí una paloma cátara grabada en la roca de una gruta de Sabarthès. Hace ocho días descubrí otra, ¡mas esa está bien viva! ¡Que Auda Isarn, paloma cátara, pueda también depositar mañana una hostia en el Graal!

La muchacha levantó los hombros y respondió con voz cansada:

-¡Por favor, señor Rahn! Robuffay e Barbaïra me hacen la corte, lo que no me divierte nada! ¡Tengo la mayor simpatía por usted, pero quiero continuar siendo para todos sólo una camarada!

Desapareció en la sombra. Rahn la oyó removerse dentro de la tienda durante algún tiempo. Momentos después, se perfiló de nuevo entre el carmín y el negro y le extendió un libro abierto. Era el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach y *La Leyenda del Santo Graal* de Heinrich que le había prestado. Auda Isarn había subrayado un pasaje que él leyó:

*Les chevaliers aussi qui, là-bas, le gardent  
Doivent éter sans tache dans leur chasteté.  
Quiconque veut appartenir au Graal  
Doit répudier entièrement l'amour féminin <sup>1</sup>.*

Otto Rahn se calló profundamente desolado. Y fue a echarse llevando a guisa de consolación la imagen de la sonrisa que por primera vez Auda Isarn le acababa de ofrecer. Era una sonrisa que un hombre no podía ligar a la pasión, triste, despojada de toda esperanza.



---

<sup>1</sup> También los caballeros que lo guardan  
Deben ser castos y sin mácula  
El que aspira pertenecer al Graal  
Debe repudiar por completo el amor femenino.

Las indagaciones fueron retomadas en el tercer día, pero no dieron mejores resultados que en los anteriores. Perseguidos por un huracán que batía en la cumbre del Soularac y hacía rodar nubes de seda color de azufre que llenaban lentamente los corredores rocosos, los dos equipos regresaron al campamento con media hora de intervalo. La noche parecía haber caído con dos horas de adelanto sobre el horario habitual. El relámpago rendía el día, desdoblando sudarios informes de vagas luminosidades, tan de prisa disimuladas como descubiertas por las densas nubes. Con las primeras gotas de lluvia, largas y achatadas como hostias, Barbaira entró en la tienda de Otto Rahn.

-Es una tempestad local, aseveró el alemán. ¡Alguien tiró una piedra al lago de los Druidas!

Impresionado Barbaira respondió con gran estupefacción:

-¿Una piedra?... Esta mañana tiramos piedras al pasar por un lago... para ver quien era capaz de hacerlo más lejos, pero en el lago que la gente de aquí llama de las Truchas.

También los caballeros que lo guardan

Deben ser castos y sin mácula

El que aspira pertenecer al Graal

Debe repudiar por completo el amor femenino.

-Sé eso, pero esa gente está engañada. ¡Es el lago de los Druidas! Me lo contaron todo en 1931... Mucho antes del nacimiento de Jesucristo, la gente del lugar moría en masa, afectados por una dolencia desconocida... Los druidas aconsejaron que se lanzase al lago todo lo que fuese de oro para aplacar a las divinidades ocultas, señoras de la vida y la muerte. Hecho eso, los druidas trazaron un círculo mágico alrededor del *estang*. Una vez que todos los peces murieron, no se puede llamar hoy lago de las Truchas! De verde que era, el lago pasó a ser negro. Las personas sanaron, pero desde entonces, todo aquel que rompa el círculo mágico para apropiarse del oro sumergido morirá de la misma dolencia que otrora asoló la región. Las piedras tiradas en el *estang mal* <sup>1</sup> despiertan al Maligno y provocan su cólera. ¡Entonces desencadena una

---

<sup>1</sup> Se puede traducir como: 'Estanque de la Maldad' (N.d.T.)

tempestad a modo de aviso!... Tal es la leyenda local. Tal es también el fruto de la experiencia. Efectivamente, todas las veces que las personas de Montsegur tiran piedras al lago, la tempestad se forma en el pico de Soularac, y sólo allí! ¿Qué curioso, no?...

La tempestad ruge. La lluvia chasquea en las tiendas que el viento maltrata como velos empapados. Cae sin cesar durante toda la noche y hasta el medio día. El agua corre con ímpetu por los corredores de la montaña. Encerrados en el campamento-base, los *ajistes* duermen, sueñan, juegan a las cartas y batallas navales, el juego de las 'tres en raya'.... Jornada triste y al mismo tiempo beneficiosa. Se restablece la fuerza física mientras que la moral dormita como un fuego cubierto de cenizas.

Los jóvenes del Centro Laico de los Albergues de Juventud se habituaron a barrer y negar lo sobrenatural de sus preocupaciones. Pero continúa lloviendo y la tempestad se prevé larga. Cielo color ceniza. Pastos grisáceos. Roquedales negros y grises. Lluvia. Granizo. Relámpagos. La temperatura bajó quince grados. Las lonas de las tiendas se pegan a las camisas. Es imposible encender una hoguera. Auda Isarn abre latas de conserva. Otto Rahn bucea de nuevo en el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach.

*Car elle est bien veillée et surveillée  
Par des chevaliers cette contrée,  
En sorte qu'on ne peut  
Traverser la forêt par dol et artifice...*<sup>1</sup>



Equipado de los pies a la cabeza con la cuerda de seguridad en bandolera, Robert Robuffay reúne a su equipo al amanecer del quinto día. Con el rostro crispado de cólera, grita y blande el

---

<sup>1</sup> Porque está despierta y vigilada  
Por caballeros esta tierra  
De manera que no se puede  
Atravesar el bosque con fraudes y artificios... (N.d.T.)

piolet que acostumbra usar para abrirse paso entre los matorrales:

-¡Buen dios! ¡Voy a arrancar este maldito matorral hasta encontrar la *spulga* del diablo! ¡Ah, si!, ¡voy a encontrarla!

¡Efectivamente, a las tres de la tarde encuentra la entrada a la gruta, comprobando por las referencias del lugar que había estado muy cerca de ella desde el primer día! Dado el mal funcionamiento de la linterna de carburo de calcio, avanza una treinta de metros en el interior y para.

-¿Qué aspecto tiene?, pregunta ávidamente Otto Rahn.

-Hasta ahora, solo veo una galería.

-¿Ve algún vestigio? ¿Inscripciones?....

-Nada.

El buen tiempo volvió de nuevo a la montaña. Cuando los dos equipos, reunidos en una única fila y más cargados que nunca, abandonaron en la madrugada del sexto día el campamento-base, la luz surgió de nuevo y las aristas del Soularac y Saint-Barthélemy parecían rediseñadas con una precisión casi cruel en la atmósfera purificada por la reciente lluvia. Rahn decidió abandonar las búsquedas en el Soularac y concentrar la totalidad de las fuerzas en la gruta de Saint-Barthélemy. Al cabo de cuatro días, finalizada o no la misión y cualquiera que sea su fruto, tiene que regresar imperiosamente a Alemania.

En 1937, el material de espeleología ser reducía a su mínima expresión. No había escalas de cable de acero ni cabrestantes para subir y descender. Ni linternas eléctricas de larga duración, teléfono o radio para mantener el contacto entre los hombres de delante y de la superficie. Robuffay, Barbaïra y Rahn, que marchan al frente, disponen apenas de tres rollos de cuerda de veinte metros de longitud, tres lámparas de carburo de calcio y una linterna eléctrica de bolsillo. Las otras dos lámparas de carburo están reservadas para los muchachos que están de guardia. De momento, ninguno de los exploradores podía concebir que tenía de llegar el día en que los espeleólogos no se aventurarían a entrar en una gruta sin casco de protección.

Otto Rahn, sin embargo, segundo tras Robuffay, se siente protegido por el poeta esotérico que le trajo a esa región salvaje de los Pirineos:

*Près de lui, Parzival apprend  
De secrètes nouvelles du Graal  
A une grotte l'hôte le conduisit...*<sup>1</sup>

La galería que siguen se hunde con una suave inclinación. La bóveda es tan baja, que los exploradores tienen que caminar ligeramente curvados. ¡De vez en cuando, uno de ellos da con la cabeza en las rocas del techo y echa unas pestes! Las paredes de caliza están bien secas.

-En estas condiciones, dice el alemán, si los Cátaros dejaron inscripciones, debemos encontrarlas intactas. ¿No se olvidó de la máquina de fotos, Barbaïra?

-No.

-¿Ni del magnesio?

-Tampoco.

A pesar de que suelo seco no cede bajo los pies, se adentran con toda la precaución. Paran de cuando en cuando para regular las viejas lámparas... picas atascadas, juntas de goma con fugas...

Al medio día, ya habían caminado un centenar de metros debajo de la montaña a través de una galería vulgar sin cualesquiera inscripciones, diseños rupestres, estalactitas o estalagmitas. Barbaïra parece decepcionado y dice:

-¡Tanto esfuerzo para llegar a una galería tan vulgar!

Pero el entusiasmo de Otto Rahn no se enfriaba.

-¡Tengo la certeza que en la profundidad vamos encontrar cosas formidables!

La tarde se encontraba avanzada cuando retomaron la exploración, pero justo después, cincuenta metros al frente del punto alcanzado por la mañana, se topan con el final de la galería. A sus pies, un pozo profundo. Robuffay desenrolla la

---

<sup>1</sup> Cerca de él, Parzival aprende  
De noticias secretas de Graal  
A una gruta el huésped lo condujo

cuerda de veinte metros y desciende una lámpara en las profundidades. La lámpara ilumina una plataforma, y más allá, un vacío inclinado cuyo ángulo les obligará a un avance bastante más delicado que el efectuado hasta entonces.

-Se puede montar un *rappel* con dos cuerdas de veinte metros, dice Robuffay, pero necesito una estaca para sujetarlas una vez visto que no hay aquí un saliente de roca lo suficientemente grande y seguro. ¡Dejemos eso para mañana!



Regresaron al campamento y se instalaron alrededor del fuego. Barbaïra dijo al alemán:

-He estado pensando en lo que me dijo la otra noche sobre el Graal. ¡Es una interpretación nueva y muy seductora realmente!... El Graal pagano tomado por el judaísmo cristiano, he aquí lo que está en consonancia con una historia cuyo sentido profundo sólo ahora comienzo a entrever!

-¿Ahora cree en ello?

-¡Tengo necesidad de creer!

Otto Rahn contemplaba al joven cuyo rostro entregado a los reflejos del fuego tomaba el tono cobrizo de un semblante indio.

-¡En ese caso, señor Barbaïra, también le puedo explicar porque tiene necesidad del Graal, lo que, dado su escepticismo, no pude hacer la otra noche! Hará cinco mil años o tal vez más –un segundo en la historia de los seres vivientes- comenzó entre el pueblo judío y los arios una lucha sin piedad por la conquista del mundo! ¡Los judíos, minoritarios, avanzaron con paso firme por el rumbo que escogieron de una vez por todas y nunca traicionaron su destino primitivo porque poseen las Tablas de la Ley! Los arios perdieron las suyas, o sea, el Graal, las tablas grabadas en "escritura pagana cifrada" que les daban el argumento de su continuidad histórica... ¡De ahí, la actitud caótica, las acciones contradictorias, la vacilación al escoger entre la ley del espíritu y de la materia, la imposibilidad de verdadera afirmación!... Al aplastar a los judíos, les impidieron el camino al dominio mundial por algunos siglos, pero no lo hicieron con pleno conocimiento de causa. Instinto animal,

simplemente, la reacción gregaria de su enorme superioridad racial. Apartado el peligro por algún tiempo, volvieron a lo mismo. ¡Mientras perdían su dirección de conciencia, su Graal, los judíos salvaban el suyo!

-¡El señor habla como un hitleriano!, dijo Barbaïra súbitamente desconfiado.

-¿Y por qué no? Estoy convencido que mi país posee una verdad formidable que es necesario revelar al mundo!

-Todo eso merece ser reflexionado seriamente, murmuró el joven al retirarse.

En el campamento-base que en esa noche parece clavado al suelo por millares de estrellas, nadie duerme profundamente. La lámpara de Rahn vela, Roger Barbaïra se acuesta de espaldas al fuego de leña que acaba por consumirse con pequeños fragores de llama, después con fulgores rojos de constelación y, finalmente con un hongo de humo que se redondea, se deshace y se disipa en bruma.

Un silencio mineral se suma al peso de la montaña evanescente que Barbaïra contempla encima de si. De repente, se clava en el silencio que nada perturba una voz humana, una solicitud cautelosa.

-Auda...

Roger Barbaïra se yergue sobre un codo. Con una flamante acuidad intenta perforar la noche con la vista. Tiene la impresión que la tienda de Auda Isarn, montada algo aparte de las demás, cambia de forma y una sombra insólita está posada en ella...

-Auda...

-¿Qué quieres?

-¡Abre!

Roger Barbaïra salta con los pies juntos y, en cuatro o cinco saltos que la hierba silencia, se tira sobre Robuffay, arrodillado delante de la tienda de la joven intentando abrir la cremallera. Sorprendido, Robuffay cae hacia atrás y recibe en la cara los puñetazos que Barbaïra le asesta desde su posición dominante. Robuffay se desembaraça con un golpe enérgico de riñones y lo sujeta por la cintura. Ambos caen estrechamente entrelazados y dan dos o tres vueltas en dirección al barranco. Se golpean en silencio durante algunos minutos, cada vez más lejos del

campamento a medida que la inclinación del terreno les impele hacia el desfiladero de La Peyre. El eco de los golpes se vuelve cada vez más débil y se apaga del todo cuando los rivales se separan y comienzan a friccionar la nariz hinchada como una coliflor y a limpiar la sangre de la boca...



-¿Debes haber sufrido bastante en este condenado matorral, no?, pregunta Rahn lanzando una mirada distraída al rostro de su jefe de montañeros.

-¡Ni me hable! ¡No hay nada peor!

En la mañana del séptimo día, cuando los tres hombres penetraron en la gruta seguidos de Reboul, Couquet y Ganet, que aseguran la vuelta a la superficie donde Ferrocas vigila, Robuffay continuaba agitado como un océano barrido por un huracán.

Una hora más tarde, al oír el rugido de un hombre al caer, ni Rahn ni Barbaïra saben decir si el explorador al frente cometió un error debido al estado de cólera en que se encontraba, se cayó por culpa de un *rappel* demasiado corto, o si el nudo que aseguraba ambas cuerdas se deshizo:

-¡Mierda!

Justo después, un choque velado. A continuación, silencio. La claridad azafranada de las lámparas de carburo de calcio no es suficiente para corregir la blancura calcárea de los rostros de Rahn y Barbaïra que se contemplan de frente con ojos que la estupefacción hace temer.

-¡Cayó!, anuncia el alemán boquiabierto.

Tras un instante de estupefacción, Barbaïra queda dominado por una explosión de cólera.

-¡Mal rayo me parta!... ¡En tres años de salidas *ajistes* nunca hubo un accidente!... ¡Tuvo que haber uno por causa de sus... (iba a decir por causa de sus fantasías, pero se contuvo) por causa de sus ambiciones!

Las palabras cayeron con violencia, pero estaban fuera de lugar en aquel ambiente de necrópolis donde veinte metros más abajo yacía probablemente un cadáver todavía caliente.

-¡Tenemos que hacer algo!.... ¡Tenemos que hacer algo!... repetía Otto Rahn con una intensidad lancinante de un disco rayado.

-¡Claro! ¡Es preciso hacer alguna cosa!, grita Barbaïra como si le lanzase una injuria.

Se vuelve hacia la entrada de la galería y grita:

-¡Ganet!... ¡Reboul!... ¡Couquet!... ¡Eh! ¡Robuffay cayó... Sí, ca-í-do!... ¡Deprisa, pásame otra cuerda!... ¡Una cuerda!

La súplica rueda peligrosamente en las profundidades. Una estrella pica el fondo sombrío y avanza centellando. Otra nace y se extingue, vuelve a iluminarse, crece y se transforma en un sol rojo. Jordi Couquet viene al frente vestido de luz dorada y atrás Ganet vestido de sombra, de la que se despide al entrar también en el círculo amarillo-azafrán que las lámparas dibujan alrededor a la abertura del pozo.

Roger Barbaïra ordena:

-¡Couquet, ve allí encima, deprisa! Ferrocas que va en la búsqueda de Auda, debe de estar en el campamento. Que venga lo más deprisa posible con el botiquín de primeros auxilios... ¡Vamos, anda, viejo! Ganet, ve a buscar una cuerda que está en mi bolsa, cerca de la entrada. ¡Anda! ¡Y trae a Couquet contigo. Hacen falta cinco para la maniobra!

Los dos muchachos se diluyen en la oscuridad y vuelven diez minutos después.

-¡Ferrocas fue en busca de Auda!

-Toma la cuerda, dice Lou Ganet.

Barbaïra la examina detenidamente y la prueba.

-¡Está rasgada, pero debe aguantar!

-¡Dóblala!

-Imposible. Robuffay necesitó de cuarenta metros en el *rappel*. Simplemente, llega a ser la justa. ¡Bueno, peor todavía! Vamos, es un riesgo que hemos de correr. Si me descendéis despacio, no hay razón para que se parta. Ahora mismo, voy a intentar llegar hasta la plataforma.

-Desciendo yo, replica el pequeño Ganet volviendo hacia él un rostro entusiasta y suplicante a la vez.

-¡No, yo desciendo!

-¡No, yo! ¡Soy más fuerte que tú!

-¡Cállate, chico!

Barbaïra vacila un instante, piensa e insiste:

-Yo soy el que va a buscar a ese bribón, no tu o cualquier otro! Cuando llegue allí abajo, recupero la cuerda de cuarenta metros, la amarro a la mía y vosotros tiráis. Subís a Robuffay. Aun siendo cuatro a tirar, va a costar bastante. Atención, que la cuerda deslice sobre la tierra y no en las rocas. Después, me sacáis también del agujero. ¡Vamos a ello!

Después de una hora de trabajo entrecortada por minutos intensos de emoción, de cuerdas entrelazadas, de nosotros hechos, desechos y rehechos, de idas y venidas de abajo para arriba y de arriba para abajo del cuerpo inerte y suspendido en el vacío, de esfuerzos terribles para izar un peso muerto de setenta y cinco kilos, Robuffay es izado hasta el borde del pozo.

-No respira, observa Otto Rahn con una angustia que conlleva un sentimiento de culpabilidad.

-¡No comiencen a discutir!, gritó Jordi Couquet. Ahora, es necesario sacar a Barbaïra de allí.

Lo sacaron, y después transportaron a la víctima a lo largo de la galería con toda la precaución posible. Robuffay tenía los ojos cerrados, los miembros inertes y el rostro cubierto de sangre.

-¡Muerto!, dijo Rahn.

Después, con el rostro el rostro crispado y los ojos húmedos, murmuró algo para sí.

*En verité, tu as nom Parzival  
Cela signifie à coup sûr pourfendu,  
Car grand amour creusa profondes rides <sup>1</sup>.*



-¡Dale un sorbo de coñac entre los dientes!, ordenó Barbaïra.

---

<sup>1</sup> En verdad, tu nombre es Parsifal  
Que significa partido por la mitad  
Porque el gran amor cava hondos surcos.

Uno de los chicos le abrió los maxilares contraídos y vertió en la boca una cantidad de coñac capaz de levantar a un muerto, pero Robuffay continuó inmóvil.

-Hemos de hacerle la respiración artificial, dijo Barbaïra mirando para Reboul, ¿sabes como se hace eso?

-¡No!

-¿Y tu, Couquet?

-Tampoco.

Nadie sabía aplicar la respiración boca-boca. Continuaban de brazos caídos y manos vacías rodeando el cuerpo extendido como si un nuevo rayo venido del lago de los Druidas los acabase de transformar en estatuas de ceniza.

-¿Y Auda? ¿Qué anda haciendo tanto tiempo?, clamó Barbaïra mirando a las faldas de la montaña. ¡Hace más de una hora que Ferrocas fue a llamarla!

Auda Isarn no llegaba. El campamento quedaba muy lejos de la gruta. Ningún camino los unía a pesar de que el terreno no presentaba obstáculos como en la alta montaña, que comportaba algunas encerronas. El recelo por otro accidente aumentaba en todos.

Al ver aparecer a la joven media hora después sin aliento, de cejas fruncidas y manos vacías, Barbaïra soltó un suspiro de alivio.

-¿No trajo el botiquín de primeros auxilios?, preguntó el alemán.

Auda Isarn se encogió de hombros, avanzó hacia el herido y preguntó:

-¿Qué pasó?

-Robuffay cayó de cabeza, precisó Roger Barbaïra.

Como la muchacha le escudriñaba el rostro formulando una interrogación muda, sonrió añadiendo a continuación:

-¡Nadie lo empujó, puedes creer! ¡Cayó! ¡Y desde lo alto! ¡Observa su sangre!

-¡Las heridas en el cuero cabelludo no prueban nada!

-¿Qué se puede hacer?

-Todo o nada... Depende.

Constantemente posaba en él una interrogación muda y extraña de unos ojos negros iluminados por un fuego interior

que parecía consumirla. Barbaïra se sentía vagamente dueño del destino de aquel hombre tendido. Y veía en su rostro la marca de los golpes que le había propinado durante la noche.

-¿Cuál es tu opinión, Auda?

-Soy enfermera. Al servicio de todos los que sufren...¡Sin distinción!

-¿Sin distinción?...¡Oye!...

Auda Isarn se arrodilló al lado del hombre inanimado, irguió la nuca con las manos y comenzó una especie de masaje muy lento y continuo. A intervalos regulares lo interrumpía, buscaba con los pulgares un lugar concreto del cráneo detrás del cerebelo y presionaba ligeramente. Después retomaba el movimiento de las manos, más parecido y próximo a una unción sacerdotal que a un procedimiento clínico habitual.

La operación duró mucho tiempo. Barbaïra se retiró mientras tanto a la entrada de la gruta, y ayudado por Lou Ganet y Jordi Couquet, fue guardando en las mochilas el material esparcido. Otto Rahn, aplastado por el peso de la responsabilidad, permanecía sentado a cierta distancia con la cabeza en las rodillas y los brazos caídos. Los otros, agotados por la fatiga, estaban tumbados en la hierba y parecían dormir.

Debía pasar de las tres horas de la tarde cuando Robuffay abrió los ojos. Se irguió casi en el mismo instante, se encaró con Auda Isarn con profunda curiosidad, pasó su mano por la frente y preguntó con voz soñolienta:

-¿Qué sucedió?

Rahn dio un salto. Los muchachos corrieron al herido. El alemán exclamó nerviosamente:

-¡Ah!, ¡mi amigo! ¡Vivo, vivo! ¡Qué maravilla! Cayó en el pozo. ¡Su *rappel* se soltó no se sabe como!

-¡Seis metros!, confirmó Barbaïra. ¡Los medí! ¡Tuviste suerte, sinvergüenza!

Ante el espanto de todos, Robuffay se puso de pie e intentó dar algunos pasos. No parecía sufrir, reía con cierto nerviosismo y repetía:

-¡Qué estupidez! ¡Qué estupidez!

Auda Isarn tiró de la cabeza de Barbaïra la gran boina con forma de visera que le resguardaba la frente, la hundió en una

poza de agua de nieve dura y lavó la sangre seca que ponía una máscara trágica en la expresión del rescatado. Sólo quedaron las marcas dejadas por el combate nocturno.

-¡Así, dijo ella forzando una sonrisa, estás más presentable!

-¡Robuffay, mi viejo!, gritó Ferrocas, debes un gran favor a tu enfermera. ¡Nos quedamos todos de brazos caídos, y sin ella habrías 'estirado la pata'!

El jefe de escaladas agarró la mano de la muchacha, pero en el mismo instante en que la presión ejercida comenzó a mudar de naturaleza y dejar de expresar un reconocimiento en provecho de deseos masculinos. Auda Isarn la retiró bruscamente como si acabase de tocar inadvertidamente un hierro incandescente.

-Tenemos que volver al campamento, anunció Jordi Couquet. ¡Con ese individuo medio desecho, tenemos que contar por lo menos con tres horas!

Y así Robuffay comenzó el descenso del declive a paso normal. Pidió solo que le aliviasen del peso de la bolsa que el joven Ganet, aparte de la suya propia, llevaba ahora con entusiasmo, manteniendo secreta como era costumbre, la buena acción escultista<sup>1</sup> de la que los "buenos padres" le tenían privado. Otto Rahn caminaba al lado de Barbaïra.

-Extraordinaria la manera como Auda reanimó a nuestro jefe de montañeros, observó.

-Es alumna de enfermería en Toulouse, y aparte de eso, estudiosa e inteligente, explicó sobriamente el mozo.

El alemán no se dio por satisfecho.

-¡Ta! ¡Ta! ¡Ta!, murmuró. No utilizó métodos normales. ¡Hubo aquí cualquier otra cosa!

Barbaïra sonrió mientras pensaba ¡"este alemán es un observador terrible"! Ahora se sentía ligado a él por una cierta complicidad nacida durante la noche en que le explicó los orígenes y el misterio del Graal. Le respondió:

-El señor confió en mi aquella noche en la que contó ciertas cosas que no están en los libros. Pues bien, le devuelvo el favor,

---

<sup>1</sup> Acción de Scout –boy scout– Es decir, miembro perteneciente al Movimiento Scout o Escultismo.

pero le pido la misma discreción como la que me pidió que observase. Se trata de lo siguiente... Auda Isarn es hija de un célebre curandero de Toulouse, un hombre que ganó millones gracias a sus dones, pero que volvió a perderlos debido a la maldad, mediocridad, y ferocidad de sus rivales, puestas al servicio de sus posiciones adquiridas. Tuvo contratiempos graves con el consejo de la Orden de Médicos y lo condenaron. ¡Auda, como siempre algo exagerada, sacó de esa condena un complejo de inferioridad y hasta de culpabilidad! Por eso mismo quiso ser médica para cubrirse, pero perdió la oportunidad y se tiene que contentar con el título de enfermera...

-¡Comprendo!, dijo Rahn.

-Como se siente perseguida, es muy cautelosa. Casi nunca se conduce como hoy la vio conducirse. Si no le hubiese dado órdenes apremiantes, hubiera dejado morir al compañero. Ahí está, eso es todo. Naturalmente, espero que guarde esto para sí... Soy el único de los AJ que conoce esa particularidad.

En virtud de carácter leal, pero también por el desarrollo acelerado de los acontecimientos, la discreción de Otto Rahn estaba garantizada.

Hubo que abandonar la búsqueda del Graal al día siguiente. Tras el accidente de Robuffay, los *ajistes* no mostraban gran entusiasmo con la exploración de la gruta. El campamento fue desmontado, el equipo descendió a Montsegur, montó en bicicletas y tomó la carretera de Foix.

Días después, Otto Rahn <sup>1</sup> partía nuevamente para Alemania y nadie en el Languedoc oyó hablar más de él.

### III

El albergue de juventud *Au-devant de la Vie* se erguía entre Foix y Roquefixade, en las colinas arboladas que bordean el valle de Scios, a unos cientos de metros de la carretera. El

---

<sup>1</sup> Hasta hace pocos años, la posición del escritor Otto Rahn como "esperanza del NSDAP" continuaba siendo ignorada por los numerosos amigos que tenía en el Languedoc, que lo consideraban un "liberal".

camino de acceso seguía el curso de un arroyo que brincaba por encima de las rocas pulidas y tapizadas de musgo. Atravesaba la antigua quinta donde ahora se abrigaba el albergue, y el bosque de robles y hayas que cedían sitio a los abetos negros a medida que aumentaba la altitud. Más arriba y por turno, los abetos retrocedían ante los prados azulados atravesados por pequeños bosques. Un lago de origen glaciar absorbía los colores del cielo. Más adelante, una zona rocosa coronaba la espina de la pequeña montaña. A continuación de las mesas de piedra vestidas de rododendros, los pastores descubrían la cordillera principal de los Pirineos y las nieves reblandecidas de los primeros calores. Cuando, de acuerdo con las estaciones, los carneros llegaban a la aldea más o menos a la hora azulada, después malva y por fin negra, su olor seboso entraba en el albergue de juventud con el perfume balsámico de los abetos, del opio del matorral y de la emanación endulzada de los champiñones y majuelos...

Aria de viento en los roquedos hundidos. Ruido sordo del paso de los rebaños en marcha a través de una aureola de una polvareda dorada. Arpegios de agua en las rocas pulidas. Llamamientos de cucos. Dueto de ruiseñores. Y en sábado, en medio de los acorde de la *Sinfonía Pastoral*, el rechinamiento de las botas pesadas en el barrillo del camino. Muchachos y muchachas subían en dirección al albergue de juventud *Au-devant de la Vie...*



Las bicicletas se dejaban en el antiguo establo donde reinaba un caos pavoroso... Cadenas herrumbrosas, montones de patatas germinadas, gallinas colocadas en un Peugeot *quadrilette* fuera de uso. A un lado, debajo de una sábana, camas desarmadas, armarios, mesillas y mesas de cocina, libros atados en manojos. Robert Robuffay dio un puntapié en un balde viejo que le impedía el camino y sin conceder una mirada al panel que explicaba la presencia de tal bazar en aquella sala de ventas durmiente, apoyó la bicicleta en una cómoda de caoba carcomida. ¡Conocía el texto del lema!... "¡Hermano

desconocido que pasas por este albergue, te dejo todo lo que constituía la alegría de mi lugar. Te ofrezco estos libros, los compañeros de mi soledad, para alimentar tus sueños... Come en mi mesa, tumbate en mi cama, parte a viajes lejanos. Como burgués amigo de mitos, podía poner fundas cubriendo mis sofás. Las cosas buenas y bellas fueron hechas para alegría de todos. Usa lo que me pertenece, yo te retribuyo con amistad, pero hazlo con circunspección, otras personas irán pasando después de ti!

André des Cévennes".

El grupo atravesó el espacio abierto entre el antiguo establo y el edificio principal. Ferrocas se lavaba la cara en el grifo del depósito ornamentado con una tablilla gravada: "Cierra el grifo, piensa que el agua está a trescientos metros". Los muchachos y Auda Isarn, acompañada de otra muchacha, entraron en el albergue de juventud.

-¡Hola, *pau*!

-¡Hola, camaradas!

Estève Caberol, *père aubergiste*, tendría cuarenta o cuarenta y cinco años. Bajo, grueso, de cabello escaso y canoso, se caracterizaba por un tic especial: el movimiento que hacía con la cabeza hacia el hombro derecho, del que parecía servirse para lanzar hacia atrás las reflexiones marcadas por el sentido común y todo lo que fuesen enunciados constructivos; pero también por unos ojos extraordinariamente claros, verdaderos espejos de sueño, incapaces de reflejar mas que una ingenuidad innata y una bondad evangélica.

- ¡El *pau* continua discutiendo con los trotskistas! ¡Y va para largo!, refunfuñó Roger Barbaïra al tiempo que posaba la bolsa en un banco.

La sala tenía más de diez metros de longitud y parecía completamente ocupada por una mesa inmensa. Restos de abeto y raíces de boj ardían en fogón abierto casi a nivel bajo techo. Barbaïra dio la vuelta a la dependencia y pasó a lo largo de las paredes sin mirar la decoración... Extractos del reglamento del Centro Laico de Albergues de Juventud... Un mensaje de Léo Lagrange, ministro de Deportes y Tiempo Libre... Dos frases de

Jean Giono con pinturas de un artista desconocido: "Alistaos en la cruzada de la pobreza contra el dominio de la riqueza" e "Tras la guerra, sólo vive el que no la hizo"... El cartel vecino constituía un llamamiento a las armas de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) lanzado por la central de Barcelona para reclutar voluntarios en la lucha contra Franco y suponía un contraste con sabor. Dos banderas negras enlazadas dispuestas por el *père aubergiste* encuadraban el mensaje redactado en catalán.

Puertas en cada extremo de la dependencia. Una de ellas daba a una dependencia que llamaba los *ajistes* a la tarea de lavar la vajilla, siempre cumplida en común. Placas grabadas nuevas nos invitaban a pensar una vez más: "Si piensas bien, ordena los tenedores y cucharas en el armario grande. Las cinco navajas forman parte del material del AJ... Si piensas bien, no metas ninguna en la bolsa".

Barbaïra volvió a coger el saco y subió con los camaradas al primer piso. Dos dormitorios separados por un tabique ocupaban toda la extensión del edificio. Las chicas, al este, los muchachos, al oeste. En las paredes, entre algunos frescos *au pochoir*<sup>1</sup> representando la vida *ajiste* estilizada, reclamos y eslóganes... "El cantar la *Internacional* batiendo la mayonesa como quien canta *Tout va très bien, madame la Marquise*, no es internacionalismo"...

Los muchachos se quitaron las botas, se calzaron zapatillas y volvieron a la sala. Al descender las escaleras, Barbaïra, Ferrocas, Chabrol, Robuffay, Peyrat, Couquet. Ganet, oían fragmentos de la discusión entre el *père aubergiste* y los trotskistas...

- Todos los hombres son hermanos...
- El pueblo español en lucha contra el fascismo pide auxilio...
- ¡Los tipos de la F.A.I. son unos canallas! ¡Viva el P.O.U.M.!
- La apropiación de los medios de producción...
- Yo acá, estoy por la colectivización de las muchachas y del resto...

---

<sup>1</sup> con plantilla.

-¡Al comunismo burgués opongo la gran idea de la revolución permanente de Trotsky!

Guyot Peyrat se aproximó al fuego y dijo:

-¡Dejarme sentar y acabad de una vez con las discusiones políticas!

Roger Barbaïra puso la mano en el hombro del *père aubergiste* y le hizo levantarse al proclamar:

-¡*Pau*, todo el mundo sabe que el señor es un viejo anarquista! ¡No empiece de nuevo! Muéstreme lo que produjo en el último mes.



Estève Caberol había viajado mucho, pero nunca se ligó a un país en especial ni se estableció en profesión alguna. Observaba todo con panfilismo, pero le faltaba estabilidad. Nacido en Sahorre, en la falda del Canigou, en la Cataluña francesa; dejó muy pronto el país y terminó por inclinarse por el Languedoc, cuyo argot, costumbres y paisajes creaban a su alrededor un clima de libertad en el que su vocación de artista y anarquista militante no se sentía minimamente constreñida. El país que siete siglos antes había protegido a los judíos y la herejía sólo podía ser benévolo con los libertarios. Indemnizado con una suma irrisoria –además adelantada por su compañera Judith, una mujer abandonada y ahora puesta a disposición de los jóvenes– vivía por el país y la juventud, sin embargo bastante mal, con dormidas *ajistes* a cuatro francos; y para obtener el dinero que Judith le recusaba, fabricaba loza de arcilla y esmaltes al horno.

Empujó la puerta frente a la pila de lavar la vajilla e introdujo a Barbaïra en el taller. En un de los ángulos del departamento iluminado por la luz oblicua de la ventana, el torno de alfarero artesano. En una pared, estanterías cargadas con la producción del último mes.

Roger Barbaïra cogió algunas piezas las contempló haciendo muecas.

-*Pau*... todo esto... que vulgaridad ¿Por qué desperdicia su talento de esta manera?... ¡Muestre lo que tiene escondido por ahí!

Estève Caberol sonrió, abrió un armario y tomó una placa esmaltada al horno.

-La loza es para vender... ¡Es el lado ingrato de la alfarería! ¡Eh! ¡Eh! ¡Pero esto es para mi y no para labriegos!

La obra representaba una cabeza de pastor estilizada según una manufactura moderna, pero los esmaltes reflejaban los fuegos del Infierno e los azules del Cielo cuyo secreto había desaparecido con los grandes iluministas de vitrales del siglo XIV.

-¡Magnifico, *Pau*! ¿Por qué no intenta conseguir una fórmula conciliadora entre el arte y el comercio? ¿Podría crear algunas piezas alusivas a la historia del país y producirlas después en gran escala!

-¿La historia del país? ¿Qué historia?

-¡Pues, la nuestra!

-¿Qué tipo de piezas?

Roger Barbaïra reflexionó un poco, levantó la cabeza y propuso:

-¿Por qué no una bella paloma cá tara?

-No sé lo que es eso.

-Puedo darte el modelo que un escritor alemán me dejó.

-¡No quiero estar debiendo favores a los *boches*<sup>1</sup> fascistas!

-¡Vale, vale, *Pau*!

-Y no tendría éxito alguno. ¡Nadie sabe que hay palomas cá taras!

De repente Barbaïra se golpeó la cabeza y soltó una carcajada.

-¡Ya se, *Pau*! ¡Podías hacer el Graal!

No estaba pensando en las láminas grabadas por los últimos paganos iniciados de las que Otto Rahn le había hecho mención de su existencia y que seis meses antes buscaba con entusiasmo renovado en la gruta de Saint-Barthélemy, y si en el Graal de los cristianos, inventado para apagar, al mismo tiempo que el resto, la rememoración de la antigua cultura pagana. Dada la complicidad nacida una noche entre él y el escritor alemán, por nada del mundo habría revelado el secreto del Graal de piedra,

---

<sup>1</sup> teutones, germanos.

pero el Graal de los cristianos le parecía digno de ser comercializado en provecho de la superstición popular.

-¿El Graal?, dijo lentamente Estève Caberol... ¿Qué es eso?

-¡La copa de esmeralda que recogió la sangre de Cristo!... ¿No conoces la leyenda?, ¡Pues, *pau*, forma parte del folklore religioso! ¡Es oficial!; Si hicieses en el horno una bella copa esmaltada, hasta los curas del país ayudaban en las ventas! ¡Incluso podías intentar que cotizara en Bolsa! La primera que cuezas será presentada como la verdadera copa del Graal. ¡Puedes decir que la descubriste en una gruta! ¡Uhm! ¿Qué tal? ¡Y encontrarás fácilmente un americano lo bastante estúpido que te pague cien mil dólares por ella! ¡Helo aquí rico para el resto de sus días! ¡Eh, eh!...

Estève Caberol realizó aquel movimiento familiar de la cabeza en dirección al hombro derecho con el que rechazaba las propuestas constructivas y replicó con vivacidad:

-¡No! ¡Jamás avivaré la superstición!

-¡Haces mal, *pau*! ¡De cualquier forma, piensa en cualquier cosa alusiva a la historia del país!

El anarquista volvió a colocar la placa esmaltada en el armario y dijo mientras daba la vuelta a la llave de la cerradura:

-¡Tengo que evitar que Judith la encuentre! Trataba ya de venderla, la estúpida!

Poco después, los dos hombres volvían de nuevo a la sala.



El fuego ya no hacía llamas. En el campo de brasas de abeto reducidas a cenizas, las raíces de boj erigían colinas incandescentes. La gran sala decorada de rojo y negro repetía como un tambor los rumores de la noche.... y, allí en lo alto, el viento de otoño arremetía contra los peñascos de la montaña. Canes aullando la muerte en la aldea próxima. Rumor adormecido del riachuelo cansado de correr durante todo el verano...

Hacia mucho que los *ajistes* habían terminado el refrigerio. Frugal. Pasta y huevos. Queso. Fruta. Auda Isarn dirigió la tarea de la vajilla ayudada por la dialéctica de los trotskistas y los

campeones de la revolución permanente fueron para la alcoba. Estève Caberol cerró los ojos. Parecía soñar o dormir mientras su compañera hacia punto a un ritmo monótono. En la pileta de la vajilla un grifo mal apretado cronometraba la fuga del agua preciosa. Guyot Peyrat leía. Robuffay tallaba un trozo de madera con ademanes precisos. Jordi Couquet arreglaba en la mesa las ruedas dentadas del reloj que acababa de desmontar. Roger Barbaïra bosteza y pregunta:

-¿Qué hacemos mañana?

Ninguno respondió. Un perro ladró y una masa incandescente de madera de boj se derrumbó chispeando.

-Realmente, dijo Barbaïra, ¡no brilláis por la imaginación!

-¿Subimos a Montsegur?, sugiere Ferrocas.

Las voces clamaron unánimes:

-¿Montsegur? ¡Deja eso! Siempre Montsegur...

-¿La gruta de La Frau?

-¡Ya la visitamos tres veces!

-¿Un paseo por la floresta de Embeyre?

-¡Ya no estamos en verano! ¡No es muy divertido!

Toda el mundo bosteza.

-¡Se mañana llueve, me quedo en el AJ a hacer palabras cruzadas!, anuncia Chabrol.

Otoño. Bosques desnudos. Arroyos tristes. Campos vacíos. El espíritu de los *ajistes* deambula en perspectivas donde toda la vida se retira mientras no llega la caída de las nieves que en las mañanas heladas suenan el ruido de sierra y seda de los esquís.

-¿Entonces? ¿Nos tumbamos?, pregunta Barbaïra.

-Somos unos miserables, nota Robuffay. Que falta nos hace un tipo como aquel alemán, Rahn. ¡Con él, tendríamos deporte!

-No faltarían ideas nuevas, concuerda Chabrol. Pero ninguno volvió a verlo. ¡Es una pena!...

Comienza a planear un silencio opresor. Los *ajistes* se siente de repente tan viejos como el país donde exploran valles, montañas, ruinas y hasta los reflejos sombríos que las grutas le dan.

El *père aubergiste* abre los ojos y escucha. Bosteza de vez en cuando y dice:

-Sois como las bellotas. ¡Me causáis pena! De hecho, como no se puede hacer gran cosa en otoño, quedaros aquí. Ya que habláis hace tanto tiempo de organizar para la primavera un espectáculo *ajiste*, ¿por qué no comenzáis a prepararlo ahora?

La propuesta despierta a la asamblea. Los rostros se animan y los ojos brillan. Las imaginaciones se ponen a trabajar.

-Todo eso es muy bonito, observa Ferrocas, pero desde que comenzamos a discutir el asunto, no se decidió lo que vamos a representar. ¿Alguno de vosotros conoce las piezas *ajistes*?

-No.

Pausa.

-¿Y si escribieses una, Peyrat?, sugiere Estève Caberol.

-¡Si, si, muchas gracias! ¡Como si para mi fuesen habas contadas!...

-¿Y si representásemos Lucrecia Borgia en el escenario de un castillo de la región, al aire libre, en medio de las ruinas?

-No, Lucrecia Borgia, no. ¿Y ya mismo, por qué no Hernani también? ¡Hablo en serio!, se indigna Chabrol.

Barbaïra suelta un suspiro.

-Si Otto Rahn estuviese aquí, nos indicaba una pieza histórica de nuestro país!

-¡Bobadas! ¡Yo aquí, estoy por una pieza moderna!

-En ese caso, vamos a votar!, corta Robuffay. ¡Pieza histórica sobre el Languedoc o pieza moderna!...

Votan a mano alzada y la pieza histórica gana por seis votos a dos.

-Tiene que ser representada en las ruinas de Montsegur, avanza Barbaïra.

Nadie recusa la propuesta.

-¡No hay piezas sobre Montsegur!, afirma o *père aubergiste*... ¿¡A menos que nuestro poeta y filósofo Peyrat tenga alguna en el cajón!?... ¡Ve allí, déjate de falsas modestias! Todo el mundo sabe que escribiste un montón de cosas!

Guyot Peyrat se ruboriza y no dice palabra.

-En ese caso, suelta la gallina, enlaza Robuffay en tono persuasor...

¡Seguro que se puede comer!

Rodeado de rostros amigables, el joven estudiante no consigue sustraerse.

-¡Hum!, dice... Nunca escribí una pieza propiamente dicha, pero el año pasado me entretuve en sacar adelante una cosa parecida a una pieza de la novela *Montsegur, los Cátaros* de Lévis-Mirepoix. Histórico o novelado es bastante sólida, pero fue escrita de manera un tanto afectada.

-¡Menos mal!;Es de eso de lo que precisábamos!

-¿Lévis-Mirepoix?, exclamó Barbaïra, ¿por qué si fue un descendiente de Lévis, lugarteniente de Simon de Montfort, que se instaló en el feudo de Mirepoix tras expulsar a los treinta o cuarenta nobles que lo detenían y que por eso se convirtieron *Faydits*<sup>1</sup>?

Jordi Couquet silbó entre dientes.

-¡Conoces unas cosas! ¿Dónde aprendiste eso?

-Visité unas cuantas librerías antiguas y se algo sobre la historia de la Cruzada.

Después, volviéndose hacia Guyot-Peyrat:

-La novela del papa Lévis-Mirepoix podría ser interesante en un espectáculo al aire libre en Montsegur se lo consiguieses adaptar convenientemente. ¿Cómo es? ¿Pariste ese pollo y no dices nada?

-¡Nadie me preguntó!

-¡También es cierto!...

Con la atmósfera del albergue de juventud radicalmente cambiada, la propia noche parecía vivir solo para esperar la venida del sol. Robuffay preguntó al joven estudiante:

-¿Trajiste ese hueso contigo?

-¡No, está en Montpellier!

-En ese caso, ¿puedes traerlo el sábado? ¡Espero que sí!

Subieron las escaleras para tumbarse y, como por la mañana la lluvia continuaba cayendo con paciente rigor, no se levantaron antes del mediodía.



---

<sup>1</sup> Víctimas de la célebre "confiscación de bienes" que entre 1210 y 1944 acompañó invariablemente el enjuiciamiento de los vencidos por los vencedores.

Ir en tren hasta Foix y después Montpellier, Béziers, Minerva y Toulouse, representaba para todos un gasto que por la estación del año no se justificaba. Así que volvieron a encontrarse en Carcasona, cruce de sus viajes hebdomadarios. La señora Arcis-Caminade que dirigía el albergue de juventud *Al'Ombre de la Cité* los recibió con la amabilidad habitual, así como a Estève Caberol y la compañera, convidados por los *ajistes*, que querían demostrar su reconocimiento al promotor de la nueva actividad artística.

Guyot Peyrat trajo la pieza consigo. Delicado, flexible, deportista, moreno de cabellos ondulados, boca sonriente y ojos de color avellana, Guyot no correspondía con la imagen que el romanticismo acostumbraba atribuir al poeta, pero Jordi Couquet, hábil operario y fino observador, sabía que él hablaba muchas veces a solas.

-Entonces, ¿no nos lees esa pieza?, preguntó con el acento terrible de Ariège.

Instalado sobre la mesa delante de los camaradas del club y de otros muchachos y chicas que habían venido a visitar la ciudad de torres rodeadas de un nubarrón presto a descargar lluvia, Guyot Peyrat cruzó las manos en vez de abrir el cuaderno cerrado al frente y anunció:

-No, hago un resumen. ¡Para conocerla estudiar las hojas! Ahí va... La acción comienza en 1225, tres años antes de la primera revuelta del Languedoc y de la expulsión parcial de los Cruzados que lo conquistaron bajo el mando de Simon de Montfort, muerto en el cerco de Toulouse...

Pons de Montaure, hidalgo del condado de Foix, más trovador satisfecho de la vida que guerrero convicto, goza de la libertad reencontrada, ofrece fiestas y recibe en el castillo a los herejes cátaros, pero sin adherirse el mismo a la herejía, posición generalmente adoptada por la mayoría de los señores de la Romania. El mismo no se pasa con la mujer, Brunissende, que una noche le revela la verdad y le abandona llevando consigo a su hija Jordane. Enloquecido de dolor y sediento de venganza, Pons de Montaure abandona la causa de su señor feudal inmediato, el conde de Toulouse, por la del rey de Francia, Luis VIII, que quiere reconquistar el Languedoc...

Durante la nueva guerra que habría de saldarse con una segunda derrota de Occitania, Brunissende lleva a su hija a un convento antes de darse muerte por la *Endura*<sup>1</sup> de la religión cátara. La madre superiora y sus adjuntas, ganadas para la herejía, en secreto, hicieron del convento una plaza fuerte cátara y Jordane es educada en la religión de su madre.

Es una cátara convencida que regresa al mundo en 1240 y reina en el feudo de Montaure. Hábil en disimular su verdadera obediencia, mantiene las mejores relaciones con los vencedores y vencidos.

Un día, el senescal de Carcasona, representante del rey de Francia, le presenta a su hijo, Gauthier des Ormes, que se apasiona por ella, tal como sucede con Raymond d'Alfaro, oficial del conde de Toulouse, hombre truculento siempre listo a servir la causa de la independencia. Jordane no tarda en corresponder a la pasión de Gauthier des Ormes, pero, si es cierto que de día participa con él en cacerías y da fiestas en su honra, por la noche recibe en secreto a Raymond d'Alfaro y Bertrand Martin, obispo cátaro que preparan la tercera revuelta de Occitania. El primer acto termina con la división de dos seres igualmente nobles y bellos separados dos terribles imperativos; la patria y la fe.

-¡O sea, dos mentiras abominables!, exclama Estève Caberol llevando la cabeza para atrás sobre el hombro derecho...En cuanto al amor sabemos cuanto vale, ¿no es cierto, oh mi yegua?

Y da una palmada violenta en el muslo de su compañera, que le lanza una mirada venenosa.

Judith no debía tener más de treinta años. Pequeña como el amante, delgada, de cabellos negros, mirada pesada y labios finos, tenía una nariz demasiado ancha, demasiado larga, que caía en un rostro que tal vez pudiese tener alguna belleza sin ella, y orejas de abanico que justificaban los chistes de los *ajistes* sobre *mau aux grandes feuilles*. El físico ingrato la apartaba de toda posibilidad de conseguir lo que esperaba de ellos y las oportunidades que les daba nunca daban resultado.

---

<sup>1</sup> Tipo de suicidio, que los enemigos de los Cátaros lo muestran como de uso corriente, cuando realmente era utilizado excepcionalmente.

Los muchachos de dieciocho años no la querían. Así, les dedicaba en secreto un odio feroz alimentado por sus pésimos éxitos y por la escasez de beneficios que retiraba del albergue con pernoctas a cuatro francos.

-¡Perfecto!, dijo Gaston Reboul.

-¡Tienes talento, tu! afirma Chabrol.

Guyot Peyrat sonrío.

-¡Bien, digamos que Lévis-Mirepoix no cometió errores! ¡No hizo más que adaptar la historia novelada respetando tanto como fue posible el texto!

Roger Barbaïra frunció el ceño.

-Bien, camaradas, preferiría no hablar más de él. Se pone en los letreros "según la historia novelada de Lévis-Mirepoix" y eso es todo. ¡Basta!

-¡A continuación, Guyot!, reclama Robuffay.

-¡Eh, es mediodía!, hace notar Jordi Couquet... ¿Comemos alguna cosa ahora y continuas la pieza más tarde?

-¡De acuerdo!, admitió el poeta.



Almorzaron con apetito mientras tras los vidrios de las ventanas una lluvia fina y melancólica velaba las perspectivas de la ciudad. Tras la mesa recogida, la vajilla lavada por los muchachos e colocada por las muchachas, Guyot Peyrat volvió a ocupar su puesto.

-Entonces pasemos al segundo acto. Dividida entre el amor carnal por el caballero francés, el amor místico por el dios de los Cátaros y el amor por la patria occitana, Jordane de Montaure procura dominar las contradicciones internas e intenta convertir a Gauthier des Ormes a la herejía.

Sin darle explicación, dirige una cabalgada nocturna a Montsegur, ciudadela y alto lugar de la nueva religión. He aquí a Gauthier hecho prisionero bajo palabra en la torre del homenaje. Durante veinticuatro horas asiste al culto y oye las prédicas de los Perfectos. Después, Jordane lo lleva de nuevo al castillo de Montaure, y helo ahora dividido a su vez entre la fe, el deber patrio y el amor por la bella cátara, cuyo secreto quedo por

conocer. Pero la prueba no es suficiente fuerte para separarlo del rey de Francia y de la Iglesia romana.

Así que Jordane decide impedirle la retirada y, tanto por amor como por obediencia a la orden de los dirigentes cátaros, se casa con Gauthier. Los hombres que simbolizan la lucha de liberación esperan que la ceremonia de los esponsales aparte al senescal de la plaza-fuerte, Carcasona. Entonces, el vizconde de Trencavel, señor *Faydit*, aprovechará para atacar y recuperar los bienes de sus antepasados. Será la señal de la insurrección en Occitania.

El plan se malogra del todo. Al confesar el prior del monasterio de Mirepoix, el inquisidor dominicano Jean de Navarre descubre el doble juego de los reclusos, católicos de día y cátaros de noche, y tiene en sus manos la punta del hilo que rápidamente le permitirá llegar hasta Jordane de Montauré. Hete aquí a bella cátara desenmascarada públicamente, el matrimonio desecho, la ciudad de Carcasona bien defendida contra Trencavel por el senescal. Así fracasa la última revuelta de Occitania contra sus ocupantes. Es el final del segundo acto...

-¿Por qué no la representamos en la ciudad?, pregunta Reboul. ¡Es el escenario ideal!

-No, respondió Guyot Peyrat. Nos arriesgamos a hacer un pésimo papel delante de un millar de turistas parisinos habituados a ver representaciones de verdaderos actores. Es mejor no salir de nuestro método: un espectáculo montado por *ajistes* para otros *ajistes* y, al fin y al cabo, para los habitantes de la aldea vecina. Podemos escoger entre cuatro castillos históricos: Roquefixade, Puylarens, Puivert e Montsegur.

-Puylaurens tiene mejor aspecto que Montsegur.

-Pero el acceso tiene mucha dificultad.

-¿Entonces, Montsegur?



Un fallo de la corriente eléctrica dejó el albergue de juventud entregado a la claridad medieval de las velas en el momento en que el poeta occitano iba a comenzar el resumen del tercer acto:

Jordane de Montauze se refugia en Montsegur. Ahora quiere recibir el *Consolamentum*.

-¿Qué es el *Consolamentum*?, reclamó Jordi Couquet.

-Acabarás sabiéndolo cuando estudies tu papel. No me interrumpas, sino paro aquí...

Bertrand Martin rechaza prepararla para el supremo compromiso de los Cátaros porque la quiere mantener de reserva para la última tentativa política. Prepara con Raymond d'Alfaro un atentado contra un grupo de inquisidores en marcha por el país. Piensa que la empresa conducida por su propio lugarteniente irá a comprometer al conde de Toulouse y ocasionar su beligerancia contra Francia. Vigilados por los caballeros de Gauthier des Ormes, encargado de interceptarlos, Jordane y Raymond d'Alfaro parten para Avignonnet a la cabeza de un pequeño grupo. Raymond d'Alfaro está enamorado de Jordane y espera ver su amor coronado por el propio éxito de la expedición.

Gauthier des Ormes tiene poca suerte. En lugar de sorprender a los caballeros cátaros, es interceptado por ellos. Cae durante el combate. Raymond d'Alfaro lo deja moribundo en manos de Jordane y se aleja. Hela reunida por última vez con su amado, que no está muerto pero herido ligeramente. Noche de amor bajo las estrellas, al mismo tiempo magnífica y desesperada. Al amanecer, Raymond d'Alfaro regresa con la tropa y presenta a Jordane la cabeza del inquisidor Guillaume Arnaud... Camaradas, la cabeza no aparece en Lévis-Mirepoix, sólo un poco de sangre en la túnica del señor, pero prefiero poner la cabeza, ¡es mejor!

Cargada de siglos violentos, la luz misteriosa de las velas aprueba la iniciativa.

Raymond d'Alfaro iba en búsqueda de una recompensa, pero, en su lugar, encuentra al rival. Jordane le explica la profundidad y antigüedad de su amor y se retira para Montsegur sin querer saber del combate singular que se traba entre los dos hombres. Raymond d'Alfaro cae muerto y Gauthier des Ormes regresa junto a su padre y las tropas en Carcasone.

En Marzo de 1243, se pone en marcha hacia Montsegur una pequeña Cruzada con el propósito de abatir el último bastión de

la resistencia cátara y nacional <sup>1</sup>. El propio Gauthier des Ormes, siempre dividido entre el amor y el deber que le constriñe a perder lo que más valioso tiene del mundo, dirige los asaltos más violentos. El famoso cerco termina el 16 de Marzo de 1244, cuando Raymond de Péreilhe, señor que comanda la plaza, y el obispo cátaro, Bertrand Martin, capitulan.

-¿Es entonces cuando los cuatro caballeros llevan el Graal que nuestro amigo Otto Rahn nos puso a buscar y que casi me costó la piel?, pregunta Robuffay.

-Es, pero cállate y escucha hasta el fin. Al final, Gauthier des Ormes vuelve a encontrar a Jordane, que le lleva a un subterráneo que le permitirá escapar si él quiere. Gauthier la sigue e huye con ella, pero se detiene poco después. ¿Puede el vencedor de Montsegur traicionar a su victoria? No, pero hay una solución capaz de conciliar a los contrarios... Se casará oficialmente con Jordane se ella abjura, ya que la Inquisición, ¡buena a pesar de todo!, perdona la vida a los que renuncian a la herejía. Pero Jordane no está dispuesta a traicionar a los Cátaros, de la misma manera que él no está dispuesto a traicionar al rey de Francia. Prefiere ir a la hoguera encendida en el Prat dels Cremats –lugar que conocéis bien, en la base del *pog* <sup>2</sup>-. Horrorizado ante perspectiva tal, el amoroso señor consuma una situación sin salida y atraviesa con la espada el cuerpo de su dama. ¿Qué os parece?

-¡Shakespeareano!, afirma Barbaïra mientras aviva una vela agonizante.

-¡Magnífico!, dijo Couquet.

-¡Absolutamente tonto!, corta Estève Caberol lanzando la cabeza hacia el hombro derecho. ¡Vais hacer que el país entero se ría a carcajadas!

---

<sup>1</sup> Contrariamente a la opinión más difundida, el cerco a Montsegur no fue el epílogo de la última resistencia del Catarismo. En 1325, la Inquisición todavía descubría herejes en Pamiers.

<sup>2</sup> Nada prueba que la quema de los herejes y señores *Faydits* tras la capitulación de la fortaleza fuese en el lugar denominado Camp dels Cramats (o Cremats). En ningún registro consta el nombre de ese lugar. Al contrario, es de suponer que la hoguera habría sido encendida más al oeste del desfiladero de Seguelà (dicho "du Tremblement", de manera igualmente errónea).

-¡Estoy convencido de que no!, protesta Reboul. ¡Es perfectamente aceptable, romántico como conviene y bastante inocente para entusiasmar a la gente sencilla!

-¡Los *ajistes* van a silbar! Sugiere Marius Chabrol.

-Creo que no, replica Barbaïra. Hay un escenario.... grandes telones de murallas en ruinas, en la sombra, bajo las estrellas... grandes lámparas iluminando la escena... A la luz de estas velas, comencé a perder la serenidad cuando Guyot describía la escena en que Raymond d'Alfaro muestra a Jordane la cabeza cortada del inquisidor... Como espectador nacido en este país, habría aplaudido y gritado sin contemplaciones: "¡Mátalo! ¡Viva la independencia del Languedoc y la libertad de conciencia!"

-Pareces corto, ¿no te tomarás en serio esas tretas, o si lo haces?, murmuró Caberol. Barbaïra pasó su mano por la frente húmeda como quién apaga un sueño...

-No, evidentemente, pero da igual... La historia despierta la atención. ¡Como *ajistes* emancipados, podemos reírnos de todo eso, pero creo que como actor voy a representarla con convicción!... Todo depende, claro, del papel que se me asigne... Ya hemos hablado de eso ¿quién los distribuye?

-¡Yo!, dijo automáticamente o *père aubergiste*. ¡Soy el más viejo y poseo más experiencia!



Eran las diez de la noche y la luz eléctrica no venía cuando se desató la discusión sobre la distribución de los papeles. Estève Caberol y Guyot Peyrat asumieron la dirección en el momento en que la *mère aubergiste* sustituía las velas. Las siluetas de los muchachos aparecían desmesuradamente enormes en las paredes encaladas. La oscura claridad que remontaba de la profundidad de los siglos de pobreza y de fe retiraba una parte de la realidad a los vivos y la ponía en los fantasmas dibujados en las paredes de la sala, cuyas extremidades desembocaban en subterráneos de sombra.

-¿Quién va a ser Jordane de Montaupe?, pregunta el joven poeta.

Todas miradas se posaron en Auda Isarn, que la claridad mística de las velas la volvía aún más inmaterial y secreta.

-¡Auda puede representar a Jordane de Montaure! ¿Alguna objeción?, pregunta Estève Caberol.

Ninguna objeción.

-¿Sí Auda es Jordane de Montaure, quién representa Gauthier der Ormes y Raymond d'Alfaro? Pienso que debían ser Robuffay y Barbaïra, no?

Una risa estruendosa agita a la asamblea. Alguien grita:

-¡Es la mejor ocasión de batirse en serio!

-¡Robuffay como Gauthier der Ormes!, propone o *père aubergiste*.

-¡Y yo, Raymond d'Alfaro!, concuerda con una sonrisa Roger Barbaïra...¡Sólo quiero avisar que voy a alterar el desenlace de la pieza! Soy yo quien mata a Gauthier des Ormes en singular combate. Y en lugar de pasar a espada el cuerpo de mi dama, la convierto, no a la religión católica romana, quede bien entendido, sino a la del Graal de los arios.

Y posa en Auda Isarn una mirada confiada y luminosa que ella devuelve con claridad y confianza, pero sin reponer la pasión contenida de él.

-¡Bien!, dice el *père aubergiste*, ¿quién quiere desempeñar el papel del hermano dominico Jean de Navarre! ¡Es tal vez el personaje más importante! ¿Tu, Chabrol?

El joven comunista frunce el ceño.

-¡Era lo que me faltaba! ¿Me imagináis disfrazado de inquisidor de la Iglesia Católica? ¡Sería poco serio!

-¡En cualquier caso, hay que pensarlo, querido! Tienes el aspecto físico ideal para ese papel. Aunque sólo sea por la manera como miras a las personas y por el género de cuestiones que colocas a todo el mundo... ¡Se sabe muy bien que es un responsable del PC y, por tanto, un inquisidor!

Marius Chabrol se enrojece y protesta.

-¡Esa es fuerte, *père* Caberol! ¡Como si fuese posible establecer una relación entre el PC y la Iglesia!

-¡Claro que es posible! ¡Vosotros sois gente de iglesia, de ahí la razón de vuestra duración!...¡El dios en la Plaza Roja... La

procesión permanente... Los millones de mujiks <sup>1</sup> que piden a dios... La comunión con la entrada en el Partido! ¿Y qué es la autocrítica sino la confesión, todavía más vil por ser pública?... La excomunión menor por pecado venial: exclusión del Partido, pérdida del empleo y de las cartillas de racionamiento!... Excomunión *ad majorem*: ¡el Purgatorio inmediato en la tierra, con Siberia! ¿O el Infierno de pago inmediato: el tiro de pistola en la nuca, no querido?... ¡Oye tu, te quedas como inquisidor!

-¡Basta, camaradas!, grita a *mère aubergiste* Arcis-Caminade. No se hace política en los AJ. Pienso que vinisteis aquí para preparar una pieza de teatro, ¿no?

-¿Quién representa el papel de obispo cátaro Bertrand Martin?, pregunta Roger Barbaïra.

Raymond Ferrocas es elegido por aclamación.

-¡Teniendo en cuenta su actitud poco calurosa de protestante, no podíamos encontrar nada mejor!, admite Estève Caberol... ¿Y los demás? ¿El señor Pons de Montauze? ¿Jordi Couquet?... ¡Que sea para Couquet! Bello progreso para un operario. ¿Y para Guy de Lévis?

-¡Hu! ¡Hu!, grita la asamblea.

-En su tiempo fue un capitalista execrable, exclama Marius Chabrol. ¡Propongo, pues, que sea Gaston Reboul para representar en otra época ese mal!

Gaston Reboul se queda con el papel de Guy de Lévis.

-¿Y Brunissende? ¿No precisamos de una mujer ya madura?

-¡Propongo a mi Judith!, grita Estève Caberol. ¡No sólo es bastante madura, sino que está podrida, la muy bruja! ¡Y en caso de que asuma en serio el papel del Endura cátaro, me veo libre de ella!

Acostumbrada a las groserías del amante, Judith acepta el juego sin protestar.

-En cuanto a mi, naturalmente aparezco en la figura del trovador, dice Guyot Peyrat. Soy el único capaz de recitar en la lengua d'Oc.

-¿Y yo que hago?, pregunta Lou Ganet levantando el dedo como si todavía estuvieses sentado en el pupitre de los "buenos

---

<sup>1</sup> campesinos rusos.

padres" de Carcasona... que acababa de dejar para entrar en el liceo.

Estève Caberol lo miró mientras se ajustaba las gafas.

-¿Tú? ¡De paje! Siempre se necesita un paje.

La propuesta hizo reír a todos, ya que Lou Ganet era más indicado para aguantar firmemente la posición de defensa en el primer equipo de la Asociación deportiva de Carcasona, que para levantar la cola del vestido de las doncellas del país d'Oc.



Estudiar los papeles exigía unos seis meses y la vida no les daba muchas holganzas. Auda Isarn se preparaba para los exámenes de enfermería, Guyot Peyrat intentaba obtener el diploma de Filosofía, Ferrocas acababa de entrar en la Escuela Normal, Marius Chabrol hacía horas extraordinarias para sanear la caja de la juventud comunista, Robuffay sustituía al padre enfermo en los trabajos pesados del negocio familiar, Gaston Reboul se iniciaba en la dirección del departamento de producción de la fábrica bajo la férula de su papá, Couquet frecuentaba un curso en la escuela nocturna, Barbaïra trabajaba doce horas al día para poder comprar una moto, y por la noche consultaba archivos. Finalmente, ¡ninguno de ellos quería renunciar a las salidas hebdomadarias hacia los campos de nieve!

Ya no hay nieve. El riachuelo que corre a lo largo del AJ *Au-devant de la Vie* canta de nuevo a cielo abierto. Las vacas pastan en los prados azules. El lago vuelva e tener colores del cielo. El matorral florece. En las nuevas vistas de la montaña danza una alegría irresistible cuando en Mayo de 1938 el grupo se encuentra para el primer ensayo de "Montsegur – Pieza en tres actos extraída del poema del duque de Lévis-Mirepoix".

-¡Con tan buen tiempo, es una tontería estar encerrados!, observa Ferrocas. ¿Y si a partir de ahora hiciésemos los ensayos en el escenario natural?

-Eso puede evitar muchas sorpresas, concuerda Guyot Peyrat. Recitar al aire libre o en una sala cerrada puede alterar todo.

Tenemos que forzar la voz desde el comienzo. ¿Entonces, Montsegur?...

-Es muy lejos.

-¿Roquefixade?

Trepan al castillo de Roquefixade, próximo al AJ, cuya ascensión les pide menos de media hora. Pausa para comer un bocado. Descanso. Después, Guyot Peyrat abre el fichero de cartón que contiene el texto de la pieza y las indicaciones de la *mise-en-scène*<sup>1</sup>. Y llama:

-Couquet, señor de Montauze... Judith, dama Brunissende de Montauze... Ferrocas, obispo cátaro Bertrand Martin... Barbaïra, Raymond d'Alfaro... ocupad vuestros lugares. Primer acto, escena uno. Escenario: el salón del castillo de Montauze. Aquí, en este ángulo de la muralla... Fuego en el atrio...Gran grupo de señores.

-¿Y el fuego?

-Se enciende el día de la representación.

-¿Y grupo de señores?

-¡Son los habitantes de Montsegur, diantre! ¡Quedarán contentos!... Escena uno... La dama Brunissende y el señor de Montauze están sentados con Jordane entre ambos. Hay que encontrar una pequeña para representar a Auda Isarn en la infancia... Señores amigos... Raymond d'Alfaro y el obispo cátaro, siempre vestido de tejedor. El trovador Peire Cardinal está arrodillado delante de la doncella y recita. Soy yo. Ahí va:

*Peire Cardinal – Déjate enterrar, mi caballera,  
¡Y que palabra alguna vuelva a proclamarte!  
Fuiste escarnecida, la honra perdiste  
Estás tan débil como un muerto,  
Te amordazaron y clericalizaron.  
El rey negó tu herencia  
Todo tu reino es alucinación y plagio  
¡Por eso, te suprimieron!*

Guyot Peyrat se yergue.

---

<sup>1</sup> Puesta en escena.

-¡Ahora tu, Couquet. Dejas el trono y respondes al poema de Peire Cardinal, que es a fin de cuentas, una provocación contra los señores occitanos, tus pares... divididos, amables y felices a pesar de vivir en derrota! Cuando llegues frente a la dama de Montaure, pon rodilla en tierra. ¡Vamos!

*Pons de Montaure – No canto  
A los hombres de armas de yelmo pesado  
Ni a las ballestas estridentes.  
Canto la belleza de mi dama  
Y el ruiseñor de nuestros bosques  
Y los lagos de nuestras montañas,  
Los ojos de mi dama y los ojos del cielo,  
El pan dorado de nuestros paisanos.  
La Minne es mi patria,  
Mis fronteras pasan por el corazón de mi dama,  
Las de nuestros paisanos, por el corazón de las razones...*

*Bertrand Martin* - ¡Os engañáis, señor! ¡El sol miente, sólo la lluvia y el frío exprimen la verdad del mundo!

-¡Muy bien! Ahora, la asamblea se retira con el señor de Montaure. Brunissende y Jordane se quedan a solas con una sirvienta... A vuestros lugares para la escena dos. Ferrocas, Bertrand Martin, entras en escena y la dama de Montaure te abraza las rodillas:

*Brunissende* - ¡Ah!, buen cristiano, ¿cuándo me concedéis la alegría del Consolamentum?

*Bertrand Martin* – ¡El Consolamentum, mi hija, es una muerte espiritual con la cual nuestra austeridad debe servir de sepultura a los sentidos. Cuando estés casada, no puedes ser admitida entre los elegidos, te quedarás a la entrada! No hay salvación en el matrimonio.

*Brunissende* – Os obedezco, buen cristiano. Mientras espero, dadme la bendición de Dios y la vuestra. Pedí al Señor que defienda mi alma de una mala muerte y me conduzca a buen fin...

-¡Alto! Ferrocas, tu eres el Perfecto!

-¡Solemne e impertérrito, como debían ser esos Cátaros antepasados de los protestantes!, comenta riendo el *père aubergiste*

-¡Falta el calor a la *mau*! <sup>1</sup>

-¿Pedís a mi Judith que desista del amor físico? ¿Cómo queréis que ella esté de acuerdo?

-¡Qué haga un esfuerzo!

-¡Venga, Judith, mi reina, haz un esfuerzo!

-¡Prepararos para la escena tres!... Bertrand Martin sale. Brunissende y la pequeña Jordane quedan a solas durante unos minutos, hasta que entra Pons de Montaure con una antorcha en la mano que coloca después en una arandela de la muralla.

*Pons de Montaure* - ¿Mandaste llamarme, señora?

*Brunissende* – Por mi alma, quería ahorraros la crueldad de esta conversación, pero no hay tiempo, caballero! Cantasteis mucho las bellezas de la primavera y las ternuras del amor como para que yo consiguiera mostraros el mundo tal como la veo.

*Pons de Montaure* - ¿El mundo? ¿Será que viendo a través de vuestros queridos ojos dejaría de parecerme amable y bello?

*Brunissende* – Mi pobre caballero, habláis el lenguaje que Satanás puso en boca de los hombres para ayudaros a engañaros a vosotros mismos! ¡Satanás, ángel del orgullo, desplegó los faustos de la naturaleza y desvió las almas del éter celeste! ¡Es él que continua hechizándolas con la lujuria! ¡De Satanás vino a la Iglesia de Roma la inspiración del matrimonio, que es pecado sin vergüenza, cuya finalidad es multiplicar las prisiones y hacer caer las almas!

*Pons de Montaure* – Brunissende, entendisteis mal los discursos de los Perfectos. No puede haberos impelido atormentar a un hombre que nunca deseó el mal y que le gusta ver a las personas reír a su alrededor. ¿Olvidasteis el significado de padre, madre e hija?

*Brunissende* - ¡Mentiras! Ya no sois nada para mi y esta criatura es mi remordimiento. ¡Merece respeto sólo porque le ofrecí el horror de traerla al mundo!

---

<sup>1</sup> *Mère aubergiste*

*Pons de Montaure* - ¿Es entonces Satanás el que me da este sufrimiento o esos hombres en nombre de quienes habláis y que considero tan puros?

*Brunissende* - ¡Sufrís porque ignoráis!

*Pons de Montaure* – Lo que se, lo que veo, lo que siento, es que os amo, Brunissende. ¿Será posible que habiendo rimado tantas canciones para vos, hayáis pensado que no eran sinceras? ¡Brunissende, os suplico, mirad bien en el fondo de vuestro corazón y si soy un poco querido para vos, si por alguna fibra del recuerdo, de la compasión, de la amistad, os sentís aún unida a mi, juradme que no la arrancareis!

*Brunissende* – ¡Tras contemplar el fondo de mi corazón, juro que no hay absolutamente nada que me sujete a la tierra!

-¡Alto! Brunissende sal con Jordane del cuello. ¡Tu, Couquet, te vuelves medio loco! Desenvainas la espada y gritas: ¡Venganza!... Caminas hacia la torre del homenaje, pasas por la ventana que existe en la torre de Montsegur y desapareces. Subes la escala que vamos a colocar allí y continuas gritando: ¡Venganza!...¡Venganza!... Encima de la torre del homenaje, gritas una vez más: ¡Venganza!... ¡De noche, tendrá un efecto formidable!... Bien. Pons de Montaure parte y se pone al servicio del rey de Francia, Brunissende, retirada en el seno de los Cátaros, se prepara para recibir el Consolamentum después de practicar el Endura. Importante. Ambas acciones capitales del ritual cátaro... Figurantes: ancianas de Montsegur vestidas de negro. Brunissende está echada en un camastro... Ferrocas, obispo cátaro, entra...

*Bertrand Martin* – Brunissende, ¿es verdad que estás lista y suficientemente próxima al instante de la unión que deseas entre tu alma y el espíritu?

*Brunissende* – Estoy preparada.

*Bertrand Martin* (volviéndose hacia el grupo de mujeres vestidas de negro) – ¡Fieles, os muestro como ejemplo a esta mujer. Despreció los triunfos corruptores de la belleza y decidió consumir la aniquilación de su sustancia material. Hace seis semanas renunció a cualquier alimento. Bebe apenas un poco de agua, la necesaria para conservar la lucidez hasta el límite final... Quiso entrar en Endura a fin de prepararse para recibir el

Consolamentum e, inmediatamente después, dejar este mundo de perdición! ¡Hela llegada al instante magnífico en que descubre que ya no tiene fuerzas suficientes para continuar viviendo, y, al mismo tiempo, que todavía le resta alguna para acabar plenamente consciente su caminar hacia el Espíritu santo.... Meditad ante este ejemplo! El Consolamentum es simultáneamente bautismo, ordenación y último sacramento. ¡Purifica los que vuelven "revestidos"!...

¡Pero no esperéis que los méritos de esta santa os sean aplicables! ¡Esta mujer muere por ella y no vos! Al igual que el ángel Jesús adoptado por Dios para salvar a los hombres no os rescató, sólo os iluminó con su ejemplo, de la misma manera esta mujer no os exime de ningún esfuerzo. Os invita a buscar, si no la muerte corporal, al menos la muerte por el espíritu y las privaciones. Mujer, en el instante en que hagas comprender a estas fieles hasta que punto desprecias tu cuerpo, tus palabras tendrán tanto valor como las mías.

*Brunissende* (con voz apagada) - ¡Que lo dejen en la basura!

*Bertrand Martin* - Es bueno que hayas pronunciado esas palabras, deber recordar que fuiste bella, perfumada, dulce besando, engalanada por todas las gracias de la naturaleza.

*Brunissende* - Que los gusanos roan los ojos que los poetas cantaron.

*Bertrand Martin* (volviéndose para las mujeres) - ¡Escuchad y pensad lo mismo!

*El coro de mujeres* - Hombre de Dios, consoladla cuanto antes. Si parte así, su alma puede errar durante miles de años en el cuerpo de animales.

*Bertrand Martin* - ¡Brunissende, tus fuerzas físicas te abandonan, sólo tus fuerzas espirituales te sustentan! Creo que estás cerca del fin...

*Brunissende* - ¡Señor, rogad a Dios por mi!

*O coro de mulheres* - ¡Qué Dios sea implorado!

*Bertrand Martin* - Brunissende, ¿deseas recibir el espíritu consolador, no el que se sienta al lado de Dios padre, que ese es el espíritu principal que vas a tener la alegría de contemplar en su belleza radiante, pero si el que debe conducirte a la Trinidad sublime, el espíritu que se separó de tu alma caída en un cuerpo?

*Brunissende* (con voz muy débil) - ¡Consuélame!

*Bertrand Martin* – Tienes que renunciar a la fe de la Iglesia de Roma.

*Brunissende* – Renuncio.

*Bertrand Martin* - ¿Renuncias a la cruz que el padre te hizo en la crisma en el bautismo?

*Brunissende* – Renuncio.

*Bertrand Martin* – Pido perdón a Dios por todos los pecados cometidos.

*El coro de mujeres* - ¡Qué Dios le perdone!

*Bertrand Martin* (extendiendo las manos sobre el cuerpo de la moribunda) – Pater et filius et spiritus sanctus parcant vobis omnia peccata vestra... *Brunissende*, te recuerdo que el estado de matrimonio es un estado de pecado y que no basta con abandonar al marido. Ahora mismo tienes que desterrarlo del pensamiento.

*Brunissende* (con voz agonizante) – Ya lo desterré.

*Bertrand Martin* (colocando el evangelio de San Juan en la cabeza de *Brunissende*) – Pater sancte, suscipe ancillam tuam...

-¡Perfecto!, gritó Guyot Peyrat. Fin de la escena tres. Judith, termina aquí su papel.

-¡Ya no haces falta, puedes ir a pintar la mona por ahí!, dice el *père aubergiste*.

-Estupendo, Ferrocas. ¡Es un caso para contarlo, pasaste la vida consolando Cátaros! Hacemos ahora una pausa y, continuamos metiéndonos en la piel de los personajes que envejecieron veinte años...



La tarde llegaba a su fin cuando, tras laboriosas reposiciones de los textos repetidos por la mañana, se pusieron en pie las escenas finales del primer acto. A su alrededor, el castillo de Roquefixade erguía los tocones amputados de las ruinas. Era uno de los más antiguos del Languedox. En 1200, Raymond de Péreilhe, el futuro jefe de la defensa de Montsegur, vivía allí con los dos hermanos, Maurice y Pierre-Jourdan.

La noche caía sobre el paisaje que se extendía del pico Montcalm a las cumbres posadas en corona alrededor del invisible Foix. El sol poniente suspendía cortinas de brocado de oro sobre las murallas que formaban el escenario. Nubes casi inmatrimales anunciaban una jornada cercana de viento. Olores de pozos, emanaciones de abismo con sabor a musgo y roca húmeda subían de la escarpadura que la muralla prolongaba sin solución de continuidad y caían en la sombra de trampillas crepusculares.

-¡Toca despachar!, ordenó el *père aubergiste*, ¡de aquí a un cuarto de hora es de noche!

-Es mejor encender una hoguera, propone Lou Ganet.

-¡Preparar la cuarta escena!... Salón del castillo de Montau... Ángulo de la muralla que va a servir para toda la pieza, además... Estamos en 1240... Jordane salió hace poco del convento donde recibió la educación clandestina de los Cátaros. Trata con diplomacia a vencedores y vencidos... En escena: Jordane, Guy de Lévis, Gauthier der Ormes, Raymond d'Alfaro... Tu, Auda, siéntate en el sitio que ocupaba tu padre hace veinte años... Recibes amablemente al hijo del senescal... ¡Vamos!...¡Id!

*Gauthier des Ormes* – Señora de esta fiesta, ¿será de vuestro agrado oír una canción?

*Jourdane de Montau* – Si eso agrada a mi señor.

*Guy de Lévis* – Comienza entonces, sobrino, y intenta que la lengua de los franceses suene dulcemente a oídos de las provenzales.

*Gauthier des Ormes* – *Al roc d'Anglars*

*I o no claro founténo*

*Tsano d'Oimé*

*I bau quére soun aigo*

*Lou fil del rey*

*Un jjour l'o rencountrado*

*Tsano d'Oimé!*

*Tan moti t'es lebadó*

*Bel tsibalhé!*

*Lo luno m'o troumpado!*<sup>1</sup>

- ¡Alto!, grita Guyot Peyrat...¡así, no! ¡Pareces una vaca flamenca hablando Oc, Robuffay! ¡Vas hacer reír a todos los viejos de la región!

-¡No tengo culpa!, replica con irritación el muchacho... ¡Si mi padre me hubiese enseñado el habla del país, no tendría ahora aspecto de *amôrri*!

Barbaïra se ríe en la cara desorientada del rival, que continua:

-Peyrat, hace mucho tiempo que ando pidiéndote unas lecciones...gramática, vocabulario de la lengua d'Oc. ¿Es buen momento ahora, no?

Encantado, Guyot Peyrat se marca mentalmente un encuentro con el jefe *ajiste* de escaladas, pero objeta:

-Mientras no comencemos a trabajar en serio, repara en como debe recitarse el poema.

Peyrat lo recita y se retoma la escena.

*Guy de Lévis* (ofendido con la concesión que Gauthier des Ormes acaba de hacer a los vencidos de la Cruzada) - ¿Qué historia es esa? ¿Ahora hablas provenzal?

*Gauthier des Ormes* – ¡Cuando al lengua del norte me subió a la boca, creí que iba a caer como un piedra de hielo a los pies de la señora que honra esta fiesta y procuré palabras en provenzal cálidas y dulces como el incienso de un homenaje a la dama del sol!

-¡Robuffay!... ¡Auda!..., grita el *père aubergiste*, ¡parecéis dos imbéciles! ¡Olvidáis que es el instante en que la pasión súbita despierta.... Vamos! ¡Sentimiento! ¡Contemplanos con intensidad... ojos sobre ojos! ¡Y tu también, Raymond d'Alfaro! ¡Cierra los puños y muestra tu mirada más terrible!

- ¿Pero, ya le voy a partir la cara?, replica Roger Barbaïra marcando al rival con un gesto insolente de la cabeza.



---

<sup>1</sup> En la peña de Anglars/ Hay una fuente cristalina/ Jeanne d'Aime va en búsqueda de agua/ Un día, el hijo del rey la encuentra/ Jeanne d'Aime, levántase muy deprisa/ Bello caballero, la luna me engañó!

Ahora es noche cerrada. El fuego encendido por Lou Ganet proyecta en las murallas medievales la silueta de los actores e ilumina sus rostros. Un océano de bruma tapa el valle a la altura de los cimientos de Roquefixade y el castillo comienza a balancearse y girar ligeramente en la ondulación inmaterial. El pico de Montcalm fluctúa a lo largo sobre desiertos de polvo que el sol poniente arrastra tras de sí. Las primeras estrellas clavetean de plata el dosel de azul aterciopelado puesto por el cielo sobre la cabeza de Auda Isarn, señora de Montaure, reina de las Cortes de Amor occitanas.

-¡Cambio de ambiente!, grita el director. Auda queda sola en la escena durante un momento y luego de inmediato entra Bertrand de Martin seguido de dos Perfectos, dos figurantes. ¡Seguimos!

*Jordane de Montaure* - ¡Hombres santos, dadme el beso de la paz!

-¡Atención!, grita Peyrat al obispo cátaro... ¡No debes tocar una mujer, ni siquiera con la punta de los dedos! Es la regla. Das a besar el evangelio de Juan a tu coadjutor, a continuación bésalo tu y entrégaselo a Jordane para recoger el beso de la paz.

*Jordane de Montaure* - ¡Hombres santos hice lo que me pedisteis! Acepté regresar al mundo. He me en la blandura y los perfumes sin despreciarlos como debía ser. Pido perdón a Dios y a todos.

*Bertrand Martin* - Solo cumples mejor tu misión, mi hija.

*Jordane de Montaure* - Ya que debo ser vista así, vos me daréis finalmente el poder de ceñirme con el cordón sagrado de los Perfectos para que mi pérdida sea cierta. ¿No fue eso para lo que me educaron?

*Bertrand Martin* - Señora de Montaure, frente a los acontecimientos que impidieron la inmediata realización de esos proyectos, puedes prestarnos servicios que no podrías darnos después de consolada. Llevas el disfraz que la persecución nos impone. Sírvete de los encantos que Satanás te dio para confundir mejor. ¿Notaste la impresión que causaron en Gauthier, ese a quién se elogia en audacia y destreza militar?

*Jordane de Montaure* - Si, hombre santo, lo noté.

*Bertrand Martin* – ¿Y él conoce tan bien el arte de enternecer como el de herir?

*Jordane de Montaure* – Oh Dios mío, creo que si.

*Bertrand Martin* – Por tanto procuró agradarte. ¿Y él, te agrada?

*Jordane de Montaure* – Sospecho que si, ¡hombre santo!

*Bertrand Martin* – Es necesario que así sea. Extendedle un hilo perfumado para que a una señal nuestra, solo tengas que retirar el brazo. El Midi no se resignó, se agita en la sombra y nuestros hermanos santifican esa turbación. Carcasona está vigilada. ¡Fue allí donde Monfort nos hirió, es allí donde iremos a herir a los sucesores de Montfort! Si Carcasona cae en manos de los libertadores, el fuego se propagará de Carcasona a Montsegur y consumirá al enemigo. Nuestros príncipes meridionales deambulan a sus antiguos patrimonios y evitan practicar la herejía. ¡Poco importa! Con la herejía fueron expulsados y con la herejía, pues es así como Roma llama a nuestro evangelio, han de regresar. La Provenza es como una de nuestras creyentes, espera ser consolada. ¡Nosotros la revestiremos! ¡Y tu, espera, pues, como ella, serás revestida en el día de la victoria! ¡Oremos!

-Fin de la escena cuatro, dice Guyot Peyrat. Y ahora, la escena quinta y final del primer acto. Es el gran monólogo de la señora de Montaure... Auda de Montaure, te quedas sola en escena y tienes que aguantar de la manera más firme posible. ¡Es difícil, pero no te quedes de brazos caídos como en una entrega de premios del liceo de Toulouse! ¡Vamos!...

*Jordane de Montaure* - ¿Por qué acepté las lecciones de los Cátaros, por qué me entregué totalmente a su causa, si continuo tan sensible a las maravillosas agitaciones de la vida? Sin duda, porque no sabría adornarme en la tranquila alegría. ¡Es lo excesivo que me atrae!...

Auda Isarn, señora de Montaure, se anima gradualmente y comienza con idas y venidas lentas entre ambos telones de la muralla que recibían su sombra gigante. Vuelve a encontrar el paso simultáneamente inquieto y reprimido del pura-sangre refrenado por el caballero antes de la partida. El fuego atiza llamas danzantes como las bailarinas camboyanas, las manos

espigadas se torturan impotentes en la elección entre el amor y la renuncia. Inmóviles, cautivados, sentados en semicírculo a lo largo del fuego, los *ajistes* la contemplan con creciente inquietud. Auda prosigue en un tono cada vez más exaltado...

*Jordane de Montaure* – ¡Me gusta inclinarme sobre los abismos, en los abismos del placer y en los abismos de la muerte, e iría a tirarme de la cumbre de una montaña para caer sobre rosas! Soy hija de una contradicción absoluta: mi padre y mi madre. ¡Y, así y todo, es en el Midi, en la Provenza, donde iré a vencer por los dos! ¡El Midi de los trovadores y el Midi de los Cátaros! Provenza da alegría y Provenza da melancolía, ¿cómo pudiste hacer causa común?

Auda Isarn exprimía tan bien la angustia de *Jordane de Montaure*, y, a partir de ella, la del país lacerado, que la proyectaba en cada uno de los instantes vividos por los *ajistes*... que, con la complicidad de las murallas, la magia del fuego, el círculo confidencial de la noche cerrada a su alrededor, iban perdiendo el sentido. ¡Los corazones zozobraban en el pasado de ese país un año antes ignorado! Guyot Peyrat enjugó discretamente una lágrima. Estève Caberol se rascaba la garganta oprimida. La sangre de Barbaïra pulsaba con fuertes golpes en las fronteras de las sienes.

Auda Isarn parecía ahora entrar en trance y su voz angustiada abría heridas en la noche....

*Jordane de Montaure* – Ha los que pierden el coraje o se cansan ofuscados por el confort grosero. ¡Los "revestidos" les denominan "Tristes de sed"!, que es la verdadera salida. Ha los refinados que después de reconocer la vanidad de los placeres ordinarios se entregan al vértigo de la desolación. Otros, se revuelcan en la materia porque les dicen que el Consolamentum los liberará algún día. ¿Y yo, que soy sino pasión y desolación?

Fin de la escena. Auda Isarn se calla bruscamente y se queda quieta, rígida, las uñas clavadas en las palmas de las manos, la boca abierta. Nadie aplaude, nadie habla. Roger Barbaïra va a liberarla del personaje en que se había metido y la agarra de los brazos, siente un largo temblor correr en los músculos y en las comisuras de los labios un poco de espuma de saliva que el reflejo del fuego transforma en una gota de sangre.



Desciende ahora hacia el fondo del valle. Barbaïra camina a la par de Auda Isarn, lejos, bastante atrás del grupo, pero sin tocarse, como exige la regla cátara. Le dice:

-Auda, actuaste como una actriz de talento. ¡Tan bien como Sarah Bernhardt!

Auda sacudió la cabeza como rechazando el cumplido, pero en la oscuridad de la noche ocultó el gesto. Barbaïra lo adivinó e insistió:

-¿De verdad, estabas representando? ¿O exprimías alguna cosa que existe dentro de ti y que hasta ahora era indefinible? ¡Mostraste la otra cara de Auda Isarn!

-¡Tal vez sea cierto, no sé!, respondió ella con voz apagada.

Auda continuaba templando mientras avanzaban parsimoniosamente en dirección del AJ *Au-devant de la Vie*. Con un toque de humor sucediendo a los minutos de entusiasmo, Roger Barbaïra dice a Auda:

-¡Es doloroso para mi oírte hablar de Robuffay como Jordane. Me siento inquieto y me pregunto si a través de ella no vendrás a amarlo un día!...

-¡No seas tonto!

Pasó algún tiempo. Todos juntos de nuevo, atraviesan la aldea. De los corrales sube un rumor velado sobre el cual se inscribe el balido de los corderos.

-No estoy apasionada por nadie, continuó Auda Isarn, pero tengo un gran afecto por ti. Sabes eso, Robuffay, ¿no sabes? ¿Y por qué él? Todos los muchachos del club *ajiste* me hicieron la corte. Todos, menos Ferrocas.

-¡Tengo la certeza que sí! ¡Ferrocas es un Cátaro verdadero!

Volvieron a oír el silencio de la noche sólo amartillado por sus pasos. Las luces del albergue de juventud surgían sobre la vertiente del valle. Auda prosiguió:

-Siento que fuiste llamado a hacer grandes cosas, Roger. ¿Por qué pierdes el tiempo con una muchacha como yo? Acuérdate de lo que dicen los libros de Otto Rahn:

*El que desea pertenecer al Graal  
Debe repudiar totalmente el amor femenino...*

¡Ah!, ¡estaré feliz al saber que estamos decididos a resucitar el pasado de este país que tanto ama! Jamás olvidaré la lección que nos dio cuando arrojábamos latas de conserva vacías en medio de las ruinas de Montsegur. ¡Jamás, Auda! Ahora, además haber aprendido a respetarlas, vamos hacerlas revivir! ¡Gracias a él!

Auda Isarn se estremeció:

-¡Cállate, Roger, que puede caer alguna desgracia! ¡No se bromea con cosas terribles como esas!

-¿Desgracia? ¿Qué desgracia?

Auda reencontraba la voz descarnada que tanto desconcertó a los camaradas en las ruinas de Roquefixade.

-¡Ah! ¡aún nada vi, pero se!... ¡Si, se!.... ¡Las ruinas de guerra... los suplicios... nuevas hogueras!

Roger Barbaïra se encogió de hombros e insistió:

-¡Si Otto Rahn estuviese entre nosotros, no dejaría de animarnos a representar la pieza! Me pregunto que será de él....

#### IV

A través del padre, Roger Barbaïra se ofreció la moto con que soñaba. Era una *Norton* inglesa, máquina muy veloz para la época. Por su potencia, calidad y precio, se distinguía de las máquinas del mismo tipo como el palafrén se diferencia del caballo de tiro. Ceñido en una armadura de cuero, el casco ajustado a la cabeza, el gran depósito plateado de sutaches negros apretado con las rodillas, Barbaïra se lanza hacia Toulouse con la decisión del bárbaro que acaba de encontrar un medio de expresarse de acuerdo con su tiempo y su naturaleza profunda... Es la altura en que los jóvenes de su edad se matan por no saber que es una *Norton* demasiado rápida. ¡Las motos de raza, como los pura-sangre, deben ser enseñadas a obedecer al caballero! Dice a Auda:

-Le di el nombre de *Matraz*.... ¡La flecha! Más concretamente, virote de ballesta en la lengua d'Oc. ¡Ve como es bonita!

Acaricia el pectoral plateado con un amor casi sensual.

-¡Tengo que ir a Carcasona, pero estaremos en el AJ en menos de dos horas! ¡Se acabaron los trenes! ¡Se terminaron las bicicletas!

Fue a buscar a Auda Isarn para repetirse el segundo acto de *Montsegur* en el escenario del castillo de Puivert, cercano a la carretera nacional 117 entre Bélesta y Quillan. Es el último sábado de Septiembre de 1938. En Toulouse, como en todas las ciudades de Francia, pesa la angustia surgida de la situación política internacional.

-Las novedades no son buenas, dice Auda Isarn... ¡Varios camaradas del hospital recibieron guías de marcha y partirán dentro de tres días!

-¡De momento, no estamos metidos en el barullo! ¡Vamos, sube y agárrate bien!

Ruedan para Carcasona. Barbaïra se sumerge en las curvas con la misma pasión que el buen esquiador siente por las pendientes fuertes y se inclina hasta ver el horizonte en un ángulo de cuarenta y cinco grados. En el límite de la inclinación, siempre iniciada pero nunca consumada, tiene como único punto de apoyo el aire compactado por efecto de la velocidad. La carretera sólo existe para memorizarla. En la cumbre de las subidas el viento parece querer devorar la máquina, que entra en la cuarta marcha de velocidad... No es el movimiento firme del automóvil ni el vuelo de avión, es un deslizarse bien ondulado, junto al asfalto, con todo el peso del ingenio y del equipaje suspendido en las alas del viento...

Viento frontal. Tensión atlética en los brazos, dominio de las manos en el cuello del animal. Viento lateral. Atento al dar bordos contra el viento para mantener la trayectoria de la vida. Viento trasero. La velocidad aumenta y Barbaïra gana la ligereza de la pluma. Los ojos registran imágenes de prados, el hilo del agua del canal del Midi, árboles, casas y adversarios – automóviles, carretas, ciclistas, peatones– que la velocidad le revela en perspectiva huidiza, tan deprisa vistas como desaparecidas. El aire tiene aroma de fuego de leña, de gasolina,

de aceite de ricino, de asfalto templado, de excrementos de caballo y de hojas caídas, pero sin una percepción tenga tiempo de dominar sobre las demás... El sabor de la velocidad de mostrarse a cara descubierta... Un insecto que bate en el rostro produce casi el mismo efecto que una bala de espingarda. El motociclista, como un guerrero, vuelve a descubrir el sabor de los tiempos épicas. Como en la guerra, es el último combate con el miedo ancestral. Nacida de la civilización industrial, la moto hace la última concesión a los que pretenden vivir peligrosamente.

Con las mejillas ardiendo y los ojos brillantes, Roger Barbaïra para a la entrada de Carcasona para reabastecer *Matraz*.

-Es formidable, ¿cierto, Auda? ¡A más de cien kilómetros por hora, me siento el señor del mundo! ¿No tienes ganas, como yo, de insultar al pasar a todos esos peatones y ciclistas que se arrastran en la mediocridad?

Auda Isarn no responde. Casualmente acaba de lanzar una mirada a la placa que en 1938 debía indicar el nombre del propietario del vehículo. Y lee profundamente estupefacta:

"Roger Barbaïra  
Conde Faydit de Miramont  
Dominio de Le Pech, Aude".

Posa el dedo en la placa de latón y levanta los ojos en una interrogación muda. El joven enrojece, pero nada más se nota en el rostro teñido de rojo por el viento de la carrera.

-Vamos a pasar por Miramont, dice... No está lejos. Después, te explico porque.



En lugar de tomar la carretera de Fanjeaux a la entrada de Carcasona, atraviesa la ciudad y sigue en dirección a Béziers. En la aldea de Barbaïra, toma una carretera secundaria y sube a la montaña que, antes arbolada, cede a las zarzas un lugar ya ocupado por el caos de los peñascos, cada cual diseñando una fortaleza desmantelada. Para a *Matraz* a la vera del camino.

-Ahora, continuamos a pie. Es un cuarto de hora más o menos. Vas a ver...

Abetos. Hayas. Robles. Grandes racimos de espinablos. Lindes de boj. Matorrales de zarzas. Los mirlos cantan. Uno a uno, siempre frente a la pareja que viola la soledad austera, los cucos transmiten alertas. Ni la vegetación ni las aves apagan la tristeza que pesa sobre el paisaje. Esta porción de tierra parece tocada por una maldición. Una imprecación muy antigua que sin embargo nada perdió de su fuerza de presencia, al punto de descorazonar a los que se dejan tentar por la opinión anunciada en las guías. Pero ninguno pasa por ese camino, nadie visita el lugar.

En una colina pelada, surgen algo más allá del bosque las ruinas de un castillo. Las murallas de bloques ciclópeos colocados pesadamente unos sobre otros, como en Montsegur, se alinean en tres lados. El cuarto lado no muestra más que un amontonamiento de piedras invadidas por las zarzas. La torre del homenaje truncada se abre a una sala de techo bajo cubierta por una porción de bóveda. Ningún otro testigo más que el mineral sobre el pasado de esta casa fuerte...

-El castillo de Miramont, dice Roger. Hay todavía quién le llama castillo de Alarico. Algunos historiadores sustentan que los restos mortales del rey visigodo fueron exhumados aquí después de la batalla de Vouillé y que Alarico fue enterrado en esta monte con otros tesoros, mujeres y elefantes, pero, antes de 1063, nada cierto se sabe sobre el castillo. Figura en un acta pasada entre el conde de Carcasone, Roger III, y Roger I, conde de Foix.

Auda Isarn contempla con los ojos saltones y destellantes el lúgubre amontonamiento de piedras.

-¡Sólo no entiendo la relación entre tu y el castillo de Miramont!

-¡Espera un poco! Sabes que ando hace más de un año compulsando los archivos de la familia, de la parroquia de Barbaïra y de la biblioteca de Carcasone.

-Si

-Ahora bien, encontré actas con la firma "Raymond Barbaïra, conde *Faydit* de Miramont".

-¿Por qué *Faydit*?

-*Faydit* significa etimológicamente "el que faltó a la fe". *Faydit* es el réprobo, el hereje que justifica la Cruzada contra los Albigenses -¡oficialmente, al menos!- y que después de ella, es proscrito y despojado por los vencedores. Algunos señores occitanos, como la familia *Faydit* de Terssac, por ejemplo, ostentaban ese nombre patronímico mucho antes de la Cruzada de 1209. Mi tatarabuelo todavía lo tenía. Pienso que los Barbaïra perdieron todo en 1793. Mi padre no ve en eso un gran mal. ¡Dice que toda esa historia antigua no vale un buen año sin mildiu <sup>1</sup> y que la edad de las viñas es más importante que la de la familia!

-Entonces, ¿eres señor de Miramont?

-Fuimos. En 1149, hacia parte de las posesiones de la abadía de Lagrasse. Los Barbaïra, familia de visigodos, lo recibieron como regalía entre 1149 y 1200. A que título, no se sabe bien. Según el historiador Guy des Vaux de Cernay, en 1210, más o menos en época de Pascua, Miramont fue cercado por Simon de Monfort y capituló al cabo de once días.

El joven se animó ligeramente.

-Si hubiera estado allí, a esta altura habría mandado a Simon de Montfort a freír espárragos. No le hubiera entregado la plaza y los Barbaïra no serían *Faydits* desde hace siete siglos! Fue así como perdimos Miramont, mi querida Auda.

-¿Pero consiguieron salvar las tierras?

-¡Si, sin duda, nos hicimos vinicultores!

Esbozó una sonrisa y dijo en tono ameno:

-Algún día he de recuperar el castillo. Mientras espero, recojo el título y es mi intención darle a todo el significado que tiene. La nobleza, Auda, no es una cuestión de archivos, si de comportamiento. ¡A partir de ahora seré de Miramont, incluso en las cosas más insignificantes!

Rió. No parecía tocado por el carácter lúgubre del lugar.... El castillo de piedras negras... Abetos negros en segundo plano... La visión vaporosa de la Montaña Negra al norte. Imposible imaginar un lugar más completamente negado para la vida.

---

<sup>1</sup> Enfermedad que afecta a ciertas plantas.

Roger Barbaïra debe haber percibido parte de ese mensaje porque su acrecentó:

-¡No es necesario esperar para reemprender!

-Hemos de darnos prisa, sugirió Auda Isarn. ¡Incluso en moto vamos a llegar atrasados!

Descendieron el camino a la carrera. De vuelta a la carretera, Roger agarró la mano de la joven y le dijo medio en serio, medio sonriendo:

-Cuando seas condesa de Miramont...

Auda retiró la mano con tanta vivacidad como si hubiese sufrido una quemadura por contacto con la epidermis masculina. Nada irritaba más a Barbaïra. Abotonó la armadura de cuero con gesto seco, introdujo el casco en la cabeza con un puñetazo y lanzó a *Matraz* por el camino de manera peligrosa.



Cuando llegaron al albergue de juventud, la compañera de Estève Chabrol acababa de matar un conejo. La ceremonia duró mucho tiempo. Primero, suspendió el animal vivo por las patas traseras de un barrote del alpende. Después, con una destreza sorprendente, le arrancó un ojo con un movimiento rotatorio de cuchillo y se quedó mirando con interés las convulsiones del animal al desangrarse. De vez en cuando, recogía unas gotas con las manos y se las restregaba una contra la otra. Su rostro reflejaba aquella especie de éxtasis propio de las estatuas etruscas cinceladas a la voluptuosidad y la muerte.

-¡Vampiresa abominable!, murmuró Barbaïra empujando a Auda al frente...¡Me gustaría saber a que espera la dirección de los AJ para ponerla de patitas en la calle!

Presentó *Matraz* a los camaradas listos para partir. Fue rodeada, admirada, acariciada en el pescuezo y el pecho. Cuando, gracias a la placa de latón grabada, el nombre del dueño fue conocido en toda la extensión de los títulos, pasó un ángel. Roger esperaba ese momento con cierta ansiedad. Teniendo en cuenta el clima político que reinaba en la comunidad *ajiste*, lanzó sus títulos caídos en el polvo como una provocación y esperaba verse moralmente rechazado en las

tinieblas exteriores. No fue así. Guyot Peyrat parecía muy contento por descubrir a través de él un auténtico señor occitano y el descendiente de los *camisards*, Raymond Ferrocas, se sintió inmediatamente solidario con el *Faydit* Roger Barbaïra. Percibiendo que hasta entonces había dormitado sin saber lo que es un conde, Jordi Couquet descubrió los beneficios de la democracia. La hostilidad de Robuffay, reavivada después que Auda apareció cabalgando la grupa de la moto del rival, no consiguió más fuerzas del pasado, sino del presente. Solo Marius Chabrol sancionó la revelación en el plano de la lucha de clases, pero sin maldad. Apenas dijo:

-¡Me da el pálpito que el señor conde se va a descubrir con este ingenio!

Es *Matraz* la que toma distancias, creando una especie de jerarquía en un medio que la desconocía totalmente antes de haber aparecido. Las tomó según el siglo, no según la historia... Así de simple, porque para recorrer los treinta kilómetros que separaban el *Au-devant de la Vie* del castillo de Puivert bastaban veinte minutos por la más de una hora de los ciclistas.



El imponente castillo de Puivert ocupa el extremo de una altiplanicie en la margen derecha del Blau, o sea, en el llamado Camp Ferré. Queda muy poco de la antigua fortaleza occitana donde la bella Adelaida de Boissezon y Esclarmonde de Foix presidieron las Cortes de Amor de su tiempo al frente de altos y poderosos señores de Toulouse, Rosellón, Cerdeña y Aragón.

Fue uno de los cuatro lugartenientes preferidos de Simon de Montfort, un caballero venido de las Yvelines como conquistador, Thomas de Bruyère, quien mandó construir la plaza fuerte, cuyas ruinas ocupan el perímetro más vasto de todos los castillos conocidos en Occidente. Está flanqueado por seis torres. Las paredes de la muralla encierran una torre del homenaje maciza, elevada, indestructible, más auténtica que las más viejas defensas de Carcasona, porque nunca fue restaurada.

-¡Hay espacio de sobra para millares de espectadores!, observa el *père aubergiste*.

-¿De qué serviría eso?, objeta Guyot Peyrat. ¿Tienes la intención de convidar a todo el Languedoc?

-No, pero Puivert es inmediatamente utilizable, en cambio Montsegur exige cuatro o cinco domingos de trabajo para limpiar el interior.

-¡Es posible, pero en Montsegur estamos en casa!, replica Roger Barbaïra, ¡mientras que aquí estamos en un castillo del enemigo!

Añade luego, en tono más mordaz:

-Naturalmente, es el mejor escenario para representarse una pieza de Lévis-Mirepoix.

Estève Caberol balanceó la cabeza.

-Se ensaya aquí una vez. Más tarde, nos decidimos por Montsegur o Puivert.

Guyot Peyrat abre carpeta de director.

-Ocupad los lugares para el segundo acto, camaradas. La escena representa el interior del castillo de Montsegur. Es realmente el marco ideal. La multitud está en escena, los actores y los espectadores se confunden, pero la participación del público puede ser total. ¿Y quién sabe si no habrá una verdadera comunión entre el lugar histórico, la pieza, los actores y los habitantes locales? ¿Una verdadera resurrección de la comunidad occitana?... ¡Bien, adelante!... Jordane de Montaure sorprende al amoroso Gauthier des Ormes y lo lleva a Montsegur con la intención de convertirlo a la fe cátara... y lo deja entre la multitud de Perfectos y Creyentes que se habían reunido para oír la palabra de Bertrand Martin. Raymond d'Alfaro vigila al enemigo con la mayor de las profundas hostilidades...

Barbaïra propone:

-Pienso que es el momento de sintetizar una *mise-en-scène* adecuada. Consideremos los espectadores fieles cátaros. ¡Es a ellos que se dirige nuestro predicador Ferrocas! Yo, Raymond d'Alfaro, permanezco entre la multitud. Jordane de Montaure y el pretendiente, también. Insulto a Robuffay por encima de las cabezas de los espectadores. Tomo a los habitantes de

Montsegur como testigos de la presencia escandalosa de un *franchiman*<sup>1</sup> entre ellos! ¿Quién sabe como reaccionarán?

Comienza el ensayo. El predicador cátaro en pie cerca de la torre del homenaje...

*Bertrand Martin* – ¡Fieles que me escucháis, las preocupaciones que la defensa de nuestra fe nos impone con los sectarios de Roma no pueden hacernos olvidar el objetivo principal de aspirar a las alturas infinitas. Por eso mismo, no hay recelo para aproximar vuestros misterios, de todos ustedes y tal como sois, no imitando, por tanto, el método de Simón el Mago, de Basilides, de Marcelino y de otros antepasados gnósticos que reservaban el secreto a un pequeño número de sabios iniciados. Jesús, parábola viva, hablaba en parábolas, pero hablaba para todos!...

Que unos entiendan poco y otros mucho, no importa, los primeros pueden llegar más rápidamente al abismo inefable si supieran aniquilarse a si mismos. Os cito a un paisano de nuestras montañas. Perfecto entre los Perfectos, que desdeñando darse muerte, consiguió negar en vida la carne inútil y permanecer durante años sentado en un banco a la puerta de casa en una inmovilidad pétreo.

*Raymond d'Alfaro* (perdido entre la multitud y señalando a Gauthier des Ormes) - ¿Quién es ese traidor que se insinuó entre nosotros? ¿Creyentes y Perfectos, a menos que se convierta a nuestra religión, no es preferible pasarlo a espada?

*La multitud* - ¡Qué se convierta!

*Jordane de Montauve* – Ese hombre subió a Montsegur para oír la palabra de los Perfectos. ¡Dejadlo en paz! ¡Dios le mostrará el camino de la verdad y lo conducirá a lo inefable, como ese paisano de quien nuestro santo hombre nos está hablando!

*Bertrand Martin* - ¡Llegó realmente a los límites de lo inefable y, más tarde, entró en su seno, ciertamente! El Todo y la Nada no son sino un único principio bajo dos aspectos que deben confundirse. Tal es la perfección, pero, en la Nada, hay la tendencia de devenir cualquier cosa... Por esa tendencia al

---

<sup>1</sup> Se podría equiparar al término peyorativo de 'franchute'.

servicio del dios negador, se engendra una por la otra una serie de existencias que al volverse cada vez mas precisas se apartan progresivamente de la perfección! Así se escalonan en una serie de degradaciones sucesivas los espíritus creados, los Eons. A partir del momento en que la existencia se afirma, nace el desequilibrio y, a continuación, el deseo que engendra la materia. Entre los Eons, dos de ellos, Satanás y Jehová -el dios malo del Antiguo Testamento- inquietos y celosos de la perfección que fueron apartados, quisieron poseerla de nuevo y tornarse todos poderosos mediante el deseo. Si no les fue posible alcanzar el Todo, que es precisamente la ausencia de deseo, llegaron a un alto grado de poder al sujetar los espíritus en la materia...

-¡Alto! ¡Alto!, grita Guyot Peyrat... ¡Ferrocas, es un perfecto Perfecto! Voz inspirada, mirada encendida en comunicación con el Más Allá, el gesto soberano. Está bien, pero pregunto si este texto tendrá repercusión entre el público. ¡Es un discurso magistral de Filosofía de 3<sup>er</sup> curso, pero está muy por encima de las entendederas de un aldeano de Montsegur!

-¡Tanto peor!, interviene Estève Caberol, déjalo acabar la tirada. ¡Es importante! ¡Es preciso que la doctrina de los Cátaros sea explicada! ¡En cuestiones de ignorancia no puede haber medias tintas!

*Bertrand Martin* – ¡Entonces, declararon la guerra al verdadero Dios, o mejor, al hijo primogénito de Dios, el Espíritu, la primera emanación de Dios absoluto, la única por la cual ese Dios es inteligible. El Dios absoluto está encima de él, totalmente inmóvil, incluso sin pensar, una vez que el pensamiento es ya movimiento! ¡Es el Espíritu venido de él que piensa! Entonces, el Espíritu, por compasión como los Eons inferiores encadenados poco a poco en la materia por los Eons revoltosos, les envió tres Eons superiores que estaban con él en el cielo: Jesús, María y San Juan Evangelista, que nunca se revistieron de sustancia. Tenían apariencia de cuerpos humanos, pero no nacieron de la carne ni morirán. Tomaron ese aspecto para poder ser percibidos por los hombres, almas prisioneras, y para enseñarles la abstinencia y la castidad, a través de las cuales el mundo material llega al mundo espiritual. ¡Así, el

deseo retrocederá sobre sus propios pasos, la materia no animada tenderá a la disolución, los espíritus se elevarán hacia el Espíritu y el Todo alcanzará su punto de perfección que es la Nada!

-¡Eh, ahí!, grita Estève Caberol, esbozando un gesto de arrancar los escasos cabellos que le restan... ¡Tienes razón, Peyrat, las cosas no son así! ¡Todos esos Eons vagabundeando en zeppelines entre el bien y el mal!

-¡Sin llegar nunca al final! Confirma Jordi Couquet.

Los ojos de Roger Barbaïra buscaron los de Auda, que parecían posados en las llamas rojas de hogueras olvidadas, y murmuró para ella:

-No estoy de acuerdo con los Cátaros. ¿Y tú?

-Tal vez.

-¡La belleza del mundo y la grandeza del combate por la vida me satisface... en el supuesto de que una y otra conservaran una parte de feminidad!

Después, volviéndose al *père aubergiste*:

-¡Tienes razón, *pau*, no es válido aquello que les supera y, aparte de eso, no va a sensibilizar a los aldeanos de Montsegur, que son magníficos paganos!

Estève Caberol interpela al director:

-¡Adelante, pasa al frente! ¡Compénsanos con una buena cena de voluptuosidad! ¡Qué Robuffay tenga trastornada a la dama de Montaure!

-Escena dos... Gauthier des Ormes encuentra a Jordane en una sala de la torre del homenaje de Montsegur... Es de noche... Los Cátaros descendieron a la aldea o fueron a abrigarse en las cabañas que rodean la fortaleza. ¡Vamos!

*Gauthier des Ormes* – Después de oír cosas abominables y de asistir a ese coloquio impío, tengo miedo de mi mismo al pensar que si fuese preciso hacer de nuevo este viaje, incluso conociendo el objetivo, lo haría otra vez para oír el oráculo que va a salir de tus labios!

*Jordane de Montaure* – El oráculo fue pronunciado, voy ayudarte sólo a comprender. ¿Reflexionaste sobre lo que Bertrand Martin dijo acerca del casamiento?

*Gauthier des Ormes* – ¡No, pensé en tu corazón sumergido en la noche! ¡Tú, Jordane, hereje, condenada a no amar la belleza de los días libres y dulces! ¡Me siento sofocar! ¿Qué va a ser de mi?

*Jordane de Montauve* – Viniste aquí y supiste agradarme, pero, según la reserva cátara, cuanto más tiempo pasa menos sueño en ser tu mujer.

*Gauthier des Ormes* – ¡Ah! ¡Jordane!

-¡Alto!, grita Barbaïra. ¡Robuffay, querido, es tan bueno representando esta escena como yo enhebrando agujas! ¡Ese pasaje sólo puede ser interpretada por mi y por Auda. Desaparece, sal!

Avanza con los puños cerrados y mirada resoluta hacia la torre del homenaje que sirve de escenario. Robuffay, que ocho días antes no habría cedido una pulgada de terreno, mira al rival desde un nuevo ángulo. Lo ve avanzar hacia si en una actitud terrorífica cabalgando a *Matraz*, encerrado en una armadura de cuero, el palafrén adornado de plata y negro, la cabeza cubierta con el yelmo de los señores *Faydits* de Miramont. Y cede el lugar. Se retoma la escena siempre según el texto de Lévis-Mirepoix...

*Roger Barbaïra, conde Faydit de Miramont* - ¡Ah, mi bien amada!

*Auda Isarn* – ¡Un proyecto extraño tomó forma en mi pensamiento y en mi corazón. Era un ser despedazado por el sufrimiento, pero capaz de amar con locura! Me exalté. Sentí que venías hacia mi y decía: iré más lejos, siempre más lejos, él va a seguirme, he de llevarlo a la iniciación. ¿Partirá mis creencias?... Por lo menos, conócela y comprenderá. ¡La impresión sobre él era fortísima... entonces, tal vez pruebe, como yo, el vértigo amargo y atrayente de la pasión condenada a la que se concede un tiempo para gritar antes de ser sofocada!

-¡Fin de la escena!, grita Guyot Peyrat... *Gauthier des Ormes* abraza impetuosamente a Jordane con el viento aullando en los huecos de la torre del homenaje.

-¡No aprietes tanto, cretino! Murmura Robuffay.

Recomendación tardía y superflua. Con un gesto suave pero resuelto, Auda acababa de empujar a Barbaïra lejos de si. La

noche caía. El viento cantaba en la escalera de caracol de la torre del homenaje de Puivert. Sobre el murmullo que iba menguando en el movimiento de estabilidad impuesto por el final del día, el reloj de una aldea comenzó a inscribir una a una, notas tristes. Los muchachos se estremecieron.

-¡Toque a rebate!, murmuró Gaston Reboul... ¡Debe haber sido declarada la guerra!

Prestaron más atención. Era sólo el toque de oración que sonaba en las profundidades del valle.

-¡Son horas de descender!, ordenó el *père aubergiste*



Algunas hojas muertas se deslizaban ya bajo sus pasos cuando entraron en el albergue. La divisa parecía estar a media hasta: *Au-devant de la Vie*.

-¡Al frente de la guerra, eso sí!, murmuró Chabrol.

Debido a la hora tardía se contentaron con una comida frugal. Puré de patata y fruta. Comían sólo con los labios, pero escuchaban las informaciones radiofónicas con todos sus oídos. A medida que las noticias pesimistas se confirmaban, sentían un nudo en el estómago y los miembros deslizar en una especie de fosa formada de una paz en vías de descomposición. Esparcidos en la enorme mesa, algunos periódicos con titulares espesos: "Daladier hace frente al *Diktat* de Hitler... Movilización de la flota inglesa... Generales franceses en Londres... Medidas de seguridad en París contra los bombardeos. ¡Un saco de arena por inmueble!... Gamelin habla de la moral espléndida de la armada francesa..."

-¿Tienes moral, tú?, pregunta Jordi Couquet al muchacho vecino.

-Yo no.

-¿Y tú, Robuffay? ¿Qué haces si hubiera guerra?

-Continuo fiel al espíritu-albergue. Llegamos a los AJ para crear un mundo fraterno entre los jóvenes de todos los países. No lo traicionaré. ¡Si fuese necesario, lo defiendiendo con mi piel!

Cuando se callaron las voces radiofónicas que parecían venir de ultratumba, pasaron a prestar atención a los rumores

nocturnos, como si la guerra saliese de la noche y fuera a batir a la puerta del albergue de juventud. Mas sólo el viento que se desliza de la cumbre de la montaña lloraba el verano que huía con la paz.

-Es todo muy bonito, objetó Gaston Reboul con un gesto de cabeza, pero si mañana los policías te presentan una orden de movilización, ¿cómo irías a defender el ideal *ajiste*?

-¡No iría. Prefiero huir a España?

-¡Y yo haría como Robuffay!, cortó Marius Chabrol... Los AJ están con la URSS. ¡Por la paz! ¡Contra la guerra imperialista que una vez más intenta resolver las contradicciones internas de la sociedad capitalista! ¡Ni un hombre, ni un céntimo para la guerra!

Reboul deja escapar un suspiro. Durante mucho tiempo queda absorto en la contemplación de la puntera de una de las botas y acaba por decir:

-¡Tienes suerte! Si fuese libre de escoger como tu, sería también el hombre de la "recusación de obediencia" del amigo Giono. ¿Pero, que dirían las personas de Lavelanet al ver el hijo del patrón en medio de dos policías, acusado de insumisión o desertión en tiempo de guerra? ¡Pertenezco a la fábrica!

-Yo también, confirmó Jordi Couquet. ¡Tras la guerra, no va haber trabajo para los desertores!

Marius Chabrol exhibió una risa sarcástica y apuntó el dedo hacia la placa colorida suspendida en la pared de la sala: "Después de la guerra, sólo vive el que no hizo la guerra". Todos se callaron. La radio multiplicaba noticias pesimistas. Estève Caberol fumaba con nerviosismo. La compañera tricotaba con un furor especial. Ferrocas observaba el movimiento de la lana penetrado de una angustia vaga. La paz no resistía más que aquel hilo rojo que podía partirse en cualquier momento. O sino, Judith podía ir a buscar unas tijeras a la caja de costura y cortarlo sin razón alguna. De ser así, todo se desmoronaría... Las esperanzas de una vida más justa y fraterna para los jóvenes de todos los países, sin distinción de religión, de clase o de raza... El ideal *ajiste*, la comunidad de muchachos y muchachas sin odio. ¡La historia del Languedoc pasaría a pertenecer

definitivamente al pasado porque la radio se pondría de inmediato a tocar la *Marsellesa*! Dijo lentamente:

-Elijo la recusación de obediencia. Por las razones que hace poco expuse en Puivert. Esta guerra fue organizada por Jehová, el dios malo del Antiguo Testamento. La guerra es el triunfo de la materia. Hacer la guerra es pasar al servicio de los Eons malditos que convirtieron el mundo al Mal. El Bien reside en la inmovilidad, en la recusación de obediencia.. ¿Eres de la misma opinión, Barbaïra?

En cuanto oía las noticias y las discusiones de los camaradas, el joven parecía mantener una actitud agresiva que adoptaba al lanzar a *Matraz* a más de cien kilómetros por hora. Replicó:

-Mi querido Ferrocas, el problema no es ese. No doy un céntimo por tu filosofía cántara, pero adoptaría la misma actitud que tu, sin embargo por otras razones. ¡La guerra de Francia no es mi guerra, porque Francia no es mi país! Podré batirme un día por Barbaïra o Carcasona, pero no por una patria que tiene otros contornos ideológicos. ¡Francia no es la tierra de mis padres!

-¿Y la lengua? ¿No es también una patria?, objetó Gaston Reboul.

-¡Un patria que los *franchutes* nos metieron en la garganta a fuerza de lanzas, camaradas! ¡Hay que renegar también de esa patria!

El viento de otoño lloraba alrededor del albergue de juventud. El canto del arroyo sonaba como un lamento. El aire que los chicos y chichas respiraban tenía el gusto de la ceniza. Lou Ganet, el benjamín del equipo, en manera alguna amenazado por la movilización, sentía formarse una gran bola en la garganta. Tenía ganas de llorar. Como el viento. Pensaba en la madre que adoraba y en las muchachas con quienes se encontraba a la tarde en los telares de la ciudad de Carcasona.

Guyot Peyrat reanudó el hilo de la conversación:

-¡Eres fantástico, Barbaïra. Te seguiré a todas partes como patriota occitano! ¿Quién te introdujo por ese camino? ¿Otto Rahn, tal vez...?

Roger Barbaïra se levantó y habló como si estuviese en público.

-¡Camaradas, no inventé nada! ¡Nadie concibe lo que quiere que sea, todo está escrito en la historia! ¿Optáis en Septiembre de 1938 por la recusación de obediencia frente a una guerra imperialista y capitalista que no osa decir el nombre? ¡Mucho antes que vosotros, otros patriotas languedocianos asumieron la misma actitud!... Acordaros de Marcelin Albert... ¡Doscientos ochenta y cinco mil manifestantes en las calles de Montpellier en 1907!... ¡Contra la miseria, contra la opresión francesa y capitalista del norte!

-¡Marcelin Albert estaba a sueldo del gobierno!, gritó el *père aubergiste*.

-¡Eso se dice!, se burló Roger Barbaïra... ¡La verdad es que, llegado a París por invitación de los franceses para negociar, el pobre Marcelin Albert no tenía un chavo para regresar a Montpellier tras el fracaso de las negociaciones! ¡Fue pagado por el gobierno, realmente... pero para comprar el billete del tren!

Grandes carcajadas de los *ajistes*. Los muchachos y muchachas estaban pendientes de los labios de aquel joven que se erguía contra la guerra imperialista, parecían presos a él con la misma rudeza de la multitud que descubre un jefe que les va a sacar de apuros!

-La aventura de Marcelin Albert es sólo un detalle. ¡Lo importante, camaradas, fue ver al 107 regimiento de infantería del XVII Cuerpo bajando los cañones de las armas para no disparar sobre los hermanos languedocianos!... La revuelta del regimiento de Agde fue la revuelta moderna del vizconde de Trencavel, camaradas!

-¡Viva Trencavel!, grita Guyot Peyrat.

-¡Oíd el resto! En 1917, los regimientos del Midi dejaron el campo de batalla y rechazaron morir en una guerra que les era ajena! La guerra que ahora nos imponen tampoco es nuestra guerra! ¡En lo que me dice al respecto, no espero a la hora de bajar el cañón, como hicieron nuestros valientes antepasados, me niego de entrada a coger una espingarda francesa!

-¡Bravo!, gritó Marius Chabrol.

Casi todos los *ajistes* presentes, incluyendo los que habían venido individualmente al albergue y no formaban parte del club

de los más asiduos, tomaron parte contra la guerra. Gritos diversos dominaban el rumor de las discusiones... ¡Daladier al paredón!... ¡Soviéticos por doquier!... ¡Hitler a la mierda... Barbaïra al poder!... ¡Caña en primera línea!

-¡Pues bien, yo hago esa guerra!, anuncia Estève Caberol cuando el regreso de la calma le permite hacerse oír... ¡Hay que vengar a nuestros camaradas de Barcelona! ¡Es imposible garantizar a Europa un futuro de libertad sin aplastar el fascismo en España, en Alemania y en Italia!...

-¡Abajo los amarillos!, grita Chabrol.

Jordi Couquet da un codazo amigable en la espalda de Barbaïra que acaba de volver a su lugar en el banco y le dice en tono confidencial:

-¡Así como le cortarías el bigote a Hitler, Caberol no tiene tonterías con la amiga Judith! Está harto de tarea mental. ¡Es la manera de comenzar bien una guerra fresca y alegre!

Judith levantó la cabeza. Oyó pronunciar su nombre, ciertamente. Posó los ovidios de lana y dijo entre dientes:

-¿Los teutones?... Es necesario matar muchos... ¡Matarlos a todos!... ¡Matar! ¡Matar!

## V

-¡Fue aquí que vimos a Otto Rahn por primera vez!, murmuró Roger Barbaïra.

Acababa de pasar la poterna meridional de Montsegur juntamente con el club de usuarios y puso los pies en el interior de la fortaleza. En verano, los "equipos de voluntarios" cortaban las zarzas y podado los árboles con vistas a la representación proyectada para el último domingo de Septiembre de 1939.

-¿Te acuerdas del susto que Rahn nos pegó cuando apareció de repente en medio de las zarzas?, preguntó Ferrocas.

-¡Lo que más me impresionó fue aquella mirada ausente y la manera como andaba, parecía un fantasma paseando a través de su propio sueño!, murmuró Guyot Peyrat.

-¡Sobretudo, me acuerdo de las alteraciones por causa de las latas de conserva vacías que dejábamos por cualquier parte!, dijo Jordi Couquet.

¿Te acuerdas de la dificultad que tenía en asimilar la palabra *ajiste*, Peyrat?

Ríen y posan los sacos en las rocas desnudas. Tienen las frentes cubiertas de sudor. Los perfumes de los zarzales planean sobre el aire espeso. Por encima de las brumas rojizas que velan el cielo, el sol pone un sello de cera roja cuyos contornos pastosos se atenuaban poco a poco.

-¡Hace demasiado calor para un 3 de Septiembre!, observa Robert Robuffay. Llevaba la ropa propia de las escaladas – pantalones apretados en la rodilla, chaqueta de tejido de Bonneval- y, como Barbaïra, el casco que lo protegía de la caída de piedras en la montaña. Era su traje de escena. En efecto, decidieron presentar *Montsegur* en un contexto moderno a los habitantes de la aldea, proyectando a los héroes de la obra en figuras de hombres de su tiempo. Así, Gaston Reboul representaría Guy de Lévis como "patrón de combate" y vestiría el propio abrigo del padre. Gracias a los objetos de trabajo de Jordi Couquet, el obispo cátaro Raymond Ferrocas iría como Bertrand Martin en sus digresiones clandestinas, disfrazado de operario tejedor. Marius Chabrol, el inquisidor, adoptaría la indumentaria de cuero negro de los chekistas ajustada a la cadera por un cinto con una cartuchera de pistola...vacía, naturalmente. Auda Isarn, aparecería desde el comienzo vestida con un *short* y un vestido convencional escotado, el periodo de la Jordane triunfante en su feminidad, y después, en al hora de la renuncia cátara, envuelta en el vestido de lana negra de las mujeres de Montsegur. Robuffay y Barbaïra, señores rivales, vestirían la ropa habitual de combate: El Bonneval del caballero de la montaña y la armadura de cuero del caballero de la carretera...

-¡Es la ropa ideal para un 3 de Septiembre canicular!, observa irónicamente o *père aubergiste* al ver a los dos muchachos cubiertos de sudor.

Roger Barbaïra no veía ni oía. Tenía los ojos fijos al frente, en dirección de los matorrales de boj y zarzas que cubrían el pie

de la muralla orientada, en la línea donde había aparecido el alemán dos años antes. Nada se movía en el aire espeso. No se oía el canto del ave o el ruido de algún zorro o de un conejo huyendo entre las altas hiervas. ¡Hasta un fantasma vacilaría en mostrarse con un calor tan denso como la fiebre amarilla! Barbaïra dijo lentamente en un tono melancólico:

-Y, así y todo, fue gracias a él que todo comenzó...

-Si, confirmó Reboul, era el guía que faltaba para dar más sentido e interés a nuestras salidas *ajistes!*

-¡Sin él, tal vez nadie tendría la idea de representar *Montsegur!*, murmuró Guyot Peyrat.

-¡Era un tipo estupendo, admitió Jordi Couquet, incluso cuando andaba a la caza de papeles parafinados!

Además:

-¡Si partió es porque hubo alguna razón!... ¡Bien, pero eso no nos impide comer un bocado!

Se instalaron en los peñascos. Algo apartado del grupo, Auda Isarn retomaba sus idas y venidas con impulso contenido y la impaciencia piafante del caballo pura sangre que tanto impresionaban a Otto Rahn. El sol rompía las sábanas de bruma que rodeaban la fortaleza. Las murallas perdían todo relieve bajo esa iluminación sin fuerza que recordaba os cirios incapaces de penetrar la sombra profunda de las catedrales. Más allá de las poternas, nada transpiraba del panorama de cimas y profundidades de los valles a las que estaban habituados. Montsegur, en general tan largamente abierto a las invocaciones del mundo, se retraía en un egoísmo fúnebre como suspendido de su pasado.

-¡Parece una velada de muertos!, dijo Chabrol. Hablad, decid cualquier cosa o comienzo a dormir.

Con brusca decisión Roger Barbaïra salta sobre ambos pies y grita:

-¿Si Otto Rahn viniese ahora aquí, que pensaría de una banda de indolentes incapaces de subir de rodillas a Montsegur como la Juventud Hitleriana?

Jordi Couquet se levanta suspirando:

-¡Los hitlerianos no me caen bien!

-¡A mi tampoco!, añade Chabrol.

-¡No vamos a representar *Montsegur* por ellos, sino por nosotros!, cortó el *père aubergiste*.

Reboul acababa de vaciar laboriosamente una lata de sardinas y armó el brazo como una honda para lanzarla por delante, pero suspendió el gesto durante unos segundos, el brazo perdió rigidez y bajó. Envolvió la lata en un papel y la guardó en el saco.



De uno en uno, sin prisa, caminaron a la torre del homenaje que servía de escenario.

-¡Alto!, gritó el director de escena. El primer cuadro del tercer acto se abre sobre una perspectiva de bosque. Al otro lado del castillo, por lo tanto, entre los setos y los árboles.

-¿Y los espectadores?, preguntó Reboul.

-No importa, hacen parte de la pieza. En vez de de mirar a la torre del homenaje, miran para otro lado... Estamos, pues, a 24 de Mayo de 1242, en un bosque entre Avignonnet y Montsegur... Jordane de Montaure y Gauthier des Ormes esperan a Raymond d'Alfaro que acaba de liquidar a los inquisidores Guillaume Arnaud, Étienne de Narbone y Raymond l'Écrivain... Jordane abandona los brazos de su amado, escondido en la cabaña de ramas.

-¿Tienes certeza que no dormirán juntos?, pregunta el *père aubergiste* riendo.

- Bien... el texto de Lévis-Mirepoix no es explícito en ese punto. Siempre quedará la duda: dormirán, o no dormirán... ¡pero decido que dormirán! ¡De lo contrario, la gente de Montsegur no entendería nada! Raymond d'Alfaro aparece entonces... Venga, Barbaïra...

*Raymond d'Alfaro* - ¡Fue hecha justicia, señora! ¡Ninguno de ellos escapó! ¡El mundo ha de oír hablar de nosotros!

*Jordane de Montaure* - ¿Conseguisteis sorprenderlos fácilmente? ¿No resistieron mucho?

*Raymond d'Alfaro* - El barullo los despertó del sueño y ya estaban en pie cuando los encontramos. ¡Sea como fuere, están bien muertos, esos miserables! Cuando supieron de boca nuestra

la suerte que les esperaba, se pusieron de rodillas a cantar el Te-Deum! Pero... ¿no dices nada, señora? ¿Os parece natural que un caballero más hecho para la guerra que para el asesinato haya participado en esta matanza y que no veáis mérito en un gesto que va a despertar a toda una nación adormecida?

*Jordane de Montaure* (con afecto cortés) – Querido Raymond d'Alfaro, las mujeres son muy ardorosas en la amenaza, pero algo más tímidas en la ejecución. ¡No os sintáis ofendidos!

*Raymond d'Alfaro* – ¡Sois una reina ardiente de nuestra causa, es verdad, pero yo soy su paladín más entregado! ¡Albergando hace mucho tiempo mi dos fervores en uno solo, Jordane y la venganza, y tras dos años casi enteros pasados en Montsegur adorándoos sin que esa adoración os desagradase, merecía algo más que esa vuestra muda altivez!

*Jordane de Montaure* - ¿Y qué merecéis, hacéis el favor de decidme?

*Raymond d'Alfaro* – Hasta el último momento no quisisteis dejar los que iban a cometer el crimen libertador y esta misma noche ofrecisteis a mis ojos el esplendor de los vuestros, apostasteis vuestra belleza en una mirada!

*Jordane de Montaure* - ¡No es verdad!

*Raymond d'Alfaro* – Señora, no debéis permitir que vuestro mirar hable más que vuestra boca.

*Jordane de Montaure* - ¡Pretendéis hacer valer un favor que no es más que la expresión de vuestra audacia!

*Raymond d'Alfaro* – ¿Y qué importa eso después de todo lo que quisisteis? Estaré engañado, tal vez, pero vuestro pasado autoriza mi sorpresa. La que, para defender una causa, consintió en seducir a un enemigo como Gauthier des Ormes, no sabría en su orgullo considerar y conceder al buen servidor el precio que pagó, tal vez demasiado deprisa, al tránsito!

*Jordane de Montaure* (encolerizada) - ¡Iréis a descubrir que os engañáis, Messire<sup>1</sup>: no pago, doy!

-¡Bravo!, grita o *père aubergiste*... Esta Auda, perdón, esta Jordane é verdaderamente una descocada!

---

<sup>1</sup> Es francés arcaico. *Messire* proviene de *sire*. Etimológicamente significa 'mi señor' (N. del T.)

-¡Silencio!, gritó el director... Jordane ve a buscar a Gauthier des Ormes a la cabaña y tráelo para la escena. Raymond d'Alfaro, que lo suponía muerto, queda desconcertado. Jordane designa al francés:

*Jordane de Montaure* - ¡Lo que hace dos años se bate sin descanso contra nuestra gente no es un traidor! ¡¿Traidor?! ¡No estuvo más de nuestro lado que yo en de él! No hay deudas entre nosotros. ¡Él es mi debilidad y yo la de él! No podemos estar juntos. Tal vez su cólera sea santa, d'Alfaro, al empujarme a este desafío... porque, sola, no tendría fuerza para dejar este encuentro de un día para otro. ¡Me encontrareis en Montsegur!

*Raymond d'Alfaro* - ¡Antes de eso, señora, tenemos que liquidar esta cuestión!

*Jordane de Montaure* - ¡No, Messire, no quiero asistir al combate! Antes exijo a ambos la palabra de caballero que no llegareis a la violencia antes de que yo desaparezca del bosque. ¡Ni siquiera miro para atrás, no soy una apuesta! Cualquiera que sea el desenlace de la lucha, mi destino quedará aislado en las alturas donde voy a intentar el olvido de las pasiones humanas...

-¿Entonces, nos batimos o qué?, pregunta Roger Barbaïra con cierta impaciencia.

-¿Con qué? Ni tenemos espadas, ni hachas ni montones de armas... ¡Según Lévis-Mirepoix, debíamos utilizar uno de estos tres instrumentos!, alude Robert Robuffay.

-¡No entendiste mi *mise-en scène*! Lamenta Guyot Peyrat. Es una *mise-en scène* moderna basada en una transposición. ¿Entre dos deportistas especializados, uno en la montaña, otro en la moto, como se puede resolver honrosamente una diferencia sino mediante un combate de boxeo?

-¡Vamos entonces por los guantes?, concuerda Robuffay.

Ambos muchachos se libran de la parte superior de la armadura de cuero y de la chaqueta de Bonneval y comienzan el combate a pecho descubierto. El sol rojo abrasa la piel a través de la bruma de fuego. El sudor realza los músculos. El ruido seco de los puños perturba el silencio fúnebre de la fortaleza. Barbaïra y Robuffay comienzan a marcarse suavemente, hacen danzar las piernas y multiplican las fintas, ganchos y *uppercuts* simbólicos. Después, el juego se vuelve más serio. Los dos

campeones toman gusto por la lucha, aceleran los movimientos, refuerzan el peso de los impactos. Con las cejas cada vez más fruncidas y los maxilares apretados, van a resolver una disputa que escapa al marco de la ficción y se torna en seguida pasión pura. Los puños rompen secamente y dejan en la piel desnuda marcas azuladas. De repente, comienza a correr la sangre.

-¡Eh, ahí! ¡Eh, ahí!, grita Estève Caberol... ¿estáis tontos o qué? ¡Parar ya con eso! ¿Vais a batiros en serio por una descocada?

-¡Parad!, grita el director. Si en un ensayo os deshacéis de esa manera, habrá algún muerto en el día de la representación. ¿Además, dónde está el espíritu *ajiste*? ¡Sin tener en cuenta que en el siglo XX los hombres no se baten a muerte por una mujer!

-¡Eso es lo que vamos a ver!, murmuró Barbaïra.

-Yo, a los idiotas, los deshago!, asegura Robuffay.

Fue preciso separarlos y llamarlos al orden, cada cual en un ángulo opuesto de la fortaleza.



-Estamos ahora en el Montsegur cercado, explica el director abriendo el bloc de notas tras una hora de pausa. Seis meses ha que el ejército a las órdenes de los arzobispos de Narbona y de Albi, del senescal de Carcasona, de Guy de Lévis y, bien entendido, de Gauthier des Ormes, embiste contra la fortaleza. No hacer progreso alguno. Bien avituallados de provisiones, los Cátaros no sucumbirán al hambre. El desánimo reina entre los franceses. Por el contra, en el templo fortificado de los Cátaros el entusiasmo místico alcanza el punto más alto. La guerra asola los pies de Montsegur, pero frente a ella se zambulle en la serenidad de la renuncia al mundo. ¡Entra, Ferrocas!

*Bertrand Martin* - ¡Hosannah! ¡Bendita la prueba que Dios nos envía porque de ella saldremos más puros!

*Jordane de Montaure* - ¡Padre mío, tened piedad de mi!

*Bertrand Martin* - Leo tu pensamiento, hija mía. ¿Te preguntas si "él" está entre ellos? Pues bien, está, pero te ofrezco una vez más esa consolación del Espíritu santo que te juzgas indigna de recibir. Arrancará ese resto de pasión que arrastras

dentro de ti y me ayudarás en mi apostolado. Convertida Perfecta, una autoridad sagrada se añadirá al prestigio del que ya gozas gracias a tu madre. ¡Brunissende, la santa!

*Jordane de Montaure* – Consuélame, padre mío, os imploro, pero no me pidáis nada a cambio. ¡Sólo para morir puedo ser consolada!

-¡Auda!, pregunta el director, ¿tienes un puñal para presentar a Bertrand Martin como prenda de tu fúnebre resolución?

-No.

-Denle un cuchillo de caza, sugiere Robuffay.

-¡Continuemos!, dice Guyot Peyrat... Auda muestra el puñal al obispo cátar. El obispo rechaza llevar adelante el propósito y responde:

*Bertrand Martin* – Jordane, cuando tu madre decidió dejar la familia y el mundo, no fue para huir de una prueba, sino para aspirar siempre más alto y dejar un ejemplo... ¡Predicamos la renuncia, no la cobardía!... En la hora presente, nuestro deber es mantenernos vivos, luchar para que nuestra doctrina no sea borrada de la faz de la tierra... ¡Si murieses así serías recordada como la que se evadió con la aproximación del enemigo! Aparte, si te hiriese, no mataría lo que es preciso matar... ¡Primero debes morir en espíritu!



La bruma púrpura que cercaba la fortaleza se fundía en los flancos del peñasco y se coagulaba en el fondo de los valles. El cielo volvía a aparecer, pero cargado de nubes verdes y amarillas, como muy llenas de azufre. También las murallas tomaban esos colores, mientras tonalidades doradas afiligranaban las hojas de los robles. Continuaba haciendo calor. El sudor brillaba en los torsos desnudos de Robuffay y Barbaïra aureolados con las impresiones de los puñetazos propinados. La sinfonía tumultuosa de perfumes soplados de los matorrales contribuía a la tensión del aire que mantenía el potencial eléctrico del tiempo tormentoso. Auda Isarn interpretaba su papel con una fuerza de sugestión especial, pero Guyot Peyrat presentía en eso el anuncio de una crisis nerviosa.

---

-Ensayemos ahora la última escena, dijo. El asalto de los Cruzados por un corredor escarpado acabó por...

-¡Falso!, grita Barbaïra. Los Cruzados no hicieron el asalto por un corredor. Sólo un pequeño grupo consiguió poner los pies en el pasaje de Trébuchet después de una escalada nocturna conducida por mercenarios vascos.

- Es entonces que Gauthier des Ormes ataca la barbacana...

-¡Falso! Ninguno de los documentos que versan del cerco de Montsegur refiere ese nombre. ¡Ese caballero sólo deber haber existido en la imaginación de Lévis-Mirepoix!

-¿Pero no estamos representando una pieza sacada de una novela de él? ¡Una novela es una novela!...

- De acuerdo, pero, ¿en ese caso podemos alterar el epílogo a voluntad? ¿Si o no?

- ¡Cambiar algunos detalles, si, pero no el sentido general de los acontecimientos que pertenecen a la historia!

- Contrariamente a lo que pretende el camarada Chabrol cuando se pone a recitar el catecismo marxista, no hay más que un motor en la historia: el hombre. ¡El hombre hace, deshace y rehace la historia! ¡Así, voy a rehacer la de Montsegur y anulo la capitulación!

Los muchachos se reunieron lentamente a su alrededor, unos por curiosidad, otros llevados por una necesidad de contestación, otros incluso, por enfado. Auda Isarn volvió a sus idas y venidas solitarias pero con un paso más acelerado de lo habitual, como si el pura sangre que traía dentro de sí acabase de lanzarse a la carrera.

-¿Quieres modificar el remate de la pieza? Preguntó Estève Caberol. De acuerdo con el espíritu *ajiste*, que más que cualquier otro respeta la libertad individual, tienes ese derecho, pero te hago notar que, caso que votemos por la alteración, Peyrat tiene que redactar otro texto, los otros aprenderlo y ensayarlo, y que eso va a remitir la representación a las calendas griegas!

-¡No importa! ¡Tenemos veinte años de edad y la historia no nos puso fechas! Tu, Peyrat, ¿qué dices?

- Yo, me remito a mi texto. Trabajé bastante en eso. ¿Qué propones tú?

- ¡Propongo beber un vaso! Sugirió Lou Ganet. Voy a buscar cervezas. Se instalaron en círculos en los peñascos y bebieron cerveza, infelizmente tan caliente como las murallas de Montsegur.



Mientras discutían y bebían se había edificado una catedral de nubes negras sobre el pico de Soularac, su vecino en el cielo, como un edificio cristiano sobrepuesto a un templo pagano. Sólo Montsegur escapaba a la regla. Roma nunca osó plantar allí la cruz. La tormenta estalló de repente y los rayos en forma de signos rúnicos comenzaron a apuñalar el horizonte.

-Alguien tiró una piedra al lago de los Druidas, murmuró Roger Barbaïra, que no se había olvidado de las explicaciones dadas por Otto Rahn sobre el carácter insólito de esas tormentas siempre limitadas en el espacio. En efecto, a pesar de la brea vomitada por las nubes y de la luz amarilla que navegaba en las profundidades verdes del cielo enfermo, la atmósfera se mantenía tranquila por todas partes; los fondos de los valles y la aldea de Montsegur quedaron invisibles debajo del manto de bruma escarlata que los apagaba.

-¿Entonces? ¿Presentas o no tu conclusión?, preguntó el *père aubergiste*.

Roger Barbaïra se puso de pie y los camaradas lo imitaron al mismo tiempo que limpiaban el sudor. El menor movimiento hacía transpirar tanto como en un país tropical.

- Mi conclusión no es más extravagante que la de Lévis-Mirepoix... ¡En verdad, camaradas, ficción por ficción, prefiero mi versión a la de él! ¡No se puede representar ese final, es imposible! ¡Es bobo, cursi, bueno para hacer llorar a los hijos de Maria!... He aquí lo que propongo... Tres meses antes del 16 de Marzo de 1244, un caballero venido del Norte entra en al fortaleza por uno de los pasajes que comunican con el exterior. El caballero se llama tal vez Alain Barbaïra de Miramont y era descendiente de célebres jefes visigodos, al mismo tiempo mal vistos en la corte de Alarico – convertida, como sabéis, al cristianismo- por razón de sus conocimientos en materia de

tradición pagana. Llevaba a Montsegur la llave que permitiría descifrar la "escritura pagana cifrada" gravada en las tablas de piedra del Graal entonces bajo custodia de los Perfectos... ¡A partir de ese momento, todo cambia! Los defensores de Montsegur se aperciben que el cristianismo romano y el cristianismo cátaro son sólo dos variantes del mismo error sobre la concepción del hombre y del mundo y, en lugar de mantener el Graal escondido, revelan por el contrario, su naturaleza a los hombres imbuidos en la superstición... No hay capitulación. Los Perfectos abren las puertas de Montsegur, descienden hasta los Cruzados, nos iluminan y libertan la patria occitana con la ayuda de los opresores, ahora sus amigos. Marchan a Roma y la libertan también de la impostura, de la simonía y de la lujuria cristiana. Rehacen la unidad de Occidente con base en verdades primordiales, restituyen la salud de los pueblos y la prosperidad de las patrias carnales... ¡Y, bien entendido, Alain Barbaïra de Miramont casa con Jordane de Montaure! ¿Qué creéis de este final optimista, camaradas?

- ¡Demasiado tarde para representar!, grita súbitamente Auda Isarn en un tono que sobresalta a la asamblea... ¡Oíd!...

Prestaron atención a las invocaciones del espacio. La tormenta rugía en el pico de Soularac.

- Sólo oigo barullo de truenos, dice el *père aubergiste*.
- Yo también, confirma Chabrol.
- ¡Oíd! ¡Oíd!, insiste Auda.

Había en el tono de su voz un potencial de angustia que no parecía mínimamente justificado en un escenario tan conocido de ella y de los demás *ajistes*, aparte de la tensión eléctrica de la atmósfera y de la luz amarilla a su alrededor que transformaba las piedras de Montsegur en bloques de oro malditos.

Auda Isarn corrió en dirección de la poterna meridional seguida de cerca por Roger Barbaïra que, habiendo oído una vez ese grito desesperado escapársele de la boca, esperaba lo peor. Los otros muchachos, el *père aubergiste* y la compañera se juntaron a ellos.

- ¡Oíd!, repitió Jordane de Montaure vestida con la falda de fustán negra que Auda Isarn había pedido a las mujeres de Montsegur para el momento de la renuncia.

De nuevo prestaron atención a los ruidos escasos que subían de la aldea amortajada en un sudario de bruma escarlata.

-¡Las campanas tocan a rebato!, gritó Gaston Reboul.

Los rostros empalidecieron y adquirieron la tonalidad lívida del cielo.

-¡No, es el toque a la oración! Afirmó Lou Ganet con voz trémula, pero para calmar a los camaradas.

-¡No seas parvo! ¿Alguna vez oíste tocar a la oración a las tres horas de la tarde?, dice Guyot Peyrat.

Contaron los reclamos de la campana invisible que sonaba en el abismo abierto a sus pies, las pausas y, de nuevo, los llamamientos bien picados, uno tras otro.

-¡Es toque a rebato, sí!, verifica el *père aubergiste*.

Encuadrada en el cielo de aquella poterna incompresiblemente importante para una fortificación de defensa, Auda Isarn detenida en el umbral de piedra. Tiene los brazos ligeramente erguidos y ahora los extiende hacia el valle en la dirección del Camp dels Cremats. El rostro empalidece cada vez más y los ojos parecen tomar en cuenta los relámpagos de la tormenta instalada en el pico de Soularac. Y dice en una voz que parece totalmente descarnada:

-Veo... veo...

Roger Barbaïra aproxima la boca al oído de Auda y pregunta suavemente:

-¿Qué ves, Auda, querida? Di... ¿Qué estás viendo?

La muchacha estuvo mucho tiempo sin responder, después anunció con voz débil:

-¡Veo soldados en marcha a Montsegur...Veo espadas... espadas que brillan!... ¡Caballos!... ¡Caballos!... Tiendas... El ejército...

Ahora tenía los ojos cerrados, las manos posadas en el vacío, los brazos petrificados.

Barbaïra insiste casi con un soplo...

-Dime que ves, querida Auda... no tengas miedo...

Nadie tras ellos susurraba una palabra, todos los rostros angustiados se inclinaban sobre el abismo. Auda Isarn permanecía en silencio minutos ha y ese silencio ganaba una

tensión más insoportable que la atmósfera de un alto potencial eléctrico. Súbitamente anunció en tono grandilocuente:

-¡Veo nuevos inquisidores venir hasta nosotros!... ¡Veo la muerte que planea sobre la cabeza de Robuffay!... ¡Veo la muerte sobre Caberol... Todo ardiendo allí abajo, en el valle... Veo la muerte de Lou Ganet... Las torturas y la muerte de Ferrocas... ¡Ah!... ¡Los inquisidores!... ¡Torturas! ¡Hogueras! Veo hoguera encendidas...

Auda Isarn soltó un grito de terror y cayó hacia atrás con los ojos cerrados, los pómulos del rostro verdosos, rígida como una plancha de roble. Roger Barbaira sólo tuvo tiempo de extender los brazos para ampararla.

Tres horas antes, había comenzado la II Guerra Mundial.

**II**

**LUZ ROJA**



Otto Rahn

## I

Cuando Guyot Peyrat llega al albergue de juventud tres años más tarde, se siente viejo bruscamente. Al atravesar la aldea sólo oye voces de mujeres. Los pocos hombres que el viento helado empuja a casa tienen los cabellos blancos. Los establos y corrales soplan un aliento insípido que la vida animal ya no calienta.

La campana no toca a oración porque sólo hay un cura para cinco parroquias. El viento gime en las hayas y nogales calvos. Nubes color malva corren apresuradamente a la altura de las cumbres. Guyot Peyrat maldice contra el viento de otoño que le traba la bicicleta y que parece querer vedarle el acceso a las altas regiones ariegenses <sup>1</sup>.

Pone el pie en tierra y vuelve a subir la vereda pedregosa. Olor insípido de setas de la húmeda floresta. El rugido del viento en los peñascos del matorral de arriba le impide oír el canto del arroyo que salta de canal en canal llevando en su curso grandes paños de luz fría. La noche va a caer en breve. La bella quinta que sirve de albergue de juventud parece abandonada. La tabilla "Au-devant de la Vie" desapareció y en los accesos reina el mayor desorden. Sin embargo Estève Caberol no abandonó el puesto, una vez que había estado de acuerdo en recibir el antiguo club. Desde el inicio de la guerra, es la primera vez que sus miembros consiguen liberarse al mismo tiempo de las obligaciones cotidianas.

Guyot Peyrat recostó la bicicleta en la pared del viejo establo y se dirigió a la puerta de la quinta. El viento parece llamarlo aparte y dar avisos que no entiende. También los árboles negros agitan las ramas y multiplican los gestos de disuasión. Tan de seguido el joven bate la puerta, le cae en los hombros un peso invisible. Dos brazos lo agarran por los riñones y lo empujan contra la puerta, que cede. Del aliento caliente que le sopla en el cuello emanaciones de ajo y cebolla, sale una orden:

-¡Adelante, hombre, que hay lugar!

---

<sup>1</sup> Región de Mediodía-Pirineos.

Mas que introducido, Guyot Peyrat es proyectado en la gran sala que tan bien conoce. Iluminado por el fuego del lar, un hombre desconocido, barbudo y fruncido, le apunta con una escopeta de cañones recortados. Estupefacto por el insólito recibimiento, intenta asirse a una imagen cualquiera del pasado. Y esa imagen llega con Judith. Inclínada sobre el fuego, canta con voz ronca:

*Les corbeaux posés sur la neige  
Sont coiffés de casques gris,  
Casques gris, Casques gris...*

*Les doriphores nous infectent  
De uniformes vertes, casques gris,  
Casques gris. Casques gris...*<sup>1</sup>

Yergue la cabeza y grita a los dos hombres que acogieron al *ajiste* en un estilo tan nuevo:

-¡Pablo! ¡Hernandez! ¡Son los amigos que llegan!

La escopeta de caza baja. El hombre que agarró a Peyrat lanza una carcajada y extiende la mano:

¡Discúlpame, compañero!

-Me olvidé de preveniros, dijo Judith. Son buenos canes de guarda. Siéntese.

Apunta hacia un banco, posa sobre el muchacho una mirada fría y añade:

-¡Estève no tardará! Sus camaradas tampoco, supongo.

Peyrat nota el cambio de tono y piensa: a tiempos nuevos, un dialéctica nueva. Pasa un ángel. El fuego de leña anima la penumbra dorada. En la montaña, el viento afina su sinfonía por un clan de lobos. Uno de los españoles está puliendo la escopeta.

---

<sup>1</sup> Los cuervos posados sobre la nieve  
están peinados con cascos grises,  
Cascos grises, Cascos grises ...

Los doriphoros nos infectan  
De uniformes verdes, cascos grises,  
Cascos grises. Cascos grises ...

Guyot Peyrat siente un temblor al sacudir el peso del viento y del hombre aún agarrado a los hombros. Traduce mentalmente a la lengua d'Oc el lamento que Judith retoma inclinada sobre el fuego, los ojos helados perdidos en el universo sangriento de las llamas.

*Les barbares nous étouffent  
Sous le poids des casques gris,  
Casques gris. Casques gris...*<sup>1</sup>

El tiempo pasa. Un sentimiento de frustración pesa sobre el poeta. Volvía al albergue de juventud para reencontrar un pasado que con el retroceso del tiempo le parecía tan dulce y he aquí que... De vez en cuando, Judith mira hacia él y lo despoja con una fría mirada. Recuerda inmediatamente la manera cortante como repelía sus acercamientos y piensa que estando ahora sola con él y con los dos españoles, se halla en una posición de fuerza para ajustar cuentas. Pregunta horripilado:

-¿Puedo ir a la carretera a esperar a mis camaradas?

-¡Qué pregunta!, murmura Judith. Es una persona libre, señor Peyrat.

Sale y piensa: es verdad, de momento soy libre, ¿pero durante cuánto tiempo? Y quién vendrá a disputarme esa libertad? ¿Los alemanes? ¿Los franceses? ¿Los españoles?



Guyot Peyrat desciende a la carretera. Un cuarto hora después, un par de faros comienza a descifrar a lo largo de los misterios de la noche. Es Gaston Reboul. Había ido con Jordi Couquet en una camioneta a gasógeno tomada discretamente de la fábrica a esperar a los camaradas a la estación de ferrocarril de Foix. Lou Ganet, Raymond Ferrocas, Marius Chabrol y Robuffay descendieron y le rodearon. Le dijo:

---

<sup>1</sup> Los bárbaros nos asfixian  
Bajo el peso de los cascos grises,  
Cascos grises. Cascos grises ...

-¡Caberol todavía no llegó e, imaginad, acabo de caer en pleno *maquis*!<sup>1</sup>

Después, cuenta los *ajistes* y pregunta:

-¿Y Barbaïra?

-Debe venir en la moto con aquella aburrida, informa Couquet.

Suben la vereda en fila india. Los dos españoles los acogen calurosamente y Judith enciende la lámpara de carburo. Los jóvenes se miran con cierta extrañeza, un poco como desconocidos que se encontrasen por primera vez. De hecho, el lazo que les unía se había roto con la muerte de los albergues de juventud el 3 de Septiembre de 1939. Se establecieron otros lazos, pero de naturaleza diferente.

Marius Chabrol que momentos antes observaba a uno de los españoles sentados a la mesa, avanzó hacia él y preguntó:

-¿No te llamas Pablo las Heras?

-¿Cómo lo sabes?

-¡Eh!... El campo de Vernet... Gurs... ¡Soy Marius Chabrol!

-¡Hombre!

Los dos hombres se dieron un abrazo. Perseguido desde el comienzo de la guerra como "permanente" de un partido comunista puesto fuera de la ley por el gobierno de Édouard Daladier tras la firma del acuerdo germano-soviético, Marius Chabrol se vio tras las cercas de alambre de espino del campo de concentración de Vernet en Diciembre de 1939. Con unos centenares de sospechosos franceses y millares de españoles que la victoria franquista acababa de repeler más allá de los Pirineos, conoció hasta el inicio de 1941 los malos tratos cuyos estigmas todavía portaba. Se volvió a bisbisear a los antiguos camaradas:

-¡Cuando pienso que los *collabos*<sup>2</sup> tienen el atrevimiento de acusar a la URSS de mandar gente a morir de hambre a Siberia!... ¡Y la República, entonces! ¡Pero conocemos esos campos de concentración! ¡En materia de bellaquería gratuita, no podemos recibir lecciones de nadie! ¿No es cierto, Pablo?

-¡Cierto, hombre!

---

<sup>1</sup> Saboteadores del desperdigado y vencido ejército republicano español.

<sup>2</sup> Abreviatura de colaboracionistas.

Se instalaron en la mesa y sacaron las provisiones de las bolsas. En el marco reencontrado del albergue de juventud, se mostraban menos sensibles a la pobreza de la alimentación que en casa... Almorzaron y cenaron tantas veces a la manera espartana sentados alrededor de esa mesa –tan insólitamente larga como siempre, sólo que más frágil y sucia- que masticar su escasa pitanza los hacia ahora más optimistas.

-¿Y tu, Ferrocas? ¿Qué hiciste durante la *drôle de guerre*?<sup>1</sup>

-¡Estuve en la trena! ¡Por rechazo de obediencia!

El descendiente de los *camisards* se inclinó hacia el plato un rostro atormentado, alargado y triste, más atormentado, más alargado y más triste por los meses de condena que le dieron una palidez especial.

-Me espabilé, dijo... En vez de ser discreto, escribí una carta al comandante general de la región militar presentándome como objetor de conciencia y mostrando mis razones.

-¿Y después?, preguntó Jordi Couquet que hablaba siempre con la boca llena.

-¿Después? ¡La cosa no prosperó!... Dos policías. Toulouse. Tribunal militar.

-¿Y que dijiste a los jueces?

-Apuesto que les dio el sermón del Perfecto Bertrand Martin que representó en *Montsegur*, insinuó Gaston Reboul... Jehová, el dios malo del Antiguo Testamento, desencadenó esta guerra contra el Espíritu en beneficio de la materia... no obstante los Eons superiores Jesús, María y San Juan Evangelista!

-¡Más o menos eso!, admitió Ferrocas. Me condenaron a cinco años de prisión. Hélène Laguerre y los amigos de Giono me mandaban naranjas y Déat consiguió sacarme del agujero en 1941. No lamento nada, la prisión es una experiencia insustituible.

-¡Debías haber hecho como yo, dijo Robert Robuffay. Me hice leñador, me escondí en el bosque de Iratí y mi padre hizo correr el rumor de que desaparecí en una exploración de

---

<sup>1</sup> *Guerra grotesca o esperpéntica* podría ser la traducción más apropiada en español.

espeleología. Vine a la superficie después del armisticio y conté una serie de engaños que nadie percibió! ¿Y tu, Peyrat?

-¿Yo? Me beneficié de una prórroga por estudiante. ¡No me preguntaron nada! Unos compañeros fueron, otros quedaron... ¡En fin, una burla! Yo, me quedé.

-Yo también, dijo Reboul... Me quedé en la fábrica como afectado especial <sup>1</sup>. Una carcajada general agitó a los viejos *ajistes* y Chabrol aprovechó para una reflexión político-filosófica del afectado especial:

-¡Claro! La guerra también se hace con una clase contra otra clase!

-No. Jordi Couquet quedó como afectado especial por las mismas razones que yo. Razones técnicas.

-¡No me hagas reír!

Oyeron un ruido de motor en la carretera.

-¡Atención, trabó Chabrol, el señor conde de Miramont y la condesa están a punto de llegar!

Y aumentó cuando Barbaïra y Auda Isarn aparecieron relucientes de humedad de caras congestionadas:

-Hablábamos de la organización de la guerra, Barbaïra, de una clase contra la otra... Por lo que veo, el estatuto de ocupación la confirma. ¡Unos, andan con las piernas, otros, reciben suplementos de gasolina! ¿Ese privilegio viene tal vez de los reyes visigodos, vuestros gloriosos antepasados, no, señor conde?

-¡No, amigo mío! Es una mezcla de benzol y alcohol. El benzol, lo consiguió discretamente en la fábrica de gas de Carcasona, en cuanto al alcohol... creo que no está prohibido destilar vino... ¿Tenemos hambre y sed, podemos sentarnos?

Se instalaron entre los camaradas. Todos volvían a encontrar la atmósfera *ajiste* del tiempo ya distante en que preparaban la representación de *Monstsegur*, pieza en tres actos según la novela de Lévis-Mirepoix.

---

<sup>1</sup> "Affecté spécial" en el texto original. Situación reservada a hombres con profesión indispensable para la vida económica del país en caso de movilización.

-¿Y *Montsegur*?, preguntó Guyot Peyrat. A pesar de las circunstancias, ¿pusimos o no una fecha definitiva para el estreno de la pieza?

Risa general.

-¿Y pides autorización a los boches para representar en zona interdicta?, se burló Chabrol... Hablábamos hace poco de nuestros recuerdos de la *drôle de guerre*, Barbaïra. ¿Y tú? ¿Qué pasó contigo?

-Nada. Pensaba dar la vuelta al mundo de los objetores de conciencia y di la vuelta a mi cuarto. Me quedé para cuidar las viñas paternas. Nadie fue a pedirme nada. ¡Más tarde, me di cuenta que era un refractario de mi clase!

-¡Qué cachondeo! ¡Y dicen que van a Berlín con flores en la escopeta!

La puerta giró sobre los goznes de modo especial, con la cautela que podía inspirar una desconfianza de carácter casi profesional. Estève Caberol apareció. Vestía una vieja indumentaria de caza y traía en las manos una pistola-ametralladora. Era difícil decir con certeza si se había vuelto un fuera de la ley o se presentaba como miembro de una organización. La bondad de su mirada sin embargo desmentía el peso del arma. Jordi Couquet, que conocía bien su servilismo de perro pisado por su dueña, no se lo tomó en serio.

-¡Oh!, exclamó apuntando el dedo para el arma... No juegue con eso, *pau*! ¿Sabes que se puede disparar sola?

-¡Gran guerrero, cuéntenos sus hazañas!, dijo burlonamente Chabrol.

O *père aubergiste* entró en el taller de alfarería, escondió el arma en el fondo de un armario debajo de unas viejas mantas y volvió a la mesa sonriendo.

-¿Mis hazañas? Está bien, hablemos entonces. ¡Ah, esperad, primero voy haceros reír con mi distinción!

Abrió la cartera y sacó una hoja arrugada y amarillenta.

-Oí lo que dice la distinción: "Estève Caberol, movilizado para todo el tiempo de la guerra. Cabo. Dotado de alto sentido del deber, siempre listo a exponerse en las circunstancias más difíciles. Demostró las más altas virtudes militares en el cumplimiento de las misiones que le fueron confiadas. Condujo

con éxito de Sedan a Narbona el tren de combate cuyo mando le fue confiado por los superiores. La presente distinción le confiere la cruz de guerra con palmas..." ¡Ahí tenéis! Andaban entretenidos con la *drôle de guerre* y no me hacían caso alguno, pero la situación va a cambiar. ¡Ahora, se trata de matar al boche y al *collabo*!

Inclinada sobre el fuego e indiferente al caluroso ambiente de camaradería que lentamente se restablecía, Judith continuaba canturreando la quejumbrosa melodía:

*Boches morts, Boches morts.  
Ne reste plus sur la neige  
Que moisson de casques gris,  
Casques gris. Casques gris...* <sup>1</sup>



Mañana de domingo resplandeciente de sol. Los bosques parecen altares de estilo rococó dorados en las hojas soportados por la columnata de fustes negros. El arroyo absorbe grandes paños de cielo azul en el plano calmado de los canales y los frota después de cascada en cascada. El viento arrastra el perfume suave de putrefacciones recientes. El banco de piedra a lo largo de la fachada del albergue de juventud se encuentra templado, después ardiente. Los muchachos lo ocupan y los españoles sacan fuera una botella de anís de contrabando. Sentada al lado de Barbaïra, Auda Isarn se muestra seria como de costumbre, un poco triste y reservada al mismo tiempo, abierta a la camaradería. Jordi Couquet se inclina hacia el hijo del patrón y dice en voz baja:

-Tengo amigos en Carcasona que desde el inicio de la guerra los ven muchas veces juntos. ¿Qué te parece, es por Roger... o por la moto que ella se interesa?

---

<sup>1</sup> *Alemanes muertos. Alemanes muertos.  
No queda más sobre la nieve  
Que la cosecha de cascos grises,  
Cascos grises. Cascos grises ...*

-No lo sé.

-¿Crees que se va a la cama con él?

-¡Tengo la certeza de que no! ¡Todavía no nació el que la ha de llevar!

Ávidos de sol, los *ajistes* guardan silencio durante mucho tiempo, después, Guyot Peyrat lanza la pregunta habitual:

-¿Qué hacemos? ¿Subimos otra vez a Montsegur?

-¡Siempre Montsegur! ¡No vengas con tretas de esas!, corta Couquet.

El poeta se bate en retirada.

-¡No me refiero a lo que podemos hacer hoy! ¡Estaba pensando en los grandes proyectos de antiguamente que tal vez pudiésemos retomar!

Judith se sentó en el banco, tan lejos como fue posible del *père aubergiste*. Provista de un cuchillo bien afilado, se colocó a la espera de lagartijas que se dejaran aventurar en la piedra al reclamo de los rayos del sol.

-Creo, dijo Raymond Ferrocas, cuya voz caliente tomaba el acento de los pastores protestantes que toman su fuerza del fanatismo del hombre, creo que, como antiguos *ajistes*, el problema que surge ahora es como defender la libertad.

-¡Bravo!, gritó Estève Caberol.

Barbaïra se encogió de hombros.

-La libertad de un anarquista como él no tiene que ver con la que los languedocianos reivindican, camaradas. Precisamos de cinco años para descubrir nuestro país. Ahora, se trata de saber cuanto tiempo tenemos de gasto para el libertar y como obtener es liberación. ¿Estáis de acuerdo?

El silencio de la pequeña asamblea significaba un acuerdo de principio, pero con una pequeña diferencia.

-¿Oísteis el discurso del Mariscal a los saboyanos?, preguntó Ferrocas.

Estève Caberol dio una carcajada.

-¡El viejo habla mucho pero no dice nada!

-¡No es verdad! ¡No es verdad!, grita Ferrocas. En el discurso a los saboyanos, dijo lo siguiente: "La provincia de mañana deberá ser organizada de manera que pueda bastarse a si misma. Deberá ser más vasta y abierta que la de otrora y producir todos

los recursos indispensables a su población <sup>1</sup>... Eh? Nada que añadir, camaradas. La libertad occitana pasa ahora por Vichy. ¡Hay que seguir al Mariscal!

Marius Chabrol se golpeó en la frente con gesto elocuente pero no pronunció palabra.

-Sea como fuera, continua Ferrocas, esa cuestión sólo tiene que ver conmigo y con Peyrat. Hace un año que militamos en el S.O.L. y vamos a pasar a la Milicia que ya está en formación. ¿Y vosotros?

Siguió un largo silencio compartido en profundidad por sentimientos de indignación e incertidumbre. De repente, la voz helada de la *mère aubergiste* se hizo oír:

-¡Al cuarto toque... Es más tarde de lo que vosotros pensáis, queridos míos!... ¡Crac!

Y vibró el cuchillo con precisión en la lagartija posada en la piedra caliente que espiaba desde momentos antes cuyos reflejos disminuían con la estación avanzada. Después, se inclinó sobre los dos pedazos que se convulsionaban en el estertor de la agonía y verificó melancólicamente:

-¡Qué extraño... no sangra!

Marius Chabrol le lanzó una negra mirada. Después, volviéndose a Ferrocas:

-¡Petain es un viejo traidor. No entiendo como sois tan tontos al punto de dejaros convencer por las promesas que hace. Promesas que nunca cumpliré!

-¿No se comprometió ante de los saboyanos?

-¡Tal vez, pero se descomprometió de inmediato ante los capitalistas e imperialistas que manejan los hilos del gobierno! ¿No crees?

-¡No!

-¡En ese caso, voy a probarte lo contrario!

Se levantó y fue al dormitorio colectivo. El sol acariciaba los rostros y doraba el anís que tomaba por su cuenta el aroma del matorral de las colinas, cansado de soplar emanaciones durante todo el verano. La *mère aubergiste* continuaba espiando las lagartijas. Los dos españoles con el torso desnudo intentaban

---

<sup>1</sup> Discurso a los saboyanos, 22 de Septiembre de 1941.

acrecentar el bronceado de los hombros. El joven Lou Ganet miraba hacia el vaso que tenía en las manos.

-¿Y tu, pequeño?, preguntó Estève Caberol... ¿Qué piensas hacer?

¿Por qué no te unes al *maquis*? ¡Es más para tu edad que para la mía y, sin embargo, yo aquí ya estoy!

Lou Ganet sonrió. Ahora tenía dieciocho años y acababa de obtener el bachillerato con matrícula. Mediocre mientras frecuentó los "bons padres" de la escuela Stanislas, alumno brillante en el liceo de la calle de Verdun en clima de libertad que le revelaba a sí mismo, era extremadamente reservado y sólo se abría en confidencias con dos primas, Yvonne, de Carcasota, y Claire, de Villefranche-de-Lauraguais. La ciudad sólo conocía de él sus amores. Todas las muchachas soñaban con aquel muchacho rubio y viril, ahora plenamente desarrollado, que caminaba a través de la vida según el estilo impuesto por el padre, hombre rudo y trabajador, que le repetía constantemente: "¡Anda derecho! ¡Ponte derecho! ¡Haz lo que te digo!"

-Entré en los *Compagnons de France* con la idea de servir, pero dimití, dijo.

-¿Por qué?, preguntó Barbaïra.

-Porque supe que los jefes están pagados. Para mi es algo asentado que un jefe debe servir sin pedir nada a cambio. Ahora, estoy en los *Chantiers de Jeunesse* con mi amigo Trougnon. Limpiamos bosques en La Bastide-Esparbeirenque. Pero los *Chantiers de Jeunesse* tampoco valen un céntimo. ¡Los jefes están corruptos!

-¡Entonces, vente al *maquis*!, dice Caberol.

-¡Soy demasiado nuevo para tener opiniones políticas. Y no hago sea lo que fuere sin pedir opinión a mi padre y mi madre. Y, mucho menos, alguna cosa que pueda disgustar!

-¡Entonces, Lou!... ¿No tienes ideas propias?

-¡Sólo se una cosa: no cometeré traición alguna contra mi país!

Roger Barbaïra sonrió.

-¿Y cuál es tu país?

Lou Ganet reflexionó largamente, devolvió la sonrisa y dijo:

-¡Carcasona!

-¡Bravo!, gritó el conde *Faydit* de Miramont al mismo tiempo que le apretaba la mano.

-Al cuarto toque... avisó Judith... ¡Crac!

Las dos mitades de una lagartija cortada comenzaron a agitarse convulsivamente en la piedra ardiente.



Marius Chabrol tardaba en descender del dormitorio donde fue a buscar en el equipaje las pruebas de la traición de Petain. El *père aubergiste* se volvió hacia Gaston Reboul.

-¿Y tu? *Maquis* o S.O.L.?

-Mi padre ya decidió hace mucho tiempo. Entró en el *maquis*, Jordi en el S.O.L. y después en la Milicia si Vichy viene a formarla como está anunciado.

-¡Sois tontos!, comentó Estève Caberol. ¡Capitalistas sin alma!

Reboul bajó la cabeza y replicó en tono ligeramente contrito:

-¡Personalmente, estoy por la libertad del Languedoc y, en fin, por la libertad propiamente dicha. Pero que quiere... es la fábrica que manda, y la fábrica no tiene opciones políticas! ¡O mejor, tiene todas! ¡Sea cual fuere el desenlace de la guerra, tiene que jugar en todos los tableros para poder continuar!

-¡Pues bien!, dice Chabrol al volver del dormitorio colectivo. Abre la carpeta de cuero y se dirige a Raymond Ferrocas... ¿Decías entonces que en el discurso a los saboyanos Pétain juega la carta de las libertades regionales?

-¡Exactamente!

-Tal vez, pero... y sacó un taco de papeles de un dossier usado.

-En el telegrama de 4 de Mayo de 1941 dirigido a Lucien Romier, del cual tenemos una copia en el Partido "Es esencial la constitución de regiones que reúnan un cierto número de departamentos. Con efecto, tendrá como resultado un ejercicio más directo y eficaz de la autoridad del gobierno..." ¿Ya entendiste? Autoridad del gobierno... ¡París, por tanto! El 20 de Noviembre de 1938, antes de la guerra, y por tanto, con toda la

libertad de espíritu, ya había expuesto en Metz un pensamiento más íntimo: "Organizar una educación verdaderamente nacional para que el alma de los jóvenes franceses –repara que no dice jóvenes languedocianos, pero si jóvenes franceses- se forme en el marco de la nación sin perder de vista nuestra historia, el amor a nuestra tierra y a nuestro imperio..." Finalmente si quieres oír un desmentido formal de las promesas hechas a los saboyanos y, por extensión, a los languedocianos, lee la declaración de 7 de Agosto de 1941: "Desde que Francia existe, ningún régimen y ningún gobierno aceptó poner en duda el principio de unidad nacional. Enrique IV, Richelieu, la Convención Nacional aplastaron sin contemplación todas las maniobras que tendían a dividir la patria contra sí misma". Ahí tienes... Se sobreentiende: ¡yo, Pétain, aplastaré el Languedoc se el Languedoc ser revuelve! ¡Como Simon de Monfort o Blanche de Castela! ¡O Clemenceau! ¡Pétain es un viejo traidor! Hay que abatirlo. Hay que ayudar a la URSS a ganar esta guerra porque, a partir del momento en que llegemos al poder, daremos a Francia una Constitución tal que comporte la autonomía lingüística y cultural de los pueblos federados! ¡La libertad de Occitania pasa por la libertad de Moscu, camaradas!

-¡Abajo los soviéticos!, gritó Ferrocas.



La discusión tomaba lentamente el tono de un mitin electoral, pero anunciaba también una guerra civil en gestación. Político fino, Marius Chabrol lo sintió y capturó del aire el "esprit auberge".

-¡Mi viejo, dice a Ferrocas, si quieres dejarte enrolar por los de Vichy, el problema es tuyo! ¡Asume tus responsabilidades que yo asumo las mías! Hablé con el *pau* la noche pasada y vamos a organizar un *maquis* en Montsegur a partir de este AJ que ya sirve de buzón de correos. Es preciso crear una resistencia en torno a Montsegur como en el siglo XIII. ¡Despiadada! ¡Pura y dura! Y te informo que está abierta a todos desde ya...

-¡Me apunto en esa!, lanza Robuffay decididamente. Para conquistar nuestras libertades regionales precisamos de armas y sólo el *maquis* las puede conseguir.

-¡Al cuarto toque... crac!, anunció Judith, e cortó la tercera lagartija.

El sol saltaba a través de la botella de anís ahora casi vacía. Medio embriagado, Pablo de las Heras fue a buscar la ametralladora del *père aubergiste*, la posó en las rodillas de Robuffay, le dio una palmada en la espalda y parloteó:

-¡Hombre...*jé fé fais*... caballero!

-¡Bruto!, gritó Estève Caberol, ve a guardar eso inmediatamente. Si los boches pasasen por la carretera...

Y añadió riendo:

-¡Es cierto que nadie os vio por ahí, pero podía suceder!

-¡Y va a suceder!, gruñó Chabrol.

Y después:

-Te extiendo la mano, Robuffay. ¡No esperaba otra cosa de ti!

-Ni yo, masculló Barbaïra... Para montarla en plan imbécil, siempre está en la primera línea. Tienes razón al denunciar al viejo Pétain, Chabrol. Es un especialista en el arte de traicionar a toda la gente, alemanes incluidos. Pero te equivocaste al colocar la Constitución de la URSS bajo el signo de las libertades regionales. Hay en la URSS autonomías lingüísticas y culturales, realmente, pero dirigidas por una dictadura centralizadora. Por lo que me concierne, reclamo libertad política total para el Languedoc. ¡Ni Moscú, ni París! ¡No me inclino por Moscú ni por Vichy, si por Alemania!

Un silencio aplastante coronó el final de la frase. Sólo se oía el zumbido caótico de las moscas vigorizadas por el sol, listas a explorar la botella de anís, el ruido de las cascadas y el canto de una aldeana que entraba en la aldea tras los bueyes. Estève Caberol acabó finalmente por romperlo y dijo lentamente con cierto énfasis:

-Barbaïra, no estás en un albergue de juventud, si un dispositivo del *maquis*. Podía abatirte ahora mismo. Si no lo hago, es por tener en cuenta un pasado que nos liga...

-¡Al cuarto toque... crac!, anuncia Judith.

Barbaïra sonrió y levantó la cabeza.

-¿El espíritu de los AJ continua autorizando que las personas se expliquen?

-¿Qué esperas de Alemania?, preguntó Chabrol profundamente sorprendido.

-¡Lo mismo que tu esperas de la URSS, ni más ni menos: la destrucción de Francia, pero por otros medios y con otros fines!

Y explotó de cólera al contemplar los rostros cerrados y escépticos de los camaradas:

-¡Traéis en la sangre el patriotismo hexagonal y jacobino! ¡En 1938 y 39 erais más radicales! La historia os ofrece en bandeja de plata el fin que justifican los medios y encontráis la boda más que perfecta! ¡No sois más que un bando de pusilánimes!

Se calló y, segundos después, continuó en un tono más grave:

-¡En 1939, Francia tiró un piedra al lago de los Druidas y la tormenta se le desplomó en la cabeza! ¡Estuvo bien hecho! ¡Altamente moral! ¡Ese país fue pesado en la balanza de la historia y considerado demasiado fútil! ¡Ya no existe! ¡Y os veo ahora, pobres cretinos, dispuestos a ponerlo otra vez en pie por otros medios... Tu, Ferrocas, entrando en el S.O.L. de Pétain, y tu, Robuffay, en un *maquis* fomentado por el capitalismo internacional! ¡Pregunto, por el contrario, si Alemania no será nuestro aliado natural!

-¡No!, gritó Chabrol. ¡La Wehrmacht boche es el ejército de Simon de Monfort llegado al Languedoc para pillar, violar, destruir su cultura y sofocar las libertades que le quedan! ¡Es la cruzada del papado nazi!

-¡No seas imbécil! Ese ejército nos libró del cristianismo y acaba de restablecer las viejas libertades paganas!

El tono de la discusión se elevaba peligrosamente. Todos estaban listos a darle un conclusión dramática, pero los españoles seguían el desarrollo con algún esfuerzo.

-¡Al cuarto toque... crac!, anunció Judith.

Barbaïra sintió crecer el peligro alrededor, no por causa de Chabrol, al que estaba ligado por muchos y viejos recuerdos, sino por la presencia de los anarquistas españoles curtidos por una larga experiencia en la guerra civil española y sin complejo alguno en relación a los medios a escoger. Pero levantó la cabeza y observó:

-Oye, Chabrol, tu y yo odiamos a Francia con el mismo corazón, en parte por las mismas razones, en parte por razones diferentes. Francia acaba de sucumbir bajo los golpes de un ejército que para nosotros representa un ejército de liberación. ¿Qué más quieres?

-Si estuviese tan seguro de eso, el asunto sería diferente, pero no creo en la sinceridad de Hitler. Lo que él quiere, simplemente, es dominar a Europa a través de medios clásicos como la guerra y las prisiones, ¡el pedazo de pan en una mano y el palo en la otra!

-¡Nada lo prueba! ¡De lo que podemos estar seguros es que, si gana la guerra, hará al hexágono volar en pedazos, y eso es lo que importa para ya. A continuación, fácilmente obtendremos de los alemanes una serie de libertades que Francia nos niega!

-¿Por qué y cómo?

-Porque si los franceses están bien organizados para mantener una vieja opresión de siete siglos, los alemanes sólo estarán después de pasar mucho tiempo. Es lo que pienso. Pretendo distinguirme como un mal francés y, para eso, usaré de todos medios posibles.

Se calló, soltó un suspiro y añadió:

-Infelizmente, me faltan los medios. Después de rechazar el S.O.L. y el *maquis*, sólo encuentro el vacío! ¿Cómo hombre de honra, que podré hacer para ayudar eficazmente a Alemania?

-¿Siempre el conde *Faydit* de Miramont?, se burló Chabrol.

-¡Exactamente, sin quitar ni poner!

Judith levantó la cabeza y anunció vibrante de placer:

-¡Corté siete!



Auda Isarn y Roger Barbaïra llegaron a Carcasona al final del día. El otoño menos avanzado en la planicie que en las tierras altas del Ariège, daba a su curso un sabor áspero y melancólico. Como en las vísperas de la Cruzada, el Languedoc dormitaba placidamente en toda su gloria. En un encadenamiento de imágenes rápidas, las colinas fulvas suben y las gándaras de euforbios rojizos por la sequía descienden... Vendimias a la

puerta... Vuelo de perdices rojas en los enebros. Lluvia de hojas doradas cayendo de higueras cansadas. El aire que respiran con los perfumes raros del tomillo y de la lavanda sutilmente aliados tiene un sabor nutritivo para el alma.

Barbaïra dice a la compañera:

-No tengo combustible suficiente para llevarte a Toulouse. Vas en el tren de las diez horas.

Después de servir como enfermera de ambulancia durante la campaña de 1940, Auda Isarn trabajaba en un hospital de la ciudad color-de-rosa. Sugirió:

-¿Damos una vuelta por la ciudad mientras llega la hora?

Abandonan a *Matraz*, "el virote de ballesta", en la entrada de Aude, y continúan a pie a través de los llanos altos de la muralla. En general, es allí donde los enamorados van a soñar. Igualmente contrariados al pasar por un matrimonio que les recuerda bruscamente el sentido de esos paseos, Barbaïra con recelo de cruzarse con gente conocida, Auda Isarn por pensar que la pueden tomar como amante de su camarada, avivan el paso como pretendiendo deshacer todos los equívocos.

Pasan por la torre visigótica, por las torres Redonda y Cuadrada del obispo, Cahuzac, Grand Canissou y Mipadre. La hierva de los llanos, en plena mutación, va del verde diurno al azul crepuscular, semejante al de la montaña a lo lejos, sin embargo más suave, como un ala de ave suspendida entre el cielo y la planicie...

Dieron la vuelta a la ciudad con paso ligero... Sudaban al regresar al punto de partida, el palacio condal, mole simultáneamente maciza y leve sobre la cual ya se cernía la noche. Auda Isarn paró de repente y apuntó para una de las torres.

-¿No fue allí, preguntó, que Simon de Montfort mandó prender a Raymond Roger Trencavel tras la capitulación de la ciudad?

-Fue. Murió en un calabozo subterráneo después de tres meses de agonía, un 10 de Noviembre de 1209. Los historiadores no están de acuerdo en su totalidad con su fin... Veneno, dicen unos, disentería, afirman otros. ¡Es un asunto oscuro!

Cansados, se sentaron en una losa del camino de ronda. Barbaïra tenía la cabeza inclinada hacia el suelo y parecía reflexionar en silencio. Se estremeció al sentir a Auda Isarn agarrarle el brazo y apretarlo con fuerza. No era costumbre de ella buscar este tipo de contacto.

-¡Roger, dijo con aquella voz ronca que él nunca oía sin sentirse inquieto, un día también acabarás prisionero en una torre de Carcasona si continuas metiéndote en todo eso!

E después:

¡Oí a unos y otros en el AJ... Los guerrilleros del *maquis*... y los de la Milicia. Infelices! ¡Todos se pusieron al servicio del mal!

Totalmente entregado al placer de sentir el apretón de la mano en el brazo, Roger Barbaïra no prestó atención a sus palabras, pero Auda insistía con voz angustiada y urgente...

-¡Roger, debíamos prestar atención a nuestro amigo Giono cuando dice que lo inteligente es apartarse del mal! ¡Seamos un poco inteligentes, tu y yo!

Barbaïra miraba a la mano de luz posada en el cuero negro del traje de motorista. En la noche casi cerrada, tenía el aspecto evanescente de las manos largas y finas que la Renascença italiana atribuye a los aristócratas de la santidad. Inclinó cautelosamente el rostro hacia ella, tomó su propia voz como testimonio y murmuró:

-Auda, querida mía, se realmente no quieres que un día me arrojen en la prisión de Trecanvel, es porque te sientes presa a tu viejo compañero *ajiste*, o no?

Ella sonrió –pero la noche no dejó ver su sonrisa- y dijo:

¿Sólo ahora percibiste?

La cabeza apoyada en la mano, los labios suspendidos a centímetros de la mensajera luminosa sin osar traducir la profunda intención de besarla que tenía en reserva, Barbaïra no se movió... Dijo en voz sorda:

-¿Pero no estás suficientemente ligada a mi para ser condesa de Miramont, no es cierto?

Un pareja abrazada pasó delante de ellos sin verlos. Contrastando con el fuego de la sangre súbitamente inflamada, Barbaïra se estremeció. Inclinó el rostro hacia la mano de ella y

le apoyó sus labios. Auda Isarn la retiró, pero despacio, con un movimiento melancólico, no con la fuerza del reflejo que hasta entonces oponía a ese tipo de iniciativa.

-No quiero dejarme tentar por la lujuria, dijo en voz baja, sobretodo en el casamiento...

Se calló durante unos minutos. Barbaïra mantuvo la posición en que estaba en el momento en que la mano de la compañera huía.

-Quiero compartir mi vida contigo, Roger, dijo, incluso sin casamiento, pero no por lujuria. ¡Sería muy feliz se ambos pudiésemos construir una especie de panteón para dos almas salvadas de la materia!

Sorprendido con palabras que oía por primera vez, Barbaïra levantó la cabeza.

-El casamiento, continuó ella, el casamiento como lo entiendes, es pecado sin vergüenza, es el ánimo oficial del descenso al seno de la materia. Lo que yo quería, era encontrar en él la liberación para una vía más luminosa y pura...

Barbaïra se estremeció de nuevo. Las torres del castillo condal asumían una fuerza de presencia temible. Los hombres de armas de Simon de Montfort se movían en la sombra, prestos a organizar el cerco de la ciudad. Le parecía ver detrás de los vitrales del castillo al bravo Trencavel y las bellas damas cátaras refugiadas bajo su protección que le miraban con angustia y le hablaban.

-Esperaba, dijo Auda, traer a mi mediante una verdad que no se descubre en los albergues de juventud y convencerte para vivir los dos alejados de todo tipo de deseo.

-¡Nunca me hablaste de casamiento como hablas ahora, Auda! ¡No estoy de acuerdo! ¡Para mi el casamiento es la propia base de la vida! ¡Quiero casar contigo para asegurar mi eternidad en los hijos que me dieras, porque es la única eternidad que no es susceptible de mistificación!

La muchacha torció las manos y gimió.

-¡Ah! Quieres hijos para hacer de ellos guerreros y lanzarlos a aventuras culposas como las que vivimos ahora e, así, perpetuar el mal!

Barbaïra levantó los hombros.

-¡La condición de guerrero es la más noble de todas! Si mis antepasados hubiesen mostrados virtudes guerreras más sólidas, hoy sería conde de Miramont y el Languedoc sería libre!

Auda gimió de nuevo.

-¡Oh!... Pobre Roger, hablas el lenguaje que el diablo puso en la boca de los hombres para ayudarlos a engañarse a sí mismos!

Puso de nuevo la mano en el brazo de él y aproximó la boca a su cara. Preso del vértigo, Barbaïra se sintió agitado por un furioso deseo de abrazarla, de dominarla antes de poseerla. Auda le sopló en el rostro casi boca a boca:

-¡Mi querido Roger, tengo la confianza suficiente para pedirte que me jures que no te alistarás en esta guerra!

A su alrededor, la guerra asolaba furiosamente el pie de las murallas de Carcasona. Simon de Monfort acababa de lanzar el asalto al burgo al canto de *Veni Sancte Spiritus*. El mal protegido burgo cedió a pesar del heroísmo del vizconde Trencavel, pero la ciudadela rechazó el asalto. El olor fétido de los cuerpos en descomposición y las miasmas pestilentes de los grandes pantanos rodeaban la ciudad del lado de Aude... Zapadores en faena, trabucos en acción. Choques sordos de proyectiles de piedra. Gritos exaltados de los asaltantes. Desafíos e injurias de los sitiados. Al rozar las alas en perfecta sincronía, las cigarras de aquel 8 de Agosto emitían un ruido de vapor sobrecalentado...

Los hombres de Simon de Monfort entraron en la ciudadela al final del día y volvieron a retirarse, dejando tras de sí una guarnición débil que Trencavel se apresuró a liquidar la noche siguiente para reconquistar la posición. En el campo donde el lino blanco de las tiendas y la seda de los estandartes se prolongaban como parterres de flores púrpuras y azules, los grandes varones del norte vigilaban las operaciones. De los llanos altos donde Trencavel dirigía la defensa, Roger Barbaïra, conde de Miramont, veía de vez en cuando al conde de Saint-Pol, Enrique IV de Nevers y Eudes de Borgogne alrededor del legado del Papa...

Detrás de los barones francos, surgían ahora los grandes varones germánicos Von Rundstedt, Von Reichenau, Von Bock,

rodeados de sus capitanes Rommel, Guderain, Sepp Dietrich, puestos en marcha después de siete siglos de servidumbre...

Roger Barbaïra dijo a Auda:

-No receles. No entraré en la guerra mientras Alemania no tome posición sobre la independencia de nuestro país. Pero no juro, ya que estoy dispuesto a aliarme al diablo para conquistar Carcasona y Miramont.

Estaban con frío. Las parejas se iban disolviendo en la sombra malva, más tarde negra. Auda Isarn retiró la mano que quería entregar como prenda de un amor inefable.

-Vamos, dijo Roger. ¡Cenamos en casa. Tienes tiempo. Mi padre quedará contento por conocerte. Hace tantos años hablando de ti sin presentarte, debe pensar que me apasioné por el fantasma de Esclarmonde!

Abandonaron el asiento del camino de ronda, ahora más frío que una lápida de sepultura. Barbaïra abotonó la armadura de cuero y se puso el casco en la cabeza.

## II

En Mayo de 1943, el *maquis* de Montsegur todavía no había alcanzado la posición que Marius Chabrol quería darle. Había espíritu combativo, pero faltaban armas y objetivos. Después de la fusión de las nieves, el antiguo *père aubergiste* y su grupo se instalaron en la gruta de La Frau <sup>1</sup> cuyos primeros ocupantes ya estaban a las órdenes del comandante René, viejo oficial de caballería del ejército francés.

Abierta a mil ochocientos metros de altitud al pie de un acantilado incluida la línea de cresta que separa los valles de Lasset y de Basqui, la gruta se singularizaba por la importancia de la abertura, cuyo arco tenía el perfil y las dimensiones de un pórtico de catedral. Lugar muy abierto –se veía a simple vista de la aldea de Montsegur- y al mismo tiempo cerrado –nadie podía aproximarse sin ser descubierto- La Frau constituía el puesto de

---

<sup>1</sup> En la lengua d'Oc: Fraou (terror).

observación y la defensa del *maquis*. Ochocientos metros más abajo, numerosas granjas en la planicie de Lasset ofrecían a los hombres posiciones de reposo relativamente confortables... Entre esas dos bases que ningún camino unía, la gran floresta medieval de Montsegur, propiedad del duque de Lévis-Mirepoix, ofrecía un espacio de esparcimiento ideal.

-¡Es un lugar excelente para un *maquis* decidido a defenderse y, en consecuencia, resignado desde luego a su pérdida!, dijo Marius Chabrol al comandante René después de unos días de idas y venidas en el terreno.

-¿Cómo?

Entre el comandante René, oficial del ejército secreto, y el joven comunista encargado por el Partido de crear un estado franco-tirador en los primeros *maquis* de Ariège, todos los acuerdos se revelaban imposibles de partida.

-¿Qué se puede sabotear en esta región? ¿La fortaleza de Montsegur?, preguntó Chabrol.

-¡Eso se ve después!, replicó el oficial. ¡Para ya, importa instruir hombres y reunir un armamento digno de ese nombre!

La noche caía. El castillo de Raymond de Péreille se recortaba sombrío en el conjunto de cumbres y aristas que orlaban la espuma de nieve de las vertientes norte. Nieve azul. Nieve negra. Placas de nieve negra se deslizaban todavía en los pastizales. Dada la caída rápida y profunda abajo de la entrada de la gruta, constituían un declive que una única arma automática podía barrer fácilmente en toda su extensión.

En cuanto a armas automáticas, poseían apenas la pistola-ametralladora de Caberol y un viejo FM con tres cargadores. El antiguo *père aubergiste* decía al ruso Gregory Pilatos, prisionero evadido de Alemania, que le mostraba las manos vacías:

-¡Ten calma, Popof!, mañana voy a la floresta y te hago un tirachinas!

Gregory reía. Entendía mal el francés, pero era un excelente leñador.

-¡Entretanto, construís un trabuco para atacar Montsegur! ¡Madera no falta!

Se tiritaba de frío atrás del muro de piedras erguido a la boca de la gruta para proteger el interior barrido por formidables

corrientes de aire. Era imposible encender una hoguera. Hasta la punta incandescente de un cigarro podía ser vista de Montsegur que, sin embargo raramente y siempre de improviso, recibía la visita de las patrullas alemanas.

Los antiguos *ajistes* se sentían miserables y protegidos al mismo tiempo en aquella posición resucitada de la prehistoria. No sin algunas reticencias tenían contacto con los que se juntaban al *maquis* de Montsegur por razones diversas, ninguno de ellos mirando hacer de una u otra posición una base de partida para reconquistar el Languedoc a Francia.



Sol. Hierba ardiente. Viento discreto. Las placas de nieve funden, las marmotas silban. Rugido de cascadas y murmullos de hilos de agua orquestan el canto de los tenores de la floresta: abejarucos, curruacas capirotadas, verderones, cucos. El aire tiene un sabor de piedra seca, resina y miel. Liberado de la noche, el macizo de Thabe se transforma en templo solar. La montaña, como los hombres del *maquis*, tiene veinte años.

Extendidos en la hierba con el torso desnudo, los dedos de los pies sucios fuera de los calcetines rotos, los *maquisards* brocean la piel, duermen, sueñan y discuten. Gaston Reboul desdobra un mapa Michelin en la hierba y acaricia con el dedo la línea sinuosa de los valles y de la frontera. Con la voz todavía prisionera de los sueños nocturnos, dice a Robuffay:

-Cuando los boches sean batidos, el *maquis* de Montsegur va a extenderse probablemente hasta la frontera española. Formará un triángulo isósceles con el vértice en Puigcerda, los dos lados dibujados por los valles altos del Ariège, la base apoyada en la carretera nacional 117, desde Foix hasta Quillan. De inicio no podemos contar con las ciudades, evidentemente, pero tendremos la región montañosa, que es fácil de defender.

-¿Y quién hace pasar las toneladas de municiones que son necesarias?

-Chabrol piensa que los rojos vuelven a tomar el poder en España tras el final de la guerra. Se así fuera, el abastecimiento no es problemático.

-¿Y el transporte?

-Por Bourg-Madame, si podemos controlar las nacionales 20 y 116... En caso de imposibilidad, lanzamientos en paracaídas en el macizo de Carlitte.

Se calla y sueña inclinado sobre el mapa.

-¿Y la propaganda para captar las poblaciones que quedaran bajo dependencia de los franceses?

-Radio Andorra, claro, y después, las emisoras de onda corta recuperadas durante la guerra por el *maquis* de Montsegur.

Estève Caberol aparece en la entrada de la gruta y avanza en su dirección mientras sacude con la mano los pedazos de paja de la camisa.

-Es casi cierto, dice, que continuáis disparatando sobre el gran *maquis* occitano. ¿Es cierto o no?

-Intentamos organizarnos.

Caberol reacciona con el movimiento familiar de la cabeza lanzada bruscamente hacia atrás sobre el hombro derecho y replica:

-¡Precisamente! ¡Es lo que llamo una estupidez! ¡No organizáis nada! La organización es reprobable en si misma, el genio reside en la improvisación. ¿Aparte, imagináis que se prepara la conversión de un *maquis* anti-fascista en un *maquis* anti-francés con varios años de anticipación? ¡Bah... sois de lo más simple!

Robuffay encogió los hombros.

-¡Piensa lo que quieras! ¡De cualquier modo los anarquistas dejan de tener lugar en nuestro *maquis*! No será la bandera negra la que va a ondear en los Pirineos, sino la del Languedoc libre!

Estève Caberol guiña el ojo y designa la abertura de la gruta con un movimiento de cabeza.

-¿Y ya hablaste de vuestros proyectos al comandante?

-¡Eres tonto! ¡Era capaz de liquidarnos en ese mismo instante!

Estève Caberol se sentó junto a ellos, atacó un suculento pedazo de jamón y afirmó con la boca llena:

-Vuestro *maquis* va a necesitar de españoles. Pensar en liberar el Languedoc es muy bonito, pero, antes de todo es

necesario pensar en liberar la persona humana. Por tanto, conviene estar del lado de la F.A.I.

-¡Quiero que la F.A.I. se arruine!, dice Robuffay. El Languedoc será liberado por los campesinos a partir del momento en que tomen en armas y conquisten la montaña. El mundo actual está corrompido, pero los campesinos no. ¡Ya verás! Cuando icemos la bandera del Languedoc libre en los Pirineos, millares de campesinos izanla también en las Cevennes y en las montañas de Auvergne.

Estève Caberol hace burla.

-¡La revolución mediante el alpinismo!

-¡Exactamente! ¡Los hombres de valor atraídos por las planicies, descienden de tierras altas y se pierden! ¡Son como los ríos, pero nosotros invertimos la corriente!

-Tiene razón, confirma Reboul. Reconducir el campesino a la tierra de un Languedoc liberado, es como fijar el flanco de una montaña que amenaza desmoronarse con una plantación de resinosas.

-¡Bella imagen, bella imagen!, responde Caberol atacando el segundo pedazo de jamón.

Eructa, acaricia el estómago y declara:

-¡Diantre!, ¡hace más de diez años que no comía tan bien como en este *maquis*!

Después, se interna en los follajes tan vastos como discretos de la floresta. Reboul y Robuffay continúan diseñando su gran *maquis* en forma de sueño.

-¿Crees que se consigue alistar cien mil sujetos?

¡Con una abertura de la España desembarazada de Franco, claro que si!

-¿Y si los franceses atacan?

-¿Con qué? ¡Francia está vencida y durante mucho tiempo no tendrá un ejército decidido a batirse!

-¿Y los G.M.R.? ¿Y la policía?

Robuffay suelta una carcajada.

-¡Los mercenarios ponen pies en polvorosa al primer choque con los campesinos decididos a vivir libres o morir!

Reboul se rasca la cabeza.

-Sí... pero... ¿estarán decididos realmente?

-¡Es esa la cuestión! ¡La verdad es que, en este momento, el maquis de Montsegur no cuenta siquiera con veinte tipos dispuestos a matar boches!

-¿Y cómo es posible convencer a esa brava gente que después de matar los boches es necesario matar los franceses?

Súbitamente arrancado del sueño, Robuffay se pierde en la contemplación del paisaje extendido a sus pies. Vista desde ese ángulo, la fortaleza de Montsegur tiene el aspecto de un navío desmantelado al cual un huracán destruyó las superestructuras. Abandonado al viento y las corrientes del océano de montañas que le empujan hacia un destino misterioso después de la tempestad que siete siglos antes hizo de él un destrozo, fluctúa en el *pog* como un navío desarbolado de cubierta abierta de par en par sobre las bodegas. Reboul adivina los pensamientos del camarada, levanta la cabeza y dice lentamente:

-¡El gran *maquis* de Montsegur no puede ser más que un punto de partida de una cruzada del Midi contra el norte!

Suspira y añade:

-¡Infelizmente, la historia prueba que el norte acabó siempre por traerla al Midi. De hecho, a la escala del planeta, fue el hemisferio norte que creó la civilización actual, el hemisferio sur nunca dio nada al mundo, un sabio, un gran capitán, un artista de valor, una sola invención, una idea nueva, por pequeña que fuese, para una filosofía o para una religión!

Robuffay barrió el pesimismo con un gesto seco y le dio por reír.

-¡Es tal vez una razón para esperar, mi viejo! ¡El Midi continua virgen!



La discusión continúa algunos días más tarde en presencia de Marius Chabrol. Llueve. Masas de nubes viscosas se cuelan por los flancos de la montaña. Más abajo, nubes espesas rozan las cabezas de los abetos y se rasgan en copos de vapores, como las ovejas de lana al pasar junto a las zarzas. En un ambiente tan saturado de humedad, las paredes de la gruta rezuman.

Los *maquisards* tiemblan de frío y hablan de descender a la planicie de Lasset, donde las granjas ofrecen camas de heno seco. El comandante René comenta:

-Hay que aprender a sufrir. Antes que nada, estamos aquí para expiar la derrota de Francia.

El ruso Gregory Pilatos no comprende ese lenguaje. Los antiguos *ajistes* tampoco.

-Estamos aquí para reconstituir una posición de fuerza que garantice la victoria del Languedoc a través de la victoria de los Aliados, dice Chabrol. Por encima de todo, se trata, pues, de constituir grandes depósitos de armas.

-¿Para ofrecerlas en una bandeja de plata a los nacionalistas del ejército secreto?, se burla Estève Caberol.

Reboul pide por gestos que bajen el tono de las voces, ya que los ecos de la gruta repercuten en las conversaciones de manera imprevisible.

-No, susurra el antiguo secretario de la juventud comunista. Se arma el *maquis* de Montsegur como debe ser, pero se guarda el grueso del material para las acciones revolucionarias posteriores.

Habla con serenidad. Se siente en regla con su doble obediencia, que al mismo tiempo sirve a la pequeña patria languedociana y a la gran patria del socialismo. ¿La victoria de la URSS no va a dar a Occitania un estatuto de minoría? La constitución de depósitos de armas reservadas hace parte de las instrucciones recibidas pocos días antes de un agente soviético que opera en Montferrier. Y continúa:

-¡Hay que conseguir armas donde podamos encontrarlas!

-¿Vais a montar una operación contra la Kommandantur de Toulouse... o de Carcasona?

Marius Chabrol encogió los hombros.

Hablemos un poco, pero hablemos bien. Con este frío húmedo, hablar demasiado hace agrietar los labios. Un *maquis* pobre como el nuestro tiene que abastecerse a costa de *maquis* ricos, o sea, seguir la línea de menor resistencia de la historia.

Expone un plano. El *maquis* más cercano a Montsegur se organiza actualmente en la floresta de Picaussel, encima de Puivert, no lejos del cruce de Quatre-Chemins. Nació de una

triple ambición y de la casualidad. Volonta, director escolar en Quillan, Moury, profesor de enseñanza primaria, y Milou, hospedero de Puivert, se lamentaban recíprocamente su debilidad cuando, una noche, un avión en dificultades dejó caer en la planicie de Rodon un cargamento de armas que no les estaba destinado. Ayudado por jóvenes de la aldea, Milou lo encuentra y pone en lugar seguro una parte de las armas.

-¡Esas armas nos hacen falta!, declara Chabrol. Así, abandonamos el *maquis* de Montsegur durante unas semanas y nos alistamos en el de Picaussel.

-¡Es una bellaquería hacer eso a resistentes que además son nuestros compatriotas!, dice Reboul.

-La historia no se hace de sentimientos, sigue su curso como un río grande.

-En ese caso, ¿cuándo vamos a tratar de eso?, pregunta Robuffay.

-Mañana. Yo mismo me encargo de hablar al comandante. Llevamos las armas personales para que los tipos de Picaussel no desconfíen al vernos con las manos vacías, o sea, dos pistolas, una escopeta de cañón corto y la pistola-ametralladora del *pau*. Para ese trayecto de cinco o seis horas, nos basta llevar una buena merienda. Lo más difícil es llegar a las gargantas de La Frau acortando camino a través de la montaña. Hecho eso, hay carreteras y caminos forestales... Por ahora, no hay peligro de encontrarnos con los boches. En cuanto a los policías... el sargento-ayudante Toutblanc cosechó veinticinco días de prisión por no haber descubierto los *containers* que cayeron en la planicie de Rodon. Fue en busca de Milou y Milou le dijo: "¡Soy yo que los tengo!" ¡El sargento no insistió y enfardó veinticinco días!

-¡Caza abierta de ametralladoras!, exclama el antiguo *père aubergiste* restregándose las manos.

El carácter anárquico de las pequeñas guerras entre los *maquis* le encanta.

-Es una pena que aquel memo de Barbaïra no esté aquí con nosotros, dice. ¡Iba a adorar el nuevo género de "salida *ajiste*"! ¡Pero... como no se quiso meter en esta guerra, tanto peor para él!



Roger Barbaïra vivía con el padre en el dominio de Le Pech. Sólo vagamente se acordaba de la madre, fallecida en 1932. Esclavos del trabajo uno y otro y entregados a tareas diferentes, el hijo encaramándose en el tractor a gasógeno, el jefe de familia yendo de grupo en grupo a estimular el ardor de los trabajadores agrícolas, los dos hombres se encontraban poco durante el día.

La comida de la noche los juntaba en la gran sala de cenar donde los rincones de sombra hacían desaparecer el brillo rojo de cerezo bravo implacablemente encerado. Una sirvienta de buen corazón ligada a la familia hacía treinta años traía la sopa humeante y se dejaba quedar cerca de los dos hombres comentando en una especie de dialecto local los acontecimientos del día o dando consejos con la autoridad retirada de su servidumbre voluntaria y de su cualidad de propietaria de tierras. De hecho, había heredado una pequeña quinta contigua al dominio y la cultivaba. No pasaba por la cabeza de los Barbaïra beber otro aguardiente que no fuese el de su alambique, que ella ofrecía todos los años.

Roger y el padre hablaban poco, casi siempre de la propiedad que ambos se empeñaban en hacer prosperar y que crecía cada año. El padre, cansado, se tumbaba temprano. El hijo se retiraba al salón transformado en biblioteca, leía, tomaba notas y clasificaba archivos hasta cerca de la media noche. Recibían poco. Casi siempre, vinicultores de la región más o menos titulares como ellos. Así, cuando la campanilla del portón sonó al final de la tarde de ese día, tuvieron un sobresalto...



Roger Barbaïra llegó a Le Pech tras encender, como todos los años, una hoguera de San Juan en las ruinas de Miramont. Estaba justamente pensando que alguien podía estar viéndolo de muy lejos, tal vez de la Montaña Negra mismo, y creyese insólito ese fuego de San Juan en un país en que esa tradición se había perdido, cuando la campanilla...

-¡Julia, ve a ver quién llama a esta hora!, gritó el padre.

Dada la distancia enorme entre la casa y el portón de entrada, unidos por una paseo de plátanos con la fuerza de una nave de catedral en medio de las viñas la que restituía la sombra y el misterio, la sirvienta de buen corazón sólo volvió unos minutos después.

-¡Son los alemanes, señor!

El padre estremeció, pero reaccionó como responsable de una familia y de una empresa en país ocupado por el enemigo en esos meses de Junio de 1943. Se volvió a Roger:

-¿Qué anduviste haciendo para los alemanes para que te vengan a buscar?

Sorprendido, Roger Barbaïra acentuó el arco de las cejas y sacudió la cabeza de cabello castaño cortado a cepillo.

-¿Yo? ¡Nada! ¡Encendí una hoguera en Miramont, pero creo que no está prohibido!

El reflejo de defensa del padre sosegó rápidamente al hijo.

-Queda aquí, dijo, yo hablo con ellos.

Se levantó y comenzó a recorrer la bóveda de árboles donde la sombra luchaba con las últimas luces del día. Vio un automóvil parado delante del portón y un hombre de uniforme negro que se preparaba para tirar de la cuerda de la campanilla. Suspendió el gesto al ver al dueño de la propiedad aproximarse.

-¿Es aquí que vive el señor Roger Barbaïra?, preguntó en un francés curiosamente cantado; cada palabra pareciendo dotada de pequeñas alas, pero gramaticalmente perfecto.

-Si, respondió el padre, pero...

-¿Puedo verlo?

-No está en casa... en fin, él...

El alemán sonrió al percibir el reflejo de defensa y dijo:

-¡Está en casa, si, y puede verme. Ningún mal le acontecerá!

El padre de Roger abrió el portón e introdujo al visitante.

Voy a llamarlo.

Pero ya el joven Barbaïra avanzaba con paso firme. Al cruzarse, el padre le dijo entre dientes:

-¡No hables demasiado! ¡Habla poco! ¡Con los boches nunca se sabe!



Roger se encontraba ahora a solas con el desconocido. Envuelto en un uniforme más negro que la noche, el doble rayo de las runas de plata brillando en el cuello de la túnica, nada ofrecía de notable a no ser un rostro de curvas suaves, un bello rostro de muchacha respirando inocencia carnal pero retirando fuerzas extraordinarias de un mirar llameante verdaderamente insostenible que recordaba el de Auda Isarn. El contraste causaba una sensación perturbadora en quien observaba, pero era tan desarmante al mismo tiempo, que inducía simpatía y un sentimiento de intensa curiosidad. Barbaïra pensó: ¡He aquí un hombre que ya encontré en algún lugar y que no me fue indiferente! Pero... ¿dónde y cuándo?

El alemán se presentó con delicadeza y sin ninguna afectación:

-Obersturmführer Klingsor.

-¿Quiere pasar a la biblioteca?, sugirió Barbaïra con igual cortesía.

-Gracias, prefería pasear debajo de estos magníficos plátanos, se lo encuentra bien.

Y después:

-Vengo de parte del Dr. Otto Rahn.

Barbaïra tuvo un sobresalto.

-¡Otto Rahn! ¿Qué ha sido de él? ¿Cuándo vuelve a Francia?

-El Dr. Otto Rahn se suicidó en la montaña unos meses antes de la guerra, murmuró el visitante con voz neutra.

Barbaïra bajó la cabeza y las lágrimas le picaron los ojos al saber de la desaparición de aquel que tenía en su vida un lugar cuya importancia medía ahora bruscamente. Sabía que le debía su renacimiento como hombre de la tierra languedociana y la revelación de su cultura histórica. Pidió pormenores sobre su muerte. El alemán sacudió la cabeza para eludir la cuestión y dijo:

-Pertenezco como él al Ministerio de Alfred Rosenberg. En los papeles que dejó –y sacó un hoja del bolsillo de la túnica– encontramos una nota en que nos da direcciones de dos franceses de confianza que tal vez nos puedan ayudar... el señor

y Robert Robuffay. Ya pasé por Minerve pero no lo encontré. ¿Dónde vive actualmente?

Barbaïra iba decir: ¡en el *maquis*!, pero retuvo la respuesta a tiempo y enlazó una improvisación:

-Creo que dejó Francia en 1939.

-¡Es una pena!

Caminaron lentamente hasta la escalinata del palacete, dieron media vuelta y volvieron a descender hasta el portón. La noche de San Juan suspendía sobre el paseo de los dos hombres grandes paños de luz atenuada con trazos de polvareda de oro. De la tierra subían aromas fuertes y las cigarras arañaban el silencio con una especie de furor. Los restos insólitos de un fuego, que Barbaïra había encendido horas antes en las ruinas de Miramont, lanzaban reflejos rojos en la montaña. Pensó – porque, en presencia de un alemán, nacía implícitamente en él una noción de responsabilidad-: ¡estoy en falta... de acuerdo con las cláusulas de la "Defensa pasiva", está prohibido!

El uniforme negro del oficial SS se confundía ahora con la noche, las runas de plata lanzaban un par de rayos cada vez que los dos hombres entraban o salían de una zona de sombra más o menos densa.

-Señor Barbaïra, preguntó el SS, ¿la recomendación del Dr. Rahn le parece suficiente para darnos su colaboración?

El joven tuvo un ligero sobresalto y frunció el ceño.

-¿Qué colaboración? No soy *collabo* en el sentido que le dan los políticos de París y Vichy. ¡De ninguna manera! ¡Alemania me interesa, pero sólo en la medida en que me permita reconquistar el Languedoc!

Designó con un gesto las viñas que nacían junto a la aldea y se extendían en todas las direcciones a través de la noche. Después, añadió:

-¡Sea como fuere, nada haré que pueda ser apuntado a la familia que hace siete siglos mantiene esta tierra!

El alemán se inclinó con interés hacia el joven, pero no distinguió el mirar que debía haber acompañado tal profesión de fe. Replicó:

-Señor Barbaïra, se trata sólo de facilitar el trabajo de un equipo de espeleólogos... Esperamos de usted un doble servicio:

como guía para conducirnos a las grutas todavía inexploradas de la región del Tabe y como garante del secreto de las operaciones.

Barbaïra se rascó la cabeza, pensó un poco y respondió:

-Como guía, no hay problema, en cuanto al secreto, no veo muy bien...

-Entonces, me explico. Mi ministro desea que las investigaciones no despierten la curiosidad de las personas y, el caso de malogro, no pretende engañar a nadie. Considerando que, a pesar de la guerra, esas investigaciones interesan a toda la raza blanca, no quiere que los alemanes aparezcan como personas de mejor calidad. Mi equipo de científicos y yo mismo estaremos disfrazados de milicianos protegidos de la curiosidad exterior por verdaderos milicianos que el señor comandará. Los campos establecidos en la montaña y los hombres destinados a controlar el *maquis* dependen oficialmente del Ministerio del Interior francés. Los *maquis* no nos interesan, evidentemente. A no ser que nos ataquen, no tendremos cualquier contacto con ellos, pero es mi deseo evitar cualquier incidente.

Barbaïra se rascó otra vez la cabeza y frunció el ceño.

-¿En ese caso, tengo que alistarme en la Milicia?

-Es indispensable. Será nombrado jefe de *Centaine*<sup>1</sup> por decisión superior y escogerá hombres seguros.

-¡Hum!... el asunto no me agrada. ¡No soy propiamente un fiel de Vichy, por el contrario!

-¡Comprendo su posición, pero la importancia del trabajo que vamos a emprender trasciende cualquier patriotismo europeo! ¿Me da su palabra?

Barbaïra volvió a rascarse la cabeza y fruncir el ceño.

-¿Me pide que entre en la Milicia?... ¡La Milicia es un organismo de Vichy! ¡Voy a pensar eso!

-¡El tiempo pasa, señor Barbaïra, y la historia nos marca plazos! ¿Cuándo me puede dar una respuesta?

-¡Mañana!

Acompañó al visitante al *Wolkswagen* militar que poco después desapareció en la noche.

---

<sup>1</sup> Centuria



-¿Entonces?, preguntó el padre... ¿Quién era el alemán?

Un poco aturdido con las perspectivas de la aventura que se perfilaba a la cual él tenía ahora que responder con un sí o un no, Barbaïra se quedó mirando el plato de sopa fría con los ojos de aceite que parecían fijarlo con curiosidad luciferina. Respondió con voz soñadora:

-Un hombre que conocí hace mucho tiempo, no sé como...  
Un tal Obersturmführer Klingsor.

-¡Nombre raro para un oficial!, refunfuñó el padre. ¿Al menos, no te creará problemas?

Roger sonrió.

-¡En cierto modo, pienso que si! ¡Quiere que yo entre en la Milicia!

-¿Estás loco o qué?

-No, no me parece.

-¡No hagas disparates! ¿Y el trabajo?

-¡Me gusta trabajar en esta tierra que quería más noble, más vasta y más rica, pero estamos en una época que nos propone hacer cosas "por amor de Dios", como dicen los cristianos! ¿Será posible escaparnos de eso?

-¡No sé. Debes saber jugar sobre el valor de lo que te proponen y, aparte de eso, estás suficientemente crecido para decidir por ti mismo, según tu conciencia y tu interés... pero piensa en la vendimias!

-¡Pienso de cualquier manera!

Entretanto, había perdido el apetito. Empujó el plato al frente y salió a gozar la frescura de la noche. Durante mucho tiempo caminó debajo de los plátanos. Vio el problema de todos los ángulos y intentó juzgar la Milicia según su justo valor, pensando que no podía contener todo el bien que unos elogiaban ni todo el mal que otros le atribuían. Se sentía dividido consigo mismo, indeciso, como la población que le rodeaba. Después, pensó que el alistamiento en la Milicia efectuado en esas condiciones y según los imperativos que la superaban no implicaba en modo alguno la adhesión a un programa que

consideraba manchado de nacionalismo *franchiman* y jacobino. Volvió para casa, entró en el cuarto y se tumbó a dormir.

Al pequeño almuerzo, se sintió el blanco de las miradas del padre.

-¿Entonces?, preguntó el dueño del dominio... ¿Vas a alistarte en los pétainistas?

Barbaïra irguió hacia él un rostro marcado por la deferencia que no ocultaba su resolución y dijo:

-Pido disculpas, padre, pero, aunque fuese el propio diablo a prohibirme, no podría hacer otra cosa.

Se atrincheró en la biblioteca a estudiar los planos del macizo de Tabe y buscó las notas de antes de la guerra donde había registrado las grutas.



Gran agitación en la gruta de La Frau. El 9 de Julio de 1943, el pequeño Soeuillard, cuyos padres viven en Montsegur y que sirve de agente de enlace, subió con un aviso para el comandante René. Se prepara contra él un gran ataque. Una compañía de G.M.R. acaba de llegar a Foix para dirigirse a la zona disidente y, de un momento a otro, podía hacerse a la carretera. René redacta una nota a la atención de Marius Chabrol para pedir un refuerzo de hombres, sobretodo de armas, del *maquis* de Picaussel. Soeuillard desaparece en la noche pero sólo llega a Puivert al día siguiente, demasiado tarde para salvar el *maquis* del ejército secreto.

Chabrol, Robuffay, Reboul e Estève Caberol están aún en el *maquis* de Picaussel. Con la paciencia habitual, el joven comunista aguarda la hora favorable de apoderarse de las armas lanzadas en paracaídas. Es mañoso, pero el *aubergiste* Milou tiene en sus manos todos los hilos de la organización clandestina y no se queda atrás. Sabe que en su estado de desarrollo actual, la actividad principal de los *maquis* de Ariège consiste en que unos se aprovisionen de armas a expensas de los otros. Y toma precauciones. El stock de armas, que está muy disperso por las fincas hasta la región de Sault, difícilmente será localizado.

La noche cae en la gruta de La Frau, más oscura que las faldas de las mujeres de Montsegur. La situación tensa muestra a los hombres como realmente son. Poseídos de una exaltación casi mística, algunos de ellos optan por la resistencia desesperada.

-¡Muy bien!, les dice el comandante Renè. Estamos aquí para que Francia renazca de nuestro sacrificio.

Los otros le hacen notar que la mayor parte del personal no tiene siquiera una pistola, que la *FM* tiene apenas tres cargadores y las escopetas sólo algunos cartuchos.

-¡Podéis salir!, dice el comandante.

Más furtivos que sombras, parte de los hombres se adentra en la floresta del duque de Lévis-Mirepoix. Unos, se refugian en la mina de talco detrás del desfiladero de La Peyre, otros van a Montferrier, cuyo maquis *dispone* de escondrijos, los restantes se dirigen al antiguo albergue de juventud entre Foix y Roquefixade, reforzando así el equipo de españoles que lo ocupa hace más de un año con Judith.



En la mañana siguiente, la luz del día tarda el llegar. Un banco de nubes posado en la montaña destila una claridad malsana. El terreno de pasto en socacos que va de la gruta al margen de la floresta no es visible en toda su extensión. El comandante Renè vuela a estar optimista. ¿Qué tropa osaría lanzar un ataque en esas condiciones de visibilidad que, al lado de los obstáculos naturales, protegen la gruta?

Cerca de las diez horas de la mañana, la niebla se torna menos densa y muestra súbito una cantidad de siluetas negras plantadas al pie del pastizal. Apeados de los camiones al rayar la aurora, los G.M.R. acaban de atravesar la floresta y toman posiciones con vistas a un asalto que se puede transformar en un desastre si una ametralladora tuviera posibilidad de disparar más de tres ráfagas. La del comandante René no tiene.

La niebla reptaba por la hierba. Las aves se callan. El sol difusamente dibujado tras las nubes ofrece una hostia roja a los

que van a morir. Las siluetas negras de los G.M.R. se confunden con los abetos y no se mueven. El comandante René ordena:

-¡Nadie dispara sin orden mía!

Pasa algún tiempo. Los montañeses de la región escondidos en la floresta notan una gran actividad de pretorianos entre la gruta y el desfiladero de Seguelà donde están estacionados los camiones. Finalmente, una silueta se mueve en el pastizal, se destaca en la hierba plateada por las gotitas de agua y comienza a subir a la planicie. Es el teniente Massa. Avanza como para parlamentar, sólo y desarmado.

El comandante René dispara un tiro de escopeta. Solo un tiro. En trayectoria descendente y con mala visibilidad. El teniente Massa cae fulminado y el cuerpo rueda en la hierba hasta el borde de la floresta.

De nuevo la inmovilidad y el silencio. En la gruta nadie piensa en tomar alimentos. Al inicio de la tarde, cuando la niebla se disipa, los sitiados no ven ni un solo G.M.R. El comandante René especula sobre el espíritu moderadamente combativo de los pretorianos del régimen y piensa que tras su tiro de amonestación, tan eficaz como imprevisto, los G.M.R. abandonaron la partida.

El amanecer del 21 de Julio inclina en las cumbres una faz gris y contempla a los *maquisards* marcados por cuarenta y ocho horas de vigilia, privación y angustia. El espectáculo que perciben de la entrada de la gruta les quita todas las esperanzas. Esta vez la compañía G.M.R. ataca con fuerzas aplastantes. Varias ametralladoras posan en ellos un ojo negro. El comandante René piensa: si el adversario no se retira, es imposible cualquier resistencia.

Un altavoz ruge en la fría madrugada:

-¡O os entregáis, o lanzamos explosivos sobre el promontorio!

El comandante René se rinde con el soviético Gregory Pilatof, René Corbin de Lavelanet, Jacques Arnaud de Mirepoix, Parando de Toulouse y Broucksaud, el refractario del S.T.O. <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Servicio de trabajo obligatorio en Alemania. Nos falta el nombre del séptimo hombre. Se pretendió que el teniente Massa fue muerto por un G.M.R. y que la bala que lo alcanzó siguió una trayectoria orientada de abajo

Así llegaba a su fin el primer *maquis* de Montsegur, donde los nacionalistas languedocianos se habían retirado a tiempo. Marius Chabrol recibió la noticia en la cabaña que ocupaba con los antiguos *ajistes* en la floresta de Picaussel. Les dijo:

-Preveniros desde el inicio. ¡Un *maquis* estático es un *maquis* liquidado! Estève Caberol dio un puñetazo en la mesa y rugió.

-Debíamos acabar definitivamente con las cuevas de ese género. ¡Cuando volvamos a Montsegur con los españoles, los boches pierden al voluntad de reír!

Y brindó por la liberación de la persona humana.

### III

Una vez pasada la aldea de Comus, la caravana penetró en las gargantas de La Frau y las conversaciones cesaron de súbito. La carretera que estrechaba cada vez más después de la vía nacional Aix-les-Thermes-Quillan, ofrecía un único pasaje e impedía el adelantamiento de vehículos o cambios de sentido. La sucesión de paredes rocosas delante de promontorios cuyo impulso culminaba a varios centenares de metros de altitud, erguía resguardos en zig-zag que limitaban la visibilidad a tiro de piedra. Mostraban hendiduras aterradoras, producto del caos geológico primitivo y de la erosión. Múltiples cavidades imprimían manchas de sombra en las vegas pálidas del calcáreo. Abetos fulminados por los relámpagos pedían de las paredes ásperas, bloques precipitados de las alturas ladeaban la carretera.

El horror del pasaje justificaba su topónimo –Garganta del Miedo– y hasta lo rebasaba cuando el amontonamiento de peñascos, la acumulación de árboles desvencijados y lívidos, la supremacía de la sombra sobre la luz, las profundidades de un cielo casi siempre invisible, tomaban intensidades grand-

---

arriba. No obstante, un tiro hecho desde lejos, como fue el caso, y según una trayectoria de arriba abajo, produciría los mismos efectos. Una vez que el comandante René fue muerto posteriormente en la región de Perpignan, es imposible tener la certeza sobre ese episodio, por lo que lo referimos con la mayor reserva.

locuentes. ¡Reclamaba entonces un nombre más decisivo para expulsar al viajero, término que sería necesario sumar al repertorio romántico del miedo!

Responsable de la seguridad de la caravana, el miliciano jefe de *Centaine*, Roger Barbaïra, viajaba de pie con el busto fuera del techo abierto del gran *Peugeot* que abría el camino. La Milicia había retirado las cuatro puertas del vehículo a fin de permitir libertad de movimientos a los ocupantes en caso de ataque. Barbaïra dijo a Jordi Couquet:

-Si estuviese en el maquis, tendría tu piel sin disparar un tiro. Bastaba con empujar unos peñascos de encima de los promontorios... ¡Como en la Edad Media!

Los escrutaba con toda la atención conforme el ojo negro de las ametralladoras vigilaba las perspectivas limitadas por las vueltas del camino.

Llegaron sin más dificultad a un espacio algo más abierto, a mitad de camino de las gargantas, donde acababa la ruta trazada por la administración de los Puentes y las Calzadas. A su izquierda, un camino rural tomaba impulso para escalar una ladera escarpada.

-¡Por allí!, gritó Barbaïra cuando los cinco vehículos de la caravana se juntaron bajo la protección de los guardas-francos esparcidos alrededor.

Después, volviéndose para el Obersturmführer Klingsor:

-¡Ya pasamos lo más peligroso! ¡Va ver ahora como es de impresionante el contraste entre estas gargantas y el alto valle de Basqui!

Los vehículos atacaron la subida. Los dos "tracción" *Citroën*, bajos, allanaban un poco la carretera cavada de surcos. En pocos minutos alcanzaron el centro del circo forestal donde desembocan todos los caminos, en el seno de una quinta en ruinas llamada *Métairie du Père Blanc*.

De pie en el *Wolkswagen* de campaña, el Obersturmführer Klingsor estudió silenciosa y demoradamente el escenario extendido a su frente. Mientras los hombres de la escolta descargaban el material de acampada y exploración, pidió a Barbaïra que se aproximase:

-¡Hasta aquí, suponía que las florestas más bellas de Europa se situaban en la vertiente norte de los Cárpatos, ahora ya no soy de esa opinión!

Tomaban posesión del dominio que los Levis habían recibido como regalía de las manos de Simon de Montfort. Siete siglos de usufructo sensato habían aumentado desmesuradamente la cantidad, la altura, el volumen y la majestad de los árboles. En la mayor parte pobladas de hayas, las florestas cubrían toda la montaña hasta el nivel del desfiladero de La Peyre al oeste y, más alto aún, toda la vertiente norte extendiendo sus frondas hasta mil ochocientos metros de altitud sin conceder un lugar a las resinosas que en general ocupan esas alturas. Un poco menos densa que la floresta de Basqui, la floresta de Embeyre emana esencias más variadas hasta la línea de vaguada que separa el valle de Basqui del valle de Lasset. Del otro lado de las largas espinas sirve de protección a la gruta de La Frau, y a partir de ahí, vuelve a descender a Montsegur.

Con el bello rostro de muchacha sonrojado de emoción, el Obersturmführer Klingsor dice en voz baja:

-He aquí la Francia medieval como la imaginaba en la época en que terminé el *Abitur*<sup>1</sup>... Una hermana de Alemania cubierta de florestas impenetrables...



Florestas impenetrables. Hayas gigantes. Soledad que causa frío en la espalda...

-¿Sabe cuántos electores había en este valle a final del siglo XIX?, preguntó Barbaïra... ¡Pues bien, no menos de ciento cincuenta! Increíble, ¿no?

Aparte de las paredes de *Métairie de Père Blanc*, ni un trazo de vida humana alrededor. Los bojs, las zarzas y los espinos blancos habían devorado las ruinas de las granjas. Nada se movía en el circo arbolado. Ninguna huella en la hierba, nada de humo, ninguna llamada... Un mundo al mismo tiempo hostil y

---

<sup>1</sup> Equivalente alemán del bachillerato francés.

benévolo de donde el hombre llamada a la vida fácil de las planicies se había retirado de puntillas...

A su frente, la parte superior del valle tenía la forma de un semicírculo dividido por la corriente que desciende del pico de Soularac. Lanzadas como los más viejos abetos alpinos y tan altas como ellos pero delicadamente dispersas en un diámetro cuatro o cinco veces mayor, las hayas alineadas en la vera de la floresta en formación de parada militar montaban guardia a las fronteras de la pradera donde se levantaban las tiendas. Tras esa frontera negra se organizaba un espeso misterio, una reserva secreta vieja y milenaria. Del excepcional paisaje surgía potencialmente una fuerza imposible de describir en términos precisos hecha de millones de elevaciones silenciosas, irresistibles, y pacíficas también, ya liberadas de toda noción del tiempo. Un solo elemento de vida perceptible en el paisaje prehistórico: el torrente saltarín que se desliza impetuoso rasgando su túnica de plata en la punta de los peñascales, soplando en las cavidades de los márgenes, salmodiando el lenguaje de las marmitas glaciares, recitando versos románticos en el lecho de arena suave...

La noche cae. Las hojas doradas por los primeros fríos de septiembre emprenden el vuelo de las aves migratorias, el viento sopla moderadamente del desfiladero de La Peyre, el torrente ofrece y recusa alternativamente sus confidencias a los hombres del campo.

-¡Es curioso!, murmuró Barbaïra, ¡hubo un momento en que me pareció oír voces humanas!

El Obersturmführer presta atención. Destellos color malva venidos probablemente de reflejos crepusculares dulcifican el brillo del mirar.

-¡Son realmente voces humanas, dice lentamente, pero no conversaciones de hadas como se podría pensar. Parecen cantos... Oiga!

Se inclinan sobre el torrente que dilapida largas colas de luz fría. Oyen lamentos, notas reprimidas o tejidas interminablemente... Largos llantos de violín.. Duetos... Voces inmatrimoniales de adolescentes en la hora de la mutación... Solos

melodiosos de bajos... Coros de aldeanos y caballeros... El Obersturmführer dice lentamente:

-Fue aquí que Richard Wagner y Beethoven robaron a la naturaleza el secreto de la música telúrica. Oigo alternadamente temas de la Sinfonía *Pastoral* y del Graal... ¡Escuche! ¡Oiga!... Mi-Fá-Lá-Lá...

Barbaïra se estremece y mira con atención al compañero. La oscuridad atempera el brillo de sus ojos y apaga la inquietud que provocan de día.

-¡Oiga!, insistió el alemán con voz estrangulada... No hay duda alguna, es el leitmotiv del Graal de *Parsifal* de Wagner... Mi-Fá-Lá-Lá-Lá... cuando Gurnemanz dice a Parsifal: "Hijo mio, el espacio aquí nace del tiempo"... Van de camino al burgo del Graal, detrás de esta floresta... porque Mountsalvatsche sólo puede estar detrás de la floresta que nos rodea... Montsegur!

La floresta de Embeyre y la noche formaban ahora una masa única en la cual se dibujaban todavía relieves imprecisos. Los dos hombres se levantaron y comenzaron a caminar lentamente hacia el campamento ordenado en formas claras en el prado todavía visible. Más lejos, un grupo de milicianos conducido por el jefe de *Dizaine* Raymond Ferrocas regresaba a las tiendas después de disponer las ruinas de la heredad en posición de defensa.

El Obersturmführer pasa el brazo alrededor del cuello de Barbaïra. Inicialmente sorprendido, el joven reprime un movimiento de repulsa al evocar el rostro de muchacha del compañero que parece dar al gesto un sentido equívoco y se contenta con recordar con cierta ironía:

-Es también el momento en que Gurnemanz dice a Parsifal: "Si eres puro, espera del Graal bebida y alimento..." ¡Bueno, pero es tarde y tengo hambre!

-Y Parsifal pregunta: ¿qué es el Graal?

-¡Ya se! ¡Las láminas de piedra grabadas en "código cifrado pagano" que buscamos con nuestro querido Otto Rahn!...

El alemán se inclina hacia él, lo mira de frente y dice en voz baja:

-Que habremos que encontrar si mi querido Barbaïra fuera el "joven loco y puro" que esperamos...



Llegaron a la tienda de campaña que la claridad ya tenue delineaba como sustancia casi inmaterial. Se sentaron junto a la mesa plegable delante de la cena clásica del ejército alemán, espartana en todo –pan negro, margarina, agua corriente- en la compañía de Ferrocas, del espeleólogo Springer, del paleontólogo Darmesdorf, del profesor romanista Klotz y del pre-historiador Pfeiffer.

-Ya se donde lo vi y me encontré con usted por primera vez, dijo Barbaïra extendiendo la jarra de agua al SS... ¿No representó en *El Buque Fantasma* y en *Parsifal* en 1938?

-¡Sí, sí!, replicó el SS sonriendo. Y hasta estuve bien en el papel de mago... Llamándome Klingsor, ¿es natural, no?

Se calló y prestó su atención a los movimientos secretos de la noche. Sólo se oía el paso ligero del miliciano de guardia que iba y venía en la hierba, la cantinela del torrente que el reblandecimiento de la fusión de las nieves hacía decrecer entre el crepúsculo y la aurora. El espeleólogo preguntó:

-¿Aún hay osos en la región?

-La gente de Comus dice que hay uno en la floresta de Basqui, respondió Ferrocas. Un solitario enorme, extraño en un país que no los ve desde inicios de siglo. Se piensa que se extravió durante un viaje, o, lo que también es posible, que escogió esta región para morir.

-¡Es una pena!, suspiró el Obersturmführer. ¡Me gustaba que el Graal estuviese defendido por un clan de esos animales a los que llamaban salvajes. Vendrían a besar las manos de Parsifal al reconocer en él el joven loco y puro que el siglo espera!

El pre-historiador sacudió la cabeza.

-¡Si no corremos el riesgo de encontrar osos y hasta pequeños uros, Obersturmführer, creo en contrapartida que hay en la región cantidad de maquis peligrosos!...

-¿Uros?, dice el SS... ¡Hum!, ¡me gusta ese nombre!... Barbaïra, en los informes que envié a Toulouse, designe a nuestra base con el nombre en código: ¡Aurochs-Platz!

Después volviéndose a sus compatriotas, dice en alemán:

-¡Felizmente, señores, no olvidamos el gusto de la piel del uro, como los franceses decadentes!

Se calló unos segundos y continuó en un tono pesado de amenazas veladas:

-¡Las SS están ahí para meter al orden a aquellos que en Alemania se sintieran tentados a olvidar ese sabor!

Se acostaron pronto. Las investigaciones iban a comenzar al amanecer del día siguiente en la gruta totalmente explorada en 1937 bajo la dirección de Otto Rahn.



Barbaïra se encuentra de nuevo en los flancos pelados de los picos de Soularac y Saint-Barthélemy roídos por una lepra verde y gris. El espeleólogo Springer tiene la experiencia y el material que permiten conducir sin vacilación las investigaciones. El pozo que casi le cuesta la vida a Robuffay no tiene interés, acaba en un montón de tierra removida treinta metros más abajo. La gruta de Soularac, compleja y profunda, exige tres días de tentativas arriesgadas. No se descubre material cátaros o prehistórico alguno.

Barbaïra traslada la actividad de los equipos a la zona del pico de Caussou, cerca de los dos mil metros de altitud. Continúa fiel a las premoniciones de Rahn y no se aparta de la vía sagrada de los Cátaros, el eje Montsegur-desfiladero de La Peyre-Luzenac.

Ochocientos metros de desnivel separan ahora el campamento base del teatro de operaciones. Springer y los equipos de profundidad van allí de tres en tres días para reabastecerse de provisiones y descansar. Entretanto acampan en grutas. De acuerdo con lo que se había previsto, los milicianos de Barbaïra garantizan la seguridad y el secreto de las investigaciones. El valle de Basqui tiene apenas dos salidas: el desfiladero de La Peyre al oeste, y las gargantas de La Frau al este. Las patrullas vigilan los accesos del valle interdicto. Aurochs-Platz está protegido por la quinta Blanc, fortificada y dotada de dos ametralladoras, y posiciones de fuego operativas.

Parecen ridículas tantas precauciones. La paz llegada del fondo de las edades envuelve en un lecho de hierba azul y verde el valle vestido de florestas negras y doradas. Los habitantes de la región no se arriesgan en las gargantas de La Frau, ahora sobrecargadas de peligros indeterminados. El *maquis* de Montsegur desapareció de la gruta de La Frau en julio y el de Picaussel apenas muestra actividad, pero hay bandos incontrolados que recorren los Pirineos ariegenses. Las fuerzas petainistas de la orden tienden cada vez más a favor de la Resistencia. La gruta de La Frau está sólo a tres horas de fácil camino y la floresta de Picaussel a cinco. Los guerreros de Klingsor y Barbaïra ocupan una posición dominante pero, al mismo tiempo, potencialmente dominada. Dominan un valle interdicto desde el interior que puede de hoy para mañana encontrarse también interdicto desde el exterior.

El aprovisionamiento de Aurochs-Platz constituye un problema considerable. Jordi Couquet, lo asegura tres veces por semana y asume el solo los riesgos de la operación, sonriente, el gracejo meridional constantemente en los labios, la seguridad sosegada en el fondo de los ojos. Tiene obligatoriamente que entrar en las gargantas de La Frau y llegar a Quillan a través de carreteras desiertas. Deja Aurochs-Platz al caer el día y regresa cerca de la una de la mañana. La oscuridad y la rapidez de la carrera, dice, garantizan más seguridad que el apoyo que le podría dar un vehículo con escolta armada en pleno día.

-¡Haces mal en llevar el *Citroën!*, le dice Barbaïra. ¡Es una urna de chapa! ¡En caso de ataque no sales vivo!

Observación superflua. Ambos *Wolkswagen* están reservados para el personal alemán. El *Peugeot* sin puertas, considerado vehículo de intervención, debe estar disponible día y noche. Jordi Couquet encoge los hombros.

-¡Me gusta arriesgar, lo que tenga que llegar que llegue! ¡Sirve de entrenamiento para el día en que desencadenemos la resistencia nacional!

Barbaïra pone el dedo índice en sus labios, designa con un movimiento de la cabeza a los milicianos tumbados en la hierba no lejos de ellos y dice en voz baja:

-¡Atención! ¡Esos de ahí son partidarios de una resistencia nacional que no se parece a la nuestra! ¡Podemos encontrarlos un día en el punto de mira de nuestras ametralladoras!

-¡Qué confusión!, murmura Couquet... ¡El *maquis* quiere nuestra piel de milicianos y, nosotros, milicianos también, queremos la piel de otros milicianos! ¡Qué confusión!

-¡Es normal, Jordi! Nada tendremos que ver en un choque entre grandes naciones que se sirven de la Milicia y del *maquis* como tropas suplementarias! Estamos aquí para encontrar en el Graal la llave de nuestra independencia perdida en 1209. Los alemanes –¡quiero decir las SS, lo que no es la misma cosa!- son nuestros aliados naturales en esta empresa. Por eso mismo acepté defender Aurochs-Platz.

Se levantan para poder charlar más libremente, sin ser en voz baja. Nubes finas velan el cielo de otoño. Las florestas están bañadas de oro rosado. Guyot Peyrat pregunta:

-¿Y si el Graal no fuera encontrado?

Barbaïra no responde.

-Por lo que a mi respecta, estoy seguro que Pétain va a mantener las promesas que hizo de devolver las libertades regionales, dice Ferrocas.

Jordi Couquet exprime su escepticismo con un guiñar de ojos.

-¡Si no fuera así, montamos el gran *maquis* de liberación y tomamos el lugar de los que nos hacen frente! ¡Un *maquis* puro y duro! En mi opinión, debe ser un triángulo isósceles con el vértice en Puigcerdà, los dos lados representando los valles del Aude y del Ariège y la base en la carretera Foix-Quillan.

-¿Y las armas?

-¡Las de la Milicia, de las que iremos a apoderarnos en el último momento!

-¿Y las municiones?

-Vienen de la España republicana, por Puigcerdà.

-¿Y la propaganda?

-¡Radio Andorra, claro, y los puestos de onda corta que pillemos al ejército francés y a las fuerzas del orden!

No sería posible diseñar con más precisión un *maquis* en forma de sueño. Es hora de traspasar las patrullas y preparar el

trabajo de aprovisionamiento. Raymond Ferrocas y Guyot Peyrat verifican la presentación y el armamento de los cinco milicianos bajo su mando, con los que se van a dirigir uno al desfiladero de La Peyre, y el otro a las gargantas de La Frau, las dos salidas del valle interdicho.

Jordi Couquet verifica el motor y los neumáticos del Citroën, la pistola-ametralladora y las granadas, después se echa a dormir en la hierba mientras espera la señal de partida hacia la aventura.



A medida que las jornadas de otoño pasan, se estrechan las relaciones entre el Obersturmführer Klingsor y Roger Barbaïra. Cuando los otros descansan, velan en la tienda de campaña de Aurochs-Platz. La noche envuelve las confidencias del alemán y le dan como telón de fondo el misterio que él retira de las florestas, guardianas de una prehistoria que continua sin envejecer.

Primero con reservas, después más libremente, expone al francés ciertas cuestiones más profundas de la política de su país. Barbaïra lo oye y termina por decir:

-En nuestro primer encuentro, me dijo que Otto Rahn se había suicidado en la montaña, pero pienso que me ocultó una parte de la verdad.

-¡Es exacto!, reconoce Klingsor. En ese momento, no lo conocía bien. Ahora es de los nuestros y, por tanto, debo decirle la verdad. ¡En Marzo de 1939, Otto Rahn entró por voluntad propia en el Endura de los Cátaros, cuya epopeya descubrió aquí!

-¡No es posible!, exclama el conde de Miramont... ¿Era entonces uno de esos nuevos Cátaros que Occitania oculta con tanto cuidado como si en 1943 la Inquisición todavía les abrumara?

-¡No exactamente! ¡Después de representar una de las esperanzas de la Orden Negra destinadas a hacer nacer la raza de los super-hombres a partir del III Reich, se hizo hereje!

El rostro de Roger Barbaïra refleja sorpresa y inquietud.

-Sigo sin entender muy bien, murmuró.

-Es muy sencillo. Su amigo publicó *Cruzada contra el Graal* en 1932. Vivía entonces en Friburgo, pobremente, con la esperanza de volver a Sabarthès.

-¿Y no estuvo aquí durante unas semanas?

-Más tarde. En 1933, Himmler descubrió el libro y pidió al autor que fuese a Berlin. Había dicho al Führer: Otto Rahn es una de las esperanzas de nuestra revolución... Más concretamente: "un árbol a cuidar". Lo hizo ingresar inmediatamente en las escuelas especiales de las SS, a continuación lo nombró Obersturmführer y, poco después, fue incorporado de su estado-mayor y delegado junto a Alfred Rosenberg. Hasta 1937, Rahn parecía tener lo que le había sido prometido. Publica otra obra, *La Corte de Lucifer en Europa*, que el Reichsführer remite a los grandes jefes del Partido, confiriéndole así valor de evangelio... De repente, todo cambia. Otto Rahn se apercibe que Alemania prepara la guerra... Habla de ello a Himmler, que lo admite, haciéndole notar, sin embargo, que todas las grandes naciones la preparan para aplastar el Nacional-socialismo, que representa una amenaza de muerte para la Diáspora judía, comparable a la que Tito hizo pesar sobre Jerusalén. ¡La única diferencia es que Alemania prepara la guerra más deprisa e mejor que sus enemigos! Otto Rahn, que no admite esa política, habla con Rosenberg e intenta convertirlo a su propia concepción de la política nacional-socialista...

-¿Cuál era esa concepción?, pregunta ávidamente Barbaïra.

-Más o menos esto: la misión del NSDAP existe según el Espíritu y no según la Materia. Es preciso iluminar al hombre blanco sobre su verdadera naturaleza y, por tanto, descubrir y leer el Graal. Alemania debe ser una comunidad de Perfectos, no de guerreros... ¡Parsifal contra Siegfried! Es preciso, tal vez, subir el ardor de las naciones para hacer vivir la verdad de que es portadora, pero al menos, que tenga las manos limpias de sangre. La nación hitleriana debe subir de rodillas a Montsegur... Otto Rahn critica ásperamente el designio del Führer. Para él, Hitler se dejó seducir por una aventura de carácter napoleónico. La conquista de los espacios del Este –

tierra, y por tanto, materia- representa, según Rahn, la elección del dios malo contra el dios bueno...

Barbaïra lo interrumpió.

-¿Y que pensaba Rosenberg?

-Nadie lo sabría decir, pero ese punto de vista no debía chocarle tanto, pienso.

-¿Qué pasó después?

-Otto Rahn llevó la controversia a través de instancias superiores del Partido nacional-socialista. Himmler lo excomulgó y lanzó a las tinieblas exteriores!

-¡Pobre Otto Rahn!

-Quería acabar en Ussat y Ormolac, junto al amigo Gadal, una vida que consideraba inútil y se dirigió a Francia, pero sin dinero y sin pasaporte, no fue más allá de Friburgo. El hombre que los editores Mayer albergaron por última vez el 8 de Marzo de 1939 era un hombre desesperado.

-¿Y después?...

-Pues bien, llegaba el momento, pienso yo, de que Otto Rahn se decidiera por el suicidio místico. A la manera de los Cátaros. Con su muerte ejemplar, oponía al nacional-socialismo guerrero extraviado en la materia lo que antes de 1933 lo había lanzado a la conquista del Graal y a la que ahora renunciaba. Pienso que se equivocó, camarada Barbaïra, una vez que la búsqueda del Graal no cesó a pesar de la guerra.

Sonrió...

-¿Y nosotros estamos aquí para testimoniarlo, no es cierto?

-¿Y después?...

-Subió de rodillas a su Montsegur. A finales de marzo, aproximadamente, desapareció durante un periodo de tempestades de nieve en la montaña que domina Kufstein. Los guardas forestales lo encontraron en la cima, sentado en una roca, la cabeza posada en el brazo doblado, el rostro tranquilo. Parecía dormir... <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La muerte de Otto Rahn, vagamente conocida por sus amigos languedocianos, estuvo rodeada hasta ahora de espeso misterio. Fuimos alertados por una nota de la obra *Le Trésor Cathare* (Presses de la Cité), cuya autoría es de Gérard de Sède, que afirma: "En cuanto a Otto Rahn, fue decapitado por los nazis". Muy escépticos, sabiendo que los nacional-

Se calló. Pasados unos minutos, Barbaïra levantó los ojos y dijo:

-Jamás olvidaré a Otto Rahn. Si Alemania gana la guerra, espero que me permitan inhumarlo en el *pog* de Montsegur. Lo que me acaba de revelar es apasionante. ¿Así, el Nacional-socialismo cuenta con nuevos cátaros, como la Iglesia con los antiguos? ¡Solamente... pienso que unos y otros están equivocados al rechazar la materia!

El Obersturmführer sonrió y aprobó:

-¡Justamente por eso Rahn fue excomulgado, oponía a nuestros propios mitos de liberación lo que el Catarismo contiene de veneno cristiano! No obstante, me pregunto si....

Se inclinó sobre la mesa y se calló. La noche prehistórica rondaba alrededor de la tienda pobremente iluminada.

-¿Qué iba a decir?, preguntó Barbaïra.

---

socialistas no tenían, contrariamente a lo que se dice, el hábito de decapitar intelectuales, comenzamos una averiguación que acabó por llevarnos bastante lejos y que constituye una fuente muy importante de esta narración. Existían tres versiones de esa muerte:

- a) Decapitado por los nazis;
- b) Abatido por un guardia fronterizo cuando intentaba pasar a Austria, según su amigo Gadal de Ussat-les-Bains;
- c) Desaparecido en un campo de trabajo.

La primera versión es manifiestamente grosera y primitiva, la segunda es absurda... ¿Cómo podía Otto Rahn ser abatido al pasar una frontera que en 1939... no existía entre Alemania y Austria? En cuanto a desaparecer en un campo de trabajo, no hay un solo ejemplo de campos de trabajo antes del inicio de la II Guerra Mundial.

Aunque de forma renitente, la República federal nos ayudó en la búsqueda de la verdad. Hablar sobre la muerte de Otto Rahn era revelar la posición elevada que ocupaba en la Allgemeine SS y, por tanto, abrir un capítulo de la historia que la Alemania actual desea ocultar con una tenacidad tan decidida como pueril. Fue a través de los documentos confidenciales dejados por el ministro Rosenberg y por uno de sus colaboradores sobrevivientes que pudimos reconstruir la "pasión" de Rahn. Sus antiguos editores nos ayudaron también con la mejor buena voluntad, lo que les agradecemos calurosamente. Rahn se dio muerte ingiriendo una dosis de cianuro en la cima de la montaña de Kufstein por razones político-místicas expuestas por el Obersturmführer encargado de las investigaciones en Francia entre 1943 y 1944 y también por razones íntimas que no viene al caso mencionar aquí una vez que no tienen relación con el presente relato.

El Obersturmführer irguió la cabeza.

-¿Será que es demasiado tarde? El hombre ario está enfermo...

-¿Cómo es eso?

El alemán sonrió melancólicamente.

-¿No lo sorprende el carácter atroz de las guerras de exterminio entre pueblos de la misma raza?... ¡Alemania-Inglaterra!... ¡Germanos contra sajones!... ¡Germanos de Alemania contra germanos de Francia! Y, un poco por todas partes, celtas contra celtas! 1914-1918, una monstruosa y estúpida carnicería... Y ahora... ¡La carnicería de la elite racial europea está abierta permanentemente desde 1914! ¿Le parece eso normal?... ¿Y los "grandes miedos" que en 1940 causaron la histeria a un pueblo tan valeroso como el francés? ¡Son señales clínicas de una dolencia de nuestras antiguas razas, demasiado antiguas!

-¡No existe un pueblo francés, camarada Klingsor!, objetó Barbaïra, ¡sino un mosaico de razas que fueron grandes y todavía se agarran a "pequeñas patrias" que se trata de liberar!

Klingsor levantó la cabeza y chafó maquinalmente el pedazo de pan negro que arrastraba en la mesa...

-¡Querido camarada!, dijo, ¡es un milagro que tu continúes siendo un visigodo de sangre pura! ¡Lucha para restaurar el dominio de la aristocracia a la cual pertenece, pero sus esfuerzos son tal vez irrisorios!

Barbaïra arqueó la ceja.

-¿Cómo? ¿Intenta acobardarme? ¿El señor, un SS?

Klingsor se enderezó en el asiento.

-¡Los SS son hombres de presa, herederos de vuestros condes de Foix que decapitaban monjes y pillaban conventos y lo hacían con sabiduría. Intentaron detener el proceso de decadencia a través de medios draconianos que suscitaron el odio del universo, lo que es justo, una vez que el universo está hoy dominado por esas razas contaminadas cuya desaparición deseamos! ¡Esas razas defienden sólo el vacío! ¡Pero es demasiado tarde, no podemos tener éxito!

-¿Cómo lo sabe?

-¡Hay hombres tras el Reichsführer que leen el pasado y el futuro y que saben! No puedo decirle más.

-¡En ese caso, me pregunto que hacemos aquí!, murmuró Barbaïra con amargura.

-¡Buscamos el Graal que puede salvar todo!

El silencio se apoderó de la tienda de campaña y el ruido del torrente hacia ahora parte de él. El Basqui cantaba de manera más tierna, con más contención que durante su instalación en Aurochs-Platz, porque el otoño, muy avanzado en la alta montaña, medía con avaricia su débito de agua. El Obersturmführer apuró el oído, descubrió el canto bajo el silencio y dijo:

-¡También él pasó de Siegfried a Parsifal! ¡Los acentos de la noble fuerza guerrera fueron sustituidos por los de la piedad!

Se levantó, puso en la cabeza la gorra con la Totenkopf, se puso la parka de camuflaje porque el frío arreciaba, y dijo:

-¡Venga, Barbaïra... Ya que no podemos oír a Siegfried, oigamos a Parsifal!

Salieron y avanzaron sobre el pastizal brillante por la helada. Pararon a la vera del torrente.

-¡Oiga!, dijo el alemán... *¡Höchsten Heiles Wunder!... ¡Erlösung dem Erlöser!*<sup>1</sup> ¡La hora del Graal redentor! El final, precisamente, que no deseamos. Richard Wagner, como nosotros, Barbaïra, descubrió la gran verdad, pero no llegó a dominarla... Una vez apartada la moralidad, los bric-à-brac de sacristía, la fantasmagoría del sábadó santo, ¿qué es *Parsifal* sino la invocación al culto de la sangre?... El rey Anfortas sufre de un mal incurable, de una llaga eterna, o sea, de una corrupción de la sangre que no tiene cura. ¡Parsifal, el héroe ignorante más biológicamente puro, deberá escoger entre las voluptuosidades del jardín de Klingsor, que simbolizan la civilización corrompida, y el servicio austero de los caballeros que velan por la sangre primordial, fuente mística de toda la vida! ¡Para nosotros, es nuestra Dama! ¡Todos fuimos más o menos alcanzados por la peste de la sangre manchada con la contaminación racial!

---

<sup>1</sup> Santo y puro milagro!... ¡Redención del Redentor!

-Klingsor tiene tal vez una pesada parte de responsabilidad. ¿Mientras que Parsifal descubría la vía de una caridad superior, no quiso él conquistar el Graal por la violencia? ¿Klingsor y las SS no deberían inclinarse?

-¡No, no! El SS Klingsor piensa, por el contrario, que la piedad a través de la cual se llega a la iniciación sólo es una virtud para el que está corrompido y contaminado con sangre impura. El SS nada puede por sí mismo. Hay que dejar morir la enfermedad. ¡Ayúdala a morir, incluso en virtud de una caridad superior! ¡No, no!, ¡Barbaïra, la vida eterna que el Graal concede está reservada sólo a los hombres de sangre pura, a los hombres nobles! ¡Y la ciencia camina tomada de la mano con nosotros al reconocer que no hay otra eternidad que no sea la biológica!

Barbaïra agarró el brazo del alemán, lo apretó con fuerza y preguntó:

-¿Es el significado del Graal lo que buscamos, no es cierto?... La ley de la vida que asegura la eternidad según la raza?

-¡Precisamente, camarada! Es nuestro último esfuerzo. Si tuviéramos que sucumbir, no porque nuestras verdades no sean claras, sino en razón a una relación de fuerzas que juega contra nosotros, es porque antes de la caída no encontramos ni desciframos esas tablas de la ley que nos habrían dado la razón contra todos los diablos del mundo!

Y después:

-El mundo no está preparado para una purificación general libremente sentida y consentida, necesita de una ley drástica... Bien... ¿Qué hacemos mañana, Barbaïra?

El conde de Miramont contempló la sombra del SS que los destellos del torrente protegían de la noche soberana. Más que observar, adivinaba su desánimo. Y bramó:

-¿Cómo? ¿Klingsor renuncia? ¿Perdió la confianza en los poderes mágicos? ¿Ya no busca atraer el loco y puro al castillo encantado?

Canturreó... "¡He aquí el instante. Mi torre mágica espera lo simple, la criatura que veo cantar a lo lejos!" Como cantaba desafinado, hizo reír al Obersturmführer, que le dijo:

-¡No Barbaïra, camarada loco y puro, espero el tiempo que fuera preciso, pero ahora son horas de dormir!

Le agarró el brazo, reencontró su voz grande de mando y anunció:

-¡Mañana iniciamos las investigaciones en el cuadrante 17. En el punto que nos encontramos no vale la pena esperar para poner manos a la obra!

Cada uno entró en su tienda, apagaron las linternas y dejaron a la noche que se entregara a la cabalgada de los aurochs.



En la madrugada del 1 de Noviembre, apareció nieve en las cumbres. Las aristas de los picos de Soularac y Saint-Barthélemy parecían ahora hijas de la Virgen suspendidas del cielo negro, dibujadas con la preciosidad ingenua de una estampa japonesa. El sol no se mostraba y el techo de nubes bajaba cada vez más. Las cumbres desaparecieron. La nieve neutralizó la zona de exploración alrededor de Cassou. Llegar a la abertura de las grutas era ahora imposible, pero las investigaciones continuaron...

Una semana después, los aurochs de la región descendieron hasta el campamento base ahuyentados por la nieve. Aurochs-Platz despertó en gran silencio blanco. Las hayas gigantes lo cercaban como portadores de cirios. El torrente negro que deslizaba entre las márgenes azules o de color de rosa, según la hora, elevaba apenas un hilo de voz para celebrar la misa de difuntos. Las ruinas de la heredad evocaban campañas de Rusia olvidadas. El Obersturmführer hablaba en términos de cuentos de hadas.

-Es así que imagino el último campamento de los hombres de la civilización de Thule, dijo Barbaïra al mismo tiempo que apuntaba a las tiendas semi-aplastadas debajo de la carga de la nieve... El último grupo de nómadas portadores de sangre primordial renuncian a la condición boreal... Levantan el campamento y descienden al país del sol donde los acecha la contaminación racial... De ellos nacen las grandes civilizaciones de la India, Egipto, Grecia y Roma... Casan con mujeres de

sangre grosera en las tierras bíblicas. Los dioses se convierten entonces en semi-dioses y, después, en los alemanes y franceses de hoy... ¡Pobres alemanes, pobres franceses!... Hace mucho que los héroes se cansaron, Barbaïra... Bien... ¿Qué hacemos?

-¡Pienso que las investigaciones deben continuar!

Mandaron traer de Foiz doce pares de esquís. Después de parar la "tracción" *Citroën* junto a la heredad, Jordi Couquet le dijo:

-¡Por poco no me quedé retenido en las gargantas. Otra caída de nieve y será imposible pasar!

Los ocho días de buen tiempo que siguieron les concedieron una prórroga. Iban y venían ahora en un palacio de de diamante azul, verde y rosa en largas procesiones de esquiadores dejando atrás el ruido de sierra y seda nacido del contacto de las tablas con la nieve helada, subían lentamente hasta la zona de exploración y volvían a Aurochs-Platz en deslizamientos casi inmatrimales que recordaban el vuelo de los gajos negros.

Cielo negro. Nieve negra. El frío penetrante anuncia nueva tempestad.

-Tenemos que desistir, dice Klingsor. Continuamos las pesquisas en primavera.

Los científicos dan orden de clavar las cajas en que habían recogido una bella colección de minerales, pero el paleontólogo Darmesdorf está francamente decepcionado:

-¡Y pensar que no encontramos un solo fósil interesante!...

-¡Llego a creer!, dice Klotz, ¡que fue nuestro precursor Otto Rahn quien diseñó en las paredes de las grutas esa paloma cátera que tanto nos intriga!

-Puede ser que tengamos más suerte en 1944, dice el Obersturmführer... ¡Tenemos que despedirnos, quería llegar a Toulouse antes del anochecer!

La noche llegaba con una hora de adelanto sobre el horario de la víspera. Los hombres se afanan alrededor de los vehículos pesadamente cargados y los antiguos ajistes amarran el equipaje. Barbaïra regresa al dominio de Le Pech, como había prometido a su padre, donde quedará durante todo el invierno; Jordi Couquet regresa a la Milicia de Carcasona, Guyot Peyrat a la de Toulouse y Ferrocas a la de Béziers. El conde de Miramont se

aproxima al operario tejedor que sirve en la fábrica de Lavelanet a través de la Milicia, como el hijo del patrón sirve a través del *maquis*, y pregunta:

-¿Entonces, Jordi? ¿Puedo contar contigo en la primavera?

-¡Claro que sí! ¡Contigo la Milicia es bastante más divertida!  
¡Recuerda un poco los AJ!

-¿Qué quieres decir?

-¡Bien... No se explicarme muy bien... En fin, aquí también se hace cualquier cosa por un ideal... Tu historia del Graal no me convence mucho, pero pienso que es para bien de los hombres! ¿O no lo es?

-¡Es, sí, Jordi, tienes razón!, respondió Barbaïra con una palmada amigable.

Se reúnen alrededor del *Peugeot* sin puertas que, por eso mismo, les promete una excursión polar, y hacen una inspección rápida a las armas, cuyo acero se pega ligeramente a los dedos.

-¿Y tu, Ferrocas, vienes también?

-Soy ordenanza. Cuando reciba orden de venir, vengo. Si me mandaran a algún sitio, voy a algún sitio. Obedezco siempre y no discuto.

-¿Y tu, Peyrat?

-Estaré siempre contigo, explorando grutas, o preparando la independencia de Occitania. Para mi, eres el señor de Miramont, Roger. ¡Como decía antes, pertenezco a tu feudo!

Se dieron mutuamente grandes palmadas en las espaldas para confortarse y, simultáneamente, para afirmar los lazos de amistad. Después, entraron en el *Peugeot* y tomaron la delantera de la caravana que rodaba meciéndose en una pista que la nieve profunda llevaba a los límites de la prohibición. Transportaba hombres que renunciaban, ellos también, a la condición boreal.

#### IV

El 1 de Marzo de 1944, Estève Caberol volvió a tomar posesión de la gruta de La Frau como había prometido. Gaston Reboul, Marius Chabrol y Robert Robuffay traían consigo

algunas armas sustraídas al *maquis* de Picaussel y veinte españoles de la 30ª Brigada de Guerrilleros.

El muro de piedras destinado a cubrirse de los ataques llegados por aire continuaba intacto, el pastizal inclinado estaba cubierto de diez centímetros de nieve. Detritus varios testimoniaban el desastre del año anterior.

-¡Bella casa!, exclamó el jefe de los guerrilleros contemplando las paredes de la gruta.

Alberto –cuyo nombre verdadero era Gutiérrez- vino del campo de Vernet, como Marius Chabrol y Pablo las Heras, este último instalado en el antiguo albergue de juventud con un contingente de anarquistas catalanes que aumentaba cada día.

En la noche siguiente llegó a la instalación de los antiguos *ajistes* una tropa de treinta hombres bien armados liderada por El Madriles –cuyo nombre verdadero era Pedro Abascal– proveniente también de la 30ª Brigada de Guerrilleros. El *maquis* de Montsegur se volvía así rápidamente operacional.

-¡Adelante, hombres!... ¡Adelante!, gritaba El Madriles que parecía representar la resistencia a cielo abierto.

En *maquis* nuevo, ambiente nuevo... No había vestigios de heroísmo místico del comandante René que buscaba la redención de Francia en la resistencia sacrificial, pero hombres rudos capaces de vivir durante una semana con tres cebollas, experimentados en todos los movimientos de la guerra civil y vueltos feroces después de la estancia en campos de concentración franceses. Armamento ligero, pero eficaz; pistolas-ametralladoras, pistolas de fabricación española, granadas alemanas, minas anti-persona, cartuchos de dinamita, kilómetros de cordón detonante. ¡Y también cuchillos y puñales de lanzamiento que Alberto, El Madriles, y sus hombres manejaban con precisión aterradora!

Marius Chabrol no tardó en sentirse a voluntad entre los nuevos compañeros, pero el antiguo *père aubergiste*, Robuffay y Reboul reculaban sobre si mismos y perdían posiciones dominantes que hasta entonces detentaban en la resistencia ariegense. Ni el comandante Alberto ni El Madriles estaban dispuestos a compartir el mando de un *maquis* en que sus

hombres constituían la fuerza principal, pero aceptaron a Chabrol como consejero político.

La concepción que ellos tenían de resistencia concordaba perfectamente con la suya, o sea, con la del partido comunista... Nada de grandes compromisos en la ofensiva, nada de resistencias heroicas a la defensiva, ataques a objetivos limitados lanzados de diez contra uno y retirada a las bases apartadas... Movimiento constante, un torbellino de sabotajes nocturnos, robos a expensas del enemigo. Hacer prisioneros y obtener informaciones mediante la tortura. Indagación de informaciones en las veinticuatro horas siguientes. Nada de testigos de acusación. Quien habla, muere de inmediato. Un equipo lo lleva a la floresta *para dar un paseo*... La tarea de la leña. El cadáver desaparece en un pozo abandonado, en una sima cualquiera de la montaña.

Ninguno de los actuales *maquisards* de Montsegur sabría sumergirse en la contemplación de la fortaleza de Ramon de Péreilhe como en los buenos tiempos del comandante o capitán <sup>1</sup> René... Nada del succulento jamón para Estève Caberol, sólo pan seco y duro, ajo, cebolla, habas y judías... Grupos de guerrilleros dejan la gruta de día o de noche y regresan disfrazados de aldeanos o leñadores, vendedores ambulantes o milicianos, según el origen de las ropas robadas. Tres días después de su instalación, ya habían saboteado una gran extensión de líneas telefónicas entre Foix y Quillan, destruido dos camiones alemanes y "requisada" una gasolinera. Los bidones están escondidos en el antiguo albergue de juventud *Au-devant de la Vie*. Mientras, los informadores fueron llevados a dar un *paseo*.

El consejo de los jefes tiene lugar en la gruta todas las tardes. Ahí se pasa revista a los objetivos mayores y menores.

-Se de un golpe magistral que podemos dar cerca de aquí, anuncia Marius Chabrol a los dos españoles que asiste.

-¿De qué se trata?, pregunta Alberto Gutiérrez.

---

<sup>1</sup> Salvo muy raras excepciones, los mandos del *maquis* no tenían carácter oficial, por lo que indicamos los puestos o graduaciones sin ninguna garantía de precisión.

-Un gran campo de la Milicia que se acaba de instalar en el valle de Basqui. ¡A tres horas de marcha!

-¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Vamos!, aconseja El Madriles con un ímpetu bastante castellano.

Chabrol sonrío.

-¡Eh! ¡Calma, compañero!... Veinte guardias francos... ¡Armamento pesado! ¡No es tan fácil como freír huevos!

Hasta altas horas de la noche discuten la manera más eficaz y menos costosa de reducir el campo enemigo. Finalmente, se ponen de acuerdo sobre la necesidad de obtener, antes que nada, informaciones de primera mano.



Días antes de la llegada del antiguo *père aubergiste* y de los españoles a la gruta de La Frau, el Obersturmführer Klingsor, el equipo de científicos y los milicianos habían vuelto a ocupar el valle del Basqui. La nieve de la primavera cubría todavía una parte de los pastos y el torrente bramaba sordamente cerca del mediodía bajo el caparazón de hielo. En tales condiciones, descubrir la entrada de nuevas grutas presentaba gran dificultad. Barbaïra no dudó, se calzó los esquís y salió a explorar la montaña en el lugar que había abandonado meses antes mientras Ferrocas mejoraba las posiciones de defensa de la heredad Blanc.

Aproximadamente a mitad de la segunda quincena de marzo, Barbaïra recibió de Toulouse un informe de la 2ª Sección de la Milicia. Informaba de la implantación de otro *maquis* en la región de Montsegur. Confirmaba el de la S.D. <sup>1</sup> que Klingsor estaba justamente estudiando en la tienda. Con una diferencia: mientras el primero era un verdadero grito de alarma al hablar de "centenares de guerrilleros", el segundo se refería a una fuerza "militarmente insignificante".

---

<sup>1</sup> Servicio de información militar que acompañaba al ejército alemán en campaña. Fue ese servicio que cumplió casi todas las misiones y que la ignorancia popular atribuía a la Gestapo, que salvo raras excepciones, nunca operó en Francia.

-¡De cualquier manera, es un problema puntiagudo!, dice Klingsor. Por nada del mundo querría meterme en asuntos franceses. ¿Qué cree que puede suceder, Barbaïra?

-Si esa gente no viene aquí a armar barullo, no muevo un dedo, pero, se aparecen en Aurochs-Platz, mando abatirlos sin contemplaciones después de las tres conminaciones reglamentarias.

-¡Barbaïra! ¡Visigodo loco y puro! ¡No esperaba otra cosa de usted! Sin embargo, esté vigilante y moderado al mismo tiempo. ¡Mi equipo o yo mismo, estamos en una posición bastante falsa! ¡Bajo la protección de la Milicia francesa!... ¡Nuestros trabajos de 1943 pasaron desapercibidos y en 1944 querría actuar de manera discreta igualmente! Son esas mis instrucciones. ¡Y después, repare, espero de un día a otro la visita de una alta personalidad del Reich alemán! ¿Qué sucedería si el *maquis* atacase justamente a es altura?

Roger Barbaïra arqueó las cejas pidiendo más precisión. Klingsor se calló inclinado sobre el informe de la S.D., pero su mirada planeaba vagamente más allá, en las lejanías de la montaña sublimada por la nieve. Barbaïra llevó más adelante su curiosidad y preguntó:

-¿Quién es esa alta personalidad? ¿Hitler?

El alemán abrazó los hombros del conde de Miramont y murmuró en un tono sinceramente afligido:

-¡Querido Barbaïra!... ¡Lo siento... pero no puedo decirlo... *Streng verboten!* Por causa de mi juramento de las SS, ¿sabe? ¡Además, V. no es un *Ritter* –caballero- de las SS... al menos, por ahora!... Hay aquí un *non possumus*.

-Comprendo, replicó Barbaïra levantando la cabeza.

No insistió mas, buscó la mano del Obersturmführer y la apretó enérgicamente mirándolo de frente.



Mientras el maquis de Montsegur iniciaba la gran ofensiva de la primavera y el Obersturmführer Klingsor partía de nuevo en busca de las láminas de piedra grabada supuestamente escondidas en una gruta situada en algún lugar de la ruta sagrada

de los Cátaros, tres hombres sentados alrededor de una mesa discutían en una *villa* de Aix-les-Thermes. En las tazas humeaba café de guerra amargo. Retratos de familia parecían contemplar con ironía la silueta de un piano de cola y negarle todo el valor como elemento decorativo en aquel salón típicamente burgués.

-¡Tenemos que ir forzosamente a Montsegur el día 16 de Marzo!, decía el ingeniero H...

El ingeniero, que ni había publicado ni llegó a publicar una línea sobre la cuestión, representaba un de los jefes de fila de la investigación languedociana. Su vasta erudición abarcaba particularmente la Cruzada contra los Albigenes y la herejía cátara.

-¡Señores, hemos de conmemorar el septingentésimo aniversario de la caída de Montsegur! ¿Los alemanes están allí? ¿Y después?... ¡El Languedoc conoció muchos ocupantes y ni por esas olvidó a sus muertos!

-Montsegur se encuentra en zona interdita, recordó el profesor Sarlat. ¿Cómo podemos llegar allí?

-¿Cuántos somos? ¿Siete? ¿Ocho? Puedo disponer de dos vehículos de mi administración.

-¿Y las autoridades?

-¿Mandemant no puede dar un toque en Toulouse al comandante general de la región?

-Voy a intentarlo.

Mandemant, redactor del diario *La Dépêche de Toulouse*, se distinguía por su carácter violento, por la ferocidad de espíritu y por el conocimiento de la historia del Languedoc. Vivía en Ussat-les-Bains en la época en que Otto Rahn dividía el tiempo entre las discusiones con el amigo Gadal, la exploración de las grutas de Sabarthes y la gestión de la pensión familiar que para subsistir había abierto en una *villa* hoy ocupada por la E.D.F.... ¡Como dedicaba más cuidado a la memoria de los Cátaros que a la gestión del negocio, no tardó en entrar en quiebra como hotelero! De hecho, aquel romántico no era capaz de vender una escoba! Mandemant detestaba a Rahn. En los artículos que escribía lo acusaba de dibujar él mismo en las paredes de las grutas las palomas cáteras que más tarde ofrecía a la curiosidad de los científicos.

A la mañana siguiente, Mademant se presentó al general alemán del cual dependía la zona de seguridad de las fronteras.

-¡Ach!, dijo el general... ¿Ir a Montsegur con los amigos?... ¡Pues bien, no!

Dejó madurar esas razones durante unos minutos y súbitamente espetó:

-¡No y no! ¡*Verboten!* ¡Montsegur *verboten!* ¡Montsegur pertenece al Gran Reich, mi querido señor, por lo menos en principio! ¡Es en Montsegur que la troupe de Bayreuth va a presentar después de la guerra la Tetralogía de Wagner! ¡El señor podrá ser autorizado a asistir, pero como espectador! ¡Y pagando el precio de su butaca! ¡Ach! ¡Nuestros derechos históricos sobre Montsegur son tan firmes como la admiración que tenemos por la epopeya de la Rumania y los Cátaros! ¡Considere que está todo dicho y no meta allí la nariz!

Petrificado de sorpresa e hirviendo de cólera, Mademant dio conocimiento de su fracaso unos días más tarde.

-¡No tiene importancia!, concluyó el ingeniero H... levantando los hombros. ¿Qué arriesgamos en ir allí? ¿Yo, un rapapolvo de la administración por usar vehículos fuera de las horas de servicio, y todos nosotros, dos días de prisión por algún *Feld-Kommandant* local? La importancia del septingentésimo aniversario exige que corramos ese riesgo. ¡Lo más difícil es encontrar combustible, pero me encargo de eso!

En la noche del 15 al 16 de Marzo, dos automóviles con las luces apagadas tomaron la carretera con dirección a Montsegur.



Aurochs-Platz. Mediodía. Cielo azul. Nieve azul. Flores nuevas en las fronteras de la nieve, que se retira a ojos vistas hacia las alturas. El torrente del Basqui retoma el motivo del Graal y apoya el coro de caballeros... "Alegría para los que saben amar y creer"... A través del estrépito de los metales, de la invocación esotérica de las flautas, de los arpegios místicos de las arpas, nace un canto nuevo de la orquesta reconstituida por el torrente que bate en la roca y gira en las cavernas de los márgenes. Sube por detrás del desfiladero de La Peyre, pasa el

desfiladero, cae del cielo, trueno en el circo forestal... Un avión blanco sobrevuela el valle a baja altura.

-¡Ahí viene nuestro visitante!, anuncia el Obersturmführer Klingsor. Y se vuelve a las tiendas del personal alemán:

-¡Achtung! ¡Achtung!

En la víspera, había preguntado a Barbaïra si los milicianos querían presentar armas al enviado del Gran Reich.

-¿Qué milicianos?, se preguntó Barbaïra. Sólo veo hombres de armas del señor Ramón de Péreilhe a la búsqueda de un objeto perdido hace días por los Perfectos de Montsegur... ¡Estamos en 1244, en una época en que el Gran Reich y Francia no existían como grandes naciones!

El Obersturmführer consideró que todo estaba dicho. Decidieron de común acuerdo que los alemanes presentarían armas y que los guardas francos desaparecerían para establecer un anillo de seguridad alrededor del campo. El avión sobrevolaba ahora el circo sobre el eje de la pequeña pista que había sido preparada y balizada días antes.

-¡Es un *Fieseler-Storch*!, anunció el Obersturmführer.

Se percibían nítidamente las siluetas del piloto y del pasajero, pero el aparato no perdía altitud y el motor mantenía la velocidad de crucero.

-¡Qué extraño!, advirtió Klingsor... ¿Entonces no ven los paneles de señalización? ¡Steiner! ¡Lanza bengalas de humo!

Pero el piloto pareció ignorar las columnas de humo, el avión continuó en la misma trayectoria, giró noventa grados hacia el norte sobre la vertical de las gargantas de La Frau y desapareció.



El avión se introdujo en el valle de Lasset. Al completar el viraje, casi rozó la muralla donde se abría la gruta ocupada por el nuevo *maquis* de Montsegur. Sorpresa total entre los guerrilleros. Cerca de veinte hombres están dispersos en el pastizal inclinado. Unos duermen, otros limpian las armas.

-¡Cuidado!, grita el comandante Alberto Gutierrez.

-¡Esconderos! ¡Es un avión boche!, aúlla Estève Caberol.

Algunos *maquisards* bruscamente despertados se tiran rodando por el declive. Otros, se precipitan en el interior de la gruta en busca de armas. Otros incluso escupen en dirección del aparato y profieren escabrosos insultos aprendidos en los barrios calientes de Barcelona.

-¡Atención!, grita Robuffay... Va a virar... Se prepara para hacer otra pasada... ¡Esta vez va a ametrallar, es cierto y sabido! ¡Esconderos!

Impasible como de costumbre, los ojos de inquisidor casi apagados tras el diafragma de los párpados que elevan la acuidad al máximo. Marius Chabrol sigue atentamente las maniobras del avión, se vuelve a los camaradas y dice:

-¡Pandilla de idiotas! ¿No ven que es un *Fieseler*, un taxi de reconocimiento, y que no lleva armas? ¡Si ahora tenéis miedo de moscas, lo menos que puedo hacer es alistarme en la Milicia!

Los *maquisards* caen en la cuenta. El Madriles detiene a la entrada de la gruta a un hombre que empuña un fusil ametrallador para apuntar al avión enemigo y grita:

-¡Coño! ¿Quieres llamar a la Gestapo?

Marius Chabrol aprueba.

-¡Es claro! ¡Quien dice avión de reconocimiento, dice avión de información! Tras la información viene el barullo... ¡Tras el barullo, es la fosa común o la Gestapo! La única probabilidad que tenemos es que el observador nos tome por leñadores durante una pausa de trabajo... ¡y ese imbécil iba a delatarse!... ¡Es increíble!

Sobre el maquis pesa ahora una gran inquietud.



Tras describir un arco hacia el oeste, el aparato vuela ahora hacia Montsegur. El ingeniero H... y los amigos están en la fortaleza desde la madrugada. Asistirán al nacer del sol y rezaran tiritando de frío por el descanso de los doscientos Perfectos cátaros, caballeros y hombres de armas quemados en los campos próximos del desfiladero de Seguelà el 16 de Marzo de 1244; exactamente siete siglos antes. A la manera de misa fúnebre, el profesor Sarlat leyó en voz alta pasajes de las

declaraciones recogidas por los inquisidores y algunos extractos de la legación Doat. Después, subieron a la parte superior de la muralla oriental para contemplar el paisaje entregado a la gran batalla de las flores contra la nieve. Cerca del mediodía, comenzaron a sacar provisiones de las bolsas para el almuerzo, cuando de repente...

-¡Un avión!, grita el ingeniero H...

-¿Aleman o francés?, pregunta el profesor Sarlat.

-¡Qué ingenuidad!, clama Mandemant... Como si hoy pudiese haber aviones franceses volando por aquí! ¿Continúa creyendo en lo que dicen Nungesser y Coli?

Pone las manos en forma de visera sobre los ojos y grita:

-¡Diantre! ¡Es por causa nuestra! ¡Todos para abajo!

Descienden la muralla tan deprisa como la escalera semi-derruida lo permite. Entre dos saltos, el periodista de *La Dépêche de Toulouse* murmura:

-¡Fue aquel general que mandó aquí los mastines! ¡Desconfiaba de que vendríamos de cualquier manera... A menos que... realmente no me parece que vaya a bombardear!

El avión pasa ahora en la vertical de la fortaleza. A pesar de identificarlo como aparato de reconocimiento, los siete hombres curvan las espaldas y esperan el minuto anunciado por los sabios de las épocas druidas: ¡del cielo les cae encima de la cabeza! Nada sucede, sin embargo. El *Fieseler* vuela a una altitud que no le permite localizar presencias humanas y no tiene bombas a bordo. Se aleja en dirección al este. Los peregrinos de Montsegur levantan la cabeza.

-¡Atención!, anuncia el ingeniero H... ¡Va a virar... Viene sobre nosotros... Deben habernos visto!

De repente comienza a salir un chorro de humo del aparato.

-¡Está ardiendo!, grita Capeyron... ¡Fue alcanzado! ¡El *maquis* debe haberlo alcanzado!

Mandemant suelta una carcajada.

-¡Nada de eso, señor Capeyron, sólo accionó un generador de humo! ¡Como los aviones de las empresas de publicidad! ¿Nunca vio eso?... ¿Esos aviones que escriben en el cielo el nombre de Machin-Chose?

E después:

-¡A pesar de todo es muy extraño! ¡Me gustaría saber para que marca de chucrut trabaja este!

El aparato acaba de iniciar un viraje de gran radio alrededor de Montsegur con la fortaleza como centro. Después de cerrar el anillo de humo más o menos a mil metros de altura sobre el *pog*, corta la emisión y pica para el norte, punto blanco casi invisible en el azul profundo del cielo primaveral. Después, deja de nuevo un rastro de humo tras de sí, vuelve a descender según el eje norte-sur y detiene la emisión justo cuando corta el círculo. Repite la maniobra de oeste hacia el este largando un segundo trazo que corta el anterior en un ángulo de noventa grados.

-¡Eh!... ¡es una cruz céltica!, murmura estupefacto el ingeniero H...

El avión se disuelve en el sol. El ruido del motor expira en ondas sucesivas en dirección a Toulouse. En el cielo sólo queda la cruz de dimensiones cósmicas de la que el viento se apodera para apagarla.

-¡Es realmente una cruz céltica!, confirma Mademant. No hay duda en cuanto a la intención y la ejecución. ¡No podía haber mejor ejemplo!

-¡Es una manera como cualquier otra de dar sentido al humo de las hogueras de Montsegur en este día de aniversario!, murmura el ingeniero con una emoción que su voluntad de ser objetivo no llega a disfrazar.

Y tira el sombrero. Mandemant tira la gorra. El profesor tira la boina. Es 16 de Marzo de 1944.<sup>1</sup>



---

<sup>1</sup> M.H... - alto funcionario del departamento de Ariège y personalidad unánimemente respetada – así como otros testimonios sobrevivientes, son formales: el avión diseñó claramente una cruz céltica en el cielo de Montsegur. En el seguimiento de nuestras investigaciones podemos precisar lo siguiente: era realmente Alfred Rosenberg, organizador de las investigaciones graalicas, que el 16 de Marzo de 1944 se encontraba como pasajero a bordo del *Fieseler-Storch*. El bombardeo de la RAF ese día sobre las fábricas de nitrógeno de Toulouse impidió que el avión del ministro venido de Alemania pudiese aterrizar. Así que dio media vuelta y siguió hacia la zona de Montsegur. El *Fieseler-Storch* despegó de una pista improvisada con otro pasajero del cual no sabemos nada.

Al final de la tarde, el Obersturmführer Klingsor manda llamar a Barbaïra y le dice:

-Voy a mandar a Toulouse a mi oficial asistente para saber lo que sucede. ¿Alguien puede llevarlo?

-Jordi Couquet está disponible. Es el conductor más experimentado del equipo.

-Tiene que partir cuanto antes. Estoy inquieto... Un *Fieseler* que llega a la hora prevista con un pasajero y no aterriza... ¡Me huele a chamusquina! ¡Se trata de una personalidad importante, extremadamente importante!...

Barbaïra regresa al campamento de milicianos.

-¿Tenemos que ir ya?, objeta Jordi Couquet... ¡De acuerdo, pero estoy obligado a atravesar la garganta de La Frau en pleno día! ¡La idea no me agrada, pero en fin... el servicio es el servicio!

El Untersturmführer entra en el "tracción" *Citroën* y parten. Barbaïra sigue con los ojos el vehículo que rueda y se mece en la pista escoriada por la fusión de las nieves.

Nieve rosa. Nieve azul. Nieve negra. La noche se cierra sobre la cabalgata de los aurochs. Klingsor se retira a la tienda y relee textos de los filósofos griegos. Barbaïra lee en la suya *Le Comunisme et les Chrétiens* de Daniel-Rops.

Noche tranquila. Aurochs-Platz despierta en medio de una densa niebla. Aumentados y deformados por el efecto prismático del sol a través de los vapores, los hombres de servicio comienzan a moverse extrapolados en fantasmas antiguos de siete siglos.

-¿A qué hora quedó Steiner?, pregunta el conde de Miramont.

-PrometiÓ llegar al final de la tarde. Estoy impaciente por recibir noticias del caso. La radio habla de un bombardeo en Toulouse. Tenemos que esperar, pero Steiner debe llegar antes del anochecer. ¡Es un reloj!

El día pasa normalmente. Las investigaciones en altitud prosiguen tranquilas. La patrulla del desfiladero de La Peyre llega y anuncia: "Nada que señalar". La de las gargantas de La Frau aparece al anochecer... ¡Nada que señalar! Pero Steiner no regresa. A media noche aún no ha llegado y a las tres de la madrugada no daba señales de vida. Hace mucho que Klingsor

había cerrado su Platón y Barbaïra su Daniel-Rops. Están en la tienda de campaña antes del nacer del sol.

-¡Estoy inquieto por causa de Steiner!, dice el Obersturmführer.

-¡Estoy inquieto por causa de Couquet!, dice el conde de Miramont.

Pasan revista a todas las eventualidades.

-¡Problemas con el coche, tal vez! Supone el alemán.

-¡O perdieron tiempo por culpa de vuestra pavorosa administración!, sugiere el francés.

Klingsor intenta sonreír pero no lo consigue.

-¿Y si cayeron en una emboscada del *maquis*?, dice lentamente.

Barbaïra se estremece.

-¡Demonios! Jordi estaba ciertamente bastante inquieto. Atravesar las gargantas de La Frau de día con el maquis a dos o tres horas de marcha... es tentar al diablo, ¿no?

No hablaron más. ¡En breve sabrán! La expedición que montan al nacer el día va a confirmar sus presentimientos. El *Peugeot* de intervención rueda seguido de dos *Wolkswagen* armados. Barbaïra y Klingsor no descubren nada de especial hasta la entrada del valle de Basqui, punto regularmente visitado por las patrullas, pero, un kilómetro adelante, descubren la "tracción" tumbada e incendiada. La carrocería ennegrecida y enrojecida no presenta señales de balas.

-¡Alcanzaron los neumáticos y los obligaron a parar!, sugiere Raymond Ferrocas. No hay sangre en los asientos ni marcas de lucha en los alrededores.

-¡Los terroristas los llevaron!, dice Peyrat.

El rostro de Barbaïra está lívido. El del Obersturmführer también.

-¡Pueden haberse escapado y escondido en la montaña o en la casa de algún aldeano de Comus!, arriesga el conde de Miramont.

-¡Improbable!, replica Klingsor. Están en manos del maquis.

-¡Vamos a Comus!

-Imposible, no estoy autorizado... No puedo tener contacto con los habitantes locales.

-¡Entonces, buscamos en las gargantas!

Hasta el medio día exploran las gargantas con las armas en la mano, pero sin convicción... No descubren un solo vestigio... Un objeto perdido o dejado como pista... Apenas el vacío de los precipicios estigmatizados por la erosión, los abetos agitados por el viento de las altitudes superiores, o el vuelo lento y los gritos melancólicos de las urracas en la estrecha franja del cielo visible...

No se demoran inútilmente en ese lugar siniestro donde unos cuantos *maquisards* decididos podían liquidar la expedición de socorro sin darla tiempo de esbozar un gesto de defensa. Pero... hace veinticuatro horas que los *maquisards* se habían puesto en camino con los prisioneros.



La vida recomienza en Aurochs-Platz pero en tono de velada fúnebre. Nadie come, nadie retoma la exploración de las grutas. Los científicos alemanes muestran rostros de mármol. Los milicianos fruncen el ceño de cólera. Klingsor dice a Barbaïra:

-¡Soy responsable por la desaparición de Steiner! Nunca podré justificarme delante de mis jefes.

-Y yo delante de los más nuevos, por lo menos en lo que respecta a lo que deben a Jordi Couquet...¡No debía haberlo dejado salir antes del anoecer!

-No se pide disculpas en las SS, Barbaïra, de otro modo, tendría que disculparme ante ella por ordenar una partida tan prematura!

-¡De nada serviría!

El tiempo pasa. En un momento dado, Klingsor pregunta:

-¿Cree que los van a matar?

-Todo depende del *maquis* en que cayeran. Tratándose del ejército secreto, nada habrá que recelar, pero si tuvieron la desgracia de caer en manos de los guerrilleros españoles...

La noche llega. Atormentado de remordimientos y angustia, Klingsor busca a Barbaïra y le dice:

-¡La desaparición de Steiner va a dar barullo en Berlín!

-En contrapartida, la de Jordi no va a dar mucho en Lavelanet. No pasaba de un muchacho... ¡Un operario no cuenta gran cosa en la conciencia de Francia, Klingsor! ¡E después... después de todo... no era más que un estúpido miliciano! ¡Y todo arreglado! ¿Quién va a saber que era la fábrica del patrón que él defendía en la Milicia? Para mi era muy diferente. Jordi Couquet... Un tipo maravilloso, con un corazón de este tamaño...

Barbaïra arqueó los brazos para abrazar un espacio donde cabía toda la montaña, las nieves, los bosques, y los picos lanzados a la conquista del cielo. Enjugó discretamente una lágrima que asomaba en los párpados, cerró los puños y se irguió muy derecho.

-¡Habló de Jordi en pasado, pero en el fondo es una idiotez! Nada prueba que esté muerto. Voy a poner las dos *Dizaines* en pie de guerra y mañana mismo ataco el *maquis* de Montsegur.

Tenía los ojos brillando. Los labios temblaban. Los músculos crecían en las mangas de la túnica azul. Una alegría salvaje barría ahora los instantes de pesimismo que había vivido. Se puso de pie y se apresuraba a salir de la tienda para dar órdenes cuando...

-¡Prohíbo tomar cualquier iniciativa de ese género!, ordenó Klingsor con voz gélida.

-¿Y con qué derecho, se hace el favor?

-¡Se adhirió a mi programa bajo juramento, Barbaïra! En el interés superior de esta misión, ¿no es cierto que se acordó ignorar a los *maquis* a no ser en caso de ataque?

-¡Pero si acabamos de ser atacados!...

-Si y no... No fuimos atacados directamente ni de manera que las investigaciones puedan sufrir por eso. Couquet y Steiner no eran indispensables... ¡Encontraremos fácilmente un ayudante y un motorista!

-Es cierto..., admitió Barbaïra bajando la cabeza.

Quedaron en silencio durante mucho tiempo. Finalmente, el Obersturmführer se levantó y dijo:

-¡Venga, mi querido loco y puro!... Vamos a oír el consejo de nuestra torrente mágica!

Atravesaron lentamente el prado ahora más rico en flores que una antigua tapicería de Ispahán. Pararon en el margen. Klingsor abrazó el cuello del conde de Miramont, lo obligó a inclinarse en el torrente bullicioso y apurar el oído...

-¡Oiga!... ¡Oiga lo que dicen las potencias del Graal!... "La fuente santa de la fuerza al peregrino... Una obra augusta se prepara para él... Va a cumplir la santa misión... Todo en él se purificó de las escorias del largo camino... Por nosotros, que sea aquí lavado..."

-¿Lavado de qué?, preguntó Barbaïra... ¿De la sangre de Jordi que no pude salvar?

-¡No, lavado de las debilidades humanas, camarada conde de Miramont!

Quedaron inmóviles durante mucho tiempo a la espera que el torrente llegase al final de *Parsifal* y desaguase en una única nota, interminablemente tejida en la pureza inmaculada de la nieve...



Decidido a dar la vida para defender el secreto del Graal y sabiendo que un hombre habla siempre bajo el efecto de ciertas torturas, el Untersturmführer Steiner se avino a las reglas de la Orden. Mientras los guerrilleros lo arrastraban a través del peligroso itinerario que podía haberle permitido escapar por la parte superior de las gargantas, tomó una decisión irresistible al llegar a la cima del precipicio y arrastró consigo al hombre que lo vigilaba para prevenir alguna tentativa de evasión. Los dos cuerpos se aplastaron cincuenta metros más abajo.

Jordi Couquet y el escolta que lo vigilaba caminaron toda la noche. El destino se pronunció contra él en el conciliábulo que oponía al jefe de la columna con su adjunto. Uno, quería ir a la gruta, el otro, para la quinta que servía de albergue de juventud antes de la guerra. La opinión del adjunto prevaleció.

Couquet pasó pues a menos de quinientos metros de la gruta donde se abrigaban los antiguos camaradas *ajistes*, que podrían y habrían ciertamente ayudado si supiesen de su situación desesperada. Pero los *ajistes* no sabían unos de otros, a no ser

unos que estaban en la Milicia y otros en el *maquis*, cada cual luchando a su manera por la independencia del Languedoc.

Los guerrilleros contornearon Montsegur, flanquearon el desfiladero de Seguelà, atravesaron Montferrier que dormía, pasaron Roquefixade a través de un laberinto complicado de veredas y llegaron al albergue de juventud. Caminantes infatigables, los españoles avanzaban sin esfuerzo aparente. Abatido por el infeliz acontecimiento, disminuido por la conciencia que tenía de la situación, Couquet retardaba la marcha. Cada vez que mostraba señales de flaqueza, los guerrilleros le insuflaban nuevas energías a fuerza de culatazos.

La mañana despuntaba cuando llegaron al refugio del *maquis*. Jordi Couquet reconoció las proximidades. El camino de acceso que subía a lo largo de un arroyo vivo que saltaba sobre los peñascos pulidos bordados de musgo, el bosque de carvallos y hayas que cedían el paso a los abetos negros a medida que la altitud aumentaba. Más arriba, el prado tierno, azulado y cubierto de juncos, los baldíos que no tardarían en soplar perfumes salvajes con la llegada de los primeros calores. Mas encima, las mesas de piedra vestidas de rododendros. Las aves saludaban el nacer del día. Un gran desaliento ocupaba el vacío que desde su captura se acentuaba cada vez más.

Fue introducido en la gran sala a golpes de culata. El hombre que lo custodiaba se separó y fue a juntarse a otros *maquisards* sentados alrededor del fuego. Jordi reconoció la mesa de dimensiones insólitas ahora cubierta de grasa... Los letreros del movimientos *ajiste*, sucios y rotos... El llamamiento a las armas de la F.A.I. en apoyo de la Republica española... los llamamientos de Jean Giono sobrevivientes, cuya lucidez el nuevo contexto subrayaba... "Después de la guerra, sólo vive el que no hizo la guerra"...

Los guerrilleros comen, beben y discuten en español y catalán. Gritos que estallan o se extinguen como tiros aislados o encadenados. Risas obscenas. Gemidos de un herido echado en un banco en un rincón sombrío. Un fuerte olor de vino tinto domina el tufo a ajo y cebolla.

Movido por el instinto de conservación, Jordi Couquet estudia las posibilidades de fuga que le quedan. Oye nítidamente

el paso de los centinelas apostados fuera. Otros dos, guardan la puerta en el interior. Los *maquisards* fuera de servicio mantienen al alcance de la mano las armas cargadas. Todos están dotados de cuchillos lanzadores y puñales de Toledo cuyas láminas lanzan destellos azules en el día naciente.

Jordi Couquet intenta pensar en otra cosa que no se la fuga imposible. Entretanto, los guerrilleros parecen desinteresarse de él. Durante mucho tiempo se sienta en el suelo junto a un rincón y se apoya en la pared para aliviar la espalda y los riñones de los dolores de los culatazos.

Por fin, aparece un español venido de la antigua oficina de Estève Caberol en el cual Jordi reconoce a Pablo las Heras.

-¡Ven aquí!, dice él.

Pablo las Heras hablaba ahora un poco más de francés y conoció la prosperidad desde que pasó a contarse entre los amantes de la antigua *mère aubergiste*. Empujó a Couquet hacia el taller, le cerró la puerta en la espalda y se retiró.

Judith estaba cerca de la cama que ocupaba un espacio importante de la estancia transformada en cuarto de dormir. Posó en el muchacho una mirada fría, siempre graznando el canto de guerra:

*Boches morts. Boches morts.  
Ne reste plus sur la beige  
Que moisson de casques gris.  
Casques gris. Casques gris...*

Y dijo al terminar:

-Colaboraste con los boches, granuja. Vas a pagar el precio de la sangre.

Llamó a Pablo las Heras.

-¡Ven aquí, mi conejo...*ven, mi conejo...* vamos a ocuparnos de ti!... dijo el español.

Le obligó a quitarse toda la ropa, lo hizo sentarse en la extremidad de un banco y tomó lugar en una silla frente a él mientras el guerrillero Águila y otro hombre cuyos ojos justificaban el nombre de guerra –El Loco– lo encuadraban apoyados indolentemente en el tablero de la mesa.

-*Ahora...* dice Pablo las Heras... ahora, conejito...

Con el peso de la alegría que contaba extraer del interrogatorio, olvidaba el poco francés que sabía. Águila que lo hablaba bien, se adelantó.

-¡Bueno... Ahora vas a decir que andas haciendo en la Milicia fascista, imbécil!

-Estoy a las órdenes de mi patrón.

Águila soltó una carcajada y gritó:

-¡*Muy bien!*... ¿Al servicio de los capitalistas?... ¿No tienes entonces conciencia de clase?

-¿*A qué trabajo se dedica el conejito?* ¿*Con los milicos*<sup>1</sup> *en la quebrada del Basqui?*, preguntó las Heras.

Águila tradujo sonriendo.

-¿Qué andas haciendo con los milicianos en el valle de Basqui?

-Conduzco carros.

-¿Y los demás?

-No sé.

-¡*Muy bien!*

Las Heras miró a El Loco y le hizo una señal convenida. Jordi Couquet recibió un formidable par de bofetadas que le dejaron los oídos zumbando y la base del cuello como partida. Le dieron un tiempo para recomponerse y después:

-¿Entonces? ¿Por qué todos esos milicianos en un lugar donde no hay nada que hacer? ¿Es contra nosotros?

-No.

-¿Entonces?

-No lo sé.

-*Conejito*, fuiste advertido... No tenemos tiempo para perder contigo. ¡O hablas, o estás apañado!

-No sé.

De nuevo la señal convenida. El Loco abrió un saco, extrajo un alicate universal, agarró la mano del prisionero y con una destreza espantosa le arrancó una uña... Jordi Couquet soltó un rugido y se encogió sobre la mano herida.

---

<sup>1</sup> milicianos.

-Está portándote mal, *conejito*, dijo Águila... ¡Habla antes que el compañero se ocupe de tu mano izquierda como hizo con la derecha!... ¿Entonces?

-No sé.

El Loco le arrancó dos uñas, una cada vez, y Jordi Couquet se desmayó. Lo reanimaron a grandes golpes de bayetas mojadas. Los guerrilleros a su alrededor parecían desinteresados del interrogatorio. Unos, verificaban las armas. Otros, comían deprisa. Uno de ellos, trataba los pies heridos. Otro, desnudo de piernas, remendaba los pantalones. Un zarrapastroso grande y delgado acariciaba una marmota domesticada. Del exterior llegaba el ruido de los pasos de los centinelas. A medida que el calor aumentaba, se acentuaba el olor fuerte a gasolina. Provenía del antiguo aposento de los *ajistes*, donde tenían almacenada varias decenas de bidones "requisados" durante expediciones pasadas. La vecindad de los vapores y del fuego de leña creaba una atmósfera volcánica de naturaleza despertando el humor a la vez aventurero y nihilista de los *maquisards* españoles y catalanes, anarquistas en su mayor parte.

-¿Entonces, no sabes?, preguntó Águila.

-Si, murmuró Couquet reprimiendo los sollozos, se busca el Graal.

-¿Qué cosa?

-El Graal.

Los tres *maquisards* se miraron con profunda sorpresa unos a otros. Era evidente que nunca habían oído hablar del Graal. El Loco arrancó la última uña de la mano derecha para obligar al prisionero a confesar... ¿El Graal no era el nombre del código de un arma secreta guardada por la Milicia en las grutas de la montaña?

Couquet gemía y comprimía la mano ensangrentada.

-No... no.. no es... pienso que es... una taza... una cosa preciosa donde está la sangre de Cristo...

Pablo las Heras sonrió burlonamente y gritó:

-¡Hombre! ¿Son cosas de curas? ¡Ah, ah! ¡Te van a dar un paseo!

Águila confirmó:

-¡Estás bien apanado, *conejo*, si vienes aquí para hablar de asuntos de padres! ¿Sabes que asamos algunos abajo, tras los montes? ¡Estando al servicio de los capitalistas y de los padres, estás acabado! ¡Nada puedo hacer por ti. El jefe no perdona esas cosas!

Lo tumbaron encima de la mesa después de barrerla con las palmas de las manos los platos sucios que la cubrían. Águila se inclinó para el hombre de cuerpo desnudo, que temblaba con un acceso brusco de fiebre.

-¡Ahora, *conejito*... vas a escupir todo sobre tus compañeros, el armamento... los planes... todo lo que sabes!

-No sé nada, gimió Couquet.

-¡*Muy bien!*

Empuñaron las navajas, hicieron saltar las hojas automáticas con un estallido seco e comenzaron a espetarlas despacio a lo largo de las piernas, de los brazos, del rostro, en cualquier parte donde el acero podía hundirse sin comprometer la vida de inmediato. En pocos minutos el cuerpo quedó rojo de sangre. Couquet contó todo lo que sabía, que no era gran cosa. Águila hacía las preguntas, Pablo las Heras escribía en una hoja de papel resistente las respuestas murmuradas. El olor de sangre fresca y de las heces se mezclaba con el olor de la gasolina, del vino tinto, del ajo y de la cebolla que los guerrilleros masticaban con un trozo de pan duro. En un momento dado, llamaron del antiguo taller de alfarería:

-¡Pablo!

Pablo las Heras abandonó el trabajo y fue a encontrarse con la antigua *mère aubergiste*.

-¡No sangra lo suficiente!, dice Judith.

Y a continuación en tono extático:

-Es preciso que sangre mucho... mucho...

Pablo las Heras volvió a entrar en la sala y cerró la puerta tras la que Judith se mantenía vigilante, con el ojo pegado en la hendidura abierta entre las tablas descoyuntadas.

Jordi Couquet dejó de gemir. Se había desmayado y las lágrimas secaban lentamente en la cara.

Entonces, le abrieron las venas del cuello y las muñecas y la sangre brotó a borbotones hasta cubrir la larga mesa con una

suntuosa toalla roja. Sin recobrar el sentido murió a las nueve de la mañana. Mientras esperaban al final del día, que les permitiera transportar el cadáver a la montaña y tirarlo al pozo que recibía habitualmente los cuerpos de las víctimas, dos *maquisards* lo levantaron por las piernas y axilas y lo llevaron para el establo antiguo de los muebles que un *ajiste* romántico había legado otrora a Estève Caberol y que yacían ahora partidos por los furores de los sucesivos ocupantes. Metieron a Jordi Couquet debajo del panel que evocaba las intenciones de donante: "¡Hermano desconocido que pasas por este albergue, te dejo todo o que constituía la alegría de mi hogar. Te ofrezco estos libros, compañeros de mi soledad, para alimentar tus sueños... Come en mi mesa, tumbate en mi cama, parte en viajes largos. Como burgués amigo de mitos, podía poner fundas cubriendo mis sofás. Las cosas buenas y bellas fueron hechas para alegría de todos. Usa lo que me pertenece, yo te retribuyo con amistad, pero hazlo con circunspección, otras personas pasarán después de ti!

André des Cévennes".



En la primera quincena de abril, el *maquis* de Montsegur desenvuelve una gran actividad. Los guerrilleros multiplican emboscadas y destrucciones en las Corbières y en los alrededores de Pamiers. Operan en pequeños grupos y se lanzan en golpes seguros tras minuciosos trabajos de información. En lugar de atacar por la fuerza el campamento de los milicianos en el valle de Basqui, prueban sus defensas exteriores a través de golpes de mano e intentan paralizar el aprovisionamiento para obligarlos a abandonar el lugar.

Es así que en la madrugada del domingo siguiente a la muerte de Jordi Couquet la patrulla conducida por Guyot Peyrat encargada de vigilar las proximidades del desfiladero de La Peyre sufre el fuego de un enemigo invisible escondido en el borde del bosque de Embeyre. Un miliciano cae y Peyrat es alcanzado en el brazo por una bala de pistola-ametralladora. Sorpresa total. El episodio dura diez segundos, terminados los

cuales las aves vuelven a cantar. La nieve rosa del amanecer pasa a azul. No hay vestigios de los *maquisards*. Habían regresado a la mina de talco que los abrigó durante la noche gracias a la complicidad de una parte del personal minero.

-¿Considera esto un ataque o una visita de cortesía?, pregunta Barbaïra a Klingsor inclinado delante del cuerpo de Fabrège acabado de descender de la montaña.

-¡Un ataque!, admite el alemán.

-¡Qué nos desliga de compromisos!

Los dos hombres se alejan mientras los milicianos colocan el cuerpo en una caja.

-Mi querido Barbaïra, no puede atacar el *maquis* de Montsegur por una razón muy simple...La fuerza principal establecida en al gruta de La Frau implica poner en acción a nuestros cazadores de montaña y no una pequeña tropa de milicianos cuya experiencia militar –lamento decirle- es insignificante. ¡Los informes de la S.D. hablan ahora de un *maquis* "muy peligroso" comparable a las tropas de *partisanos*<sup>1</sup> soviéticos! ¡No quiero que se suicide con los muchachos! ¡Tenga paciencia y espere que el ejército alemán se ocupe de esos vecinos nuestros, lo que no ha de tardar mucho!

Roger Barbaïra cede una vez más y refuerza el dispositivo de seguridad. En vez de enviar un vehículo tres veces por semana para transportar provisiones, moviliza dos, entre las cuales un *Peugeot* fuertemente armado, y hace sólo un viaje. No se sale sólo a la noche y en días fijos, sino de día y de noche, no importa en que día de la semana...

Al día siguiente de la emboscada que acaba de costar la vida a Fabrège, lanza la caravana en dirección a Quillan en pleno día. Se trata de atravesar por sorpresa las gargantas de La Frau teniendo en cuenta la presencia casi obligatoria del enemigo decidido a bloquear las dos salidas del valle.

Nada sucede en la parte plana de la pista. La "tracción" *Citroën* sobreviviente llega a la cima de la rampa escarpada que desciende hasta a la carretera y el *Peugeot* la sigue cincuenta

---

<sup>1</sup> Terroristas y saboteadores que operaban en la retaguardia de los ejércitos alemanes (N.T. portugués)

metros atrás. De repente, una ráfaga hace saltar al silencio en pedazos. Emboscados en los matorrales que cubren las primeras laderas de los dos lados de la pista, los *maquisards* apuntan el coche delantero pero no le alcanzan... Rechinar de neumáticos. Batir de puertas... Los tres milicianos que lo ocupan saltan de la urna de chapa, que esta vez, no desempeñó su función... Barbaïra llega como un huracán en el *Peugeot* equipado con una ametralladora alemana que ya engulle cintas de cartuchos dorados y piensa: "El *maquis* esperaba una patrulla y no una caravana... Su dispositivo no funciona contra los vehículos armados... Esta vez tenemos una oportunidad".

-¡Subid! ¡Subid!, grita Barbaïra...¡Coger a los tipos de arriba!

Los milicianos escalan los taludes quedando casi sin aliento y vacían los cargadores de las armas sobre todo lo que se mueve o parece moverse... La ametralladora tira sobre las cabezas y corta ramas de los árboles. Al gusto de la resina que parece purificar el espacio en la radiante mañana de primavera, se junta ahora el olor de la pólvora. El poder de fuego llena de truenos las gargantas de La Frau. Estrépito demencial de gran batalla, en desproporción con los efectivos presentes, pero nadie cae, ni del lado de la Milicia, ni del lado del *maquis*. Las siluetas de los guerrilleros aparecen y desaparecen entre los montículos de boj, y a medida que van ganando en altura, entre los troncos de los primeros árboles del bosque.

-¡Más arriba!... ¡Más para arriba!, grita Barbaïra... ¡si los dejáis trepar, nada conseguiremos!

Ferrocas ve correr a su lado con el enorme Colt que la Milicia le había proporcionado y gritando también:

-¡Rápido!... ¡Rápido!... ¡Cercad a esos necios!

Sorprendidos por la reacción de una caravana que no esperaban y por la potencia de fuego de los milicianos, los hombres del *maquis* se zafan como pueden, cada cual trepando también casi ya sin aliento. Han que entrar al abrigo del gran bosque antes de ser alcanzados, sino... Poco numerosos y, por lo que parece, menos bien armados que sus adversarios, no tienen la vivacidad habitual de los guerrilleros españoles.

-¡Vamos a atraparlos!, grita Barbaïra.

Pero ya los primeros *maquisards* se sumergen en la sombra de la catedral de las altas hayas. Barbaïra y Ferrocas trepan con el ímpetu de los animales insaciables y se encuentran de repente a diez metros de dos hombres que los milicianos más avanzados repelen al paso de su camino. Ferrocas se detiene, posa el *Colt* de grueso calibre sobre el antebrazo doblado, apunta lentamente para calmar los latidos desordenados del corazón y dispara... Barbaïra ve la silueta proyectarse varios metros hacia atrás bajo la fuerza del impacto y los brazos batir el aire como las aspas de un molino de viento.

-¡Lo cogiste!, grita entusiasmado... ¡El otro! ¡No dejéis escapar a ese puercó! ¡Cogerlo vivo!

Los milicianos que lo cercan en breve le caen encima. Lo cubren con una lluvia de puñetazos y lo lanzan al suelo. El fuego cesa de repente. El grueso de los *maquisards* desaparece en el bosque. Un silencio insoportable cubre los oídos de los milicianos ahora dueños del terreno, sin bajas, con el cuerpo de un enemigo muerto y un prisionero.

-¡Metedlo en el coche!, ordena Barbaïra.

Los hombres ensordecidos por el traquetear de las armas automáticas y por sus propios gritos sólo oyen golpes de ariete en las sienas. El perfume bienaventurado de los abetos y bojs apaga lentamente el olor a pólvora... En grados sucesivos, el mundo de los sonidos se va tornando perceptible... Primero, las aves... Después, los grillos anunciando un día caliente... Finalmente, la voz del jefe de *Centaine*:

-¡Metedlo en el coche!

Levantan al hombre a base de puntapiés en la espalda y las tibias. Todavía parece estar sin aliento, la cabeza descubierta, la ropa harapienta y las manos vacías. Debe haber perdido la pistola-ametralladora durante la carrera hacia el refugio que el destino le denegó. Es fuerte, ancho de espaldas y increíblemente barbudo. Barbaïra lo mira con curiosidad, como un ser que hubiese acabado de descender del cielo para participar en el festival de auroques, después resalta los ojos y suelta un grito:

-¡Mierda! ¡Es Robuffay!

El eco le responde:

-¡Mierda! ¡Barbaïra!

Atónito, el jefe de la *Centaine* deja caer la pistola-ametralladora. Se inclina para recogerla, la agarra por el cañón, se quema y vuelve a gritar "¡Mierda!". Después, se encara al prisionero y dice con voz sepulcral:

-¡Todo esto por causa de un juego idiota, en verdad un juego de idiotas!

Un sentimiento de desánimo apaga en él los restos del furor del combate. Aprieta los puños hasta clavarse las uñas en la carne y traerle un dolor calmante. Piensa intensamente durante algunos segundos y traza un plan que parece adecuado a la situación. Dice a Ferrocas que está cerca de él con el revólver en la mano:

-¡Quiero regular personalmente la suerte de este prisionero. Supongo que lo reconociste!

-¡Reconocí, sí!, confirma Ferrocas con voz sombría.

-No hago nada sin tener tu opinión y la opinión de Peyrat.

Después, volviéndose a los milicianos:

-Dos hombres en la ametralladora... Dos hombres de guardia en posición dominante... Los otros, baten el terreno. Hay armamento a recuperar, tal vez algún terrorista escondido, herido o muerto. Llegada a Aurochs-Platz al mediodía. El jefe de *Dizaine* Ferrocas toma el mando y yo llevo el prisionero.

Hunde el cañón de la pistola-ametralladora en los riñones de Robuffay y lo empuja hacia el *Citroën*, alcanzado durante la refriega por varias balas. Se instala al volante con el prisionero al lado. Arranca, comienza a rodar lentamente en primera y pregunta a Robuffay:

-¿Y Jordi?

-¿Qué Jordi?, murmura Robuffay con voz hundida.

-¡Sabes muy bien, Jordi Couquet, el compañero de los AJ!

-Nunca más le vi. Supe que servía en la Milicia, como tu, Peyrat y Ferrocas, pero no volví a encontrarlo. De Chabrol, Reboul y Caberol tampoco.

-¿Ah? ¿Esos también están en el *maquis* de Montsegur? ¡Menudo panorama! Ahora bien, uno de nuestros coches cayó en una emboscada hace poco tiempo. Jordi y un alemán desaparecieron.

-Supe de eso. Un alemán que se suicidó y un *milico* muerto en el antiguo AJ.

Barbaïra inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

-No fui responsable de eso, murmuró Robuffay.

Barbaïra conducía cada vez más lentamente a medida que se aproximaba a Aurochs-Platz. El valle no quedaba siquiera a tres kilómetros de distancia y le quedaba poco tiempo para solucionar el problema que se había puesto a sí mismo.

-¡No soy responsable!, repetía Robuffay.

-¡Te creo, de otra manera, te liquidaba ya!

Guardó silencio durante unos segundos y continuó:

-Vas a hacer lo siguiente... Coges mi ametralladora –en el caso que decidas entrar en este juego, te prevengo desde ya que está vacía- me das un culatazo en la cabeza –no con mucha fuerza, naturalmente- saltas por la puerta, caigo en el talud y me desmayo... Pero antes de eso, jura sobre la cabeza de los mártires de Montsegur que en vez de volver al gruta de La Frau te vas a España en las próximas veinticuatro horas y que nadie te va a ver en la región hasta el final de la guerra... ¿Estás de acuerdo?

-¡No!, replicó Robuffay con rabia. ¡Lo que quieres es eliminarme definitivamente y robarme la chicha que amo más que tu!

-¡En ese caso, muda todo! ¡Por mi, desaparezco! La propia Auda Isarn va a decidir tu suerte!

Engranó la segunda velocidad, después la tercera y continuó a marcha normal hacia Aurochs-Platz.



Cuando Barbaïra presentó el informe al final de la tarde, el Obersturmführer comentó:

-¡Bravo, camarada! Sus milicianos reaccionaron como leones! El balance definitivo del recuento establece dos enemigos neutralizados, un muerto por bala de ametralladora y otro prisionero, cuatro pistolas-ametralladoras y varias pistolas aprehendidas. No voy a disculparme a propósito del yerro que cometí el otro día al hablar de las virtudes militares de los

milicianos- en las SS no se pide disculpa- digo sólo lo siguiente: ninguna unidad del ejército alemán se comportaría con más coraje y decisión en una acción semejante. Pero... ¿qué sucede? ¡Tras una victoria de esta importancia, no tiene un aire satisfecho!

Barbaïra posó una mirada sombría en los ojos del alemán y dijo en voz baja:

-El hombre que capturamos es uno de nuestros antiguos camaradas...

-¿Ah sí?... ¡Qué situación tan desagradable! En cualquier caso, pienso que por muy fuertes y antiguos que sean los lazos de camaradería se rompen ante ciertas actitudes. Si, como bien creo, tiene un concepto elevado de nuestra misión, nada puede ligarlo a un hombre que se alistó en una cruzada contra el Graal!

-¡Justamente!... Según toda la lógica, debía estar de mi lado, él!

-¡No entiendo!...

El conde de Miramont soltó un suspiro.

-Se llama Robuffay... En 1937, iba encabezando la exploración de la gruta de Saint-Barthélemy por cuenta de nuestro amigo Otto Rahn. ¡Alguna cosa falló y casi pierde la vida!

Klingsor tuvo un sobresalto. Preguntó lentamente:

-¿Es lo que busqué en Minerva antes de encontrarte?

-Ese mismo. ¡Uno de los dos franceses de confianza indicados por Otto Rahn!...

-¿Por qué no me dijo antes? ¡Te lo habría buscado, encontrado y convencido a seguirnos!

-No estoy tan cierto de eso, camarada Klingsor. Entre 1939 y 1943, las cartas cambiaron de manos varias veces. ¡Cuando me preguntó a quemar ropa por él, pensé que no debía decirle toda la verdad!

-Me parece justo.

Se hizo el silencio. Aurochs-Platz reencontraba su actividad normal, pero el paso atento de los milicianos atareados en torno a las tiendas, los fragmentos de canciones francesas que acrecentaban sonrisas o chistes a los ecos románticos del torrente, testimoniaban la alegría que los hombres que sacaban

adelante la prueba de fuerza sufrida y la dominaban. Barbaïra siente envidia de tanta simplicidad y decide abordar la cuestión esencial.

-¿Qué pasa si entregamos Robuffay al S.D.?

-Capturado con armas en la mano y sin uniforme de un país en estado de guerra, como establece la Convención de La Haya sobre la guerra firmada simultáneamente por Francia y por Alemania, será fusilado, sin duda.

Barbaïra suspira. Klingsor raspa con la punta de la uña una mancha de flor aplastada en la ropa. Ropa de miliciano que hace parte de su disfraz político pero que raramente viste por preferir el de camuflaje y la gorra de la cabeza de muerte de la Orden. Así, en la noche de la batalla, rinde un homenaje discreto a sus equipos de protección.

La frente contraída por las preocupaciones y la mirada sombría, Barbaïra medita. Klingsor respeta ese silencio del que adivina su sentido y pregunta por fin:

-¿Qué puedo hacer por ti, mi querido loco y puro?

El Conde de Miramont toma coraje y se decide...

-Camarada Klingsor, fuera del servicio, nunca le pedí cosa alguna.

-¡Es verdad!

-Entonces, gasto de una sola vez el crédito que pueda tener abierto... Pido que me deje disponer la suerte de Robuffay como yo entienda.

El Obersturmführer no responde inmediatamente. Con el ceño fruncido y el mirar cargado de tempestades, cae a su vez en profunda meditación... Barbaïra no retirar la mirada sobre él y piensa: ¡No va a caer en esa! Ah, pero Klingsor decídase...

-Lo que me pide, Barbaïra, es administrativamente inconcebible en tiempos de guerra.

-Sé eso, pero renuevo el pedido en nombre de nuestro amigo Otto Rahn que, si estuviese vivo, le recordaría que Robuffay arriesgó la vida en la búsqueda de las tablas de piedra grabadas...

-Es razonable, murmuró el alemán.

A su vez suelta un profundo suspiro, levanta la cabeza y, ahora con la conciencia despejada, empleando palabras en francés que parecen tener alas, dice:

-Cuando lo creas bien, deje a Robuffay evadirse. Si violo la ley de guerra alemana... y francesa, es en nombre de la ley superior de los arios, olvidando que ese sujeto intentó apuñalar a los hermanos de raza durante una acción emprendida justamente por su salvación... ¡Quiero creer que él no sabía lo que hacía! Sin embargo, y que eso quede bien entendido, ¡Barbaïra, asumes toda la responsabilidad! ¿Si alguna cosa va mal, respondes con su cabeza en un tribunal militar de Toulouse?

-¡Completamente de acuerdo! Sin embargo, esa autorización implica otra: ir a Toulouse y traer un miliciano para sustituir a nuestro motorista Jordi Couquet y, al mismo tiempo, una mujer.

Klingsor exclama:

¡Ahí tenemos a Kundry entrando en escena!

Rodea con el brazo el pescuezo del loco puro y dice:

*Les maux don't tu gémis,*

*Ces deuils éteins-les*

*Au baume qu'amour vient t'offrir... <sup>1</sup>*

-Kundry está *verboten* actualmente.

Barbaïra enrojece un poco y responde.

-No es lo que piensa. No puedo decidir absolutamente nada a propósito de Robuffay sin la opinión de ella.

-¡Tráigala, entonces, a pesar de estar en contra del reglamento! ¡Espero que ella no haga olvidar a ninguno de los de aquí el gusto de la piel de auroque!

Apretó las dos manos de Barbaïra y entró en la tienda.



---

<sup>1</sup> Los males que te afligen  
Esos lutos los extinguen  
En el bálsamo que el amor te ofrece...

Barbaïra pasó sin problemas las gargantas de La Frau. En su opinión, el *maquis* no montaría tan pronto una nueva emboscada después de la lección que acababa de recibir. Las atravesó de nuevo al día siguiente bajo un violento temporal. Los relámpagos encendían runas de fuego en la montaña, abetos fulminados caían en el abismo, el viento rugía en las crestas. Cielo negro. Peñas verdes. Mortajas de fuego. Los bloques calcáreos precipitados de la cima de los riscos tenían el aspecto de lápidas de sepultura. Barbaïra navegó entre los mausoleos antiguos o recientes con la precisión habitual. Sentada a su lado, Auda Isarn contemplaba el desencadenar de las fuerzas elementales sin que la emoción le alterase los trazos del rostro. Lou Ganet hablaba a gritos para dominar el rumor de fin del mundo que les envolvía.

Rebotado por los robos y otras conmociones descubiertas en el seno de los *Chantiers de Jeunesse*, se salió y fue a trabajar en la O.N.I.A., la fábrica de pólvora de Toulouse. Matriculado al mismo tiempo en la Facultad de Derecho, seguía el curso en la medida en que el horario de trabajo le permitía. Acababa también de alistarse en la Milicia.

-¿Para qué?, gritó Barbaïra.

-Para proteger a mi padres. Con todos esos atentados contra los milicianos, precisa de mí. ¿No puedes dejarlo venir al campamento cuando fuera posible?. ¡Tiemblo cuando pierdo el contacto con él!

-¡Se piensa en eso después!

Llegaron a Aurochs-Platz bajo una lluvia gris que inundaba el gran bosque medieval, pero sin incidentes. Auda Isarn se quedó a conocer todo el caso Robuffay después de que el conde de Miramont la llevara a la tienda reservada al prisionero. La dejó con él y dijo:

-¡Tenéis una hora para resolver vuestro problema!

Después, para al miliciano que velaba en el exterior embrollado en un paño de tienda:

-¡No entra ni sale nadie hasta que yo no vuelva!

Llegó a las ruinas de la heredad Blanc transformada ahora en puesto de guardia gracias a las piedras, vigas y tejas recupe-

radas. Convocó al mismo lugar a Ferrocas y Peyrat, este con el brazo en cabestrillo, y les dijo:

-Tengo autorización del Obersturmführer para resolver la cuestión Robuffay a mi entender... Somos milicianos y él es *maquisard*, pero todos somos antiguos *ajistes*. Quiero respetar en la medida de lo posible el espíritu que otrora nos fue común, de manera que pido vuestro consejo antes de decidir lo que fuera.

Raymond Ferrocas posó en él una mirada sombría y la frente todavía marcada por la cólera y silbó con los labios contraídos:

-¡En lo que me dices al respecto, ya no lo conozco. Entrégalo a los alemanes!

-¿Qué acontecería en ese caso?, preguntó Peyrat.

-¡Será fusilado!

-Es un canalla, pero no podemos dejarlo acabar así! ¿No hay otra solución?

-Puedo hacerlo pasar a España, pero eso es lo que Auda está decidiendo en este momento.

-¿Y si lo llevásemos con nosotros a las grutas? ¡Es un buen espeleólogo!, sugirió Peyrat.

-¡En ese caso abandono todo!, murmuró Ferrocas. Lo que fue separado no debe ser reunido. Está escrito en la Biblia.

Barbaïra irguió la cabeza.

-¡De cualquier manera, el Obersturmführer no aceptaría esa solución!

-¿Entonces?

-¡Tenemos que esperar. Auda está decidiendo entre mi y él, como él mismo pidió!

La tempestad rugía. Los rayos coronaban de fuego Aurochs-Platz. Los paños de las tiendas batían al viento con la maleabilidad viscosa de las aletas. La lluvia barría el horizonte y hacía sonar los tambores en las tejas partidas del puesto. Un olor a mar se prendía a la garganta.

-¿Si Auda recusa decidir entre uno u otro, que decidirás?, preguntó Ferrocas.

Roger Barbaïra estaba sentado en el banco rústico de los centinelas. Puso la cabeza entre las manos, las uñas incrustadas en los cabellos castaños cortos. Respondió con voz ronca:

-¡Ah!, ¡es terrible, viejo! ¡Debía haber dejado correr las cosas sin asumir responsabilidades... Vamos, denme una idea, propongan cualquier cosa!

Raymond Ferrocas encogió los hombros.

-Todo me parece demasiado claro y bíblicamente simple. Robuffay jugó y perdió. ¿Qué pasaría si el *maquis* nos pusiese las manos encima?... ¡Nos mandaba al bosque y nadie vería en eso algo malo! ¡Estamos en guerra, Barbaïra! ¡La guerra solo conoce una ley: ojo por ojo y diente por diente!

Barbaïra soltó un suspiro y se volvió a Peyrat.

-¿Y tu, viejo, que piensas?

-¡Pienso que se puede evitar que liquiden a Robuffay! ¡Es un militante de la independencia languedociana y sabes bien que no somos tan numerosos!

Agobiado, el conde de Miramont escondió los ojos en las manos.



Había pasado una hora cuando volvió a entrar en la tienda del prisionero. Sentada en el banco de un miliciano con la espalda flagelada por la tela mojada, Auda Isarn temblaba de frío. Barbaïra intentó una sonrisa y le dijo:

-¡Es una posición francamente incómoda para la más cátera de las toulousanas!

Auda Isarn replicó impasible:

-El lujo no conviene a quién predica la independencia del país y la renuncia al mal.

Robuffay continuaba de frente a ella y fingió no reconocer al hombre que acababa de entrar.

-Auda, insistió, ¿tenía o no derecho a suponer que me amabas por mi mismo y no por la causa que servía?

Auda levantó los hombros.

-¡Nada hice que pueda confirmar tu suposición!

La cólera agitó de nuevo a aquel hombre violento e intransigente.

-¡Es falso!, gritó... ¡tus ojos! ¡Las promesas de tus ojos!

-No soy responsable por la mirada cuando mi alma no les pone nada de especial.

Barbaïra contempló aquellos ojos y sintió se fundir suavemente. Eran en verdad unos ojos extraordinarios, parecían dotados de poderes especiales en nombre del pequeño infierno que ardía en ellos. Unían en un doble destello todas las perfecciones dispersas a su alrededor, el rostro suave mate pulido con el primor de un marfil extremo-oriental, el cuerpo esbelto y armonioso, las piernas que hablaban por sí mismas, hoy ocultas, pero que todos los antiguos *ajistes* conocían bien, las manos aristocráticas pintadas por Leonardo da Vinci. En presencia de tal mujer, cualquier macho auténtico experimentaba una necesidad de violar y rezar. El conde de Miramont comprendía bien la angustia de Robuffay y preguntaba a través de su propia angustia: ¿en términos finales, no fue a él a quien ella escogió!...

La claridad verde filtrada por las lonas daba al rostro del prisionero una palidez cadavérica.

-Tengo el derecho de suponer, dijo con fuerza, ¡que la santa que protege nuestra lucha por la independencia escogerá el más fuerte y el más sincero de sus combatientes!

Auda Isarn levantó de nuevo los hombros.

-¡Como siempre, mi pobre Robuffay, mezclas lo sagrado y lo profano! ¡Hace mucho que escogí libremente entre Dios que hizo el cielo, no la tierra, y los hombres que sólo constreñida y forzada puedo escoger!

-¡Es el caso de hoy, Auda! Se me amas aunque sea un poco, voy contigo a España y estoy a salvo, de otra manera...

Se volvió a Barbaïra como si lo reconociese sólo en ese instante y añadió:

-¡De otra manera, este canalla hará que los boches me liquiden!

Auda Isarn estremeció como llamada a la dura realidad del momento. Su mirada perdió parte de la radiación y ganaron una cierta dulzura. Cualquier cosa parecía calmarse en ella. Murmuró:

-Es verdad que el Espíritu tiene piedad de los ángeles rebeldes... Mi pobre Robuffay, voy contigo a España, pero te

prevengo que no tendrás de mi ni cama ni casamiento. ¡Te dejo nada más que estés seguro!

-¡Para volver a encontrarte con este canalla, está claro!

Al mismo tiempo que una sonrisa le distendía el rostro, Auda se volvió para Barbaïra y anunció con voz fundente sin dejar apagar el brillo de los ojos:

-Debo decirte honestamente, Robuffay, que si algún día me acuesto con un hombre, será con él. ¡Pero no me desposaré, él sabe de eso! No quiero emparedarme en una prisión de carne. Pero poco importa porque, de cualquier manera, no fui hecha para la felicidad de este mundo...

Robuffay se encogió sobre si mismo como un soldado alcanzado por una bala en el vientre y balbuceó:

-Está loca... Loca del todo...

A pesar el silencio quedó entre ambos. La lluvia caía ahora con menos fuerza en el techo de la tienda. La tempestad se iba apartando y los relámpagos sólo iluminaban a lo largo bajo la forma difusa de grandes banderas rojas. Un ruido de pasos y voces precedió a la llegada del equipo encargado de rendir los puestos. El miliciano que velaba alrededor de la tienda dio instrucciones y se apartó. El canto del torrente se apropiaba de Aurochs-Platz en ondas sucesivas. El día llegaba a su fin. De verde a amarilla, la luz que caía sobre ellos pasó a azul y después a malva. El crepúsculo olía a tierra mojada. Al final de un largo momento, Barbaïra preguntó en voz baja:

-¿Entonces? ¿Qué decides? ¿Vas para España con ella?

-¡No!, gritó Robuffay en un tono de quien sale de una larga pesadilla. ¡Nunca! ¡No quiero piedad, Auda! ¡Ya que no tienes más para ofrecer, está decidido!

Auda Isarn se levantó lentamente, con tristeza, arregló el cabello desaliñado por las batidas de la lona de la tienda y dijo en tono impersonal que le hacía tomar cierta distancia con la vida:

-Una vez que escogisteis el mal, nada puedo hacer por vosotros. La guerra es asunto de hombres.

Después, en voz más alta:

-¡Y no soy una apuesta!

Salió bruscamente de la tienda. Barbaïra la siguió sin volver los ojos para atrás.



Se concedió veinticuatro horas de reflexión suplementaria e partió para la montaña. Caminó durante todo el día de la zona de búsquedas a la cumbre de Saint-Barthélemy. Después, descendió hasta la gruta explorada en 1937 y 1943, y finalmente, envuelto en viejos recuerdos, se quedó a descansar durante mucho tiempo junto a la abertura. Fue allí que la primera vez. Fue allí que por primera vez dio orden de salvar a Robuffay y Auda Isarn obedeció.

Cuando a la tarde regresó a Aurochs-Platz muerto de fatiga pero calmado, se sentía moralmente fuerte y resolutivo. Después del informe de la noche, dijo al Obersturmführer:

-¡Camarada Klingsor, puede enviar un mensaje a la S.D., pero los caballeros tendrán que darse el latazo de venir a buscar al prisionero... Ninguno de mis milicianos está disponible!

-Comprendo, murmuró el alemán bajando la cabeza.

Barbaïra abrió una carpeta y retiró un taco de papeles. Los posó en la mesa y los numeró bajo las miradas del SS.

-He aquí mis planos directores del macizo de Tabe en los cuales anoté as aberturas de las grutas actualmente conocidas. Hay ciertamente otras que pueden descubrirse sin mi presencia. ¡Es una cuestión de olfato y de suerte!

El SS se sobresaltó:

-¿Cómo? ¿Va a dejarnos Barbaïra?

El conde de Miramont sonrió.

-Con su autorización. Pienso que no me recusará esa autorización. Voy alistarme en las SS de combate <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Es decir, en las Waffen-SS, conjunto de formaciones militares que no se deben confundir con la Allgemeine SS ni con las unidades especiales de represión. Después de englobarlas durante mucho tiempo en la misma acusación junto a todas las ramas de las SS y a pesar de que en las conclusiones del proceso de Nuremberg no fueron encausadas, las potencias victoriosas de la II Guerra Mundial cambiaron su decisión y disociaron a las Waffen-SS de las unidades políticas perseguidas por "crímenes de guerra".

Klingsor cerró los ojos y durante minutos mantuvo una rigidez de estatua. Después, la sangre la coloreó de nuevo el rostro y una sonrisa le iluminó los labios. Fijó en el hombre que tenía delante una mirada benévola animada de pequeñas llamas de ironía y tarareó: *¡Höcsten Heiles Wunder!... Erlösung dem Erlöser...*

Y tradujo su pensamiento:

¿Es entonces la hora del Graal redentor, Barbaïra, mi querido loco y puro?

-En cierto modo, si... El conde de Miramont, jefe de Centuria de la Milicia, no puede entregar un combatiente de la independencia languedociana a la seguridad militar alemana, incluso sabiéndolo culpable de traición a la gradación superior del Graal... ¡Un verdadero SS no habría tropezado en ese problema de conciencia, que a partir de ahora no volverá a darse!

-Comprendo, murmuró de nuevo el Obersturmführer bajando la cabeza.

Aurochs-Platz duerme. La noche de primavera sopla en las tiendas un hálito embriagador de flores calientes, de hierba mojada y de perfumes muertos del humus del bosque prehistórico. En el máximo de su fuerza, el torrente anima los coros de antiguas tragedias caídas en el olvido. Los nocturnos <sup>1</sup> se responden poco a poco y ofrecen su clarividencia a los milicianos encargados de vigilar el valle interdicho.

-No soy un santo, añadió Barbaïra, pero puedo dormir tranquilo porque fue la mujer que amo, prisionera de su propia naturaleza profunda, la que llevó a mi camarada a condenarse a si mismo... Si lo dejo, camarada, es por razón poderosa. Reivindico un espacio de comando en la patria de mis antepasados. ¡La historia nunca dio un reino a quién se contentó

---

En la Alemania federal los antiguos combatientes de las Waffen-SS tienden a ser considerados en iguales condiciones que los antiguos soldados de la Wehrmacht. Y no podría ser de otro modo si se considera que después del atentado del 20 de Julio de 1944 Hitler transfirió a las SS las mejores unidades del ejército regular sin que los soldados u oficiales pudiesen presentar objeciones a esa transferencia.

<sup>1</sup> Búhos, lechuzas, murciélagos (N.del T.)

con presentar reivindicaciones!... Sólo concede favores a los hombres ambiciosos. No voy a intentar probarme lo contrario después de haberme convencido, ¿no es cierto?

-¡Claro que no!

-¡Para ser el Simón de Montfort de mi época, no hay mejor escuela que las SS de combate! Es la oportunidad de entrar en un sistema que representa al mismo tiempo la religión de la raza, en la que creo, y una fuerza especial temporal conquistadora. ¿En estas condiciones, como puedo vacilar?

-No lo desapruedo en manera alguna, murmuró Klingsor, ¡simplemente voy a sentir su falta!

Sonrió y añadió:

-¡Roger Barbaïra, conde *Faydit* de Miramont, Obersturmführer de las Waffen-SS, he aquí un título cargado de relámpagos y tempestades que posee la fuerza mágica para rescatar las derrotas antiguas con victorias modernas!

Barbaïra convino con un gesto de cabeza.

-¡Es realmente así que interpreto la noción de redención que me lanza como una censura. Mi reino es de este mundo, camarada Klingsor!

-¡El mío también!...

Se callaron y se inclinaron sobre los planos directores de Tabe. Durante más de una hora, Klingsor pidió explicaciones minuciosas sobre la posición de la entrada de cada una de las grutas descubiertas por los *ajistes*, vías de acceso y puntos de referencia existentes. Tomaba nota y levantaba la cabeza de vez en cuando para contemplar a Barbaïra con la luz de una amistad calurosa en el fondo de los ojos que un velo de tristeza tapaba de cuando en cuando. A medida que pasaba el tiempo, se fue interesando menos por el trabajo y acabó por cerrar los dossiers.

-¡Querido Barbaïra, dado el equilibrio de fuerzas presentes en el frente del Este, ¿sabe cuales son sus probabilidades de sobrevivir si entras en la Waffen-SS?... Una contra cinco, en el mejor de los casos!

-¿El riesgo y el sacrificio de la vida no son la única redención a la cual el hombre ambicioso puede aspirar?

-Es evidente que sí.

-¿Muerto o vencedor, un SS puede recibir la absolución de la historia?

-De eso no tengo duda. Infelizmente, existe una eventualidad que todavía no encaró: ¡de volver vivo pero vencido!... ¡Será lanzado como pasto a las turbas porque representará para los demócratas cristianos y marxistas rusos el hereje ideal, el Cátaro de una época que, como todas las demás, tiene necesidad de hogueras! ¡Será quemado en una plaza de Carcasona o en el desfiladero de Seguelà... y la historia de los condes de Miramont acabará como comenzó!

Barbaïra frunció el entrecejo y no respondió. Comenzó a dibujar castillos en el papel de tenía delante, después carros de combate, trabucos y espadas merovingias. Si Barbaïra cantaba desafinado, en contrapartida dibujaba muy bien. Al poco tiempo levantó la cabeza, puso en los ojos de Klingsor una mirada firme y preguntó:

-¿Y tú?

-¿Yo qué?

-¿Vivo y vencido, que haría?

El SS irguió la cabeza.

-Mi problema es algo diferente al tuyo, Barbaïra. Si Alemania pierde la guerra sin que hayamos encontrado las tablas de piedra del Graal...

- Abrió el cuello de la camisa, extrajo un cordón de oro e hizo aparecer un pequeño tubo del mismo metal que aseguró con los dedos y lo mostró:

-Aquí dentro hay una ampolla de cianuro que en menos de un minuto resuelve todos los problemas.

Volvió a meterlo dentro de la camisa y propuso:

-Puedo conseguir uno para ti.

-¡Se lo agradezco!, pero tengo confianza en mi buena estrella. ¡Aunque tuviese que subir a la hoguera de Montsegur, se que un milagro me salvaría en cuerpo y alma!

El Obersturmführer se levantó.

-¡Lo admiro y envidio, Barbaïra. No trae en si la inquietud que al mismo tiempo alimenta y constriñe al hombre alemán en su eterno devenir! ¿Reniega de Francia? ¡Pero ella le dio una situación histórica confortable, esa seguridad un tanto insolente

que nosotros no tenemos! Debía se ella y no Alemania quien gravase el *Got mit uns* en el cinturón de los soldados <sup>1</sup>.

-¡Dios no ama a los pobres! dijo Barbaïra poniendo el brazo en el del camarada.

-Vamos a oír el oráculo de nuestro torrente mágico, propone Klingsor saliendo de la tienda de campaña... ¡Él nos dirá se regresará vencedor o vencido del frente del Este!

-¿Y sobre el Graal perdido o reencontrado?, añade el conde de Miramont cuando ambos bucean en la noche.



La noche tiñe de rosa pastel el cielo de Toulouse. El río ya pobre en agua arrastra perfumes de frasco por los márgenes. Los plátanos polvorientos esperan un soplo de viento libertador que no llega. La ciudad sofoca. Las residencias particulares de los antiguos *capitouls* defienden en provecho propio unos restos de frescor que hacen parte de los privilegios de estructura de ningún régimen puede abolir. Los milicianos de la calle Bayard dejan los despachos y entran en casa, lanzando de vez en cuando una mirada rápida hacia atrás para ver quien los sigue. Patrullas de ciclistas alemanes de *Mauser* a la espalda y casco posado en el cabello entrecano de territoriales llamados al servicio activo pasan en la estación de Matabiau a empujar resignadamente sus máquinas. Las suelas de madera de una muchacha que huye de algún encuentro imprudente baten la calzada a lo largo de las fachadas muertas. Un avión no identificado vaguea en el fondo del cielo.

En un restaurante del mercado negro al abrigo de las miradas de la calle por tapices espesos, Roger Barbaïra ofrece a una joven enfermera un modesto festín de guerra y de adiós. Auda Isarn se muestra más viva que de costumbre. Con vino de

---

<sup>1</sup> Hebilla del cinturón del ejército alemán (Waffen-SS excluida). Su traducción literal sería 'Dios con nosotros', aunque su traducción más acertada, persiguiendo el verdadero significado, sería: 'Dios en nosotros' (N.del T.)

Carbières y *cassoulet*<sup>1</sup>, no sería para menos. El conde de Miramont aconseja con una sonrisa:

-Un poco más de *cassoulet*... y un poco de este vino...

Ninguno de los dos habla de la guerra, recuerdan solo la época de los albergues... ¿Te acuerdas de esto?... ¿Te acuerdas de aquello?... Las grutas... Los paseos de bicicleta... *Au-devant de la Vie*... Judith... A propósito, ¿qué fue de esa bruja que cortaba lagartijas por la mitad?... Estève Caberol, el rey de los carnudos... Las partidas de esquí en planchas primitivas de fresno...

Pasa una patrulla de la policía... "Habitantes de Toulouse... van a casa... son horas de recogerse..." El miedo original da sus pasos, se embosca en cada cruce pero deja pasar a los amantes.

Roger Barbaïra y Auda Isarn caminan lentamente a lo largo del río. Noche húmeda. No luchan contra el equívoco en los planos altos de la ciudad de Carcasona como antes cuando andaban a paso ligero para marcar distancias con los enamorados... Van al mismo ritmo de las otras parejas. Roger abraza la cintura de Auda, que no se defiende y se cuelga cada vez más de su hombro. Pregunta:

-¿Entonces? ¿Partes mañana para Paris?

-Mañana, sí.

-¿Alguna vez pusiste los pies en un despacho de las SS?

-No, nunca.

Auda Isarn habita un cuarto amueblado de una casa antigua en el muelle de Tounis. Saca una llave del bolso y abre la puerta; después, da la mano al compañero para guiarlo en el negro absoluto que bruscamente se opone a la noche plateada de las márgenes del río.

La luz cruda de la electricidad los deslumbra cuando entran en el cuarto. Es un aposento de techo alto con dos ventanas de cristales cuadrados que dan hacia el muelle. Barbaïra descubre por primera vez el orden elegante que la moderación sabe preservar de la frivolidad... Una cama, un guarda-ropa, una coqueta y un sofá lleno de cojines color de hoja seca. Libros en

---

<sup>1</sup> Cocido de judías con pato, carnero, cerdo, etc., típico de la Provenza (N.del T. portugués).

un estante... una Biblia con una señal en el evangelio de San Juan. Pregunta a la compañera:

-¡Magnífica Biblia! ¿Dónde la compraste?

Era realmente una edición rara, antigua y digna, encuadernada en marroquinería y ornada de monogramas.

-Era de mi madre.

-¿Por lo que veo, lees muchas veces el evangelio de San Juan?...

-Sí, muchas veces.

-Interesante. Ahí se encuentra todo lo que un hombre no debe respetar ni creer...

Ella mueve la cabeza.

-¡No. Se encuentra toda la verdad. He de enseñarte un día a leerlo correctamente!

Habla sin gran convicción porque conoce bien los sentimientos de él. Barbaïra cierra la Biblia y se deja caer en una poltrona. Auda le prepara una taza de café en el fogón eléctrico. Mientras lo toma, posa en él sus magníficos ojos negros. Barbaïra se agita, se defiende contra las ráfagas de calor que le ruborizan el rostro.

-¿Entonces, vas seguro?, murmura Auda en un tono de melancolía profunda.

-Voy.

Permanecen inmóviles frente a frente, las manos cruzadas sobre las rodillas.

-¿Y cuando vuelves a Toulouse?

-No se. Tal vez no vuelva más.

Auda Isarn levanta la cabeza.

-Se...que vas a sufrir mucho. Es justo, porque escogiste el mal, pero regresas y volveremos a encontrarnos... ¿Dónde? ¿Cuándo? Todavía no lo sé, tal vez te pueda decir mañana.



Barbaïra encendió un cigarro, se levantó y comenzó a caminar por el cuarto. Auda le seguía con los ojos y parecía reflexionar. Pasados unos momentos, dijo con aquella voz que impresionaba siempre los corazones masculinos:

-¡Oh!, mi pobre Roger, como leo fácilmente en ti!... A pesar de tu habitual optimismo, partes con la idea de que puedes morir. Si creyeses en el Espíritu, que es la primera emanación del Dios verdadero, no irías sin pedir el Consolamentum a los que aún te lo pueden conceder...

Paró bruscamente como si hubiese llegado al umbral de una frontera prohibida, después sonrió y continuó en voz baja:

-Puedo darte la consolación que conviene a tu falta de fe, pero que mereces por tu constancia. Pienso que no la iras a rechazar...

Se levantó en ese mismo instante, desbrochó el vestido que deslizó a lo largo de las piernas hasta caer como una corola alrededor de los tobillos, tiró el sujetador y las bragas con la mayor naturalidad y apareció desnuda como un ídolo de bronce acariciado por la luz del quinqué de la mesilla de noche. Más receloso con la iniciativa que con la revelación de un cuerpo admirable que conocía casi por entero, Barbaïra exhaló el gemido profundo del animal poseído por el deseo. Puso las manos en las caderas, la irguió, la echó en la cama y se tumbó sobre ella. Gritó roncamente cuando el instante supremo le contrajo riñones.

Auda continuaba lúcida y repetía en voz baja:

-Roger... Roger... ¿Qué van a decir mis vecinos?

Cuando volvió a abrir los ojos una hora más tarde, encontró los de la joven que lo contemplaban, pero no descubrió la chispa especial que buscaba.

La acarició de nuevo largamente, modelando sus formas con las manos de escultor apasionado por su modelo que busca el estilo más conveniente de su transfiguración. La poseyó de nuevo, pero esta vez con la violencia del hombre de presa. Mientras sentía aumentar el placer, vigilaba los ojos de la compañera en la expectativa del anuncio del momento sublime que tardaba en revelarse y no se reveló. Auda no ahorra ternuras, acariciaba con sus largas manos botticelianas el pecho y los riñones de su amante, pero no participaba del delirio del dios revelado.

Un tercer abrazo al rayar la aurora corroboró la existencia de un desierto extendido entre ellos que aumentaba continuamente

a medida que Barbaïra lo intentaba traspasar. Pensó: ¡fallé!... ¡Y va a continuar así mientras no la haga soltar aquel grito de las mujeres reconciliadas con lo que la naturaleza quiere que ellas sean! Pero no me doy por vencido. Y dijo en voz alta:

-¡Auda, querida mía, he de hacerte gozar, o no me llame Barbaïra!

Era demasiado tarde o demasiado pronto para intentar una nueva experiencia. El convoy a Paris partía de ahí a dos horas. El gran sol de junio que ya se anunciaba feroz rompía a través de las portadas de las ventanas. Una claridad dorada iluminaba las perspectivas del cuarto. Auda dormía desnuda en la cama revuelta. Barbaïra se inclinó sobre ella y la contempló. Sintió el corazón latir más deprisa y los sentidos se exaltaron de nuevo. Hizo un esfuerzo para calmarse, en lo que fue ayudado por una observación.

El sueño de Auda no era un sueño vulgar. Se revelaba tan insólito como la mirada. Dormía en la persecución de una segunda vía, el cuerpo se agitaba, estremecimientos sacudían su suave carne, tan dulce al contacto de las manos... De sus labios trémulos escapaban de cuando en cuando sonidos incoherentes para un oído no iniciado en aquel lenguaje y, otras veces, palabras, frases claras, que parecían articuladas según el punto de vista de Sirius.

Barbaïra quedó mucho tiempo inclinado sobre la amante intentando sorprender un secreto cuya existencia presentía. Después, sintió escalofríos... Auda Isarn decía:

-... Lou Ganet y Ferrocas van a morir en las hogueras de Carcasona... El hereje regresado entre los muertos va hacia Montsegur... Montará la tienda más allá del pasaje de Trébuchet... en la zona de los bojs, donde están las bolas de piedra... Los Perfectos van a ayudarle a creer en el Espíritu y juntarse a ellos...

Roger Barbaïra se irguió, introdujo la ropa sin tocar el cuerpo de Auda Isarn como si un terror sagrado lo retuviese y se dirigió a la salida del cuarto. Paró un segundo en el umbral de la puerta con los ojos arrasados de lágrimas, envió un beso en dirección de su inquietante amante y desapareció después de cerrar la puerta tras de sí.

En los primeros días de Julio de 1944, François Soeuillard transmitía noticias importantes al *maquis* de Montsegur. Al salir del consejo de los jefes, Marius Chabrol dijo a los camaradas:

-¡La Gestapo acaba de fusilar a Robuffay!

Después de unos segundos de estupefacción, Gaston Reboul murmuró con lágrimas en los ojos:

-¡Miserables! ¡Mataron un inocente que se batía por una patria que sólo pedía libertad!

El antiguo *père aubergiste* le lanzó una mirada cargada de sombras y se acordó que...

-¡Un hombre piensa batirse por patrias y muere por industriales! ¿Sabes eso, no sabes?

Reboul bajó la cabeza y enjugó las lágrimas. Todos se callaron. El cielo azul cerámica les pesa en los hombros. El bosque prodiga emanaciones de resina caliente. Las aves cantan la gloria del verano en modo ligero y el torrente del Lasset en modo grave. Los últimos residuos de nieve dan a los picos de Soularac y Saint Barthélemy el aspecto de rostros cuyo maquillaje se deshace en pedazos y sólo muestran devastaciones. El mundo que rodea a los *maquisards* se revela simultáneamente viejo y rico de fuerzas jóvenes, pero la muerte de Robuffay apaga la alegría que los antiguos ajistes podían retirar del verano triunfante y de una victoria que ya comienzan a saborear.

-¡Será vengado!, garantiza Marius Chabrol, ¡pero, mientras esperamos, tenemos que hacer las maletas. Soeuillard trae malas noticias. Los boches van atacar con tropas de choque!

Fieles a su táctica, guerrilleros y comunistas rechazan el combate. El Madriles y Alberto Gutiérrez dividen el *maquis* en pequeños grupos. Unos van a refugiarse en el desfiladero de La Lauze, otros en la mina de talco detrás del desfiladero de La Peyre, los anarquistas instalados en el antiguo albergue de juventud *Au-devant de la Vie* van a juntarse al *maquis* de *Picaussel*.

La operación tiene éxito, pero el justo. El 9 de Julio, una fuerte columna alemana compuesta de tropas de intervención y cazadores de montaña deja Foix en dirección este. Poco después, se divide. Una parte progresa por el camino de Roquifixade, la otra por Saint-Paul-de-Jarrat, Freychenet y Montferrier. La primera columna cerca el albergue de juventud y lo encuentra vacío. Forzados por el tiempo y desesperados por la escasez de medios de transporte, los alemanes no pueden transportar los enormes despojos que descubren y se contentan con incendiar la quinta y sus dependencias. Alimentado por los miles de litros de gasolina almacenados en el dormitorio y en el antiguo establo, el incendio destruye totalmente el edificio, al punto de ser imposible identificarlo tras la guerra.

La segunda columna desemboca en un Montferrier abandonado por sus habitantes, huidos hacia la montaña para apoyar el *maquis* de Montsegur y para escapar a las esperadas represalias. ¡Los alemanes encuentran incluso un banquete de bodas preparado en una gran tienda de kermés popular! Ocupan el lugar de los felices esposos y se dan la comilona hasta el final de la tarde, dejando pasar la última oportunidad de atacar la gruta de La Frau, cuya evacuación no había terminado aún.

Cuando aparecen en el desfiladero de Seguelà en la mañana del 10 de Julio, los habitantes de Montsegur están atrincherados en las casas. El pequeño Soeuillard, agente de enlace del *maquis*, desciende de La Frau a la aldea para llegar a casa de sus padres y queda al descubierto en un campo del otro lado del Lasset. Pierde la sangre fría y emprende ostensivamente la fuga en vez de asumir el papel del labrador inclinado sobre la gleba. Los cazadores de montaña lo ven y abren fuego, naturalmente. Alcanzado en la espalda, Soeuillard cae fulminado junto al roquedal en forma decreciente donde iba a esconderse <sup>1</sup>.

Los cazadores suben entonces las gargantas del Lasset. Una sección entra en el bosque para atacar la gruta y la encuentra vacía de ocupantes. La otra, entra en las granjas de heno dispersas a lo largo del torrente y las incendia una tras otra. Las

---

<sup>1</sup> En 1967, tuvimos que limpiar literalmente el terreno para llegar a ese lugar. Los padres de Soeuillard dejaron Montsegur antes de la guerra y la placa que conmemora el sacrificio del hijo está totalmente oculta por la vegetación.

llamas crepitan y danzan en la mañana fresca, lanzando al cielo columnas de chispas doradas. El humo rueda entre las márgenes del arroyo. La montaña repercute órdenes guturales y estampidos de fuego que, aparte del infeliz Soeuillard, sólo abaten fantasmas creados por los juegos de luz en el enmarañado de abetos negros. El viento sopla emanaciones de pólvora, de heno y madera quemada. Las aves no cantan. Los animales están escondidos en los refugios. El sol desaparece.

Estève Caberol también. Había dejado la gruta en la víspera, antes del anocheecer... ¡En último lugar! ¿Para marcar su oposición a la táctica de los amigos españoles, de la fuga constante que le recordaba el alistamiento de Mayo de 1940 y que lo privaba del combate de su vida? ¿Y también por voluntad de su naturaleza profunda, que lo llevaba a ir a contrapié a todas las órdenes dictadas del exterior? No se sabe y jamás se sabrá.

De la averiguación que Marius Chabrol llevó a cabo más tarde, resulta que el antiguo *père abergiste* abandonó La Frau antes de la llegada de los alemanes. Fatigado, tal vez, movido por el gusto fundamental de la oposición y jugando con su destino en horas decisivas, pasó la noche tumbado en el heno de una de las granjas dispersas en el altiplano de Lasset. Sorprendido por la llegada de los alemanes, incluso admitiendo que se hubiese despertado pronto, no consiguió escapar a tiempo. Lo más probable es que el incendio lo haya arrancado del sueño en que triunfaba la "persona humana" y que la combustión de las masas de heno lo asfixió de inmediato sin hacerlo sufrir demasiado.

Ni los habitantes de Montsegur ni los antiguos *ajistes* del *maquis*, venidos semanas más tarde, consiguieron localizar sus restos en las siete u ocho quintas quemadas y obstruidas por montones de vigas, tejas partidas y cenizas. Así, como Auda Isarn había anunciado el 3 de Septiembre de 1939, Estève Caberol acabó en las llamas cerca de Montsegur.



La caravana del Obersturmführer Klingsor contó con protección especial para llegar de Carcasona a Alemania. Sin

embargo careciendo de material y combustible, el ejército blindado del III Reich le cedió dos auto-ametralladoras y un pelotón de motociclistas de combate. Viajaba sólo de noche. Una sección de la S.D. bien informada sobre los movimientos del *maquis*, le facilitó el camino.

Al llegar a Carcasona, Klingor reunió a los milicianos que durante dos estaciones habían asegurado su protección y les dijo:

-Los que quieran, pueden venir conmigo a Alemania. Serán considerados miembros de la Wehrmacht y, si es necesario, naturalizados alemanes.

Un silencio inquieto e insoportable acogió su propuesta. Llamó entonces a cada uno de los hombres aparte y dijo a Ferrocas:

-¡Francia va a tener una gran crisis de nervios después de la partida de las nuestras tropas! ¡Van a pasar cosas terribles!

-No creo, replicó Ferrocas. Francia es un país cristiano y, al mismo tiempo fiel al derecho romano... ¡Los padres <sup>1</sup>, los jueces de paz y los notarios han de regular bien el contencioso político!

Klingsor levantó los brazos al cielo.

-¡Qué ingenuidad Ferrocas! ¡Su país conoció durante cuatro años el hambre y el miedo originales, lo que llega para revelar las fuerzas volcánicas del hombre primitivo! Los miles de años de prédicas cristianas van a contar menos que nada cuando en cada hombre se revele "la bestia que sube del abismo"... La disciplina alemana la exorciza todavía durante unos días, pero es el final. La Wehrmacht se retira. ¡Todos los que le extendieron la mano, por poco que fuera, serán masacrados!

Y continuó defendiendo calurosamente:

-Te tengo en gran estima, Ferrocas, así como a sus camaradas. Quiero salvar a toda a la gente, pero es imposible si no quedan a mi lado hasta el final!

-¡Bah!, murmuró Ferrocas, conozco bien mi patria, el Languedoc, tiene muchos escondrijos y casas amigas. Mis antepasados *camisards* resistieron perfectamente con el apoyo del a región de Cévennes.

---

<sup>1</sup> Padres en el sentido de padres espirituales, de la patria, etc.

La ciudad de Carcasona recortaba gradualmente sus torres en el cielo de la madrugada. Estacionada en la carretera de Narbona frente a la prisión, la caravana se preparaba para reiniciar la marcha hacia el este. Algunos conductores examinaban los motores de los coches. Los tiradores de ametralladora de los blindados verificaban las cintas de cartuchos metidas en las culatas. Motociclistas resguardados en grandes chubasqueros verdes dormitaban medio tumbados encima de las máquinas. El centinela alemán apostado delante de la prisión por los buenos oficios de la Kommandatur, piernas abiertas, fusil pegado al hombro izquierdo, parecía transformado en una estatua de sal. El cielo pálido ganaba subrepticamente el color rosado del melocotonero. A lo lejos, en la parte baja de la ciudad, aullaba un perro. Klingsor insistió:

-Ferrocas, ¿espera venir a ocupar el lugar todavía caliente de los *maquisards*? ¡Es un sueño! Nuestros enemigos – que son también los suyos, sea lo que fuere que haga ahora- van a poner a funcionar el más gigantesco aparato policial que el mundo jamás conoció. Seréis tan ferozmente perseguidos como los Cátaros tras la caída de Montsegur y Quéribus. Los perros-policías van a sacaros de las grutas como en el tiempo de la Inquisición. Porque es una Inquisición que va a perseguir hasta el fondo de las conciencias el pecado de colaboración con Alemania, esto es, la adhesión a la religión nueva de la raza que Alemania opone al judaísmo, cristiano o no. Digo y vuelvo a decir: ¡no escapáis de los inquisidores! ¡Todo el mundo vio lo que aconteció en Italia después de la evacuación de Roma!

Se calló. Guyot Peyrat y Lou Ganet se habían aproximado lentamente. Formaban ahora un grupo cuyas siluetas se afirmaban más azuladas o más grisáceas a medida que el día crecía. El Obersturmführer se inclinó hacia Lou Ganet.

-¡Decía a Ferrocas –continuó Klingsor- que se van a meter en la boca del lobo!

-¡Justamente –replicó el joven- ... en caso de peligro, quiero estar cerca de mi padre! Está más amenazado que yo. ¡Siendo dos aguantaremos mejor el embate!

-¿Y tu, Peyrat? ¿Por qué no viene conmigo para Alemania? ¡Como escritor de la lengua d'Oc, su futuro está garantizado de

cualquier forma entre nosotros! ¿Sabe en que punto llevamos nuestros estudios sobre la Romanía?... ¿Y la gran estima que tenemos por el pasado occitano? ¡Ganemos o perdamos la guerra, el Reich le da un lugar que aquí nunca tendrá!

-¡Voy a pensar en ello!, respondió Guyot Peyrat sonriendo... De momento, sólo le puedo dar una respuesta estúpida, la de Danton: ¡No se lleva la patria –y con mayor razón una patria pequeña- en las suelas de las botas!

Consideró las suyas propias, rió francamente y añadió:

-¡Sobretudo cuando están usadas como las mías! Voy a pedir a la Milicia un par de botas nuevas.

Klingsor sacudió la cabeza con un gesto melancólico.

-¡Vas a encontrar calzado excelente en las salas de tortura que le están preparando, mi querido Peyrat!

Consultó el reloj de pulsera y anunció:

-¡Es hora! Vamos andar un poco más, pues tengo que abrigar la caravana durante el día. Los ataques de avión en vuelo picado son cada vez más peligrosos.

El rostro del Obersturmführer se llenaba visiblemente de sombras negras. Miró a Ferrocas, le agarró del brazo en nombre de la estima particular que parecía procesarle y lo empujó a un lado.

-Un último argumento a favor de su retirada a Alemania... Sólo son llamados a sobrevivir los fieles del "último cuadrado" de nuestra resistencia, que es la resistencia de las razas superiores a la subversión mundial que las amenaza. El destino va a escoger entre nosotros y el "mundo gris" anunciado por vuestro genial conde de Gobineau. Debo decir toda la verdad. La guerra convencional que sustentamos hace cinco años está perdida, naturalmente. Rápidamente pasaremos del estado de guerra revolucionario al uso de armas secretas. ¿Sabe a qué no referimos cuando hablamos hoy de armas secretas y que el éxito sólo depende del tiempo que nos resta para descubrir su modo de empleo?

Iban y venían a lo largo de la caravana, parada como una serpiente verde y gris. Klingsor volvió a la ciudad de Carcasona su bello rostro de muchacha marcado por las fatigas y preocupaciones. Dilatado por el efecto prismático de la niebla

matinal, el sol naciente que se erguía en el horizonte como una hostia de sangre, les avivaba las caras rosadas y denunciaba el azul celeste de las pupilas. Ferrocas descubrió en ellas la pequeña llama inquietante de los malos días y dijo:

-¡Soy sensible a sus argumentos, Obersturmführer. El carácter grandioso de vuestro combate no me es indiferente, pero debe tener en cuenta que soy un hombre de fe. Ofrecía mi fe al Mariscal Pétain en el día en que prometió restaurar por encima de Francia, de la Saboya a la Bretaña, pasando por el País Vasco y por Occitania, la personalidad histórica de las patrias carnales... Quedo a las órdenes del Mariscal Pétain, Obersturmführer Klingsor!

El alemán se inclinó.

-Me queda todavía una cuestión... ¿Se siente capaz, incluso bajo una tortura prolongada, de no revelar sea lo que fuera de lo que buscamos en Sabarthés? De todos los milicianos, solo tú conoces lo esencial...

-¡Aunque todos los diablos del mundo me torturasen, no diré una palabra!

-¡Muy bien! Dice el alemán con voz grave. ¡Hay de tener la idea más elevada de su carácter para creer en el valor de tal compromiso. Pero creo, a pesar de los efectos de la tortura ser imprevisibles y de la debilidad de la carne poder desmentir la firmeza del alma!

Extendió el brazo hacia el ayudante que comandaba los blindados erguido encima de la torreta y auriculares en los oídos que no lo perdía de vista. Ferrocas levantó la cabeza intrigado con la actitud del SS y percibió que los cañones de las ametralladoras seguían con movimientos apenas perceptibles la idas y venidas de los milicianos que circulaban en la carretera y discutían o mordisqueaban raciones de combate Wehrmacht. Sintió un escalofrío y Klingsor le dirigió una sonrisa cortante como el filo de una espada.

-Le puedo decir ahora, camarada Ferrocas... De acuerdo con las instrucciones que recibí, debía conseguir el alistamiento en las SS de todos los que quedaron sabiendo demasiado sobre nuestras investigaciones... En la duda, no debía dejar a nadie tras de mí... Siendo así...

-¿Siendo así?...

-¡Ahora bien, debía abatir aquí mismo a los que quieren o no pueden seguir la caravana y que saben! ¡Es decir, un tal Ferrocas!

Caminaron unos momentos en silencio y Ferrocas acabó por decir:

-Comprendo perfectamente.

El Obersturmführer se relajó y arriesgó una sonrisa.

-Cuando los jefes de la Cruzada contra los Albingenses preguntaron al legado del Papa, Arnaud-Amaury, se debían o no despedazar a los habitantes de Béziers refugiados en las iglesias de la ciudad, él respondió: "¡Matadlos a todos. Dios reconocerá los suyos!" ¡Históricamente puede ser falso, pero es... psicológicamente verdadero! ¡La religión de la raza es una religión esclarecedora basada en presupuestos científicos! ¡No es Dios, sino nosotros, priores SS, quienes escogemos quien debe vivir y quien debe morir, y por tanto, tengo el derecho de corregir la exageración de las instrucciones dadas por un cierto germanismo que ya nos causó tanto mal! ¡Así, en vez de forzar o ejecutar a Ferrocas, decidí dejarlo con una misión en la tierra al saber que su rigor luterano ya hizo de él uno de los nuestros! ¡Es todo!

Extendió la mano al miliciano, que la apretó fuertemente. Las ametralladoras de los blindados volvieron a la posición de reposo. El Obersturmführer consultó de nuevo el reloj de pulsera, sacó un silbato de la bolsa y se lo llevó a los labios. Con la disciplina habitual, el personal alemán de la caravana ocupó posiciones en la carretera. Las motos comenzaron a escupir pequeñas llamas y ráfagas de gas azulado.

Klingsor reunió de nuevo a los milicianos a su alrededor y les dijo:

-Camaradas franceses, vamos a separarnos... ¡Os dejo con dolor porque demostrasteis que vuestra honra se llama, como la nuestras, fidelidad!... Propongo que cantemos juntos un viejo refrán de los caballeros escoceses que los francmasones transformaron en estribillo de boys-scouts y que todos vosotros conocéis...

Y entonó:

*No es un adiós...  
Es sólo hasta la vista, hermanos,*

El centinela alemán delante de la prisión pareció perder la rigidez reglamentaria al oír al Obersturmführer de las SS negra cantar a coro con franceses "degenerados".

*Volveremos a vernos, hermanos...*

¡Y como, finalmente, quedó sonriendo después que Klingsor pusiera pies en polvorosa, Ferrocas comprendió que esa sonrisa hacia temblar a Alemania en sus cimientos y que más de una página de la historia se había dado la vuelta!



El 14 de Agosto, Lou Ganet se encuentra en Montpellier como "guarda de honra" de la Milicia. Y piensa: "¡Excepto la honra todo está perdido!" El éxodo había comenzado. La Milicia del suroeste no podía aguantar más tiempo las posiciones fijadas por el servicio de orden del gobierno. Lou Ganet entra en casa, abraza a su madre, parte con una caravana para el este, no va más allá de Montpellier, ciudad donde la corriente miliciana se divide entre el valle de Rhône y Persignan, da media vuelta y regresa a Carcasona en compañía del padre y de Raymonf Ferrocas, Jacques Pannier y Petitpé. En la noche del 20 de Agosto o en la siguiente, son todos presos.

Por falta de autoridad y experiencia, Guyot Peyrat no consigue que los cerca de mil milicianos armados reunidos en Persignan se formen como tropa de choque y abran un pasaje hacia la frontera española. Les recuerda que el conde de Toulouse se alió voluntariamente al rey de Aragón en el siglo XII para combatir a los franceses y liberar a Occitania... ¿Por qué no Franco, ahora?

Sólo que los milicianos locales no se sienten nacionalistas languedocianos sino... franceses pétainistas, y uno de ellos lo

abofetea! Peyrat parte solo y desarmado a la búsqueda de mejor oportunidad, pero es capturado por un *maquis* cerca de Cerbère.

Lo llevan en camión a la sede del Departamento. La población de Persignan, exaltada, salió toda a la calle. Banderas francesas y banderas rojas. Sol rojo. Vino tinto. Unos lloran, otros ríen. Rostros de éxtasis y rostros histéricos. El camión da la vuelta a la ciudad. ¡Tomates rojos! Los prisioneros prueban el zumo de los tomates tirados por la chusma que aúlla a la muerte y fusila al sol. Pistolas-ametralladoras multiplican el "tiro del rey" en el sol, pues los alemanes ya partieron hace mucho y un viejo humanismo implantado en esos lados con las primeras colonias griegas prohíbe tirar sobre los prisioneros que pasan ligados al triunfo de un Cesar anónimo.

Una angustia terrible oprime a Guyot Peyrat. Se siente perdido y lamenta interiormente su ingenuidad. ¿Qué puede hacer en aquel grupo miliciano? ¿Por qué no siguió al Obersturmführer Klingsor?

El camión que lo transporta para finalmente delante de la ciudadela. Las *tricoteuses* de servicio <sup>1</sup> manejan las agujas con sombrío furor patriótico. Los guardias improvisados –en su mayor parte jóvenes– hacen descender a los presos, los alinean de frente a la pared, se colocan atrás y hacen crujir las culatas de las armas. Agitado por un sentimiento de desesperación sin límites, Peyrat piensa: ni me dan de escribir un último poema, como André Chenier... ¡Por caridad, dadme una hora, en nombre de la poesía de la lengua d'Oc!... Autorización concedida. Los guardias no disparan, se ríen a carcajadas. Siempre el viejo humanismo de las primeras ciudades griegas...

Nos meten en una cava, una de las "fosas de leones" de la ciudadela. Un vago reflejo crepuscular les permite orientarse, pero no leer o escribir. Guyot Peyrat titubea entre ciento cincuenta jergones de paja, ocupados la mayor parte. Se deja caer en un catre libre y se adormece, dejando para más tarde la redacción de su mensaje a las futuras generaciones languedocianas liberadas.

---

<sup>1</sup> Alusión a las mujeres que iban expresamente a la plaza de la Concordia a asistir a las ejecuciones en la guillotina y se dedicaban a tricotar mientras esperaban a las ejecuciones (N.T. portugués).

Despierta al final de un tiempo indeterminado, arrancado al sueño por voces brutales. Dos hombres plantados cerca de la escalera llaman... ¡Perillos!... ¡Gléon!... ¡Roquelongue!... El poeta pregunta al vecino más próximo cuyo rostro no consigue distinguir:

-¿Qué les van hacer?

-¡Son diez horas de la noche... Van para la tortura... Ya comenzó, oye!...

-No oigo nada.

-Ese motor de camión trabajando en el patio... Es para no oír los gritos. La sesión acostumbra durar hasta media noche o dos de la madrugada, depende...

Un sudor helado corrió por los riñones del joven. El vecino preguntó:

-¿Quién eres tú?

-Me llamo Peyrat.

-Yo soy el padre Niort, párroco de Tautavel.



Todas las tardes suena la hora reglamentaria de la tortura. Los guardias del final de la escalera llaman por el nombre a los nuevos Cátaros que van a ser sacrificados al Dios malo. El motor del camión arranca, trabaja, ronca y se calla. Hay hombre que llegan a la "fosa de leones" tambaleándose y gimiendo. Otros, silenciosos, en camillas transportadas por los carceleros. Otros, no regresan.

Sobre la ciudad que antes jugaba a la liberación y ofrecía grandes fiestas a si misma, que fusilaba el sol rojo y bebía vino tinto a borbotones, pesa ahora un sentimiento de inquietud, un mal humor de bravas gentes expoliadas por mentirosos al saber, primero vagamente, después con más precisión cada día, lo que sucede en la ciudadela.

Una noche, llaman al abad Niort. Vuelven a traerlo al amanecer, moribundo. Presentado al pelotón de ejecución en el

patio del tribunal de la ciudad, es amarrado a la camilla en posición vertical y doce balas acaban con él <sup>1</sup>.

Aterrado y al mismo tiempo resuelto en su gran designio, Guyot Peyrat deja el catre del rincón donde la muerte ronda y se refugia cerca de la escalera. Tiembla por la carne, pero no cede en espíritu. Cuando tenga que morir por tortura como el abad Niort y tantos otros, dejará algo para que el Languedoc resucite un día a través de sus trovadores. La débil claridad llega de la escalera, escribe en un pedazo de papel de embalar. El poema se titula *Los Nuevos Cátaros*.



Pasa una semana cargada de angustia, después, las llamadas nocturnas cesan bruscamente. Cinco o diez detenidos son sacados cada noche y convidados a llevar sus escuetos equipajes. Guyot Peyrat forma parte de una hornada importante que los carceleros empujan hacia el camión.

La ciudad recupera un rostro familiar. La kermés triunfa. La vida recomienza sin los alemanes, pero tan difícil materialmente como durante la ocupación. Como se anunciaba, los días siguientes cantan, pero desafinados.

Los detenidos son escoltados por la policía regular bajo la dirección de un inspector insoportable y malhumorado. El camión para en una comisaría. Una masa heteróclita se apiña en las salas y despachos. En los pasillos, van y vienen agentes. Civiles también. La diferencia entre un inspector y un civil no es muy evidente. Nadie pregunta nada a nadie. Suenan nombres en medio de la vieja anarquía meridional finalmente reencontrada... Este, va a comparecer en el tribunal de justicia de Carcasona, aquel... en el tribunal cívico de Narbona... Los que son llamados andan de un lado para otro a la espera del

---

<sup>1</sup> Los "quemadores" de la prisión de Carcasona fueron más tarde descubiertos, presos, presentados al tribunal militar de Burdeos, condenados a largas penas de prisión y amnistiados inmediatamente a continuación. En virtud de las obligaciones impuestas por la acción juzgada, no podemos revelar su verdadero estado civil y mantenemos os pseudónimos que ellos mismos escogieron.

traslado. Toda la gente va y toda la gente viene. Guyot Peyrat también va y viene para desentumecer las piernas... Yendo y viniendo, deprisa se encuentra delante de una puerta abierta no vigilada. Pasa con toda naturalidad, pasa a un corredor y llega al patio del edificio y, de ahí, a una callejuela donde hay mujeres negociando. Se mezcla en la multitud, camina como si fuese de paseo, vague para dominar la tentación de huir y se aparta progresivamente a través de la ciudad.

Al anoecer roba una bicicleta y va a la carretera. En lugar de paladear hacia la frontera española, todavía severamente vigilada, se dirige hacia poniente a través de una región libre de *maquis* y de milicianos, cuyas sagas respectivas terminaron., y se sumerge en Las Corbières.



Los alemanes habían salido de Carcasona el 19 de Agosto. Al día siguiente comenzaron las prisiones. En el día 23, más de doscientas cincuenta personas están apiñadas en la prisión. En una de las bermas de la carretera de Narbona, frente a la ciudad, se prolonga en una muralla de elevación modesta pero sólida que corre en ángulo recto a lo largo de una calle con el nombre del *félibre*<sup>1</sup> Auguste Fourès. En los alrededores, casas pequeñas y huertas. En relación al castillo de la ciudad que se ve desde las celdas del primer piso y donde fue detenido hasta la muerte Raymond-Roger Trencavel, que no podía creer en la perfidia de los hombres, la ciudad surge desesperadamente pequeño-burguesa y de "tercera república".

Un pórtico vulgar defiende de la curiosidad de la gente libre. Atrás del pórtico hay dos ametralladoras puestas en batería, pero nadie sabe decir se están operacionales. Los carceleros a esta altura, "guarda-caminos". ¡Se reclaman de la resistencia y dicen estar bajo las órdenes del sargento-ayudante S.! El 22 de Agosto, llega un grupo de bandidos que hace tres meses operan en la región de Limoux disfrazados de F.T.P.

---

<sup>1</sup> Poeta de la lengua de 'Oc.

Gaby: cabello brillante, nariz recta, boca bien dibujada, mirar mortecino e inquietante. Se dice que es hijo natural. Félicien: cabello ondulado rapado a los lados, frente obtusa y baja, ojos profundamente encajados en las órbitas, labios cortantes, cabeza de matador. Hans: polaco nacido en Aisne, desdentado y taciturno. Pedro y Cyprien completan la "banda de Gaby" que acaba de dejar recuerdos horribles en Limoux.

Los F.T.P. se instalan. En lugar de la planta baja con un despacho de cada lado del pasillo de entrada y un *hall* con locutorio, paseos cubiertos y una escalera que conduzca a las celdas del primer piso, prefieren la cava... Al pie de la escalera de comunicación, un pasillo donde están las cocinas y las celdas de los cocineros. Al fondo las celdas de los condenados a muerte. A la derecha, las celdas de las mujeres, después las duchas y lavabos y el comedor de los guardias. El conjunto no presenta un aspecto particularmente aterrador. Es una cárcel provincial que los alemanes dejaron en estado de riguroso aseo después de retirarse.

Gaby comienza por mandar colocar una mesa grande en el pasillo de la cava, encarga varios toneles de vino tinto, una gran cantidad de alcohol y víveres, todo pagado con las "tasas" impuestas a las familias de los presos.

La nueva vida penitenciaria comienza. A las veintidós horas, gran festín en la cava. Gaby bebe coñac por el gollete de la botella. Félicien, fuerte en fanfarronadas, multiplica gracias sádicas con intención hacia los invitados, personalidades de Carcasona que tras la pérdida de la vergüenza no se atreven a faltar, miembros del comité de Liberación, amigas y prostitutas. El vino corre a raudales, los pollos asados humean en las varillas. Los cocineros-detenido desenvuelven una actividad febril. Cerca de media noche, Hans, el desdentado frío y taciturno, desaprieta el cinturón y dice:

-¡Ahora, al trabajo!

Su primera visita está reservada al conde de Lorgeril.

Días antes, los guardias lo habían prevenido:

-¡Bello ejemplar de aristócrata! ¡No liquidaron a los aristócratas en 1793, pero ahora no se escapan!

Hasta las tres o cuatro horas de la madrugada resonaron en la prisión de Carcasona aullidos horribles que nada tenían de humano.

A la noche, después del banquete, cada cual se divierte con su comedia. Gaby descubrió un detenido un tanto flojo de espíritu, animador de casamientos de aldea, y lo utiliza con bufón para distraer la pequeña sociedad:

-¡Venga, tonto!, le grita, ¡canta o *Marechal nous voilà!*

Y él canta. Y hace habilidades. Los convidados ríen. Las muchachas fáciles se desnudan un poco. A media noche, recomienza el trabajo serio.

Después de "operar" varias veces el conde de Lorgeril, que ya no habla y cuyo cuerpo resquebrajado a golpes y cubierto de quemaduras no es más que una llaga. Félicien perfecciona el suplicio llamado "de la bandera". Obliga a Lorgeril a tumbarse en una bañera vacía, vierte una pequeña cantidad de alcohol de quemar y le pega fuego. ¡Dosis moderada! El paciente no debe morir enseguida, sino que se asa lentamente como un pollo. El conde se debate y grita, pero sobrevive. Le llevan otra vez para la celda y recomienzan todo al día siguiente.

Los días pasan y la imaginación de los "quemadores" medievales de la prisión de Carcasona descubre cada día un poco más las buenas tradiciones del brazo secular al cual la Inquisición entregaba los herejes.

Es Raymond Ferrocas quien casualmente inaugura un nuevo suplicio. Los antiguos F.T.P. descubrieron en uno de los despachos de la administración penitenciaria una antigua prensa de encuadernación y le adaptaron una tabla con clavos para asegurar y perforar pies. Después, aumentan la presión del torno sinfín y los aplastan.

Ferrocas suelta un rugido de fiera cuando los clavos le perforan la planta del pie, pero se recompone y dice:

-¡No sé nada!

Félicien esboza una sonrisa escarnecedora.

- ¡No me importa que sabías o no, granuja! ¡Estamos aquí para castigarte, nada más!

-Lo mandaron para la celda sin utilizar el segundo grado de la tortura.



Durante el día, Gaby, Félicien, Hans y otros esbirros organizan visitas guiadas en la prisión para amigos y conocidos y nos conducen a lo largo de los pasillos cuyas paredes están pintadas con largos rastros de sangre. Muestran sonriendo las puertas de las celdas decoradas con inscripciones: *Milico... Collabo... Boche... Pétainista... Aristo...* A veces, entran en una u otra celda al azar para dar espectáculos de represión indulgente, a puntapiés y puñetazos.

Los verdaderos interrogatorios tienen lugar a la tarde. Son conducidos a los despachos de la planta baja por inspectores de la policía que ignoran, o quieren ignorar, lo que pasa de noche en la prisión. No desdeñan recorrer el "pasaje de tabaco", pero sin ultrapasarse de ciertas medidas. Les presentan a Raymond Ferrocas que arrastra los pies heridos. Le preguntan:

-¿Qué hacías con los alemanes en el valle de Basqui?

-¡No sé nada!

Ferrocas había decidido de una vez por todas que sólo respondería a las preguntas con esa frase.

El inspector lo abofetea con toda su fuerza.

-¿Y ahora?

-¡No sé nada!

-¡Pero nosotros sabemos que los boches hacían investigaciones en el macizo de Cassou y en el desfiladero de La Peyre! ¿Qué esperan encontrar en las grutas? ¿Un tesoro?

-¡No sé nada!

-¿Guardan armas secretas?

-¡No sé nada!

Ayudado por un colega, el inspector le arremete con un puntapié en las tibias y puñetazos en la cara.

-No se nada, murmura Ferrocas escupiendo dientes partidos.

Lo llevan para la celda.

-¿Con qué entonces no sabes nada?, murmura Félicien en la noche siguiente mientras lo tumba en la bañera. ¡Poco importa que sepas o no, tengo la certeza de que te vas a acordar del nombre de tu madre cuando esto comience a arder!

El alcohol inflamado hace danzar pequeñas llamas azules alrededor del cuerpo desnudo. La carne se arruga, ennegrece y el aire huele a pollo quemado. Ferrocas aúlla de dolor. Cuando las llamas se extinguen, masculla en voz baja:

-¡Banda de facinerosos! ¡El dios de la venganza ha de ocuparse de vosotros!

Se lo llevan y traen a Cazademont. De todos los detenidos, sólo Cazademont conseguirá sobrevivir al suplicio de la bañera incendiaria, después de una hospitalización que durará de 6 de Septiembre de 1944 a Julio de 1945.

Lou Ganet no sobrevive. Los esbirros lo descubren en una celda "colaboracionista" y dicen:

-Olálá, ¿y este?...

Lo interrogan durante varios minutos. El padre, que ocupa con Gilbert una celda contigua, lo oye partir, comprende lo que pasa y grita:

-¡Mantente entero, hijo mío!

Lo llevan a la "Gran Escuela" – es así que los verdugos designan a la cava y la distinguen de la planta baja donde está la "Escuela Maternal", así llamada debido al carácter benigno de los interrogatorios que allí tienen lugar. La "Gran Escuela" huele a sangre fresca, a coñac y a *cassoulet* del banquete nocturno ha poco terminado.

Gaby le dice:

-¿Continuas diciendo que nunca atacaste al *maquis*?

-Nunca.

-Tal vez sea verdad, pero... ¿y si te diesen orden de atacarlo?

-¡No vacilaría un segundo!

Lo desnudan y lo meten en la bañera incendiaria con una gran dosis de alcohol. Lou Ganet aúlla de dolor y se agita como un poseso.

-¡Bandidos! ¡Asesinos! ¡Soy miliciano, os escupo en el hocico! ¡Habéis de pagar esto!

Y les escupe en la cara saliva ácida cargada de bilis. Lo ponen de pié. Tres hombres lo golpean con bastones. A continuación, cambian los bastones por bayonetas y las clavan en todo el cuerpo. Lou Ganet evita desmayarse y intenta mantenerse lo más entero posible. Es entonces que los sayones

vierten ácido sulfúrico en las heridas abiertas. Lou Ganet deja de gritar cuando las fuerzas lo abandonan y comienza a musitar muy bajo, como un animal en agonía... Habéis de pagar esto... Infames... Criminales... Malvados... Viva la Milicia...

Félicien le aplica la tortura de segundo grado. Los huesos rompen. Los tobillos aplastados no pasan de una masa roja, pero Lou Ganet continua sin perder el sentido. Palabras de orden de antes emergen de la débil conciencia que le resta de la realidad... Mantente entero... Camina derecho... Haz lo que te digo... De vez en cuando, modela palabras vagas a través de los borborigmos que salen de sus labios exangües del rostro negro... Asesinos... Milicia... Pagar... Canallas... Lou Ganet continua entero.

La furia de los torturadores llega al paroxismo delante de este muchacho que recusa someterse. Vuelven a empuñar los bastones y le arrean con toda la violencia. Lou Ganet cae en el depósito del carbón de la cocina. Gaby y Hans lo hacen rodar a puntapiés no el polvo del carbón que llena las innumerables llagas, pero cuando lo dejan en la celda todavía no está muerto.

Tendrá aún dieciocho horas de agonía antes de morir. Un resistente amigo suyo –un resistente verdadero- intenta salvarlo. En efecto, entra en aquella prisión como quien entra en un molino. Basta llevar un brazalete y una pistola-ametralladora. El resistente va en búsqueda de un médico a la ciudad y llevarlo, verde de miedo, a la cabecera del moribundo. El doctor lanza una mirada vaga al cuerpo martirizado, balbucea unas palabras ininteligibles y desaparece. Durante la noche del 31 de Agosto al 1 de Septiembre, Lou Ganet expira en los brazos de su enemigo de la víspera.



Al tener conocimiento de su muerte, Ferrocas musita:

-¡Dios no les perdonará jamás!

La atmósfera de la prisión alcanza la cima de la angustia trágica. Nadie consigue dormir. Ozouf, el joven intérprete tres veces torturado, se acaba de suicidar. Se tira del balcón del segundo piso para escapar a las nuevas sesiones de bañera

incendiaria. Cuando los verdugos van a buscar al padre de Lou Ganet, encuentran un hombre cuyos cabellos emblanquecieron durante la noche atravesada por los gritos del hijo. Y le dicen:

-¡Tu hijo ya marchó, ahora te toca a ti!

Lo bajan a la "Gran Escuela". Hans, el taciturno, le aplasta los dos pies en la prensa, pero como el torturado no osa desafiarlos hasta el final como el hijo, lo llevan otra vez para la celda.

Tercer interrogatorio de Raymond Ferrocas por los inspectores de la "Escuela Maternal". Había acabado de pasar la bañera incendiaria. No tiene pestañas ni cejas, conserva apenas unos mechones de cabellos chamuscados y no se puede servirse de las manos, cubiertas de ampollas monstruosas que ya supuran.

-¿Entonces, los boches?, pregunta el inspector. Supimos que colaboraste con un criminal de las SS. ¿Qué buscaba allí abajo?

-No se nada.

El inspector le aplasta la nariz con un puñetazo. La sangre corre a borbotones.

-¿Entonces?... ¡O hablas, o serás fusilado! ¡Es tu última oportunidad!

-No se nada, balbucea Ferrocas soplando ampollas rojas entre los labios.

-¿No sabes nada? ¿Eres imbécil? ¡No valía la pena arriesgar tanto! ¡O entonces eres un duro! ¡Pero ya hice hablar tipos más duros que tu!

Encerrado definitivamente en una voluntad de silencio calvinista y *cévenole*, Raymond Ferrocas fue llevado para la celda <sup>1</sup>.



El tribunal militar inauguró sus trabajos en 1 de Septiembre.

---

<sup>1</sup> Los habitantes de Tautavel (Pirineos orientales) continúan sustentando hoy en día un acontecimiento insólito que habría tenido lugar en 1945. Durante un año, según ellos, el día después al día de la muerte de su párroco en Persignan, la campana de la iglesia tocaba durante varios minutos sin que hubiese una intervención mecánica o humana.

A partir de entonces, la chusma va a poder caucionar todos los días las ejecuciones capitales. Los pelotones comienzan a operar en la línea de tiro de Réomieu y, a continuación, en el picadero de la caserna Lapperrine. Centenares de personas ocupan permanentemente la avenida de las Tilos, donde pueden seguir las operaciones mejor que en el cine. Los hombres caen entre aureolas de polvo y luz dorada. Las colinas del Carcassès volvían a cubrirse con la piel flava de la leona. Viñas doradas. Euforbios rojos. Sol rojo. Vino tinto...

Un autocar especial Narbona-Carcasona garantiza diariamente el servicio de los fusilamientos turísticos, lo que da treinta o cuarenta personas aparte de las habituales. La manera de desenvolverse meridional introduce una cierta suavidad en la ruda kermés... Las personas van y vienen de la avenida al picadero y llegan a introducirse en la propia arena para examinar los cuerpos de los ajusticiados. Cuando los condenados apostrofan al pelotón de ejecución y mueren orgullosamente, la multitud aplaude. Escarnece a los infelices que no caen con la primera descarga. Es el caso de Jacques Pannier, de diecinueve años, que la sobrevive. Una voz sube desde la chusma:

-¡Tírarle a los tomates!

Al cabo de tres salvas, un sargento-ayudante inepto acaba con el adolescente. Triunfo popular para los Promé, padre e hijo. Caen cogidos de las manos como si hubiesen acordado su fin en la prisión.

El aire huele a polvo, a pólvora y a salpicón. Las mujeres traen vestidos de domingos y los muchachos más jóvenes el traje de la primera comunión. Los hombres beben jarras de cerveza y fuman cigarros. Los F.T.P. se pasean gravemente exhibiendo con ostentación pistolas-ametralladoras felizmente vaciadas en el último fuego de artificio. Los ambiciosos aprovechan para lanzar discursos electorales. Una criatura pregunta a su madre:

-¿Mamá, duele mucho al señor cuando aquello hace 'bum'?

-Si, querido, mucho, responde la mujer, que no sabe que doce balas de guerra juntas infringen menos dolor que un pinchazo de alfiler.

-¿Y también me van hacer 'bum' cuando sea grande?

-¡Si fueses miliciano, claro que si!

Ella piensa: ¡No se volverá a ver esto!... ¡Hay que aprovechar!

A pesar de Dios estar en reparación en la diócesis de Carcasona, las mujeres se persignan cada vez que un condenado cae. La ciudad acaba de descubrir el poder del hambre y del miedo original y resucita el pasado más allá de la época que le confería la primera dignidad, del *murus strictus* y del *murus strictissimus* de la Inquisición. La "banda Gaby" adoptó el superlativo *murus strictissimus* y trascendió con ímpetu grandioso la ferocidad del Antiguo Testamento.

Antes de dejar la prisión para ser fusilado, Vassas hijo pidió un vaso de agua. Gaby descendió a la cava.

-¡Dame un vaso de vinagre!, pidió al cocinero D.

Vassas hijo fue obligado a beber el vaso de vinagre y todavía vomitaba cuando lo amarraron al poste.



Raymond Ferrocas no ve el poste de ejecución porque está casi ciego. Al tambalearse por causa de los pies mutilados, la chusma lo insulta por pensar que le falta coraje. Tampoco ve la mujer que entra el corredor de tiro de Réomieu en una pausa entre dos ejecuciones o, si ve, no la reconoce. Es Judith, la antigua *mère aubergiste* que, muy gravemente, con fervor sensual, se prepara para empapar el lienzo en la sangre del joven Pannier fusilado minutos antes. Los F.T.P. la corren como quien espanta una mosca.

Cuando lo amarran al poste, Raymond Ferrocas, continúa repitiendo la frase que acompañó siempre su estancia en la prisión y las horas de tortura... No se nada... No se nada... Y se admira de que los hombres que lo rodean, cuyas siluetas difusas difícilmente consigue localizar, no le hagan más preguntas. Se siente ahora muy seguro de sí. Anestesiado por el exceso de sufrimiento, hace mucho que traspasó el estadio peligroso de la tortura, lo que todavía permite "vaciar". Está en regla con su conciencia *camisard*, del cristianismo llevado en serio que persigue el más íntimo de los malos pensamientos y condena a

la eternidad lo que falta a la palabra dada. Ganó la paz en el reino de Dios y muere en paz.

No ve el pelotón en frente, sólo oye maniobrar las culatas de las escopetas. Grita:

-¡Viva Occitania libre!

No expira inmediatamente tras la descarga. El sargento-ayudante le dispara un tiro en el oído y dice al incorporarse:

-¡Normalmente mueren por Pétain, pero este no!

Después, volviéndose para un soldado del pelotón de ejecución que se aproximaba al poste:

-¿Sabes lo que es eso de Occitania?

-No, mi sargento-ayudante. ¿Será algún partido político?

El ayudante levanta la cabeza, mira hacia el cuerpo que está para ser transportado y murmura:

-¡Otro *amôrri*!...



Los aldeanos tomaban a Guyot Peyrat por *amôrri* cuando lo veían rodar los aros de la bicicleta, haciendo un enorme barullo con la chatarra y saltando de forma cómica en el camino irregular. ¡Fue eso, precisamente, que lo salvó! En toda la Europa rural, de Kharkov a Landerneau, los tontos de pueblo continúan siendo monstruos sagrados que merecen respeto.

Los neumáticos de la bicicleta robada en Persignan debían ser probablemente de antes de la guerra y llegaron su fin después de Estagel. No tenía dinero para sustituirlos y, además, continuaba sin haber ese artículo en las tiendas comerciales.

A la noche, Guyot Peyrat desenterró patatas, las comió crudas y durmió encima de los haces de heno. Rodar en los aros de los neumáticos le provocaba una verdadera crisis de nervios, de manera que arrojó la bicicleta al Agly antes de llegar a Rennes-Bains. A la noche, atravesó Limoux a pie y continuó caminando hacia poniente. No sabía donde ir, sólo una certeza le llevaba a seguir de frente: huir a toda costa del Languedoc que acababa de ofrecerle un espectáculo de terror y le proponía desempeñar un papel para el cual no sentía la menor vocación.

Totalmente agotado, se refugió en la iglesia de Mirepoix donde el crepúsculo ya tejía una sombra protectora. Se puso de rodillas multiplicando gestos de intensa fe, más para complacer a una vieja beata sentada en un banco próximo que en la certeza de que Dios podía mejorar una situación verdaderamente detestable...

Sin bicicleta, no podía ir muy lejos. Robar otra era muy arriesgado y no tenía un céntimo para tomar un tren... Jamás saldría libre de aquel infierno languedociano. Nada más salido de la iglesia, cualquier policía podía pedirle los papeles y reenviarlo para las cámaras de tortura de donde había escapado milagrosamente.

Guyot Peyrat tenía buenos conocimientos de historia, literatura y filosofía. Sabía que los plazos impuestos por la República jacobina para la remisión de los pecados habían sido fijados en siete años. Esa disposición no hacía parte de cualquier ley o decreto, estaba consagrada por el uso en los siglos XIX y XX... Para poder sobrevivir hasta recibir la absolución, le era necesario desaparecer durante siete años. ¿Dónde y cómo?



Se puso a rezar con los labios más que con el fondo del corazón. La noche se cerraba lentamente a su alrededor. La vieja vestida de negro se levantó y salió a multiplicando genuflexiones y la señal de la cruz. Un hombre llegó al lado del pórtico con la intención evidente de cerrar la iglesia. Súbitamente, una gran mancha blanca apareció tras el altar, lo rodeó, descendió el pasillo central de la nave y se dirigió a la salida. Dominado por una inspiración que más tarde iría a considerar genial, Guyot Peyrat se levantó y le impidió el paso diciendo en voz grave y algo imperativa acentuada por una especie de aspereza resultante de las fatigas y terrores experimentados en los últimos días:

-¡Derecho de asilo!

El monje tuvo un sobresalto, se inclinó hacia él y puso una mano tras el oído.

-¡Perdón, amigo mío... oigo mal!

El religioso se quedó perplejo. Era perfectamente evidente que nadie había invocado el derecho de asilo desde que entrara en la Orden. Sabía que ese recurso existía porque no ignoraba del todo la historia de la Iglesia, ¿pero qué tenía que ver esa costumbre medieval en el contexto moderno de una Francia en plena euforia libertadora?

Parecía simultáneamente intrigado y fastidiado. Guyot Peyrat sintió que su oportunidad no estaba tan firmemente garantizada como había pensado de inicio, cuando esa inspiración brotaba de las oraciones.

-¿Por qué pide derecho de asilo?, murmuró el monje.

Peyrat reflexionó durante un segundo y pensó: si le digo la verdad, me pone de patitas en la calle. Prefirió contemporizar...

-¿Padre, podéis oírme en confesión?

-Bien... está viendo... soy dominicano, no soy el ministro de esta parroquia...

Se calló. Su rostro parecía relajado, pero tal vez fuese un reflejo del crepúsculo cuyas sombras más acentuadas lo modelaban con alguna suavidad. Oliéndose algún ardid, dijo casi brutalmente:

-Nada de ceremonias... No hay nadie en esta iglesia. Puede hablar a placer...

Peyrat decidió que debía lanzarse al vacío sin perder más tiempo. La iglesia iba a cerrar, el monje regresar a su comunidad y abandonarlo en la carretera. ¡En medio de dos policías!

-¡Soy un miliciano en fuga!, anunció con voz firme.

El religioso estremeció, abrió largamente la cogulla blanca y la cerró otra vez sobre el pecho. Comenzó a andar más deprisa, descendió al pórtico y subió de nuevo al altar. Guyot Peyrat se pegó a él como el naufrago a una boya de salvamento. Preguntó astutamente:

-¿Padre, podéis dar la absolución a un miliciano en fuga?

El monje abrió de nuevo la cogulla y la mantuvo durante unos segundos levantada hacia la bóveda en un gesto de sublime estupefacción.

-¡Sin duda... sin duda... Pero tu no eres un pecador vulgar, eres un criminal de derecho común!

-¿Y qué me aconseja en ese caso?

El monje volvió a cerrar la cogulla, gesto que hizo pasar delante de los ojos de Peyrat un rayo luminoso, al mismo tiempo que sentía un olor agradable de lana noble que evocaba las manadas de ovejas en marcha hacia los pastizales libres de la montaña pirenaica.

Le aconsejo, dijo el monje, entregarse a la justicia de su país.

-¡Gracias!, replicó en tono seco el miliciano en fuga. ¡No volvería a salir de allí! ¡Nadie regresa al infierno por voluntad propia!

-¡Pero puede contar con la justicia de Dios!

-¡Gracias, de nuevo, pero no quiero morir a plazo fijo! ¡Padre, tenéis una disculpa por hablarme así porque ignoráis lo que pasa en las prisiones de la Liberación!

-Ignoro, de hecho. Nuestro reino no es de este mundo...

Con la inteligencia agudizada por lo trágico de la situación, Peyrat se refugió en posiciones cuya solidez conocía a través de los conocimientos de la historia... La iglesia iba a cerrar las puertas. Le quedaban apenas unos minutos para garantizar la salvación.

-En suma, dijo al monje, sois más severo que Domingo de Guzmán, el fundador de vuestra Orden, que decía: "Cuando la bendición no vale, vale la porra"... ¿Me recusáis la bendición y me presentáis la porra ante incluso de oírme?

El religioso se sobresaltó y preguntó:

-¿Conoce la historia del Languedoc?

Guyot Peyrat sonrió.

-¡Mal como licenciado, pero bastante bien como escritor de la lengua d'Oc! Veamos... soy miliciano sólo por casualidad, por razones que ahora no tengo tiempo de explicar... pero vuelvo a Domingo de Guzmán. Cuando recorría nuestro país cerca del 1206, predicaba a los herejes, les solicitaba razones y les oponía las suyas. Aceptaba discutir con Guilabert de Castres y otros Perfectos en Montpellier, Montreal, Fanjeaux... ¡Aplicaba ciertas penitencias a los que regresaban al seno de la Iglesia, pero no les ponía la vida en cuestión! No es Domingo, sino Arnaud-Amaury quien, bastante más tarde, entrega herejes al brazo secular... ¿Vos, un hijo de Domingo, pretendéis que suba a la hoguera de la liberación sin ser oído? ¡No lo puedo creer!

El monje paró de repente y Guyot Peyrat pensó: ¡Ya está! ¡Lo acorralé contra la pared!

Era noche cerrada. La iglesia tomaba ahora las dimensiones de una floresta medieval, cada columna era un roble, cada bóveda buceando en un cielo negro. La llama de la presencia real brillaba en el altar con la fuerza de una estrella. El hábito blanco parecía anunciar el regreso de los ángeles al seno de los hombres y Peyrat se metió resuelto debajo de las grandes alas que se abrían y cerraban de vez en cuando. El sacristán avanzó anunciando tímidamente:

-Padre, vamos a cerrar...

-¡Un momento, por favor! O mejor, cierre, mi amigo, salimos por la sacristía.

Se inclinó hacia Peyrat. Alto y duro de oído como era, lo veía y oía mal.

-¿Querido mío, dice, escribe en la lengua d'Oc? ¡Magnífico! ¿Y habla occitano? Peyrat frunció el entrecejo por no esperar semejante pregunta. El problema lingüístico no hacía parte de sus preocupaciones inmediatas, y así y todo respondió en la lengua histórica que hablaba maravillosamente:

-¡Es en occitano que reclamo el derecho de asilo, padre!

El monje respondió también en occitano:

-¡Y yo lo concedo como hombre de Dios y languedociano natural de Lavaur!

Guyot Peyrat se estremeció vivamente. ¡La partida estaba ganada! Pensó que después de tener casi perdido, la pequeña patria lo salvaba ahora a través de un curioso rodeo. El monje añadió:

-Como miliciano, descendió más bajo que un criminal de derecho común. Se entregó a una herejía mundana muy grave y negó una cierta moral social. ¡Si Inocencio III volviese a este mundo, puede tener la certeza que sería menos blando que yo! ¡Va a necesitar mucho tiempo y de mucho esfuerzo para redimirse!

El monje hablaba ahora la vieja lengua del país y las reticencias perdían toda su importancia para Guyot Peyrat, que replicó alegremente:

-No me olvidé, padre, tengo siete años por delante para abjurar ese género de herejía!

-Venga, dice el monje. Voy a conseguirle un hábito conveniente. Como jardinero de la comunidad, tendrá de inicio la abertura al cielo de Dios y el canto de las aves, mucho esfuerzo también, y una alimentación escueta para reconducirlo al buen camino...

Paró en la entrada estrecha y baja de la sacristía, empujó la pesada batiente de roble con el hombro y dijo:

¡Es la puerta estrecha de la que hablan los Evangelios, que debes pasar, mi joven amigo! Sígame!

Guyot Peyrat siguió tras la huella de las grandes alas blancas que lo escondían y protegían de la noche que se cerraba tras ellos.



La noche clareaba hacia el lado del mar. Más que ver, el vagabundo adivinaba el rastro tenue e impreciso que dejaba tras de sí. Las Corbières vestidas en el oro del otoño parecían bien nutridas de sol. Los euforbios y las higueras rojas se anticipaban en la subida.

La noche acompañaba al hombre pero no le protegía. Al atravesar las aldeas, el aroma estimulante del vino nuevo le excitaba el olfato. La saliva le subía a los labios y el estómago gritaba de hambre.

Las perdices rojas levantaban el vuelo a su paso y traían el silencio, última posición de refugio antes de clarear el día, y de las cigarras, cansadas de serrar durante tanto tiempo la paz de los grandes días caniculares, retomar el trance discreto del final de la estación.

El hombre aligeró el paso. Vestía un uniforme de camuflaje y un saco del ejército alemán, uniforme vuelto banal con los últimos prisioneros de guerra y trabajadores que, como él, regresaban en el otoño de 1945 al hogar acogedor o destruido. Cojeaba de una pierna, pero recorría distancias con una rapidez sorprendente. La luz grisácea revelaba ahora la grande cicatriz que le adornaba la cara izquierda del oído a la comisura de los

labios, las marcas impresas en el rostro grisáceo, el cabello castaño cortado al rape.

Inquieto, Roger Barbaïra se preguntó si llegaría al castillo de Durban antes que la aldea encogida a la sombra de las murallas despertase. Hasta Narbona no tomó precauciones especiales, pero al llegar a la zona donde conocía casi todas las carreteras y poblados que también lo podían reconocer, decidió andar sólo de noche y parar durante el día en las ruinas de los grandes castillos románicos de la antigua frontera entre el condado de Narbona y el Rosellón, separados unos de otros por cortas etapas de treinta kilómetros. Una vez que nadie se aventuraba en esos parajes de aquel periodo de pre-historia turística, no corría el riesgo de ser descubierto.

Cuando llegó a Durban, ya se abrían algunas puertas de la aldea. Durmió casi todo el día bajo la bóveda del antiguo aljibe de piedras unidas con mortero rosa que en el siglo XV servía de prisión.

Comió poco para economizar las provisiones, cuyo refuerzo era ahora aleatorio. Naturalmente dotado de un sólido poder de sueño que lo había salvado durante los combates de los Cárpatos, de Pomerania y de Berlin y como herido clandestino en los hospitales de Praga y Viena, pedía y obtenía del reposo la reconstitución de una fuerza vital que no debía casi nada al estómago.



Volvió a partir después de cerrar la noche, atravesó la aldea y quince kilómetros adelante tomó posesión de las ruinas del castillo de Aguilar antes de nacer el sol. Durmió casi hasta el mediodía y se levantó algo febril para visitar el dominio. Exploró la torre del homenaje poligonal flanqueada por una torre redonda, construcción primitiva erigida por Ramón III, que en los planos de un volumen y localización más modestos recordaba la fortaleza de Peyrepertuse. Visitó las seis torres y la muralla que S. Luis había mandado edificar para defender la frontera meridional de un Languedoc finalmente unido a la corona de Francia.

Las idas y venidas de un lado para otro le causaban mal humor. Viviendo como un clandestino hace más de un año en un país cuya lengua hablaba mal, ganó el habito de ofrecerse a si mismo largos discursos para ocupar la soledad. Comenzó por maldecir contra el estado ruinoso del castillo e interpelar a la Dirección de Monumentos Históricos, el departamento de conservación y los aldeanos de Tuchan que robaban piedras talladas de Aguilar para reforzar las casas o construir otras nuevas. A las cinco de la tarde, retrocedió en el tiempo y se dirigió directamente a Olivier de Termes, hijo de Ramón III, emparedado en Carcasona. Le dijo:

-¡Señor, sois un traidor! ¡Al entregar este castillo al rey de Francia en 1241, justo tras el desastre de Trencavel, insultasteis irremisiblemente la memoria de vuestro padre!... ¿Cómo?... ¡Oigo mal!... ¿Decís vos no culpable? ¡Inapelable, señor, inapelable!... ¡En la entrega del feudo a S. Luis, mandasteis inscribir en el acta que actuasteis sin "caución ni coacción"... lo que significa que receláis del juicio de la posteridad! ¡Y entregasteis a vuestros Cátaros! Me importan poco vuestros Cátaros, pero no perdono el abandono de nuestros derechos directos sobre las tierras de Occitania. Os arrodillasteis a los pies del rey por una limosna de veinte mil libras que sirvieron para pagar vuestras deudas... ¡Felonía! ¡Felonía!... ¡Si en vez de dar fiestas hubieses trabajado y combatido, no tendríais deudas! Después de eso, ¿fuisteis tres veces a la llamada tierra santa? ¡Traición!... ¡Sois un cobarde! ¡Escupo en vuestra cara!

Escupió en las ruinas y dio un puntapié en unas matas que crecían entre dos piedras talladas. Una víbora brilló frente a él y desapareció. Se levantó un viento áspero y helado anunciando la tramontana norte que iba a comenzar a soplar al amanecer del día siguiente para mantener durante tres, seis o nueve días.



Noche avanzada, volvió a partir para cumplir la corta pero ruda etapa que le llevó a Quéribus. Después de pasar Cucugnan, se hundió en la tempestad seca que maltrataba la espina de las montañas. Al llegar al último resalto de las ruinas, la tramontana

lo cogió por el medio del cuerpo y lo tiró por encima de las piedras. Se irguió maldiciendo y volvió a subir, poniéndose en guardia cada vez que adivinaba la aproximación de una ráfaga, apoyándose fuertemente con todo su peso y tirándose hacia atrás delante del vacío que lo tragaba cuando el viento soplaba con la brusquedad de un asalto y la masa del viento cargada de remolinos pasaba a su alrededor con el ímpetu de un torrente.

A su alrededor se agitaban bojs torturados. La inmovilidad que retomaban entre dos ráfagas parecía tan loca como la gesticulación anterior. Como el silencio que sucedía a las explosiones de viento...

Barbãira cayó varias veces de bruces y de espaldas, fue alcanzado en la cara por una piedra, maldijo de nuevo y continuó. Quéribus se defendía, no se dejaba albergar. Tenía que conquistarlo y la percepción que tenía de la situación le encantaba... ¡Hacia mucho tiempo que sólo perdía batallas!... Se batió contra el viento, contra la altitud y contra la granizada de piedras que llovía de la barbacana... Se lanzó al suelo y se levantó como en la escuela de las Waffen-SS...*Heinlegen...* *Auf!* y progresó con saltos sucesivos. Franqueó la barbacana rastreando sobre las piedras, arriesgó su vida en una escalera en ruinas que rozaba un abismo y, finalmente, entró en el castillo de Quéribus.

Siguió a lo largo de una gran construcción con ventanas abiertas al sur. Avanzó pegado a los bloques de piedra de la segunda muralla, algunos de los cuales con más de un metro de longitud. Los palpó al pasar como para apropiarse de su invencibilidad confirmada por el tiempo, que necesitaba para llevar a cabo la conquista contra los ejércitos de la tramontana.

Entró en la torre del homenaje y a su alrededor se impuso una gran paz, de inicio más insoportable que los rumores del cabo de Hornos que persistían en el exterior, pero después la más dulce y ávida de las meditaciones. Exploró la torre del homenaje y, después de multiplicarse en acrobacias en una escalera peligrosamente en ruinas, llegó a la azotea, pero no pudo mantenerse más que algunos segundos al viento bajo pena de emprender un vuelo en los abismos. Regresó a la sala abovedada del piso.

El amanecer llegaba blanquecino. Roger Barbaïra sintió un vacío creado por el efecto desvitalizante del huracán. Sintió una fiebre ligera que, sin embargo, creaba a su alrededor los personajes exigidos por la soledad. Percibió sombras móviles animadas por el viento que los primeros reflejos del día coloreaban. De negro, el cielo pasó a grisáceo y, después, a rosa. Es el minuto delicado y temible en que la noche ya no es noche y el día todavía no es día, durante el cual todo es posible, en que todo está permitido...

Roger Barbaïra se sentó en el banco de piedra tallada en un nicho de la muralla en la prolongación de la ventana oriental. Muy derecho, muy digno, con las manos sobre las rodillas, una corona de cabellos castaños en la cabeza enriquecida por finas perlas de luz, las esmeraldas de los últimos reflejos de la noche verde que se retiraba. Dijo:

-¡Chabertus de Barbaïrano, mi primo y señor de Quéribus, comparecéis ante el "Tribunal del Pueblo" porque entregaste sin combate una plaza-fuerte lamentada por los Perfectos y Creyentes cuyos nombres son: Pierre Paraire, diácono cántaro de Fenouillède –Guilhem de Raymond de Narbona- Bugarach – Borde de Barbaïra e Doumeng... Exposición de los hechos: Chabertus de Barbaïrano, señor de Quéribus, participó en la ofensiva de Raymond Trencavel en 1240 para reconquistar la patria languedociana... Durante la campaña, os hicisteis acompañar del caballero Aymeric de Montlaur y os posesionasteis del castillo de Montlaur en el flanco meridional de la Montaña de Alarico... Todavía lo teníais en vuestro poder al sobrevivir a la revuelta de Raymond VII... Después, Aymeric entregó el castillo a S.Luis contra la libertad de su madre, Auda de Montlaur, detenida por herejía en las prisiones de Carcasona!

-¡Es exacto, primo mío!, respondió Chabertus de Barbaïrano.

-¡No interrumpáis! ¡El tribunal verifica que os retirasteis a vuestro castillo de Quéribus con intención de defenderlo de los usurpadores. Representabais entonces el último señor occitano verdaderamente libre! ¡El 5 de Mayo de 1255, Pierre d'Auteuil, caballero picardo y senescal de Carcasona, sitia Quéribus, calificado por si mismo como nido de "herejes y ladrones". El 8 de Mayo de 1255, manda entregar por mediación de Guillaume

de Broue una carta a los obispos reunidos en concilio en Béziers. Reclama el apoyo de la Iglesia para acabar con vos, lo que demuestra su imposibilidad de conseguirlo mediante medios propios! ¡Los obispos le responden que no están dispuestos a seguirlo en ese asunto y que la Iglesia no puede tomar posición sin orden del legado del Papa o del arzobispo de Narbona. Lo que prueba que la ofensiva dirigida contra vos se inspiraba en motivos puramente políticos! ¿Qué sucedió para hayáis entregado Quéribus tan de repente?

-Messire, Olivier de Termes prometió negociar la independencia de mi feudo y me condujo a una encerrona. ¡Nada pude hacer, tuve que someterme!

-Conocemos a ese señor Olivier de Termes y el "Tribunal del Pueblo" ya lo condenó ayer en el tribunal de justicia de Aguilar. ¡Debéis esperar todo de la perfidia de ese traidor, todo, salvo la acción que le reprobáis hoy! ¡En efecto, Olivier de Termes estaba retenido en Malta en el regreso de la Cruzada en Mayo de 1255, y sólo llegó al Languedoc en otoño de ese año!

-Si no fuese Olivier de Termes, sería cualquiera de los suyos. ¿Tal vez su hombre de confianza Guillame Aban? Sea como fuere, firmé la capitulación con el puñal en la garganta.

-¡Poco importa, primo! ¡Entregasteis los Cátaros, que me interesan tanto como mi primera pistola-ametralladora, pero entregasteis también los *Faydits* que confiaban en vos y que eran, después de todo, el cerebro y el brazo capaces de salvar nuestro país de la servidumbre! En lugar de vivir con vuestros semejantes expoliados en los bosques pirenaicos, como los lobos, os reconciliasteis con S.Luis y con la Iglesia. ¡Ciertamente, os retirasteis a la corte del rey de Aragón, pero en Octubre de 1275 estáis en compañía de Pierre Roger de Mirepoix -¡qué los judíos le guarden el alma!- como testimonio del casamiento de Tiago, infante de Aragón y futuro rey de Mallorca, con Esclarmunda, hermana de Roger Bernard IV, conde de Foix! ¿Es cierto?

-¡Es cierto, primo!

-De Perpignan, avistabais la silueta de Quéribus en el horizonte de las Corbières! ¿Vuestra conciencia estaba en paz al

contemplar la última obra fortificada de la Occitania entregada por vos al enemigo?

-¡No recuerdo, primo. Era viejo, mi vista era débil y no me permitía distinguirlo!

-¡El "Tribunal del Pueblo" reprueba vuestra insolencia! Recordaros que ningún señor, ningún general, ningún soldado que defienda una causa justa y popular tiene derecho de capitular en lugar alguno y sea cual fuere la razón!

Chabertus de Barbaïrano comenzó sentirse inquieto. Mudó de tono y apostrofó el tribunal en la persona del primo:

-¡Vamos ya, muchacho, tiene gracia que un *Faydit* SS, cuyas tropas capitularon en todas partes delante de los bárbaros asiáticos y les permitieron instalarse a doscientos kilómetros de Reno, venga ahora a recordar y recriminarme la entrega de un castillo cuando ya todo estaba perdido para nosotros, occitanos!

-¡El "Tribunal del Pueblo" condena vuestro lenguaje grosero y repudia semejante declaración. Las SS no capitularon en parte alguna, ni en el frente de combate, ni en el frente ideológico! ¡Para firmar la capitulación de Alemania el 8 de Mayo de 1945, fue preciso descubrir un almirante alemán que no representaba más que un grupo de indolentes y cobardes, ya que todos los héroes estaban muertos. Las SS defendieron el terreno palmo a palmo y sólo después de la liquidación física de sus defensores el enemigo lo ocupó. Los demonios occidentales vencieron a Alemania pero no a las SS, cuyo destino no es más alemán que occitano. La guerra continúa y es poco probable que las SS vengan a capitular algún día!...

Chabertus de Barbaïrano, mi primo, sois acusado de entregar la última plaza-fuerte de Occitania, lugar tan importante, que su entrega arrastró automáticamente la rendición de Puivert y del invencible Puylaurens, castillos donde se va a mudar el "Tribunal del Pueblo" en las próximas noches. Sois acusado de cobardía, mentalidad extraña para nuestros semejantes, sobre la cual sólo podemos deplorar la frivolidad. Sois acusado también de felonía por haber llamado a los señores franceses Pierre des Voisins y Philippe de Montfort como garantes del acta que vos deshonoró.

En consecuencia y tras deliberaciones, el "Tribunal del Pueblo" os condena a un final tan ignominioso como ignominiosa fue vuestra vida. Seréis colgado por el pescuezo en el gancho de un carnicero de Saint-Paul-de-Fenouiller hasta la muerte...

Roger Barbaïra se despertó. Era ya día claro y la tramontana no calmaba en los asaltos. El cañón tronaba, los soplos salidos de las gargantas de la artillería cósmica hacían temblar las murallas.



Al pasar la poterna de Puylaurens, nido de águila en equilibrio sobre precipicios, la guarnición le presentó armas. Saludó a los herejes refugiados en la fortaleza: Pierre Jacob – *Bérenger* Maleret – Pierre Brunet – *Bérengère* y marquesa de Dorna – Pierre Jean de Limoux – Raymond de Viviers. Dijo a Rubens de Alafais, comandante de la plaza:

-Os hago caballero de la cruz de hierro por vuestra resistencia victoriosa.

-¡Gracias!, respondió el capitán, ¡pero nada pido! Ni Simón de Montfort ni los reyes de Francia se atreverán a atacar Puylaurens porque nuestros muros son inexpugnables.

-¡Pensáis equivocadamente, capitán. La victoria de una gran causa no depende de las murallas que protegen las fronteras, sino de la nobleza de sangre de los defensores!

Volvió al camino al día siguiente y, en razón de la extensión de la etapa, llegó a Puivert bastante después del amanecer. Se refugió en las ruinas casi informes del castillo primitivo detrás de la pared gótica que antes enlazaba las torres llamadas "Verde" y de la "Tesorería". No encontró alma alguna, a no ser Adelaida, esposa de vizconde Roger Trencavel, que en 1178 organizó en Puivert las primeras Cortes de Amor. Lloraba el fin de los días felices de Occitania y deambulaba en el desierto de piedras negras a la búsqueda de los laúdes y flautas de los trovadores. Barbaïra le dijo:

-¡Tienes razón para llorar, señora! ¡Mientras cantabais, los varones del norte se armaban y preparaban para nuestra ruina!

En la orla del gran bosque de Sainte-Colombe, entre los desfiladeros de Babourade y Del Teil, encontró al jefe de la casa de Puivert, señor *Faydit* que vivía en las montañas. Le dijo:

-Por vuestra participación en la muerte de los inquisidores en Avignonnet y por vuestra intransigente resistencia, os nombro caballero de la cruz de hierro!

La fiebre ligera que se apoderó de Barbaïra, lo transportó a otro estado.

Reinició la marcha para poniente, como Guyot Peyrat un año antes, pero, en lugar de salir del Languedoc, avanzó con insistencia al corazón de Occitania.

El día despuntaba cuando pasó por Fontestorbes. La luz de luna dominaba todavía el paisaje. Oyó un pío breve de ave que no se repitió... como si el animal se sintiese en falta por anticipar la hora legal fijada para el canto de las aves. El viento intentaba hacer olvidar los excesos de la tramontana y rodaba discretamente alrededor de los árboles. Detrás de los hombros del proscrito tomaban forma discretamente las primeras franjas rojas del sol naciente. Iluminadas por rayos todavía invisibles en la tierra de los hombres, las pirámides plateadas de nubes aparecían como proyecciones de montañas vueltas hacia el plano vertical y en una sustancia diferente. Toda la vida estaba suspendida a la espera de las revelaciones traídas por el nuevo día.

Dominando la fatiga y arrastrando la pierna trabada por una herida mal cicatrizada, Roger Barbaïra continuó avanzando por la carretera. La cortina de montañas se destacaba progresivamente al fondo del plano corto y ofrecía con una reticencia especial otras vistas de pendientes y cumbres. A medida que llegaban ante él, el proscrito aflojaba el paso. Acabó por parar y dijo con voz ronca, como si las lágrimas que le subían a los ojos le embargasen al mismo tiempo la garganta:

-¡Montsegur!

El *pog* de múltiples caras aparecía encuadrado exactamente entre dos montañas abiertas en abanico, tenía el aspecto del Cervin, contemplado desde Gornegrat. Observado desde la cara este que se ofrecía a la vista, se afirmaba según el título romántico de "pico inaccesible" mientras que, desde otros

ángulos, aparentaba no ser más que un gran peñasco. En la luz todavía tímida, con las aristas difuminadas por neblinas finas y la distancia que mantenía incierta la frontera trazada entre el cielo y las montañas, el *pog* dependía en ese instante de otra escala de valores que diferente a la plástica o geométrica. Barbaïra no la percibió, pero parecía oír a través de sí el grito de la tierra que en vano intentaba volverse más ligera que el cielo. Grito de desespero, no de esperanza. Y pensó que no fue el puñado de hombres excepcionales que confirmó al *pog* esa voluntad de imponderabilidad esotérica con su sacrificio, pero que esa imponderabilidad ya existía antes de su venida.

Barbaïra estremeció. Percibía ahora que una voluntad exterior a su aventura militar lo impelía hacía largos meses hacia Montsegur y que ya estaba cerca del final del camino.



Al llegar a la vista de Serrelongue en la parte baja de las gargantas del Caroulet, el proscrito tomó el sendero que conocía bien y caminó a lo largo de la masa rocosa. En breve el escarpado desnivel comenzó a disminuir de altura. Llegó por el pasaje Roc de la Tour a la falda de la pendiente norte arbolada y entró en sus abrigos. Los árboles se fueron tornando progresivamente menos densos y en breve fueron sustituidos por los bojs. Mientras las luces de Villeneuve d'Olmes, Lavelanet, Laroque d'Olmes se extinguían al fondo de la planicie.

Sube ahora un terreno fácil para un montañero de su época acompañado de grandes convoyes de nubes de vacaciones que siguen a plagas y valles celestes de esplendores ignorados por los hombres al sabor del viento.

Barbaïra se siente cada vez más libre. Tarda algún tiempo en localizar los bloques de piedra abandonados por los "artilleros" de Hugues des Arcis en 1244, pero acaba por encontrarlos y desdobra la lona de la tienda en la zona más densa de bojs donde queda prácticamente invisible. Perturbadas en su meditación, las hojas cortas dejan caer sobre ella las perlas de rocío brillantes como diamantes nacidas en el crisol de la noche.



Al cabo de una semana, Roger Barbaïra mantenía las mejores relaciones con los defensores de la fortaleza, los *Faydits* y los herejes allí resguardados. Raymond de Périlhe, comandante en jefe de la guarnición, le dijo:

-¡En el inicio del primer cerco disponíamos de víveres para cerca de dos años. Hoy, cuando la plaza apenas está bloqueada por el senescal de Vincent Auriol, no hay de comer!

-¡La condición de proscrito es más dura en el siglo XX que en nuestro tiempo!

-¡Lo dudo!

-¡Os faltan términos de comparación para juzgar, Messire! *Faydit* como conde de Miramont y después como Obersturmführer de las Waffen-SS, conozco mejor que vos el proceso que lleva a la degradación de la persona humana!

-¿Qué va hacer, hijo? se inquieta el Perfecto Bertrand Martin, último jefe espiritual de Montsegur.

-¡No soy vuestro hijo. Me reabastezco con los medios disponibles a bordo. Hoy como ayer, el bloqueo de la fortaleza no es total!

La noche comienza a descender a la planicie de Lasset cultivada por los habitantes de la aldea. Roba patatas, coge los últimos frutos del otoño y piensa en el invierno...

-¿Cómo vais a subsistir en los días fríos, gentil caballero?, pregunta Jordana de Montaure que regularmente lo visita al arborecer, siempre más conmovedora en su belleza pero intocable con el vestido simbólico de lana negra con que fue "revestida" y que sustrae las pasiones humanas.

-¡Comiendo nieve, noble dama!

-¡Pero la nieve no alimenta el cuerpo, noble Sire!

-¡Entonces muero de hambre, pero no capitularé!

-Os daremos el Consolamentum y, con la ayuda del Espíritu, entrareis con nosotros en lo Inefable.

-¡No quiero saber del Inefable y el Espíritu que venero es el de la resistencia!

Mientras Roger Barbaïra continua soñando, la alborada posa velos de helada blanca en la montaña. La fiebre que la herida

mal cicatrizada del muslo alimenta cada vez más sostenerlo mejor que las patatas que tiene que comer crudas en virtud de la imposibilidad de encender un fuego que revelaría enseguida su presencia en el *pog*. Sin manta, hiela en la tienda minúscula. Espera impacientemente el sol, es así, a través de la carne, que descubre el origen material de los cultos solares.

Jordane de Montauve, hija de la santa Cátara, aparece puntualmente al nacer el día. Como no puede dejar de ser, tiene la ligereza de la sombra y no hace ruido al deslizarse entre los bojs gigantes. Manifiesta su presencia a través de las gotas del rocío que hace llover en el techo de la tienda al apartar la vegetación que la protege.



Al despertar una mañana, Roger Barbaïra descubre que Jordane de Montauve ya no es tan discreta. Las ramas secas crujen bajo sus pasos y hace rodar piedras en la dirección del pasaje de Trébuchet. Durante segundos –o minutos- divaga con el subconsciente atrapado en la frontera que separa el siglo XIII del siglo XX. Después, da un salto. No es un fantasma quien hierra en la vecindad de la tienda. Barbaïra ya había visto subir varios visitantes, gente de la aldea de Montsegur, correligionarios de Montsegur, alto lugar cátaro, los evitó fácilmente, pero la presencia de un ser humano en el *pog* al despuntar la aurora toma un carácter amenazador.

Se revuelve en el saco, saca la pistola de oficial asistente, una P38 que conserva y trata con cuidado escrupuloso, introduce una bala en la recámara, mete tres cargadores en el bolsillo, se desliza fuera de la tienda y trepa en dirección al pasaje de Trébuchet.

Se armó por reflejo, pero continúa indeciso en cuanto a la actitud a adoptar... ¿Algún aldeano idiota que está en Montsegur sin ninguna curiosidad especial como podía estar en la cima de Saint-Barthélemy?... También puede ser un grupo de policías lanzados en su búsqueda... En ese caso, tiene que reconocerlos, evitar el contacto y retirarse para uno de los escondrijos seguros que conoce. Si fuese cercado y no tuviera

posibilidad de fuga, abriría fuego. ¡Con treinta y dos cartuchos, tiene suficiente para hacer pagar un precio exorbitante por la vida!

Avanza con más curiosidad que recelo y se estremece al oír su nombre volar en las alas de la mañana fría y centelleante:

-¡Roger!... ¡Roger!... ¡Roger!...

Sale de los bojs y avista una muchacha de pantalones negros –tan negros como la falda de lana de la Perfecta cuya visita esperaba– que le llama con las manos en concha puestas alrededor de la boca. A sus pies, una voluminosa mochila posada sobre las piedras.

Al reconocer A Auda Isarn, deja caer la pistola, que produce un ruido velado al desaparecer en medio del musgo, vacila durante un segundo y se precipita hacia ella como un loco.

-¡Me asustaste, Roger, para!

Barbaïra la aprieta con tanta fuerza que la sangre le enrojece el rostro y el aire de los pulmones. Se tambalea como un soldado alcanzado en el vientre que busca el mejor sitio para caer... Después, retrocede, gana espacio y contempla a Auda Isarn, que tal vez enriquecida por las meditaciones de la larga espera o simplemente evolucionando hacia la maternidad, está más bella que nunca, más patética y menos inquietante que antes. Barbaïra naufraga de nuevo en aquellos ojos que lo ahogan. No consigue sacar una sola palabra de la garganta, a no ser la que arranca a las entrañas con la rudeza de un animal:

-¡Auda!

Vacila de nuevo, ve pasar delante de los ojos un velo gris que crece hasta transformarse en un enorme velo blanco que parece barrer el horizonte de las privaciones, del sufrimiento físico y moral, de la voluntad hipertrofiada, de la soledad que genera fantasmas con los que vive hace mucho tiempo. Se siente hundir en un océano de hielo y pierde el conocimiento.

Cuando recobra el sentido –muy rápidamente gracias al poder misterioso de las manos que se posan en él– percibe el rostro de la amante inscrito en el disco del sol ya alto. Hace un esfuerzo para llegar a sus labios y vuelve a caer en el lecho de musgo. Sólo ahora tiene conciencia del estado de debilidad extrema a que llegó y se pregunta como puede estar tanto tiempo en un

universo entero coaligado contra el *Faydit* SS sin ayuda exterior. Arriesga una sonrisa que realza la cicatriz roja y entumecida que le hiende el rostro de la oreja a la boca.

-¡Estás herido, mi pobre Roger!, murmura Auda, ¡pero voy a curarte. Podré hasta hacer desaparecer ese golpe vil!

Sonríe y añade:

-¡Si la eficacia de los medios que dispongo depende de la fuerza con que voy a utilizarlos contigo, tal vez pueda decirte en breve como el primero de los ángeles: levántate y camina!

-Es sobretodo el muslo que me aflige, dice lentamente Barbaïra. La cara no me preocupa... Un fragmento de obús en Sanok que rasgó mi casco de arriba abajo, sobre el lado izquierdo, y me alcanzó la cara. Tuve suerte, pero el muslo es otra cosa. La herida no cierra. Todavía debe haber hierro dentro.

Auda lo mira con un interés que parece nuevo. Se trata de su amante, pero es principalmente, talvez, un herido...

-Desde que la guerra terminó, vine a esperarte aquí dos veces por mes. ¿Qué sucedió para no haberte encontrado antes?

-¡Ah, acabo de llegar, por así decir! De Viena a Montsegur... sin billete de tren... ¿Cómo sabías que venía directamente para el *pog*?

-¡Qué pregunta!, murmuró Auda levantando ligeramente los hombros.

Barbaïra se baja los pantalones. Auda le pone un apósito en la llaga del muslo y él sigue sus movimientos con la confianza de una criatura enferma. Gracias a ella, acaba de comer desde hace una semana y por primera vez otra cosa que no sean patatas crudas y ciruelas podridas. La memoria que se había retirado hacia los grandes mitos del pasado, manifiesta ahora una intensa curiosidad por la hora presente. Como queriendo librarse de una angustia que lo tortura, pregunta bruscamente:

-¿Qué han hecho con mi padre?

-Estuvo seis meses en prisión en tu lugar. Le aplicaron diez años de indignidad nacional por crimen de paternidad... ¡La verdad es que, con la tarifa normal de la nueva justicia, no pagó un precio demasiado alto por haber engendrado un SS!

-¿Y Le Pech?

-Está bajo embargo a la espera de que tu situación se regularice. Nombraron un administrador provisional que, mediante señales, se entiende bien con tu padre.

-¡Menos mal! ¿Y.... yo?

-¡Condenado a muerte por contumacia, evidentemente!

Barbaïra ríe.

-¡Panda de canallas!

-No te rías. En Carcasona y en otros lugares pasaron cosas terribles.

Barbaïra cae en una especie de postración, vuelve a reanimarse y pregunta a la moza tumbada a su lado que le aprieta la mano con dulzura maternal:

-¿Tuviste noticias de Ferrocas?

-¡Fue fusilado en Carcasona!

Barbaïra estremeció.

-¡Puercos!, murmuró sordamente... ¿Y Lou Ganet?

-Murió también en la prisión.

Nuevo sobresalto. Auda no se atreve a precisar en que círculo infernal había hecho bucear al pequeño Ganet y piensa: toda la gente de Carcasona sabe lo que pasó y ha de contarle como fue. ¡No es el momento de traumatizarlo!

-¿Y el *pau*? ¿Tuviste noticias de él?

-Consta que los alemanes lo quemaron, pero no se exactamente en que circunstancias.

-¡Desvergonzados!, murmuró Barbaïra otra vez. ¿Y Reboul?

-Legión de honor. Medalla de la Resistencia. Dirige la fábrica de Lavelanet y sustituyó al padre que está viejo.

-¿Y Marius Chabrol?

-Estuvo a punto de instaurar una república popular en Toulouse. Los diarios ya dejaron de hablar de eso, pero es él que maneja el cotarro en los comités de liberación del Languedoc.

-¡Tanto mejor para él!, suspiró el conde de Miramont. ¡Es un hombre de fe!

Tiró de Auda hacia sus brazos y buscó sus labios y ella se abandonó sin resistencia pero también sin gran entusiasmo. Barbaïra intentó llevar más lejos la iniciativa, pero Auda lo mantuvo a distancia con la dulzura firme que acostumbraba reservar a los enfermos del servicio hospitalario.

-¡No, Roger, ahora no. Un herido grave convaleciente que acaba de recorrer no se cuantos kilómetros a pie, tiene que mantenerse calmado! ¡Pasaste al lado de la septicemia sin dar cuenta y la partida no está todavía ganada! Tengo que llevarte conmigo a Toulouse y hospitalizarte.

-¿Para os *flics*<sup>1</sup> me agarren a la salida? ¡No! ¡Prefiero quedar aquí hasta el final de los tiempos!

Auda Isarn se levantó y comenzó con idas y venidas que otrora seducían a Otto Rahn, el primero (tumbando, derribando, bajando, cayendo) en pro de la nueva demanda del Graal. Siempre fina, más nerviosa que nunca, continuaba manteniendo los reflejos del pura sangre al que no se puede aflojar la rienda. Sus ojos negros refulgían y, al sacudir la crin, destrozaba una vez más, sin saber, el corazón del conde de Miramont. Le dijo:

-¡Tengo que estar esta noche en Toulouse!

-Queda conmigo, Auda, pidió él.

-No puedo, tengo que trabajar. Las provisiones que traigo vinieron del mercado negro y son más caras, pero hago urgencias suplementarias para que no te falte nada. Vendré aquí todos los sábados.

-¡No... dos veces por semana, Auda!...

-Imposible, las personas de Montsegur me conocen. Nos tomaron siempre por una banda de locos y no se espantan al verme subir con una mochila grande, pero...

Termina de vaciarla en la tienda y vuelve a llenarla de hierbas y ramas para restituir el volumen inicial.

-¡Si pasase por Montsegur con la mochila vacía despertaría sospechas y lo mismo sucedería si viniese a mitad de semana!

-¡Podías subir por Roc de la Tour... Nunca se encuentran personas en el itinerario norte!

Ella sacudió la cabeza.

-¡La montaña tiene ojos de Lucifer. Nada se le escapa!

Se tendió de nuevo junto al amante efímero que su voluntad se dirigía ahora al mundo de los camaradas *ajistes*, casi todos desaparecidos, le tomó la mano y anunció:

---

<sup>1</sup> Policías.

-Voy a pedir por tu curación y por tu libertad, Roger, y a los *bons hommes*<sup>1</sup> de Toulouse que recen por la salud de tu alma.

Él sacudió la cabeza y replicó:

-No tenemos los mismos dioses, Auda, y, actualmente, los míos no pueden interceder a mi favor, pero acepto tu oración porque te amo.

Se quedaron tumbados hasta caer la noche, mano con mano, como chiquillos perdidos en la inmensidad del *pog*.



Con una fidelidad a todas luces conyugal y al precio de una marcha larga y penosa a partir de las gargantas de Caroulet, Auda Isarn sube al *pog* todos los sábados, unas veces por la vía normal de Montsegur, otras veces por Roc de la Tour. Los primeros días de noviembre, continúan soleados, pero las noches son frías. Salido de la convalecencia, Barbaïra las enfrenta sin gran dificultad gracias a la tienda canadiense y al saco de dormir que absorbieron de un solo golpe la economía de la amante. Barbaïra le pregunta:

-¿Te acuerdas de los ensayos de *Montségur*, drama en tres actos extraído de la novela de Lévis-Mirepoix, de Guyot Peyrat, que hacíamos aquí? A propósito... ¿Qué ha sido de nuestro poeta?

-¡No tengo la menor idea. Desapareció. Si, recuerdo los ensayos... Principalmente, me acuerdo de la escena final que querías alterar! ¡Yo moría a manos de Gauthier des Ormes como Cátara y al mismo tiempo como amante forzada por el destino!

-No me agradaba ese final melodramático y falso.

-Sugerías que un caballero venido del Norte entraba en la fortaleza tres meses antes de la fecha fatídica del 16 de Marzo de 1244...

-Llamado Alain Barbaïra, conde *Faydit* de Miramont.

---

<sup>1</sup> La expresión *bons hommes* o *bonhommes* se utilizaba frecuentemente en alusión a los Cátaros, y principalmente a los Perfectos.

-¡Descendiente de jefes visigodos célebres por sus conocimientos en la materia de la tradición pagana y mal vistos en la corte de Alarico convertida al cristianismo!

-¡Traída a Montsegur la llave que permitía descifrar la "escritura pagana cifrada" grabada en las láminas de piedra guardadas por los Perfectos que, a pesar de haber multiplicado las contraseñas e intentado leerlas, nada más consiguieron que la miserable herejía cátara!

-Todo cambiaría.

-¡Los Perfectos comprenderían que cristianismo romano y cristianismo cátaro son ambos una forma de delirio propio de los pueblos enfermos del Medio Oriente avalados por soñadores de una credulidad sin límites!

Hace mucho frío. Estrellas feroces engastan el cielo negro en las profundidades insondables. La atmósfera está tan seca como si el firmamento fuese una campanilla en que se hubiese hecho el vacío absoluto. Ni una corriente de aire atraviesa la fortaleza en ruinas. Auda Isarn y Barbaïra están de pie muy juntos en el ángulo de la muralla occidental que ocupaban el 3 de Septiembre de 1939 y recrean la escena que no tuvieron tiempo de representar. Barbaïra comenta:

-Desembarazos de la superstición, los Cátaros volverían a ser los hombres que eran antes de caer en metafísicas delirantes.

-Una elite de caballeros.

-De raza superior.

-Enamorada de un ideal.

-Capaz de consentir con los sacrificios más elevados.

-¡En todo lo que los supera y que quieren superar!

-En el Eterno Retorno.

-Los Perfectos permanecen perfectos.

-Pero desde entonces vueltos a la tierra y no al cielo.

-Encargados de la misión de sublimar la materia en lugar de destruirla.

-Ya no esconden el Graal, por el contrario, van a revelar su verdadera naturaleza.

-A los hombres todavía imbuidos en la superstición.

-No hay capitulación en Montsegur.

-Descienden hasta los Cruzados

- Nos esclarecen.
- Liberan juntos la patria occitana.
- Marchan sobre Roma.
- Persiguen la falsedad.
- La simonía.
- La lujuria.
- Rehacen la unidad del Occidente en torno a verdades primogénitas olvidadas.
- El esplendor de la tierra.
- El amor por la vida.
- La resurrección de las patrias carnales.

Se callan ambos, estrechamente entrelazados. Contra el frío. Contra la noche. Contra la soledad. Contra el destino. Inmerso en los ojos de Auda Isarn que se abren a abismos gemelos de donde sube una claridad más fuerte que la de las estrellas, Roger Barbaïra descubre las partículas doradas que la luz de luna parece querer dejar en ellos. El corazón le late fuertemente. Dice:

-¡Y Barbaïra, conde de Miramont, se desposa con Jordane de Montaure!

Auda se separa y dirige a paso lento a la poterna meridional. Se tiende boca abajo sobre las luces de Montsegur reunidas casi en la vertical bajo sus ojos en un plano estrecho y alargado comparable a una pista de aterrizaje generosamente señalizada. Esa vertiente de la montaña es, no obstante, el océano de sombras de donde emergen como grandes icebergs negros las cumbres del Tabe. Barbaïra se junta a ella. No hablan, contemplan sólo la subida de la luna que posa en las murallas una iluminación sin vida. Después Auda Isarn murmura:

-Era el día 3 de Septiembre de 1939 y no habíamos representado la pieza.

-¡Habíamos, si, Auda! ¡La representamos!, grita el conde de Miramont con la voz alterada... La cortina se levanta ahora para el último acto que ni corresponde a la versión de Lévis-Mirepoix ni a la de Roger Barbaïra de 1939! Es el destino que va a escribir, pero ya se conocen las grandes líneas de acción.

- ¡Gauthier des Ormes no desposa con Jordane de Montaure!
- No se sabe.

-¿Va a matarla, tal vez, como en la versión de Lévis-Mirepoix?

-Es poco probable, por dos razones... *Primero*: Gauthier des Ormes es un hombre de honra que no puede matar a Jordana sin matarse a si mismo a continuación. *Segundo*: los guardianes del Graal son ahora poco numerosos para jugarse la vida. Como mucho (como muy tarde), el caballero espera desviar a Jordane de la fe cátara y, tarde o temprano, la convierte a la religión de la vida!

-¿Así, es reencontrado el Graal?

-El Graal es reencontrado y perdido de nuevo.

-¿Los Cátaros actuales consiguieron leer la escritura pagana cifrada?

-No más los nuevos que los antiguos Cátaros.

-¿Por lo tanto, hacen lo hacen salir de Montsegur en la última noche, antes de la entrega de la fortaleza?

-Lo hacen salir el 2 de Mayo de 1945 de la fortaleza cercada llamada Alemania.

-¿Se conocen los nombres de los Perfectos que lo escondieron el alguna parte de la ruta sagrada?

-Se conocen los nombres de los SS que lo llevaron al cielo y lo escondieron en un glaciar del Tirol

-¿Y el nombre de los que velan por el?

-No se conocen entre ellos, pero observan todas las noches la misma estrella. Y será así con sus hijos y los hijos de sus hijos hasta la séptima generación.

-¿Podemos entonces volver a ensayar pero modificando el desenlace de la pieza?

-Si, podemos volver a ensayar. Voy llamar a los actores... Jordane de Montaure?

-¡Presente!

-¿Caballero Gauthier des Ormes, presente!... ¿Inquisidor Jean de Navarre? <sup>1</sup>

-¡Delegado del Partido comunista francés junto a los comités de liberación languedocianos!

-¿Obispo cátaro Bertrand Martin?

---

<sup>1</sup> Juan de Navarra.

- ¡Entregado por la Inquisición al brazo secular de Carcasona!
- ¿Señor Pons de Montaure?
- ¡Torturado por los anarquistas españoles en Roquefixade!
- ¿Señor Guy de Lévis?
- ¡Está en su feudo de Lavelanet!
- ¿Brunissende de Montaure?
- ¡Desaparecida!
- ¿Trovador Guyot Peyrat?
- ¡Desaparecido!
- ¿Paje Lou Ganet?
- ¡Entregado por la Inquisición al brazo secular de Carcasona!
- ¿Director Estève Caberol?
- ¡Quemado en Montsegur por las tropas alemanas!

Se callan. La luna derrama en el escenario una luz que no es de este mundo. Las paredes de la fortaleza parecen construidas en una piedra intemporal que fácilmente se puede atravesar con el dedo. Ningún rumor sube de los valles abiertos en todas partes a su alrededor. Ni un soplo de viento. Ni un movimiento de ave en una rama de árbol. Ni la fuga de una raposa entre las hierbas altas. Al final de un largo momento, Barbaïra dice con voz velada:

-¿En suma, la pieza sacada de la novela de Lévis-Mirepoix tiene que ser representada sin actores? Porque aparte de tu y yo...

Y después de levantar los hombros:

-¡Bah, para rehacer el mundo basta con un hombre y una mujer!

Van lentamente hasta el pasaje de Trébuchet y pasan en medio de los bojs que esconden la tienda más abajo. Auda Isarn deja al compañero un lote de víveres y recoge la mochila llena de ramas.

-Tengo que irme, murmura. Los camaradas que trajeron en coche no tardan en llegar a Montsegur.

-¡Ah!... ¿Tienes otros camaradas?

Auda arquea las cejas sorprendida con la pregunta.

-¡Claro!, responde. ¡La vida continua y mis lazos en este mundo no son tan fuertes que me impidan sustituir los

camaradas desaparecidos por otros!... Me voy... Se gentil y abrázame...

-¡Un momento!, dice Barbaïra.

Vuelve un poco la espalda con una mirada sombría y la frente arrugada y parece reflexionar. Después...

-Hace poco, al hacer la llamada, nos olvidamos de alguien, Auda... De alguien que ambos conocemos bien...

-¡Es verdad! ¡Nos olvidamos de Robert Robuffay!

Barbaïra corrige ligeramente la posición anterior y responde:

-¡Entregado por Auda Isarn a la justicia militar alemana y fusilado con mi bendición!

Auda levanta los hombros y mientras coloca la mochila a la espalda replica en voz sombría y con una cierta furia:

-¡Solo puedo dar a los hombres la pequeña parte de mi misma que está consagrada a la salvación de mi alma! ¡No tengo derecho de olvidar la enseñanza de los Perfectos ni de suicidarme con vosotros por amor! ¡Tanto peor para los que exigen demasiado de mi!

Auda volvió la espalda y comenzó a descender la ladera. Barbaïra seguía con ojos húmedos la silueta que a la claridad intemporal de la luna se inscribía con dificultad en la perspectiva diáfana de la muralla oriental y que en breve la puerta ocultaba. Se enjugó los párpados y murmuró:

-¡Estève Caberol la llamó piel de vaca, pero, aparte de cualquier comparación, tenía razón!

Entró en la tienda y buscó durante mucho tiempo un sueño que no llegaba.



El veranillo de San Martín concedió al *Faydit* un plazo de indulgencia antes de rendirse a las tempestades. Las esencias del follaje permanente continuaban manteniendo alrededor de Montsegur y en el propio *pog* el reflejo de la estación ya muerta. Aparte de Auda Isarn que reabastecía al proscrito, nadie más visitaba la fortaleza. Fiel a sus compromisos, abandonaba a la noche el cuerpo de mármol al amante, carne firme y dulce que ninguna emoción sexual tocaba. Nunca se precipitaba y, al

acariciarla, Barbaïra se preguntaba si sería el Midi de los Trovadores o el Midi de los Cátaros que acabaría por triunfar en ella.

Cuando la veía llegar al final de la semana en su actitud de animal simultáneamente inquieto y resuelto, el rostro animado por una pasión que no le estaba reservada, pensaba: ¡espera de mi la única cosa que no le puedo dar, ese Consolamentum que los herejes clandestinos de Toulouse le prometieron en la infancia, como me confesó un día!

Sin embargo, iba a verlo, le abría los brazos, y lo abrazaba con besos, pero sin entrar en él. En un tono cada vez más apremiante, le ponía una cuestión, siempre la misma:

-¿Entonces?... ¿Qué piensas hacer, mi pobre Roger?

Barbaïra sonreía.

-¡Poco importa. Capitular es que no!

-¿Pero por qué Montsegur? Si eres pagano y detestas los Cátaros...

-¿Los Cátaros de Montsegur? No debían ser muy numerosos el 16 de Marzo de 1244... ¡Ni siquiera la mitad de los que Hugues des Arcis y los inquisidores mandaron quemar después de la capitulación! ¡En realidad, aparte de la Iglesia siempre celosa en eliminar la concurrencia, creo que no interesaban a nadie!... ¡Por el contrario, los *Faydits* refugiados bajo la protección de Raymond de Péreilhe interesaban mucho a Blanche de Castela! ¡Los que fueron señalados y ahora defendiendo eran mis iguales, señores languedocianos expoliados por los simoniacos, aplastados por la mentira y la violencia!

Hablaba con ardor, enriquecido con la fuerza vital que Auda Isarn acababa de salvar. Añadió:

-Lucho por...

-¡Pura infantilidad!, murmuró Auda. ¡La guerra acabó!

Barbaïra levantó los hombros.

-No, la guerra no acabó. Continúo luchando para impedir que la Cruzada contra los Albingenses caiga sobre el yugo de la prescripción histórica. Cuando deje Montsegur –si realmente vengo a dejarlo- nada será como antes. ¡Niego absolutamente las sentencias de la historia!

Auda Isarn posó la cabeza en su pecho y volvió los ojos hacia el cielo impregnado de luz fatigada, teñido de rosa pastel. Dice:

-¡De cualquier manera, debías dejar Montsegur. Ve a España, yo voy contigo!

-¿Sin condiciones?

-Continuaré siendo tu amante... Por qué vacilas si tienes lo que Robuffay no tenía?

-No quiero ir a España.

Después, con voz sombría:

-¡Desde 1944 que me bato en retirada... Para mi, llega! ¡Fracasé en todas las tentativas... No descubrí las tablas de piedra gravadas... El ingreso en las SS no me permitió reconquistar Miramont... Se que nunca me amarás verdaderamente. No tengo tierras, no tengo un céntimo, ni siquiera una identidad!...

Ella lo contemplaba con admiración sombría y dijo un poco exaltada:

-¡Olvidas una cosa, Roger. En cierta manera, pasaste a ser un hereje "revestido". Del punto de vista de la Materia, tienes la misma dimensión de los Perfectos!

Barbaïra rió.

-¡Por eso, como hereje, no podía haber uno mejor!... ¡Bautizado cristiano y retornado al paganismo original! ¡Nacido francés y vuelto separatista occitano! ¡Muniqué en 1938, objetor de conciencia en 1939, miliciano en 1939, Waffen-SS refugiado en las catacumbas de la nueva religión de la raza en 1945... Pienso que ni en Montsegur ni en los alrededores hay una hoguera suficientemente grande para quemarme!

Después, en un tono que sustituía la ironía por la firmeza:

¡Soy un niño, es verdad, pero el futuro perteneces a los niños. Jamás renunciaré. Hoy como ayer, estoy dispuesto a aliarme con el diablo, si fuera preciso, para alcanzar mis objetivos!

Callada y con los ojos cerrados, Auda Isarn no se movió. Un ave brincó en los peñascales cerca de ellos. La voz de un aldeano que azuzaba a los animales subía de los abismos y llegaba con extraordinaria nitidez. Nubes finas labraban el cielo. El perfume todavía vivaz de los bojs les causaba un ligero vértigo, que se agravaba con la posición que ocupaban, más

integrada en el cielo que en la tierra, los efectos de la altitud hervían en ellos como champán. En una voz venida de lejos, Auda Isarn murmuró:

-Roger, se me dijese ahora: ¡entremos en el Endura y dejémonos morir de hambre aquí, en Montsegur, te seguiría con la mayor alegría! ¡No tengo la más pequeña duda que, a partir de cierto momento de la prueba, cuando entrases en el desprendimiento de la carne, te volverías hacia el Espíritu que consuela y cura!... ¡Comprenderías lo que la religión de la raza, de la materia, por tanto, tiene de grosero. La carne está prometida a la podredumbre, sólo el Espíritu puede llegar a lo Inefable! ¡Tu parte invisible es la que representa la eternidad!

Auda le cogió la mano y, en un tono cada vez más persuasivo y dulce...

-Cuando te siento cerca del final pero todavía capaz de responder de manera inteligible, a lo que es esencial, te pregunto... Roger Barbaïra, conde *Faydit* de Miramont, ¿es verdad que estás preparado y ciertamente próximo del instante de la unión que deseas entre tu alma y tu espíritu?

-Y yo respondería: estoy.

-Entonces, mandaré un recado a mi padre, que saldrá del retiro. Un mensaje corto: ¡hombre apostólico, una alma os llama!... Él subirá a Montsegur y te dirá...

-Ya se, replica Barbaïra... Era el inicio de nuestra pieza... "Si tus fuerzas físicas te abandonan, que tus fuerzas espirituales te sustenten".

-Vas hacer comprender a los otros fieles hasta que punto desprecias tu cuerpo.

-¡Qué lo tiren a la basura!

-¡Hombre de Dios, no demoréis mucho a consolarlo. Partiendo así, tengo miedo que su alma quede errando durante miles de años en el cuerpo de animales vivos!

-¡Consuélame!

-Creo que estás cerca del fin...

-¡Que Dios tenga piedad de mi!

-¡Pedí a este hombre apostólico que interceda por vos junto a Dios!

-¡Qué pida a Dios!

-¡Consuélame!

-Pater sancte, suscipe ancillam tuam...

Se callan. El ave que brincaba y cantaba cerca de ellos se calla también. El sol poniente enciende llamas en la cima de los picos. Una claridad al mismo tiempo roja y helada embiste contra ellos. En el fondo de los valles se extienden mortajas. El silencio mantenido en reserva por las grutas del Tabe sale de los abismos y estrangula las montañas en una al mismo tiempo materia dura e impalpable. El frío les cae en los hombros. Roger Barbaïra dice temblando:

-Tu memoria te traiciona, Auda. Olvidaste una fórmula esencial del Consolamentum: "El estado de casamiento, siendo un estado de pecado, tiene que ser desterrado del pensamiento".

-Es verdad... ¿Y qué responderías tú?

-¡Qué no! Y diría a tu padre: ¡el casamiento es la fuente de toda vida, un estado de gracia y la condición primera de la eternidad, porque no hay otra eternidad más allá de la biológica!

Era ahora noche cerrada.



La nieve llegó. Viste los picos de Soularac y de Saint-Barthélemy en una unidad sin fisuras y cubre Montsegur sólo con una capa fina que los peñascos rasgan. Tan pronto comienza a caer, los bojs la sacuden de encima. Barbaïra la barre a los lados de la tienda y alrededor.

El calentador de petróleo que Auda le trajo proporciona en la tienda un calor suave y mal oliente. Para no engordar, el proscrito continúa haciendo ejercicios con el torso desnudo y escaladas en las vías de acceso más difíciles del *pog*. Subir a la fortaleza en época de nevadas es una provocación.

Nieve. Silencio. Cielo de cobalto endurecido. Pastizales de plata, roquedos de bronce. Las raposas hambrientas inscriben en todas partes los hieroglíficos de su paso. Las huellas de Auda en el *pog* dibujan una red que se cierra en torno del condenado a muerte.

Barbaïra no percibe las amenazas. Viviendo hace tres meses en un pedestal más cerca del cielo que de la tierra, se encuentra

fortalecido de una fuerza de alma nutrida de espacio, silencio y soledad. Caería en una contemplación eremítica si no perteneciese a una Orden severa que dirige los movimientos del alma en el camino recto de su concepción del mundo.

Nieve. Noche. Calor suave en la tienda. A la luz de la vela, el marfil extremo-oriental del cuerpo de Auda gana la *patine*<sup>1</sup> de ámbar que el tiempo confiere a esa materia para ennoblecerla. Los largos cabellos negros se esparcen por el pecho y le cubren los hombros. Enriquecido por una virilidad protegida y afinada por la soledad, Barbaïra posee a la fría amante con la brutalidad hierática de la gran fiera y, al mismo tiempo, con la prodigalidad de un dios creador.

Es una noche como las otras que va a acabar como tantas otras. Barbaïra irá a zambullirse en el sueño de la saciedad sin ver entre las llamas de los ojos de ella, que reposa en su hombro hasta la primera claridad del alba, algo nuevo. ¡Una noche que podía separar un poco más lo que debía estar junto!

En realidad, no es una noche como las otras, pero ni él ni ella tuvieron la premonición de lo que iba a suceder... Un grito desgarrado y dramático estalla de repente al abrigo de la lona. Auda acaba de soltar el clamor del animal admitido por segundos en los escalones del templo donde los dioses se sientan. El gemido que cubre los últimos ecos no acaba de modelar el silencio en una plegaria bien aventurada... Cogido por sorpresa, Barbaïra se aparta a un lado y, todavía lúcido, piensa antes de sumergirse en el sueño abisal que lo acecha: finalmente, puedo registrar mi primera victoria.

Silencio. Nieve profunda. Noche. Noche negra, después blanca. El día lucha contra la languidez enfermiza y sobrevive. Se inclina sobre la tienda con la curiosidad del convaleciente inquieto por saber si el mundo cambió mientras estuvo sin conocimiento.

El mundo cambió. Auda y Barbaïra despiertan al mismo tiempo. Auda enciende una sonrisa en los labios, inefable, que no es la de la creencia cántara, y pregunta:

-Roger, ¿quieres un vaso de agua?

---

<sup>1</sup> pátina.

Sale sobre la nieve, desnuda, se dirige a la pequeña cisterna que improvisaron a partir de una vasija natural y regresa con un poco de agua helada mezclada con nieve.

-¡Bebe, querido!

Barbaïra intenta sorprender las llamas que ayer danzaban en el fondo de aquellos ojos patéticos. Llamas extinguidas. Consigue descifrar la mirada, pero sólo descubre en ella la paz bajo el velo de una cierta languidez. En su rudeza de macho esperaba algunas palabras acerca de la revelación de la noche, pero, al aproximarse desnuda contra su pecho apenas dice:

-Querido... Te amo... Te amo... Te amo...

Poco después se levantó, encendió el calentador de petróleo, preparó el pequeño almuerzo y lo presentó sumisa y feliz... ¿Quieres un poco más de chocolate?... ¿Manteca?... ¿Pan?...

Se levantaron, se vistieron y salieron. Nieve profunda. Cielo gris. Montaña grisácea. Atmósfera húmeda y pesada. Son las grandes nieves de enero. Auda Isarn camina en la nieve de acá para allá. Perdió su actitud de pura-sangre y camina con pasos reflexivos, un poco indolentes, cada vez más bella pero, liberta de sus reticencias ante la vida, privada de misterio. Ya no existe el misterio Auda Isarn. La hija del célebre curandero de Toulouse condenado otrora por el ejercicio ilegal de la medicina, iniciada en el Catarismo por los herejes que el siglo ignora totalmente, acaba de caer en los brazos de un verdadero amante.



Los habitantes de Montsegur están perplejos. Esa Auda Isarn que conocen tan bien y consideran tan tonta como los *ajistes* de otrora, no descendió del *pog*. La vieron subir en sábado y, por tanto, está en la montaña hace ocho días. Estarían inquietos se no la supiesen familiarizada con los caminos. Dado que en 1946 no están de moda las expediciones de socorro en la montaña con *mises-en-scène* históricas y actores aerotransportados, piensan

que descendió por otro lado, por el Caroulet... ¡que *uno compardino!*<sup>1</sup>

Auda Isarn no descendió del *pog*. Está en los brazos del amante y dice:

-¡Roger, querido mío, tengo miedo!... ¡Tengo miedo de ti! ¡No van a dejar de venir aquí a buscarte... para torturarte en la prisión de Carcasona como a Lou Ganet y Ferrocas!... ¡Tienes que ir para España! ¡Llegamos a España en dos días de esquí! ¡Allí, seremos felices los dos. Iré contigo donde fueres, consigo trabajo... y listo, no nos quedamos más! ¡Todo esto es aterrador!

El conde de Miramont confirma lo que ya antes dijera:

-¡No quiero ir para España, Auda!

Ella lo besa en los labios, entra profundamente en él, le acaricia la cara y el pecho.

-¡Te pido, Roger! ¡Deja Montsegur! ¡Es un lugar maldito! ¡Deja esta Francia que detestas! ¡Nuestra patria ahora, somos nosotros! ¡Ya te sacrificaste lo suficiente por tus convicciones. Piensa en mí! ¡Piensa en nosotros! ¡Por otra parte, podemos casarnos si quieres. Te daré todos los hijos que quieras. Soy tuya. Totalmente. Ciegamente. Eres el amor de mi vida!

Roger Barbaïra le devolvió las caricias.

-¡Te amo hace mucho tiempo, Auda! ¡Esperé diez años para oírte decir que quieres ser mi mujer! ¡Uff! ¡Ahora, ya sé!

Y después:

-¡Pon atención, Auda, siendo mi mujer, también desposas una causa. Te hago condesa *Faydit* de Miramont, lo que nada tiene que ver con el amor. Un aristócrata vale por su poder de sacrificio, nada más. Debe estar por encima de los plebeyos – antiguos o modernos, poco importa, ya que son los mismos- con la misión de protegerlos de los peligros exteriores... y de ellos mismos! Pero, para tener ese lugar que la historia me recusa, hay que escapar de la condición de *Faydit*... ¿Ya pensaste en los dramas que nos esperan?

---

<sup>1</sup> Una mujer *a la page*, o sea, corajuda y decidida.

Auda sacudió la crin negra como el animal de combate que continuaba siendo y cuya agresividad sólo pedía un nuevo punto de aplicación.

-¡Soy tu esclava!, masculló sordamente, ¡Haré lo que quisieres; para donde fueras, yo voy!

Una sonrisa franca iluminó el rostro de él, que replicó:

-Entonces, no vamos para España. No tengo vocación de emigrante. Después de Montsegur, comienzo de nuevo a partir de cero. Pensé mucho en lo que planeo hacer y en los pasos que puedes dar para ayudarme.

Ella lo abrazó de nuevo con pasión y dijo:

-¡Haré lo que fuera preciso. Acepto la tortura en tu lugar. Todo!

Él sonrió y dijo:

-¡Nuestros enemigos son gente sin convicciones. Van a ser los primeros en horrorizarse por lo que hicieron a nuestros camaradas. Una vez que el peligro mayor ya pasó, busca a Marius Chabrol y exponle mi situación. Cualquiera cosa me dice que él va a resolver todo sin grandes dificultades. Hay que comenzar por lo más urgente: volver a tener libertad de acción para poder recuperar la propiedad. Es solamente a partir del suelo que la sangre puede ser salvada y esta verdad vale para todos los combates de liberación de Occitania!



Cuando Auda Isarn descendió de Montsegur, el amante había perdido varios kilos porque se entregaba a ella con una pasión igual a la suya. Volvió a vivir en medio de las nubes, entre las dos mortajas grisáceas de la nieve y del cielo, pero una fuerza equilibrada lo sostenía ahora mejor que la exaltación que en septiembre lo llevaba a hacer comparecer en el "Tribunal del Pueblo" a los cobardes de los grandes castillos románicos.

Auda volvió al *pog* días más tarde, abrazó con entusiasmo y dijo:

-¡Está todo resuelto! Hablé con Marius Chabrol en Montpellier. Me dijo que continuaba teniendo la mayor estima y amistad por ti.

-No tenía dudas, dijo Barbaïra. Es militante comunista, y contra eso nada puedo hacer, pero es también un camarada, un hombre de fe y, al mismo tiempo, realista. Tengo confianza en él. En cuanto a los tribunales...

Y levantando los hombros:

-¡Esos inquisidores no tienen peso. Ninguno de ellos es capaz de alimentar, como yo, un odio siete veces secular!

Auda Isarn aproxima a su cara un rostro iluminado por el amor que retira del contacto de su carne con la del amante y confía en el buen éxito del asunto.

-¿Qué decides? ¿Descendemos juntos? ¡Estar contigo... vivir contigo!... ¡Maravilloso, querido mío!

Barbaïra sacudió la cabeza y rió.

-¡Todavía no, Auda. Te amo mucho como mi mujer y mi amante, pero también tengo deberes que no se relacionan propiamente con el amor, por lo menos con el género de amor nuestro. Prefiero quedarme aquí hasta la hora de la rendición. Saldré de Montsegur con Raymond de Péreilhe sabiendo que el Graal está ahora en lugar seguro y con la certeza de que dejo Montsegur para retomar de Miramont al mismo tiempo!

Auda posó la cabeza en el pecho de él desbordante de orgullo al sentirse carne con carne del hombre que ama, el hereje "revestido" de una nueva religión que no es la suya y, el última instancia, sin querer saber, cuando las pasiones se calmen con la edad, que triunfará, si la fe de su infancia o la luz revelada en sus profundidades carnales casi por casualidad... una noche.

## VII

El 16 de Marzo de 1946, cerca del mediodía, Roger Barbaïra, conde *Faydit* de Miramont, puso las llaves de Montsegur en manos de Hugues des Arcis, senescal de Carcasona, encargado de entregarlo como prenda al presidente Vincent Auriol. Continuaba con el traje de camuflaje del ejército alemán y la mochila de piel de cabra. Auda Isarn había llevado en la víspera el precioso material adquirido con sus ahorros.

Todavía hay placas de nieve en los flancos del *pog*. La masa de prisioneros pisa el suelo sin prestar atención a las flores de la primavera que se apoyan en la hierba nueva y ocupan el espacio abandonado por el invierno. El sol brilla y los *Faydits* guardan un silencio altivo.

Detrás de Roger Barbaïra y de Raymonde Péreille van Jordan, su hijo, Guiraud de Rabat, su yerno, Bertrand de Péreille, su hermano y los respectivos sirvientes. Después, *Berenguer* d'Avelanet, Arnaud-Olivier, su hijo, Imbert de Salles, su yerno, Guillaume de Bouan, Arnaud Roger de Mirepoix de Bellisen, Faïs y Othon de Massabrac, sus hijos. Finalmente, Guillaume de Planha, Pierre de Léran, Arnaud de Miglos, Gailhard del Congost, Pierre-Guillaume d'Arvinha... Todos prometidos a los *murus strictissimus* de Carcasona.

El automóvil enviado por los nuevos camaradas de Auda Isarn espera en Montsegur e el *Faydit* toma lugar en el. Dos horas después, comienza a subir la rampa de acceso a la puerta de la ciudad. Barbaïra dice al conductor:

-No es por ahí, querido. Los inquisidores ya no operan en el castillo condal. Tienen otra dirección, la penitenciaría en la carretera de Narbona.

El coche da media vuelta. Resta poca distancia por recorrer. Las puertas de la prisión se abren para el condenado a muerte que va a limpiar su contumacia.



El inquisidor llega al final de la tarde. Lluve. Aparece de gabardina beige y sombrero blando de alas estrechas. El director de la prisión devuelve con muecas de obsequiosidad el salvo-conducto que acaba de exhibir y él mismo lo conduce a las celdas del primer piso a lo largo de pasillos cuyas paredes habían sido encaladas de fresco para apagar los largos rastros de sangre que las ensuciaban.

La prisión de Carcasona dejó de tener carácter asirio el día en que un tal Sébédio, garajista de la ciudad conocido como resistente, se presentó en la puerta. Gaby le preguntó:

-¿Qué vienes hacer aquí?

Sébédio le encostó el cañón de la pistola-ametralladora en la barriga con gestos resolutos y replicó:

-¡Liquidaros a todos sino abandonáis el talego dentro de una hora!

La "banda Gaby" se eclipsó sin ofrecer resistencia, continuó cabalgando "la Bestia que sube del abismo" y fue a buscar otros parajes para llevar a cabo sus proezas. A partir de ahí, el pueblo dejó de hablar de prisión y pasó a hablar de "hotel Sébédio".

El director manda abrir la celda, se aparta para dejar entrar al inquisidor y se retira sobre la punta de los pies visiblemente preocupado en no atraer sobre sí la atención de aquel personaje temible y temido.

-¡Buenas tardes!, dice Marius Chabrol.

-¡Buenas tardes!, responde Barbaïra.

Están frente a frente, de pie, un tanto embarazados. Chabrol arroja el sombrero empapado de agua, se quita el impermeable y posa todo en la tarima.

-¡Siéntate!, dice a Barbaïra.

-¡Gracias, prefiero andar para mantener la forma!

Silencio. Los dos hombres se miran intensamente.

-Estás más delgado, nota Chabrol.

-¡Es natural, responde Barbaïra. Ninguna victoria vino a engordar a nuestro clan de lobos!

Alguien canta en una celda próxima... En voz trémula...  
*¡Maréchal, nous voilà!...* Barbaïra responde a la interrogación muda del antiguo camarada.

-Es un viejo *milico*... está medio trastornado...

El grito de un guardia corre a lo largo de las paredes...  
"¡Calla la boca!"... Silencio. Ruido de lluvia en el tejado. Chabrol ve a lo lejos la ciudad negra y gris de Carcasona bajo el insólito caparazón de pizarras intentando abrigarse de la lluvia en un Languedoc que sólo conoce la teja. Pregunta:

-Tu que estás fuerte en historia, dime una cosa... ¿Fue realmente en la torre visigótica que dejaron morir a Raymond-Roger Trencavel?

-No, fue en una mazmorra del castillo condal, no se sabe exactamente en cual.

Chabrol murmura.

-Nada más fácil para ellos que desembarazarse de un preso incómodo dejándolo morir en una prisión, no es, Barbaïra?

-Nada más fácil, de hecho.

El silencio se instala de nuevo y se prolonga. El conde *Faydit* de Miramont acaba por romperlo con una observación:

-¡No cambiaste, Chabrol! ¡Continuas mirando a las personas como un padre en la hora de recibir la confesión de un asesino... Es preciso ser muy perspicaz para conseguir adivinar la naturaleza de la penitencia que vas a aplicar!

-Efectivamente, murmura Chabrol exhibiendo una sonrisa totalmente desprovista de caridad.

El viejo miliciano vuelve a la misma canción... "*Car c'est toi le sauveur de la France*"... "¡Silencio en la 21!", grita el guardia. Silencio. La celda huele a moho y a col. Barbaïra va de una pared a otra como una raposa sorprendida en el momento de la captura.

-¡Siéntate!, ordena Chabrol. Me das quebraderos de cabeza.

Barbaïra se sienta en el borde la tarima. Chabrol se instala a su lado y dice:

-Vamos a ver... Comencemos por el principio. ¿Por qué te alistaste en la Milicia y en las SS?

El detenido levanta los hombros.

-¡Lo sabes muy bien! Te expliqué mi posición en 1942, en el día en que se decidió todo en el AJ de Roquefixade. Aposté a fondo en la independencia de Occitania a través de la baza alemana.

-¡Y perdiste! ¿Estás contento ahora?

-¡No, no estoy satisfecho!

Chabrol le agarra por el brazo, lo aprieta con fuerza y murmulla:

-¡Para serte franco, yo tampoco lo estoy! ¡La burguesía acabó por robarnos la victoria! ¡Está todo como anteriormente!

Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo:

-¿Fumas, Barbaïra?

-¡Está prohibido!

-¡No me importa la administración penitenciaria! ¡Dentro de algunas semanas, algunos meses, tal vez, que será lo más cierto,

tendré más poder que el director de esta prisión. Pero Ramadier va querer nuestra piel a cualquier precio!

-Si entendí bien, murmura Barbaïra, ¿estamos más o menos, más que menos, del mismo lado de la barricada?

Chabrol sacude la cabeza.

-¡Más o menos, si!

-En ese caso, ¿me das la absolución?

-¡Calma, vamos más despacio!

La frente del jefe comunista se oscureció, el rostro se tornó serio y la mirada severa.

-¿Por qué te alzaste el armas contra la URSS?

Barbaïra levantó los brazos hacia el techo de la celda.

-Quiero allí saber de la URSS... Fue Hitler que le saltó encima, no yo.

-¿Pero combatiste en el frente del Este?

-¡Oye, Chabrol, intenta comprender mi posición. Entré de libre voluntad en las SS, casta religiosa, política y militar que podía pedirme no el importa el qué... A cambio de esa sumisión *perinde ad cadaver*, recibiría en caso de victoria un lugar de mando, esto es, el gobierno de una Occitania racial y territorialmente independiente, ideológicamente subyugada, pero subyugada por mi, se entiende! ¡Haría reinar la libertad suprema, la libertad de la raza, y un socialismo tan avanzado, que en menos de tres meses tendría de mi lado a todos tus amigos comunistas!

-¡A mi no me tendrías!

-¡Nunca se sabe!

-¿Y la Milicia?

-La Milicia fue sólo la antecámara de las SS. ¡Soy un señor, no un pequeño-burgués!

El antiguo secretario de las "juventudes" de Narbona se rasca la frente, reflexiona largamente y pregunta:

-¿Y si te pidiera que reniegues de la ideología SS?

Barbaïra da una carcajada.

-¡Oye! ¡Oye! ¡Es como pedir a un Cátaro que vaya a Roma!

El canto del prisionero recommienza al fondo y se prolonga como un ruido de lluvia en el tejado. El castillo de Trencavel

está medio disimulado detrás de nubes grisáceas que se condensan a medida que la noche cae.

-¡Perseverar en el error es más grave que cometerlo!, murmura Marius Chabrol. Los SS eran criminales. Quien continúa SS, continúa criminal y enemigo del Partido. ¡Es muy grave, Barbaïra!

Levanta la cabeza, hunde una mirada fría en los ojos del detenido y añade:

-¡Y los enemigos... deben ser suprimidos!

Barbaïra se levanta y recomienza los paseos a través de la celda. Dice enérgicamente:

-¡Pobre Marius, una vez más eres prisionero de la dialéctica! ¡La dialéctica es vuestro pecado y va a ser vuestra perdición! ¡Pretendéis ser realistas y racionales como religiosos! ¿Qué sabes exactamente acerca de las SS? Nada fuera de la imagen que te es dada por una propaganda histérica. ¡Un montón de tonterías!... ¡Repara, si Hitler no hubiese cometido el error trágico de saltar sobre la santa Rusia, en lugar de estar aquí discutiendo, estaríamos caminando juntos para destruir a la vez la dictadura del dinero y la superstición cristiana! ¡Fui vencido como SS, es verdad, pero tú fuiste vencido como comunista. Fue el capitalismo sin patria que ganó y tu mismo lo reconociste! ¿Entonces, que dices?...

Marius Chabrol aplasta el resto del cigarrillo en el pavimento de la celda y dice lentamente...

-Aún así... Hace poco hablaste de casta religiosa... ¿Cómo es posible que pudiésemos hacer juntos el mismo camino?

El conde de Miramont levantó una vez más los brazos en alto y gritó:

-¡Es evidente que no sabes absolutamente nada! ¡Déjame ser yo quien haga el interrogatorio!

-¡Eres atrevido!, hace notar el comunista.

-Lucháis contra los grandes monopolios y contra la tiranía del dinero?

-Si.

-Nosotros también. ¿Lucháis contra la teocracia católica?

-Si.

-Nosotros también y más eficazmente que vosotros, porque les oponemos una religión concurrente, la única que a partir de ahora está autenticada por los progresos de la ciencia. ¡La evolución no depende de la economía, como pretendéis, depende del hombre! ¡Somos materialistas en lo absoluto porque tenemos esa noción al nivel de la biología, mientras que vuestro materialismo continúa siendo relativo al nivel de la economía! Cuando hablo de casta religiosa a propósito de nosotros, es para definir el respeto al único dios que tenemos en nosotros: la sangre, fuente de toda vida y de toda evolución, buena o mala...

Y acentúa sus afirmaciones con el puño crispado...

-¡En relación a nosotros, correligionarios de la sangre, no pasáis de unos miserables reaccionarios!

Marius Chabrol frunce el ceño, parece dudar entre dos actitudes, después muestra una sonrisa y dice:

-¡Eres realmente atrevido, Roger! ¡Es la primera vez que un condenado a muerte trata delante de mí al PC como movimiento reaccionario! ¡Realmente, nunca había visto semejante cosa! ¡Me dejas totalmente desarmado!

Barbaïra le devuelve la sonrisa, se sienta a su lado y replica:

-¡Los nuevos Cátaros perseguidos por esa Iglesia vuestra que se juzga triunfante tienen creencias tan firmes como los antiguos!

El comunista enciende otro cigarro y apunta para la celda vecina donde llega un "*Maréchal, nous voilà*" al que el acento del Midi parece quitar todo el valor de compromiso. Pregunta:

-¿No habría manera de hacer callar a ese tipo? ¡Me da dolor de oídos!

-¡Bah!, murmura el *Faydit*, tenemos que ser caritativos con los milicianos. En aquella guerra estúpida que nada resolvió, tú y yo asumimos las posiciones antagónicas más extremas, radicales, y fue eso, tal vez, lo que nos salvó... ¡Ellos, fueron capturados entre dos fuerzas gigantes y pagaron, tal vez injustamente, la vacilación de escoger entre lo que no llegaron a clasificar de Bien y de Mal según su conciencia cristiana! ¡La historia los rechazó... como un río que deposita en las márgenes la buena tierra arrancada a las montañas!

Marius Chabrol no comenta. Se ve que detesta a los milicianos. Parece inmerso en laboriosas meditaciones. El prisionero come un sándwich y bebe el zumo de naranja que él le había llevado como hermano enemigo recordado de la época de los albergues. Después, levanta los ojos y los fija de frente en el acusado:

-¿Por qué no entras en el Partido? Debo recordarte que también lucha por una Occitania libre en el ámbito de una federación de estados democráticos.

-En lo que respecta a la federación, ya te respondí en 1942 en Roquefixade. Hasta que me prueben lo contrario, no creo que haya libertad en las patrias federadas por Moscú. En cuanto al resto, pienso que los grandes descubrimientos biológicos que están surgiendo os han de llevar irremediamente a superar el materialismo histórico y dialéctico que resulte esos descubrimientos. A esa altura, seré yo en esperarte el tiempo que fuera preciso.

Marius Chabrol le dio una palmada en el muslo y rió abiertamente, actitud que traducía en él más confusión que alegría.

-Decididamente, cuando te conocí en los AJ, estaba lejos de suponer que eras tan atrevido... Por el contrario, parecías muy reservado, casi tímido. ¿Fueron las SS las que te dieron esa seguridad?

-Tal vez.

-Bien, a partir de ahora, no volveré a acordarme de tu puesto en las SS... ¡Mejor aún, ya no me acuerdo! ¡Y, sobre eso, no veo referencia alguna en el proceso!

Abre el proceso elaborado por el tribunal que acaba de sacar de la carpeta, retira todos los papeles comprometedores y continúa:

-Antes de darte luz verde y una vez que estoy aquí en misión oficial, tengo que pedirte cuentas del asesinato de Robert Robuffay.

Barbaïra comienza por el principio y evoca los largos años de rivalidad que el drama del valle de Basqui vendría a madurar. Se pregunta a sí mismo se le debe hablar de las pesquisas efectuadas para encontrar las tablas de piedra grabadas pero, tras

unos segundos de reflexión, prefiere abstenerse. En cuanto al resto, no esconde cualquier cosa que sea y comenta el episodio con total objetividad.

-Fue lo que pensé, murmuró Chabrol. Cuando se trabaja en la clandestinidad, no se puede dar crédito a historias de mujeres. Además, son las instrucciones que el Partido da para la acción clandestina.

Se inclina sobre el proceso durante unos minutos y dice finalmente:

-Voy a entregar tu proceso al tribunal civil. Tendrás cinco años de indignidad nacional y un embargo de bienes, pero limitado a diez mil francos. De esa manera, podrás recuperar tus viñas.

-¡Espero que sí!, responde Barbaïra con voz grave.

La luz acaba de ser encendida. La celda se rebela fría y desnuda. A través del montante de la ventana, Chabrol ve la ciudad de Carcasona que la lluvia parece transformar en ruinas y recortar en las mismas perspectivas de Peyrepertuse. Se estremece ligeramente y murmura:

-¡Cuando llueve en Languedoc, pierdo la voluntad de luchar por su independencia!

Junta los papeles en el dossier, vuelve a meterlos en la carpeta y anuncia:

-Voy a hablar con el juez de instrucción y pedirle que firme tu libertad provisional. Mañana por la mañana ya podrás salir de prisión.

-Gracias. Tendré eso en cuenta. ¡Te recuerdo que algún día puedes venir a responder delante de un tribunal de justicia sobre la herejía representada por el materialismo histórico y pseudo-científico y que yo seré, tal vez, el presidente de ese tribunal! ¡Mientras esperamos, siento que vamos a hacer juntos un buen pedazo de camino... o todo el camino, tal vez, se consigues liberarte de esos preconceptos reaccionarios y de la tiranía rusa!

Marius Chabrol le da una palmada amigable en la espalda e insiste:

-¡Estás cada vez más atrevido, pero es probable que tengas razón!! Incluso aunque no lleguen a encontrarse, nuestros caminos son, bajo cierto punto de vista, paralelos.

Le aprieta la mano y sale sin cerrar la puerta de la celda.



Tres meses más tarde, Auda Isarn casaba con Roger Barbaïra en la más rigurosa intimidad y se convertía en condesa *Faydit* de Miramont.

### **III**

**LUZ VERDE**



## I

El conde de Miramont observaba al hijo mayor, Guillaume, tomando la sopa. Tenía la cabeza un poco inclinada sobre el hombro, como él a los catorce años, y la mano libre posada en el pedazo de pan al lado del plato, testimonio de prudencia y desconfianza recibidas de generación en generación por los Barbaïra, no sugeridas por la educación.

Roger Barbaïra se siente tanto más joven cuanto más crece el hijo. Piensa: los amigos cátaros de mi mujer hacen mal en complicar tanto los misterios de la reencarnación. ¡El hijo representa la eternidad del padre, no hay otra aparte de esa!

Sentado a la cabecera de la mesa, preside la cena. Colocados a su derecha según la jerarquía de edades, Guillaume –catorce años- y Amiel –doce años- e, en frente, las hermanas Géralda y Yolanda. Raymond, el último nacido, duerme en la torre del castillo reservadas a los niños... Cinco hijos en catorce años de matrimonio... Auda se sienta en la otra punta de la mesa, muy derecha, más delgada que antes, casi tan seca como las grandes mujeres de la montaña albingense, los largos cabellos negros cogidos en una trenza, el rostro bronceado por la vida campestre, los ojos profundos apagados en la semi-claridad rosada difundida por la lámpara. El aparador de cerezo salvaje adquiere tonalidades rojas. Los platos de loza fina provenzal aparecen como mancha claras en las bandejas enceradas. De lo alto del cuadro colgado de la pared, el padre de Roger vigila la vida de la familia que, sin embargo sin él desde 1950, respeta el estilo que estableciera en vida.

Los niños no hablan durante la comida, a no ser que sean autorizadas. Interrogadas en francés, deben responder en la lengua d'Oc y viceversa. El ritmo de los intercambios son establecidos con toda naturalidad, sin constreñimiento. En 1960, el viejo idioma de los trovadores se habla y escribe correctamente en Le Pech.

No hay oraciones para santificar los alimentos que toman. Auda y los niños oyen de pie el pasaje de la *Chanson de la Croisade* de Guillame de Tudèle que el padre lee y se sientan después de una orden suya. El ceremonial está exento de rigidez

militar, se inscribe en la trama de una existencia consagrada a la prosperidad del dominio y al estudio.

Guillaume y Amiel salen de mañana en *Mobylette*<sup>1</sup> hacia el liceo de Carcasona. Géralda, de diez años, y Yolanda, de ocho, van a pie a la escuela comunal de la aldea vecina. Auda y el marido no bautizaron a sus hijos. La cuestión se puso un sola vez, en 1946, tras el nacimiento de Guillaume, con la visita del cura. Al verlo subir la alameda de plátanos, Auda gritó:

-¡Roger, es el "hombre malo" de Capendu...<sup>2</sup> Recíbelo, si quisieres, pero te prevengo que si bautizases a nuestro hijo, te dejo inmediatamente!

Él la abrazó riendo y dijo:

-Sólo hay un cura capaz de convencerme de esa necesidad: Jean, conde de Mayol de Lupé... Para mal de la Iglesia, creo que continua preso con el pretexto de "colaboración"<sup>3</sup>.

Barbaïra recibe al padre con la cortesía habitual, vuelve a llevarlo para la salida y dice:

-El papa Inocencio III despojó a mis antepasados de todo. Como descendiente de *Faydit* no es el bautismo lo que espero de la Iglesia católica, sino... una reparación.

-Veamos, señor conde, veamos...

-¿Señor conde? ¡No basta concederme el título de nobleza que en 1666 no pudimos exigir! ¡Tienen que restituirme el castillo y las tierras de Miramont!

-¡Pero eso es historia antigua, hijo mío!

-¡No soy su hijo y sólo es historia antigua para los ignorantes. Siete siglos son un instante en la vida de una gran familia como la nuestra!

Con gran alegría de la madre, Guillaume no fue bautizado. Amiel, Géralda, Yolanda y Raymond tampoco.

---

<sup>1</sup> Motocicleta de baja cilindrada del año 1960 aproximadamente.

<sup>2</sup> Esta perífrasis, siempre usada en las zonas retiradas del Languedoc, no implica propiamente un juicio de valor, pero perpetúa el matiz establecido en el siglo XIII entre los "bons hommes" cátaros y los "mauvais hommes" representantes de la Iglesia, entonces potencia enemiga.

<sup>3</sup> Capellán de los ejércitos franceses en el Oriente, de la Legión de Voluntarios Franceses contra el bolchevismo y de la División SS Carlomagno.

La cena está ahora terminando. De las ventanas largamente abiertas sobre el parque llegan los últimos perfumes del otoño y, de vez en cuando, una hoja de plátano empujada por débil brisa posa en la mesa como la pieza suelta de un servicio principesco de Vermeil.

Los niños se retiran. Auda y Roger se instalan en poltronas posadas como grandes navíos en la zona donde la sombra y la luz rosada de la lámpara se enfrentan. Ceñido en el traje de cuero que permite adivinar la musculatura de los hombros, siempre juvenil, Barbaïra acaba de llegar de viaje un poco cansado, se estira para atrás, cruza las piernas y dice:

-Me encontré en Niza con un tal François Montan.

-¿Te causó buena impresión?

-Si y no... Si, porque se trata de un hombre convicto, decidido a llevar hasta el final el combate por la independencia de Occitania... no, en el plano de las ideas. ¡Le falta rigor científico!

-¿Por ejemplo?...

-¡Pues bien... caracteriza la etnia únicamente según el criterio de la lengua! ¡No sólo pretende ignorar el sustrato biológico, sino que lo niega! ¡Como los de la UNESCO. Eso le lleva a reivindicar una Occitania limitada al antiguo espacio lingüístico d'Oc, treinta y un departamentos del actual hexágono, por tanto, y diez millones de personas llegadas no se sabe de donde! Es muy peligroso.

Auda enciende un quinqué, comienza su costura y pregunta:

-¿Hay mucha gente en el Partido nacionalista occitano? <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> A título documental, véase un extracto de los estatutos del Partido nacionalista occitano, tal como fueron legalmente registrados. Dan un idea de las tendencias de ese movimiento.

a) *Determinación de las naciones*: Debe ser hecho un estudio del actual estado lingüístico de la humanidad a fin de establecer la lista de naciones con base en el principio de intercomprensión.

b) *Fronteras de las naciones*: La delimitación territorial entre las naciones deberá hacerse según la pertenencia lingüística de la población, desde que esa pertenencia sea única y estable.

Si esa pertenencia cambia por inmigración y sustitución recientes, esa sustitución será igualmente nula salvo se antigua etnia fuera de débil densidad; en último caso, el territorio será dividido en relación con la

---

importancia numérica de las dos poblaciones, pero teniendo en cuenta el de derecho de propiedad.

Siempre que sea necesario, serán efectuadas permutas de territorios y de poblaciones para restaurar la unidad territorial y humana de una nación, considerando que el mar no puede ser un factor de interrupción de esa unidad territorial...

En el caso de que una nación no tenga territorio, se le entregará total o parcialmente su antiguo país, salvo si estuviera ocupado por una nación de fuerte densidad, en cuyo caso ese territorio le será concedido en regiones poco pobladas... etc.

c) *Objetivos políticos y económicos*: Cada nación deber formar un Estado unificado y soberano gozando de independencia política e igualdad jurídica en relación a las otras naciones.

Os extranjeros pueden residir en el territorio nacional desde que el Estado lo autorice, pero no desempeñar cargos políticos o militares. La naturalización debe ser concedida sólo en casos excepcionales y desde que se corresponda a una asimilación real.

Cada nación debe ser económicamente independiente, esto es, todos los medios de producción y distribución importantes deben ser propiedad nacional o propiedad de miembros de la nación y del Estado.

Todos los problemas surgidos en las relaciones internacionales deberán ser regulados por acuerdo entre las naciones independientes interesadas. Las fuerzas armadas deberán ser disueltas y las armas de guerra destruidas.

#### *Principios definidos por los estatutos del P.N.O.*

El objetivo primordial del Partido es la obtención de la independencia política, económica y cultural de Occitania en sus límites etno-lingüísticos, de Bayona a Menton y Fenestrelle, de los Pirineos y Leucate y Libourne, Montluçon y Romana.

El segundo objetivo del Partido es apoyar la lucha por la independencia y unidad de cada nación en el mundo, así como la lucha tendente al entendimiento y colaboración entre todas las naciones... etc.

#### *Plan económico y social*

a) Salida del Mercado Común "pequeño europeo".

b) Comercio externo rigurosamente controlado por el Estado.

c) Manutención y creación de tarifas aduaneras en las fronteras del Estado francés y, posteriormente, instauración de tarifas aduaneras entre Occitania y Francia a fin de proteger las actividades económicas existentes y a crear en el futuro.

d) Nacionalización de los grandes recursos naturales, de los bancos, de las grandes industrias, de las grandes sociedades comerciales pertenecientes a extranjeros del Estado francés y, en una segunda fase, de todas las pertenecientes a no occitanos.

-No. Fontan lo fundó en la primavera de 1959. Como estaba sólo, montó en la bicicleta para dar una vuelta por los compañeros y ganó partidarios uno a uno. Es un método eficaz pero lento. Bien, poco importa. Lo esencial es que, como ves, no estamos solos como antes de la guerra. ¡Occitania se mueve!

Respira profundamente como buscando un segundo aliento que reanime el combate, contrae las manos en los brazos de la poltrona y dice:

-¿Te acuerdas de los tiempos anteriores a la guerra, Auda?... Los albergues de juventud laicos... Las personas de Montsegur que nos tomaban por locos cuando les hablábamos en liberar a Occitania...

Auda de Miramont sonrió.

-¡Tengo la impresión que no cambiarán de opinión. François Fontan sólo sustituyó a Roger Barbaïra, nada más!

Barbaïra levantó los hombros.

-Es igual. Los aldeanos son siempre reaccionarios en el peor sentido de la expresión. Los vientos de emancipación soplan actualmente de la izquierda y Fontan viene del PC o del PSU. ¡Da mi respuesta a toda la gente que me reivindica por haber vestido el uniforme de las SS, aunque no entienda porque lo vestí, y pretende cerrarme con ellos en el gueto de la derecha!

Se distiende, inclina la cabeza hacia atrás y murmura:

-¡Fue una suerte sobrevivir a esa guerra estúpida para asistir al nacimiento de un partido nacionalista occitano... llevado a la pila bautismal por un antiguo comunista!

---

e) Prioridad para Occitania en las inversiones estatales en relación a las inversiones en ultramar y en relación con las inversiones en las regiones ya desarrolladas del Estado francés...

*Vías y medios*

Los medios de realización de ese programa son la propaganda y los medios legales, la acción de masas y la resistencia pasiva y, en fin, si es eficaz y necesaria, la guerra de liberación nacional. Quiere esto decir que el abandono de la fuerza en las relaciones internacionales y el desarme están de inicio subordinados a la obtención de la independencia y de la unidad nacionales y que, a continuación, deben ser practicados simultáneamente por las diferentes naciones... etc.....

El frío penetraba insidiosamente por las ventanas abiertas. Auda deja el trabajo, se levanta a cerrarlas. Al pasar, da un beso en la frente del marido, vuelve a sentarse y pregunta:

-¿Gaussan está de acuerdo con las quince hectáreas de Marseillette?

-Llegamos a un acuerdo. Voy al notario el próximo miércoles.

En catorce años de trabajo encarnizado y al precio de una política financiera arriesgada, el conde de Miramont había duplicado la superficie de su dominio, mecanizado extraordinariamente la explotación y construido o reconstruido varias fincas. Auda se estremece al pensar en eso y arriesga una observación.

-¿Crees prudente, Roger, que tengamos una deuda de doscientos mil francos a la espalda por causa de esas quince hectáreas? ¡Debemos más de doscientos millones de francos antiguos al Crédito Predial y al Crédito Agrícola!

Barbaïra levantó los hombros.

-¡Es dinero del enemigo! Francia hace la guerra a los que la salvaron en 1914 -¡imbéciles!- y se sirve del Crédito Agrícola para expropiarlos bajo la presión de una deuda cada vez más imposible de pagar. Con ese expediente, el gran capitalismo intenta la misma operación que el marxismo en Rusia, pero con una maña y una hipocresía muy superiores. Una vez que la guerra está declarada, respondo con brutalidad. ¡Cuando el tiempo de la descolonización llegue a Occitania, anularemos todas las deudas que puedan retirar al paisano la propiedad de la tierra! ¡Pura y simplemente! Hasta ahora, no descubrí mejor medio de arrebatar al norte lo que robó a los Miramont en 1209.

Auda suspira.

-¿Y si Francia te lleva a la quiebra antes de la liberación?

-¡Es un riesgo que tengo que correr. Como combatir en las SS. Asumo ese riesgo. Pienso en el medio de comprar la montaña de Alarico y los bosques e incluir en el lote el castillo de Miramont. Y, si consigo llegar hasta ahí, reconstruirlo!

Se levanta, va al gabinete de trabajo y regresa con un mazo de planos que posa en las rodillas de su mujer.

-¡Mira! Utilizaremos las piedras de las ruinas para reconstruirlo religiosamente según las formas antiguas...

Auda se inclina sobre los diseños, los examina y comenta:

-¡Pero es inhabitable para persona de nuestra época!... La espesura de las paredes... Esas ventanas minúsculas... Imposible de calentar en invierno! ¿Qué haríamos nosotros allí?

-¡Dar testimonio de la honra de los Barbaïra que se llama fidelidad! ¡Sea como fuere, hay que aumentar la propiedad y construir... construir... construir!

Un ruido ligero lo hace sobresaltar. El último nacido de la dinastía Miramont cruza la entrada de la sala de comer descalzo corriendo como un ratón en el solazo brillante y pía medio dormido, medio despierto:

-¡Papá, ven a adormecerme!

A los cuatro años, Raymond parece delgado y alto con el pijama azul. La luz rosada acaricia a la pelambre de sus cabellos castaños y finos. De todos los Barbaïra, es el único que mantiene la pigmentación de los antiguos visigodos de que descienden. Al resto del linaje, Auda impuso su crin negra y piel mate.

Roger Barbaïra pega a su cuello al hijo y lo lleva al cuarto, en la planta baja de la torre. Regaña suavemente al niño que no quiere dormir y que exige con voluntad bien firme:

-¡Papá, cuenta otra vez... la historia del tesoro!

Roger Barbaïra empuja una silla hacia el otro lado de la cama, se inclina sobre el rostro que la luz de la lámpara hace aún más viejo y comienza:

-Érase una vez... un gran castillo en la cima de una montaña...

-Con hombres muy buenos... pita el pequeño, que conoce la historia de memoria.

-Los hombres buenos guardaban un tesoro...

El pequeño Raymond se agita, cierra los ojos y pregunta:

-¡Di el nombre del tesoro, papá! ¡Cuenta!

-Se llamaba Graal y prometía la inmortalidad a quien descifrase sus enigmas... Mientras los hombres buenos intentaban descifrarlos, los hombres malos venidos del norte cercaron el castillo de la montaña.

-Me asustas con los hombres del norte, papá...

-Se llamaban Simon de Montfort, Guy de Lévis, Eudes de Bourgogne, Hugues des Arcis. Eran hombres terribles, vestidos de hierro, con grandes espadas. Mataron a las mujeres y niños en la catedral de Béziers... Esperaban al pie de la montaña que los hombres buenos muriesen de hambre para poder robar el tesoro... Pero cuando entraron en el castillo, no encontraron el Graal porque las hadas lo habían llevado durante la noche... Entonces, quemaron a los hombres buenos en una gran hoguera...

Barbaïra se calló suponiendo que el niño ya dormía, pero Raymond abrió los ojos, le agarró la mano y susurró en tono de sueño:

-Las hadas... el tesoro... ¿sabes dónde está, papá?

-Las hadas escondieron el tesoro en la montaña del Tabe. Mucho tiempo después, mucho después, hombres vestidos de negro que hicieron temblar el mundo y que, a su vez, querían descifrar el Graal para ser inmortales, lo encontraron y llevaron a su país... Murieron como todos los que tuvieron el Graal y no consiguieron penetrar su enigma. Pero tuvieron tiempo de esconderlo en una montaña de hielo donde espera la venida de nuevos caballeros listos a arriesgar la vida para que los hijos descubran finalmente el secreto de la inmortalidad...

Raymond sopló:

-Tengo miedo, papá, de los hombres negros...

-La Orden de los hombres negros, que se reconocen entre sí por la primera letra de la escritura pagana cifrada, vela sobre el Graal...

El niño ya dormía ahora. Barbaïra se irguió y salió del cuarto de pies puntillas...



El invierno se diluye en la monotonía grisácea de las extensiones desnudas el oro de los plátanos y el rojo de las parras. Las cien hectáreas de las viñas Barbaïra muestran perdiéndose de vista cepas negras retorcidas como llamas petrificadas de carbón. La tramontana sopla del norte con largas

rachas. El cielo vibra como una chapa de acero azulada por hornos olvidados. Una pureza incisiva recorta a lo largo los relevos de la Montaña Negra y de las pre-Corbières. Películas de hielo tiemblan en la superficie de los arroyos. Auda dice a los hijos:

-¡Abrigaros bien y no os constipéis con vuestras *Mobylette*!

Toman el pequeño almuerzo antes de ir al liceo. Toda la familia está en pie a las seis de la mañana. El café con leche humea en los tazones. El conde de Miramont corta rebanadas gruesas de pan. Ya está con las botas puestas y vestido con el traje de cuero negro. De repente, suena el timbre de la entrada.

-¡Vaya!, dice el conde, ¿quién nos viene a visitar a esta hora?

Pasados unos instantes, la vieja señora del servicio aparece más arrugada y trémula que nunca. Parece aplastada y transfigurada al mismo tiempo por medio siglo de servicio voluntario. Con una autoridad todavía más reforzada tras la muerte del viejo conde, anuncia:

-Señor Roger, son policías.

Sorprendido, Barbaïra curva el arco de las cejas claras.

-¿Policías?

-Quieren hablar con el señor Guillame, dicen.

El conde de Miramont fija los ojos del hijo mayor que mientras había enrojecido. Le pregunta:

-¿Ahora tienes amigos en la policía? ¿Si no tienes, cuál fue la tontería?... ¿Saltaste algún semáforo en rojo en Carcasona? ¡No sería la primera vez! ¡Con un motor entre las piernas, quieres abrirte camino como sea!

En efecto, Guillaume Barbaïra es un apasionado de las motos, como el padre. Aún no tiene edad para sacarse el carnet de conducir, pero, con la autorización tácita del conde, conduce a veces la vieja *Norton* de la época de los AJ y en su fogosidad y juventud recorre de modo peligroso las pequeñas carreteras desiertas de los alrededores.

-No me salté ninguna señal en rojo desde el inicio de las clases, afirma bajando la nariz hacia el tazón.

De repente, Roger Barbaïra tiene un sobresalto. ¡El ángel del recuerdo pasa!... Diecisiete años antes, un alemán desconocido se presentó de la misma manera a la puerta del dominio en una

perspectiva también cargada de amenazas y fue esa visita la que selló su destino. Se acuerda perfectamente como su padre intentó protegerlo, mira atentamente para Guillaume que hace intención de levantarse y ordena a su vez:

-¡Quédate ahí, no te muevas... Yo les hablo!

Sale. La arena helada rechina debajo de las suelas de las botas. Avanza con paso firme bajo la bóveda de plátanos que, ahora desvestidos de hojas, recuerdan la nave de una catedral en ruinas con porciones de cielo entre los arcos. Abre el portón enrejado y manda entrar a los dos policías.

-¡Buenos días, señores! ¿Puedo saber por qué me honran con esta visita matinal?

Una rabia "Jeune Résistance". ¿Podemos hablar con él?

-Vuelvan luego a la noche. Ya salió para el liceo.

El cabo sacudió la cabeza, miró de reojo al adjunto y avanzó casi timidamente...

-Según el rumor público, su hijo escondió a esos terroristas en una finca suya... Queremos creer que sólo es difamación...

Barbaïra se mantiene impasible, pero la cicatriz de la cara pasa del blanco al rojo, señal de profunda confusión. Pregunta secamente:

-¿Trae algún mandato de busca?

-No.

-¿Esa búsqueda no es, por tanto, de carácter imperativo y urgente?

-No precisamente, aunque... nos gustaría...

-¡No pierdan su tiempo y dejen a mi hijo en paz! ¿Como pueden pretender que terroristas del F.L.N. se escondan en la casa de un antiguo miliciano condenado a muerte por contumacia en 1945 y a cinco años de indignidad nacional en 1946? ¡Convengamos, señores...! ¡Suponía que la policía era más perspicaz!

El cabo tiene un sobresalto. Dice al subordinado:

-¡Es verdad, Dios mío! ¡Me había olvidado de eso por completo! ¡Un F.L.N. no iba a esconderse en la casa de un antiguo miliciano!

-¡Y antiguo SS!, añade Barbaïra con voz amenazadora, clavando una mirada incisa en el policía, que se bate en retirada.

-¡Disculpas, señor Barbaïra! ¡Nos engañamos, no nos quiera mal por eso... Buscar dos F.L.N. al azar en un país como este es lo mismo que buscar una aguja en un pajar! ¡A pesar de todo, gracias por el recordatorio... No volveremos a incomodar a los antiguos milicianos!

-¡Así espero!, replica Barbaïra con voz calma acompañando la ironía que aflora a la comisura de los labios.

Los policías montan en las bicicletas y se alejan. Barbaïra cierra el portón y va dentro con la cabeza baja y aire preocupado.



Cuando entró en la sala del comedor, ya habían tomado todos el pequeño almuerzo pero nadie salió del lugar. Dijo a Guillaume:

-¡Hoy, no vas al liceo. Ven al escritorio, quiero hablar contigo!

Guillaume dejó la sala cabizbajo mientras su hermano se equipa para salir y las hermanas buscan sus mochilas escolares. Auda pasa cerca del marido que ya va a salir y murmura:

-¡Incluso si ha hecho una tontería grande, no seas duro con él!

Padre e hijo están ahora frente a frente. Roger Barbaïra pregunta:

-¿Con que entonces, estás en la red de la "Jeune Résistance"?... ¿Por qué no miras de frente a tu padre?

-Pero...

-¿Es cierto o no?

-Es cierto, papá...

-No respondas en ese tono. ¡Di, "es verdad"!, ¡pero con orgullo!

Profundamente sorprendido, el muchacho fija los ojos del padre y murmura:

-Pero... suponía que...

-No hay nada que suponer. ¿Quién te hizo entrar en esa red?

-Compañeros del liceo que se encontraron con Francis Jeanson.

-¿Y que hacéis en la "Jeune Résistance"?

-Colectas a favor de los militantes de la federación francesa de la F.L.N. Llevamos mensajes...Arreglamos escondrijos...

Barbaïra sonríe.

-En una finca de tu padre, por ejemplo. ¿Dónde escondiste a tus dos héroes?

-En La Charvensole, en un granero.

-Y entonces... ¿no mueren de frío?

-Bien...

-¿Y de hambre?

-Mis hermanas roban comida en la cocina... y yo la llevo durante la noche...

-Silencio prolongado. Roger Barbarïa juega con el puñal SS que adorna el escritorio. Guillaume baja los ojos embarazado.

-¡Levanta la cabeza! ¡Mira de frente!, ordena el padre.

Guillaume se pone recto, pero se siente cada vez más inquieto y desamparado.

-¿Por qué entraste en la red "Jeune Résistance"? ¿El resistencialismo te parece un buen ideal?

-No.

-¿Entonces por qué entraste?

-Por pensar que las personas que como nosotros intentan liberar el país se encuentran en la misma situación de los argelinos que luchan por la descolonización de su país... Es la misma causa ¿no es? Una vez que no se hace nada en Occitania, entendí que debía ayudar a los que tienen el coraje de batirse. Es eso...

Barbaïra no responde, pero la cicatriz pasa de nuevo del blanco al rojo. Se levanta, da lentamente la vuelta al escritorio, se aproxima a Guillaume, le aprieta en los brazos y ruge:

-¡Es verdaderamente mi hijo! ¡Mi eternidad!...

Después, comienza a caminar en todos los sentidos dejando el joven abandonado por el abrazo que sustituye las sanciones esperadas, siempre severas y justas. Al cabo de cierto tiempo, pregunta en voz baja:

-¿Por qué no me dijiste? ¿No tienes confianza en tu padre?

Guillaume duda la respuesta pero acaba por decidirse:

-Papá... eres un antiguo SS, ¿no es cierto?... Pensaba que...

Barbaïra levantó los hombros.

-¡No seas parvo!... ¡Bien, soy yo parvo, tal vez! Debía haberte explicado hace tiempo ciertas cosas que los amigos de ese Jeanson no pueden comprender... Para empezar, esto: ¡en las SS combatientes pasó más de un millón de hombres, y un millón de hombres no se tapa con dos o tres prejuicios políticos! ¡Había contradicciones internas en ese medio, los SS alemanes pensaban en la grandeza de Alemania, los SS extranjeros en el de su patria, pero todos estábamos de acuerdo en dar a la raza que hizo de nosotros lo que somos la primacía sobre todos los otros factores del progreso humano... Combatí en las SS para liberar a Occitania de la tiranía republicana y sustituirla, si era posible, por un gobierno de visigodos! ¡Ese era mi problema y ha de ser el tuyo! Cuando tengas veinte años, sabrás cosas más importantes todavía. ¡Mientras esperas, ayuda al F.L.N. a modo de entrenamiento!...

Guillaume sintió la tentación de abrazar el cuello del padre, pero se reprimió con la disciplina que había heredado y dijo sólo:

-Gracias, papa. ¡Es una buena sorpresa!

Roger Barbaïra lo contempló con emoción. Aparte del color del cabello y el tono de la piel, era exactamente como él: estatura media, robusto, hombros largos que conformaban una musculatura fuerte en vías de desarrollo, una mirada limpia cargada de audacia y franqueza, un carácter próximo al suyo, repentino en la cólera pero firme, servido de una paciencia paisana y por una voluntad ilimitada. Le dijo:

-Desvié el golpe de los policías y utilicé contra ellos la imagen que tenías de esas SS que en 1945 los ignorantes clasificaron ni más ni menos a la derecha. Se los policías supiesen que no somos de la derecha ni de la izquierda, sino al frente de la evolución y abiertos a todas las audacias, íbamos a tener disgustos. ¡Señor militante de la "Jeune Résistance", ha de jugar por lo seguro! Nuestros enemigos son diabólicos y los policías no son tan imbéciles como parecen! ¿Cuál es el problema de tus F.L.N.?

-Creo que tienen documentos importantes que necesitan llevar a Túnez y colocar en lugar seguro.

-Se trata, por tanto, de hacerlos pasar a España lo más rápidamente posible. Yo mismo me ocupo de eso. Por otro lado, los Barbaïra tienen una idea elevada del derecho de asilo político. ¡Combatientes de la libertad refugiados en su casa no duermen en graneros, sobretodo a una altura como esta! Ve a buscarlos luego a la noche mientras se preparan dos cuartos. Quedan con nosotros hasta que se organice un pasaje a través de la frontera. ¡Será una buena ocasión de saber si los Barbaïra son capaces de callarse, de lo que estoy convencido *a priori*, por cierto!



Los dos hombres vinieron a la hora de comer. Traían aún algunas pajas en la ropa miserable y rasgada. Como discípulos honestos del Profeta, no bebieron vino. Barbaïra les dijo riendo:

-¡Se no bebéis vino, no es necesario producirlo! ¡Ayudamos a liberar a Argelia del colonialismo, pero tenéis que arrancar las viñas y plantar cualquier otra cosa en la Argelia liberada. La gente de mi patria tiene necesidad de vender el vino para poder subsistir y ya lo venden mal! ¿Sois cabilas?

-Yo soy de Tizi Ouzou, dijo el primero.

-Yo nací en Maillot, afirma el segundo.

-En ese caso, descendéis de arios y, con ese título, sois recibidos en pie de igualdad con las personas de esta casa. Debéis favorecer las grandes familias cabilas y bereberes y arianizar Argelia, como nosotros la Occitania, que habremos de repoblar con visigodos. ¡De otro modo, vuestra revolución fracasará! ¡La raza es como la viña, es preciso arrancar cepas malas y plantar otras mejores en su lugar! ¿Sabéis esquiar?

Recelosos, los dos cabilas sacudieron negativamente la cabeza.

-¡Es una pena! Comenzareis a aprender en unos días. Vais a caer tantas veces que vuestro repertorio de improperios se va a agotar. Pero, cuando estemos cerca de la frontera, tened cuidado y maldecid en silencio, ¿de acuerdo?

-Tenemos el hábito del silencio y sabemos sufrir, dice el más viejo.

Una semana después, Roger Barbaïra y el hijo primogénito los metieron en una camioneta, rodaron hasta los arrabales de Latour-de-Carol y los llevaron en secreto a España a través de la montaña nevada al valle del Segre.



Cuando el *DS19* de Marius Chabrol entró en la alameda principal del dominio, la Montaña Negra cerraba a lo largo la perspectiva de los cerezos en flor con la gracia precisa de las estampas japonesas. Barbaïra agarró las manos del camarada y la apretó durante mucho tiempo.

No se habían vuelto a ver después de 1946, pero se escribieron regularmente el uno al otro. Respondiendo a las invitaciones varias veces hechas, Chabrol venía al dominio a pasar por primera vez las fiestas de Pascua con la mujer y el hijo.

El antiguo secretario de la Juventud Comunista se había casado con una bella muchacha de Narbona después de apagar del corazón la imagen de Daniela Casanova. En la perspectiva idealizada de la adolescencia, había amado secretamente a la célebre militante, como otros amaron a Greta Garbo, sin revelar nada a los camaradas de los albergues de juventud del *maquis*. Caída en combate, inscrita por el Partido en el fresco de sus mártires, dejó una imagen que no podía aureolar ese amor del cual nunca llegó a saber. Con el paso del tiempo, el proceso dialéctico transformó a la secretaria de las "Jeunes Filles de France" en santa Juana de Arco... Y como el hombre no vive sólo de pan, como no vive de amores muertos, Marius Chabrol acabó por casarse con... una muchacha de la pequeña burguesía narbonense.

En 1947, en condiciones mal definidas, probablemente en nombre de ciertos privilegios políticos, entró en posesión de un gran garaje. Y comenzó a prosperar, al inicio gracias a la solidaridad *ajiste*, con Gaston Reboul encargando maquinaria y engranajes para las dos fábricas de textiles artificiales que dirigía. Tenía ahora un *DS19*, como los representantes de las "doscientas familias".

-¿Entonces?, pregunta Barbaïra... ¿Vienes a pagar tu contumacia?

-¿Perdón?...

El conde de Miramont sonrió y apuntó el dedo como una pistola al corazón del convidado.

-Hay, dijo en tono ligero, una Orden Negra compuesta de antiguos SS, ellos mismos herederos de oficiales alistados en los cuerpos-francos del Balticum después de la I Guerra Mundial, de templarios que sobrevivieron a la interdicción de 1312, señores visigodos *Faydits* y vikingos escandinavos... Durante veinte siglos, unas veces mediante acciones cerradas, otras mediante acciones abiertas, un día aliada a Martin Luther, otro día a los Perfectos cátaros, alternativamente dirigida por Gustav Vasa, Adolf Hitler y otros, la Orden Negra defendió el Graal, esto es, una concepción del hombre que asegura la perennidad de los primitivos arios, hoy minoritarios en el mundo, pero todavía potencialmente todopoderosos. ¡Por lo que parece, la Orden Negra te condenó a muerte por contumacia en 1954!...

Marius Chabrol giró los ojos en las órbitas. Barbaïra soltó una carcajada, le dio una gran palmada en la espalda y dijo:

-¡Estoy bromeando! Volvamos a la realidad y , para comenzar, vamos a la terraza a tomar un *pastis* <sup>1</sup>.

Salieron del *chateau* y se instalaron bajo los arcos de ramas desnudas entre dos emparados de árboles frutales floridos. Del lado este soplabla una ligera brisa. Trinaban pinzones y abejarucos. Barbaïra recomenzó:

-Como dice un filósofo, "los hechos son tenaces". Son ellos que te condenan a muerte por vía de tus contradicciones internas. No puedes ser militante del Partido comunista y del P.N.O. sin destruirte a ti mismo en poco tiempo.

-¿Cómo sabes que apoyo al P.N.O.?

-Estuve con François Fontan en Niza, hace unos meses.

Marius Chabrol bajo la cabeza y Barbaïra continuó:

-¡Un militante honesto como tu podría creer que el Estado ruso respetaría las disposiciones de su propia Constitución garantizando la libertad lingüística y cultural de las minorías y

---

<sup>1</sup> Aguardiente de anís que se toma con agua.

que la Internacional comunista libertaria también las pequeñas patrias oprimidas en el día de la victoria, pero, a la luz de los hechos recientes, no es así!

-¿Qué quieres decir?

-¿Los operarios sublevados en Berlín-este no fueron aplastados?

-¡Eso no prueba nada!

-¿Y Budapest?

Marius Chabrol se dobló sobre si mismo, inclinó la cabeza hasta casi meter la nariz en el vaso y dijo palabra.

La primavera cantaba a través de los cerezos floridos. Un avión atravesó el cielo arrastrando un zumbido de abeja al frente de un hilo de seda trenzado por los vapores blancos de la condensación a gran altura. Un canto languedociano llegaba de las instalaciones del servicio. Pasado un momento, Chabrol levantó la cabeza y dijo en tono de desencanto:

-¡No necesitas ponerme ejemplos. Hace mucho tiempo que no cuento con la URSS para liberar Occitania! Es por eso que milito paralelamente en el P.N.O.

-¿Y abandonas el Partido comunista?

Chabrol se agitó en la silla. No respondió, cerró los ojos se dobló sobre sí mismo durante unos minutos. Después, dijo en tono cansado como quien sale de un sueño:

-¿Te acuerdas de nuestro encuentro en la prisión de Carcasona, hace ahora quince años?...

-Las deudas de honra se pagan, aseveró el conde de Miramont... ¿En qué puedo ayudarte?

-Nada, no se trata de eso. ¿Cuando te propuse renegar de las SS, que respondiste?

-¡Que era lo mismo que pedir a un Cátaro que fuese a Roma!

-¡Ahí tienes! ¡Te doy la misma respuesta!

Torció las manos como queriendo quebrar cadenas invisibles, dejó caer los hombros y se hundió en la silla en una actitud de vencido.

-Comprendo, murmuró Barbaïra... ¿Como entre nosotros, antiguos SS, tu honra también se llama fidelidad?

El comunista levantó los hombros.

-¡Buenas palabras esas. Para mi, el PC representa los amores de juventud, la esperanza a los veinte años, la esperanza de una familia numerosa ahora, es una fe!

-Se que sois correligionarios y es en eso donde reside vuestra fuerza, que, en el fondo, es de la misma esencia que la nuestra. Perteneceemos ambos a las dos iglesias laicas que tomaron la delantera al cristianismo. Mientras, te hago notar que es posible liberarnos de una iglesia... con permiso del profeta!

-No entiendo.

-Karl Marx dijo: "Un pueblo que oprime otros pueblos no puede ser un pueblo libre"... El espectáculo de la tiranía que Rusia hace pesar sobre Europa anexionada confirma ese dicho. ¿Cómo puede Rusia exportar a Occitania una libertad que no da a sus pueblos? Tu verdadero problema no es dejar el PC francés, es liberarlo de la tiranía moscovita. El camino que podemos hacer juntos y de que te hablé hace ya quince años, pasa por esa revolución estructural.

-Lo sé bien... Intentamos eso varias veces pero nada conseguimos. Los rusos son muy fuertes...

-¿Qué esperas? Recoge tus canicas, llévalas a Fontan y embarcas contigo a los mejores militantes del Hérault! <sup>1</sup>

Chabrol cerró los puños y su rostro enrojeció como dejando vislumbrar el esfuerzo de arrancar algo dentro de sí. Después, apretó la cabeza en las manos y gimió en un tono de verdadera desesperación:

-¡Imposible!... ¡Imposible! ¡No puedo salir! ¡Sólo me queda desaparecer, de una manera o de otra!

Barbaïra levantó los hombros.

-¡No seas tonto!

El comunista murmuró entre dientes:

-He pensado en eso muy seriamente... No duermo durante semanas, no como, dejo el garaje irse al traste, sobretodo cuando regreso de Paris después de un congreso, o de Niza después de una reunión del P.N.O... En estas condiciones, no tardaré mucho

---

<sup>1</sup> Departamento francés que se encuentra en la región de Languedoc-Rosellón. Su capital es Montpellier (N. del T.)

en declarar la quiebra. Huyó a Australia o me doy un tiro en los sesos... ¡No veo otra salida!

Parecía verdaderamente desesperado. No había tocado el vaso de anís y respiraba pesadamente como un atleta llegado al límite del esfuerzo. Barbaïra se levantó y le agarró del brazo.

-¡Vamos, mi viejo, no te dejes abatir! ¡Las contradicciones internas también se dominan!... ¡Mira como nuestro país es bonito!

El cielo evanescente entregaba el espacio al matrimonio que se consumaba entre él y la tierra en una permuta de tintas azuladas y rosáceas. A lo lejos, la Montaña Negra se pegaba a los pliegues de su túnica y la orlaba en la parte de abajo con largas perspectivas flexibles. El sol abierto ponía el acento de su luz afectuosa y todavía moderada en los tejados rojos de las quintas, picadas aquí y allí en la extensión de las cepas de vino torturadas y ennegrecidas por el invierno que fue no se sabe donde... Un perfume de tierra mojada y flores nuevas excitaba el olfato de los dos hombres puestos a la escucha de los viejos cantos d'Oc que avanzaban en las encrucijadas de los ecos...

Barbaïra barrió el paisaje con un gesto firme del brazo y dijo:

-¡He aquí una dialéctica que ninguna contradicción interna puede poner en cuestión! ¡Vamos, viejo amigo, nos llaman a la mesa!



Marius Chabrol como apenas con los labios, pero se deja ganar progresivamente por el calor humano de la gran familia reunida a su alrededor, de mujer y del hijo. La dulzura del presente exorciza los fantasmas del pasado... Vino de las Corbières, jamón serrano, *cassoulet* de Castelnaudary. Frutas conservadas en los graneros donde Guillaume Barbaïra escondía a los militantes del F.N.L. ante de que el padre los alojara en casa... Había pasado mucho tiempo tras el otoño, pero, para los policías de la región, sin contacto con el enemigo, el tabú miliciano continuaba pesando sobre Le Pech.

Marius Chabrol ya no trata a Auda Isarn de tu. La ve más distante que antes y no llega a trazar una línea que separa la

muchacha inquietante y misteriosa que conoció en los albergues de juventud de la condesa de Miramont. Le parece, sin embargo, encontrar una a través de la otra, pero sin poder determinar el lugar que una ocupa en relación a la otra. Todavía, la que recuerda del pasado le parece, sin embargo equivocadamente tal vez, más viva que la mujer del gran propietario de tierras. Ese matiz escapa a todos los que no conocieron a Auda Isarn antes de la guerra: los chiquillos, su mujer, la vieja sirvienta que comanda la comida con autoridad familiar. Chabrol cree leer en los ojos de la condesa una angustia que el marido, bien instalado en la cumbre de la dinastía, en la certeza de la fidelidad evidente de la esposa al destino de la comunidad, preocupado con la reconquista de Occitania que intenta llevar a cabo por su cuenta, apoyado como sajón en los aliados que detesta, el Crédito Predial y el Crédito Agrícola, no percibe. Marius Chabrol intenta aliviar el corazón y pregunta a Auda:

-¿Se acuerda de aquella pieza sacada de la novela de Lévis-Mirepoix que íbamos a representar antes de la guerra?

-¡Oh!, ¡sí!, responde Auda con voz profunda.

-Lo que más me impresionaba era la autenticidad de su desempeño en el papel de la heroína cántara Jordane de Montaire... ¡Para mí, será siempre Jordane! ¡Es a ella a quien debo lo poco que conozco de la religión cántara! Me quedé con ganas de leer todo lo que apareció sobre la cuestión después del libro de ese alemán, Otto Rahn. Se dice que aún hay Cántaros en el Languedoc y en Albigeois... ¿Es cierto?

-No se, responde Auda Isarn tras una ligera vacilación.

Con la técnica insidiosa del militante comunista, Chabrol lleva su curiosidad más lejos y pregunta:

-Consta que todavía hay un obispo cántaro que vive en los confines del Ariège, un tal Déodat Roché. ¿Lo conoce?

-No.

Roger Barbaïra empujó el plato, levantó la cabeza y miró para la mujer mostrando su sorpresa en el movimiento favorito de las cejas.

-¡Lo conoces, si, Auda! Justamente el año pasado fuiste a verlo... ¡Intenta acordarte! ¡Fuiste en el *Austin Cooper*... en el regreso del viaje partiste las bielas!

Se vuelve para Chabrol y comenta:

-¡Auda y Guillaume son verdaderos verdugos de la mecánica!

Auda de Miramont enrojeció y el embarazo no pasó desapercibido al mirar inquisidor del comunista. Pensó: esta mujer representaba la pieza con mayor naturalidad. Era una verdadera Cátara y no me espantaría que tuviese ligazones con la secta, si es que todavía existe. ¡Decididamente, la religión no es opio sólo para el pueblo, es también para las condesas, a pesar de la fortuna y los hijos! E insiste:

-¿Y qué piensa de Déodat Roché?

Auda responde contrahecha:

-Veamos, no es exactamente así. ¡Que yo sepa, no hay obispos cátaros! Déodat Roché tiene poco de obispo... Como mucho, puede ser considerado una especie de teólogo del Catarismo moderno.

-¿Luego, los Cátaros continúan existiendo?, insiste aún Chabrol, que está a punto de reencontrar la alegría un tanto sádica que sacaba de su situación de inquisidor durante los interrogatorios de los milicianos.

-No sé, replica Auda con voz ronca.

-¡Sabes, sí!, dice Barbaïra con suavidad... ¡Los Malaveyre y los Montgoradail son cátaros notorios!

-No me acuerdo de ellos, alega Auda con voz lánguida.

Por la manera como engulle en seco, Chabrol adivina que tiene la garganta contraída. La rigidez de la mirada revela la tensión nerviosa que crece a medida que las cuestiones expuestas se vuelven más precisas. Y piensa: la vida de esta mujer debe tener zonas de sombra que escapan a la perspicacia del marido. ¡Debía estar más atento, él!

-Una vez que hablemos de religión, dice Roger Barbaïra, vas a saber una cosa interesante... ¿Te acuerdas de nuestro compañero Guyot Peyrat?

-¿El poeta? ¿Cómo no había de acordarme? Era un tipo interesante.

-¿Sabes lo que es ahora?

-¡No tengo la mínima idea!

-¡Reverendo Abade de la Orden de los Hermanos Predicadores!

-¡¿Cómo?!... ¿He oído bien?

Barbaïra sonrïe y fuerza el tono de la rïplica.

-¡Dominicano, hombre! ¿Sabes lo quï es eso?

Chabrol sonrïe burlonamente.

-¡Claro que sí! Un campeón del oscurantismo. Solo que no veo como...

-Es simple. En 1944, consiguiï escapar al pelotïn de fusilamiento en Perpignan y se escondiï en los Dominicanos. Y se quedï allï. ¡De jardinero pasï a novicio... situaciïn confortable para dedicarse a la literatura sin pensar en el dïa de mañana!

Escïptico, Chabrol pregunta:

-¿Y cree en el ardid?

-¡Es claro! Vino a vernos hace cinco aïos. En aquel momento era hermano predicador, despuï pasï a padre. ¡En los Dominicanos, tal vez mï que en otra Orden cualquiera, no se sube de grado sin pasar por pruebas serias! De vez en cuando compro el *Termoignage Chrïtien*, cuando en los artïculos me hablan de ñl. Segïn parece, representa la extrema izquierda del pensamiento catïlico.

Chabrol se burla y dice:

-¿Por tanto, en religiï y en el resto, la Occitania se coloca a la izquierda? ¿Si se hiciese el balance de la evoluciï del grupo de *ajistes* que en 1938 presentaba en Montsegur la primera reivindicaciï a favor de la independencïa quï se descubriï?... ¡Reboul, patrïn "social" que introduce la coparticipaciï operaria en los lucros... Barbaïra, antiguo SS que habla con el dialecto de izquierda y cuyos hijos dan guarida a tipos del F.N.L. Chabrol, comunista, y Guyot Peyrat, monje progresista... En suma, no hay nada como un acuerdo entre hombres de izquierda para hacer polïtica... de la derecha a favor de Occitania!

-¡Se olvida de los muertos!, hace notar Auda Isarn de Miramont con voz velada.

La conversaciï cesa bruscamente. Sïlo se oye el zumbido de una abeja perdida en la sala buscando salida cuando Jordi Couquet, exangïe, Lou Ganet, Robert Robuffay y Raymond Ferrocas, uno, con el pecho perforado por balas alemanas, el

otro, por balas francesas, y luego Estève Caberol, más voluminoso que un madero calcinado, se sientan alrededor de la mesa.

-¡La cuenta está equivocada!, dice Auda Isarn en un tono que sobresalta al marido por haber oído antes esa voz descarnada profetizar tragedias que nunca dejaron de cumplirse.

La sangre se retiró visiblemente del rostro de la mujer. Sus ojos lanzan llamas en un poderoso esfuerzo de concentración y se fijan en un punto del espacio que nada revela a los otros convidados. La voz parece venir de lejos y anuncia...

-Veo... veo...

Roger Barbaïra empuja la silla hacia atrás y se precipita sobre Auda. Inclinado sobre su hombro, pregunta en voz baja:

-¿Qué ves, Auda? ¡Habla... Habla, querida... no tengas miedo... Habla!

Un silencio prolongado queda flotando en la asamblea. De repente, Auda Isarn suelta un grito lancinante.

-¡Veo lugares vacíos entre los muertos... conozco los que se van a juntar a los muertos!

Marius Chabrol con se quedó con las mejillas ardiendo, luego la sangre le desapareció del rostro y tomó la palidez del cielo en el cenit de la aurora. Empujó ruidosamente la silla hacia atrás y abandonó como un loco el comedor.

-¡Habla, Auda!... Habla, murmuraba Barbaïra sujetando a la mujer por los hombros.

Auda parecía agotada. Continuaba muda, petrificada en un terrible esfuerzo de concentración. Finalmente, soltó un grito de verdadera desesperación.

-¡No!... ¡El otro no!... ¡La criatura no!... ¡Ese no, él no!... ¡No!... ¡No!...

Cayó hacia atrás, rígida, con los ojos cerrados, con espuma en los labios. El conde de Miramont la irguió en brazos y la llevó para el cuarto mientras los hijos aterrorizados, se deshacían en sollozos.

## II

Fábrica moderna en los arrabales de Toulouse. Fachadas enteras guarnecidas de vidrios unidos en estructura de acero inoxidable. Pasillos enlosados. Dispensadores de agua helada en los cruces interiores. Alfombra verde en la sala de espera del despacho del director general. Mesa de caoba y butacas de cuero color habano. En un panel rígido de tejido gris, un cuadro representado el *pog* de Montsegur, en otro, una paloma cátera en cerámica. Gaston Reboul se levanta para recibir los visitantes: Roger Barbaïra, Marius Chabrol y el delegado del C.O.E.A.

El Comité Occitano de Estudios y Acción había sido fundado hacía un año por el Prof. Robert Lafont, presidente del Instituto de Estudios Occitanos y catedrático en la Facultad de Letras de Montpellier, en la esperanza de unir a los notables del comercio y de la industria, dejando tácitamente al P.N.O. de François Fontan el cuidado de hablar a los intelectuales. Su delegado, Roquebrune, se inclina ante Gaston Reboul y dice:

-Estoy muy agradecido al amigo Barbaïra por haber facilitado esta entrevista. Los industriales renombrados del Languedoc prefieren el acento parisino. ¿Supongo que no será su caso?

Reboul sonrío.

-No, de hecho. Podemos, si desea, hablar en la lengua d'Oc... ¡En cuanto a mi éxito, mis méritos son pocos y débiles. Mi padre nació antes que yo!

-No disminuya esos méritos que son tan evidentes, señor presidente... Se que tiene grandes títulos en la Resistencia...

Reboul levanta los hombros.

-¿La Resistencia? No se que es eso. Vamos a los hechos, si está de acuerdo. Hábleme del C.O.E.A.

Roquebrune abre la carpeta, saca una hoja impresa en papel amarillo y se la extiende al industrial.

-Es el primer manifiesto... Resume nuestras tendencias actuales <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Fundado por el eminente Prof. Robert Lafont, el Comité Occitano de Estudios y Acción (C.O.E.A.), surge como el movimiento reivindicativo mejor estructurado del Midi francés. Inicialmente limitado al plano de la economía según una orientación nítidamente marxista, habría tomado un gran

Reboul lee despacio, ligeramente vuelto a los camaradas de la época de los albergues... y habla con energía, como un orador popular...

"¡Occitanos!

En el siglo XIII, los Cátaros no tenían más que un pretexto para la conquista de Occitania...

En el siglo XX, la colonización continua...

¿Reparáis como al sur del Loire se desbarata el territorio? Lo que queda de la vía industrial está amenazado por todas partes: textiles, metalurgia, exploración minera... Pensad en Decazeville, en Bousquet d'Orb, en los astilleros navales de la Provenza, etc.

Las nuevas industrias importan los cuadros de personal y sólo os ofrecen un número ridículo de empleos subalternos. Ir a Marcoule, Pierrelatte, Saint-Gaudens, etc.

---

impulso después de los acontecimientos de Mayo-Junio de 1968. A título documental, véase el texto de un manifiesto reciente con el cual se quiso definir en el plano cultural:

"Tras siete siglos de colonización, el país occitano fue aprisionado en la masificación de la sociedad industrial y bloqueado en una pseudo-cultura parisina y burguesa transportada bajo la máscara de la descentralización por una administración moribunda. Al término de ese proceso, está el vacío: reducción incesante en el número de creadores de cultura, asfixia intelectual, astenia, impotencia. El Comité Occitano de Estudios y Acción recuerda que la cultura no es un bien de consumo distribuido por supermercados culturales o por funcionarios, sino un conjunto de comportamientos y relaciones dinámicas del hombre con su ambiente histórico, social y natural.

La creatividad cultural pasa por la ruptura de las estructuras mentales alienantes, por la recuperación de la dignidad étnica y por un desarrollo creador.

Efectivamente, sólo la creación prolífica y completamente diversificada permitirá acabar con la cultura jerarquizada, piramidal, de museo, que actualmente es el opio más pernicioso del pueblo. Al mismo tiempo, la voluntad de animación cultural debe expresarse por la destrucción de los valores alienantes de la llamada "civilización" y por la liquidación de los perfectos e inspectores culturales y otros beneficiarios de la cultura doméstica.

La creación cultural no tiene capital, laboratorio privilegiado ni lengua elegida. Debe desarrollarse en cualquier parte, de la Occitania. Es un asunto de lucidez y de voluntad".

Las fuentes energéticas se exportan y se utilizan en otros sitios. El gas de Lacq... la hidro-electricidad"...

Gaston Reboul posa el manifiesto en el escritorio y dice a Barbaïra:

-¡En lo que dice respecto a los textiles, por ejemplo, no es exactamente así. Mis fábricas no deben un centavo a nadie fuera de Occitania. Todos mis cuadros y operarios son de aquí!

Roquebrune levanta la mano.

-Es cierto, señor presidente, pero su caso es una excepción que confirma la regla. Por un industrial que sobrevive en el plano local, ¿cuantas quiebras y cuantas transferencias del sur al norte?...

-¿Y de Occitania al fin del mundo?, dice Barbaïra. ¡Los maestros de la fundición de Saint-Girons, por ejemplo, los Pincemins, exiliados con el pretexto de "colaboración" que se rehicieron brillantemente en la República argentina o que les desmantelaron en Ariège!

¡Un tercio de la gente de Narbona está a la venta al mejor postor!, dice Marius Chabrol.

-¡Y la mitad de la de Aude y de Lot!, confirma Barbaïra.

Gaston Reboul retoma la lectura.

"La tierra ya no sirve al campesino. Los campos se han transformado en desiertos, los habitantes se hacen proletarios y se van lejos.

Algunas regiones son como el Sahara (Reboul hace una pausa, piensa en el carácter desolador de la comparación y repite la frase impresa en letra negrita en el manifiesto del C.O.E.A.)... como el Sahara, bases militares: Haute-Provence, Haut-Var, Haut-Lomousin, Landes.

¡El gran recurso que se propone es... el turismo! ¿Pero a quién beneficia el turismo? ¡Contemplad la Costa Azul y a la nueva "Florida occitana"!

¿Qué hacer? Esos señores de la planificación os dicen: ir a vivir a algún lugar en nombre de la "fluidez" de la mano de obra. O entonces: haceros indígenas para recibir turistas. ¡Si no, reventad! "

Barbaïra ironiza:

-¡El *Gauleiter* Sauckel también era un apóstol de la "fluidez" de la mano de obra. Con una diferencia. Si son los alemanes movilizandoo trabajadores contra su voluntad, se llama deportación, si son los señores tecnócratas preparando la deportación de occitanos, deja de ser deportación y pasa a ser un movimiento anodino de "personas desplazadas"! ¡Ah, ah!

Gaston Reboul acaba la lectura:

"¡Occitanos! ¡El C.O.E.A. os convoca a luchar contra el colonialismo interno! La toma de conciencia occitana y la vía de nuestro progreso social!"

El industrial devuelve el manifiesto al delegado del C.O.E.A. y dice:

-Se trata de críticas con fundamento. Me gusta el tono de vuestro llamamiento y de la relativa moderación.

Barbaïra hace notar:

-Moderación que no existe en el P.N.O.... François Fontan apostrofa en persona a los turistas que van a Montsegur y les grita: ¡no olviden que están en país extranjero, en una colonia de Francia!

-¿Y les pide que muestren los pasaportes?, ironiza Chabrol.

-¡No, pero eso llegará!

Gaston Reboul concluye la divagación y se vuelve a Roquebrune:

-Sin embargo, tengo mis reservas sobre la conclusión... ¿Progreso social? ¿Qué quiere decir eso? ¿El C.O.E.A. es un movimiento de izquierda?

-Evidentemente, afirma Barbaïra. ¡La Occitania libre se coloca a la izquierda. Una vez que la derecha se puso al servicio de la unidad francesa, no sabe ser otra cosa!

Reboul juega con un abrecartas. Continúa con ojos soñadores y ceño ligeramente fruncido:

-¡Como industrial occitano, quiero situarme a la izquierda, pero no antes de saber hasta donde pretende la izquierda llevar las reformas. Se adopta los medios marxistas de expropiación, digo desde ya, como responsable de la fábrica, que no!

-¡Y yo de la tierra!, afirma Barbaïra.

-¡Si se trata de asociar el personal a la dirección de la empresa, tal vez diga sí, pero en la condición de tener a mi lado gente de buenas cualidades!

-¡Por lo tanto, de buena raza!, lanza el conde de Miramont.

-¡Pero, en ese caso, voy más allá del interés del personal en los beneficios, que actualmente está el estatuto de mis sociedades, y lo asocio también a los prejuicios e, inclusive, a las responsabilidades pecuniarias y penales en una eventual quiebra!

El silencio que desciende da la medida exacta del espacio que existe entre la teoría y las realidades establecidas por la "tenacidad de los hechos" de que habla el filósofo. Roquebrune siente que su diligencia corre el riesgo de girar en otro sentido y enlaza:

-¡Señor Reboul, somos hombres de izquierda pero jamás caeremos en el marxismo por la muy simple razón de que el marxismo no es de izquierdas hace mucho tiempo!

Risas.

-¡Es bueno para el Este, como decía el otro!, dispara Barbaïra volviéndose para Chabrol, que no pestañea.

-¡Ni por esas!, murmura Reboul. Es sólo un hecho histórico encajado en las páginas de una historia que caducó hace mucho. En suma, señor Roquebrune, ¿considera a la vieja oposición radical y la S.F.I.O. y las transporta para la reivindicación occitana? El radicalismo y el socialismo que nos paralizan hace medio siglo representan apenas la forma moderna de la oposición que la Francia del Midi yergue contra Francia del norte hace siete siglos. La traición de esos movimientos parisinos es evidente hoy en día y vuestro socialismo regresa a los orígenes una vez que el C.O.E.A. lo quiere construir con base en la nación occitana.

Barbaïra sonríe y observa en un tono de ironía cortante:

-¡En suma, Nacional-Socialismo! ¡Ya se colgó a mucha gente por causa de eso!

-¡Más tarde se discutirán las estructuras sociales!, encadena Reboul. ¡La descolonización tiene prioridad!

Roquebrune se agarra a la vara extendida por el industrial.

-Justamente, señor presidente. Es una cuestión de medios...

Se discute largamente sobre los medios. Al mediodía Reboul se levanta y dice:

-Tiene razón. El problema debe ser abordado por el lado de la economía. ¡La repercusión es más fuerte del lado del monedero que del corazón!



El delegado del C.O.E.A. va en taxi a la estación de Matabiau una vez que sigue para Nimes. Chabrol y Barbaïra suben a la calle Bayard. El conde de Miramont dice al viejo camarada:

-En conclusión, ¿el movimiento del Prof. Robert Lafont está más cerca del Partido comunista que el de François Fontan?

-¿Ah?

-Que, ¿quiera o no ese señor Roquebrune, continua siendo de esencia marxista porque el motor de la historia depende prioritariamente de la economía? En ese caso, deja entonces tu partido de fósiles y el de Fontan y ve para el C.O.E.A. ¡Ahí, has de sentirte como pez en el agua!

Hasta entonces disciplinado por su frialdad habitual, Chabrol manifiesta bruscamente una agitación mental muy viva que exterioriza a través de gestos desordenados. Levanta los brazos y dice:

-¡No se abandona el PC sin más ni más!

Sube el paseo y vuelve a descender por la calle, continua caminando unos metros y la deja de nuevo para reincorporarse en la marea de peones que se vuelven a su paso.

-Entonces, propone al Comité central que inscriba en su dialéctica la descolonización de Occitania. ¿Hizo eso por Argelia, o no?...

Chabrol refunfuña.

-¡Imposible, imposible! ¡La URSS tiene demasiada necesidad de Francia como para darse el lujo de majaderías con de Gaulle!

-¡Oye, Marius, quedarás furioso con lo que te voy a decir: eres un traidor! ¡Traicionaste al mismo tiempo a tu partido y a tu país! ¡Sólo tienes una solución para salir de esa: cortar una pierna!

-Lo sé, ¿pero qué pierna? ¿La derecha o la izquierda?

Se calla. Camina durante algún tiempo como loco y Barbaïra tiene que alargar el paso para seguirlo. Exhibe una mirada libre de toda la carga corporal de los fumadores de opio y el compañero no sabe decir si acaricia un suelo de futuro o si se aferra a una imagen del pasado, a la de Danièle Casanova, tal vez, o de los muertos que atraviesan su horizonte de antiguo *maquisard*, esfumado por las brumas de una buena conciencia.

-Tengo sed, refunfuña Chabrol.

Se precipita en la calzada sin mirar hacia el sentido de la circulación, muy intensa y rápida en hora del mediodía, y entra directamente en el café-restaurante que acaba de ver del otro lado de la calle y que parece atraerlo con la fuerza magnética de un farol.

-¡Eres tonto!, grita Barbaïra.

El guardabarros del vehículo que lo rozó lo habría proyectado a varios metros de distancia si el conde de Miramont no lo hubiera tirado del brazo e inmovilizado con una fuerza comandada por reflejos que actúan en décimas de segundo. Salieron del torbellino mortal y Chabrol entró en el establecimiento sin manifestar emoción alguna.

-¡Muy bien, canalla!, reprendió Barbaïra, ¡puedes decir que faltó poco para quedarte allí!

-¡Quiero saber allí!, murmuró Chabrol. ¡En el punto en que me encuentro!... ¡La camioneta escogía la pierna que tengo que cortar!

Se fue calmando poco a poco. Pidieron dos copas de anís y el comunista extendió la mano al amigo.

-¡A pesar de todo, gracias, Roger! ¡Ya no me debes nada!... Carcasona-Toulouse... Una camioneta contra doce balas. ¡Cuentas arregladas! ¡Bebamos!

Marius Chabrol bebía mucho desde hacía unos meses.



Barbaïra tiene prisa por llegar a Le Pech. Había dejado en la víspera al pequeño Raymond con cuarenta grados de fiebre y se siente inquieto. Al llegar al acceso del *château*, ve a la criatura jugar en el césped, semidesnuda, tirando piedras a un gato de la

propiedad, donde los había por docenas, y a Auda sentada en un silla regañándole a lo lejos:

-¡Raymond, deja el gato en paz! ¡Puedes lastimar a nuestro amigo Ferrocas!

Barbaïra estremeció al oír ese nombre sacado del infierno de Carcasona a que el descendiente *camisard* había sido arrastrado ha veinte años. En ese instante no reflexionó sobre el sentido de la aproximación entre el recuerdo de un muerto y la presencia viva del gato y acudió corriendo a lo más urgente:

-¿Cómo es, Raymond, no estás en la cama?

Auda levantó la cabeza y precisó:

-Estaba con paperas... Conseguí bloquear ayer a la noche la evolución de la dolencia y está curado.

Auda de Miramont trataba siempre a sus hijos, ningún médico fue llamado vez alguna a Le Pech. Preguntó:

-¿Trajiste los cuadernos del último coloquio de Fanjeaux?

Un cierto número de eclesiásticos e historiadores se reunía periódicamente en la ciudad cántara para intentar avanzar en el conocimiento del asunto. Los resultados eran publicados en los *Cahiers de Fanjeaux*<sup>1</sup> que Barbaïra traía a su mujer.

-La única finalidad de esos coloquios, dijo ella mientras hojeaba los cuadernos, ¡es marear la perdiz! ¡Con ellos, la Iglesia intenta limar los ángulos de la historia! ¡La objetividad que ostenta en el estudio de la herejía es una falsa objetividad. Lo que en realidad quiere es cristalizar el Catarismo en el siglo XIII y lo trata con la libertad de espíritu de una institución triunfante que no recela de su resurrección aunque la juzgue posible!

Roger Barbaïra sonríe y dice:

-Los Cátaros y la Iglesia no me interesan, pero puedo decir que con Reboul, Chabrol y yo mismo, con la nueva organización nacionalista de Fontan y la socialista del Prof. Lafont, estamos en vías de dar al Catarismo una dimensión política que Paris habrá de recordar.

Auda pasa lentamente las páginas de los *Chaiers de Fanjeaux*, se fija en una firma y frunce el entrecejo.

---

<sup>1</sup> Édouard Privat, editor.

-Ese canónigo Delaruelle detesta a los Cátaros. Es probablemente él quien manipula todo el asunto de Fanjeaux por las razones que te indiqué. ¡Llega al supremo desafuero de escribir que no fue la Iglesia quien encendió las hogueras de Montsegur!

-¡Tal vez tenga razón, Auda! ¡En Montsegur se quemaron más señores *Faydits* peligrosos para el nuevo poder que Cátaros inofensivos!

Auda de Miramont frunce las cejas y calla forzosamente. Siempre persiguiendo el gato negro, el pequeño Raymond pasa ante ellos. Barbaïra tiene un nuevo sobresalto y pregunta a su mujer:

-A propósito de Ferrocas... ¿Crees en la reencarnación?

Auda lo mira con atención, levanta la cabeza, sonrío y responde:

-¿Por qué no? ¡No es menos razonable que creer, como tu, en la existencia del Graal!...

-¡No hay cualquier relación entre una y otra! ¡Los poetas celtas y germánicos construyeron estúpidamente una leyenda cristiana a partir de una pieza arqueológica cuya antigua existencia conocían, por así decir, y contra eso nada puedo hacer!

Se levanta, agarra al pequeño Raymond, lo yergue en brazos, se sienta otra vez en la silla y los hace saltar encima de las rodillas. El niño está ahora lleno de salud y lanza gritos de alegría. Auda se concentra en la lectura de los *Cahiers de Fanjeaux*. El sol de verano devora la bóveda de plátanos sin consumirla del todo. Las cigarras arañan el espacio con estridencias que van y vienen a través del silencio subyacente como una sierra en el bosque. Ningún olor sale de la tierra, tan agrietada como el fondo de un charco seco. Barbaïra posa al hijo, se levanta, va al puesto de radio portátil que le permite comunicarse con las quintas, da órdenes, pasa por el despacho, coge dos vasos, una botella de anís y una jarra de agua helada y va con su mujer que continua absorta en la lectura de los *Cahiers de Fanjeaux*. Le pregunta:

-¿Tanto te interesa eso?

Auda no responde directamente y murmura como para responder una cuestión ya expuesta anteriormente...

Me pregunto como es posible que un hombre libre como el Prof. Nelli se deje arrastrar por las intrigas del canónigo Delaruelle. Ese canoniguillo tiene mucho cuidado, por ejemplo, en no convidar a Déodat Roché a Fanjeaux. ¡Se percibe muy bien porque!

Después, respondiendo a la cuestión expuesta por su marido:

-Claro que me interesa. Antes de iniciarse una batalla, conviene estudiar bien los métodos del enemigo...

-¿Una batalla?

Auda se recompone.

-En fin, una controversia, digamos. Imagina que Guyot Peyrat hubiera pedido a mi padre que participase en un nuevo coloquio en Fanjeaux para analizar la posición entre el catolicismo moderno y el Catarismo actual.

-¿Existe entonces un Catarismo actual?, pregunta Barbaïra curvando el arco de las cejas.

Auda enrojece ligeramente.

-Digamos, un pensamiento cátaro moderno. Personas como Malaveyre y Montgoradail, de quien me recordaste su existencia hace poco tiempo, representan un cierto pensamiento cátaro. Sabes eso también como yo, ¿o no?

Barbaïra sonríe con bondad.

-¿Y quieres llevar la contradicción al viejo compañero Guyot Peyrat tocado por el libertinaje intelectual y por la superstición? ¿Estás suficientemente bien armada para defender a los Cátaros?

Auda enrojece intensamente y se bate en retirada.

-¡Evidentemente que no, pero quiero acompañar a mi padre. Conoce la cuestión a fondo y, además, gustaba saber lo que ese dominicano va a proponer en materia de fe moderna! ¡Es capaz de ser interesante!...

-¡Tal vez, si!

-¿Entonces, estás de acuerdo?

-Se eso te divierte...

-Antes de eso, voy a pedir consejo a Déodat Roché. ¿Puedo?

-¡Claro que sí, si llevas el *Triumph*, no masacres el motor, como hiciste con el *Austin Cooper*!



Auda Isarn pilotaba los coches deportivos con el mismo estilo que otrora tanto impresionó al alemán Otto Rahn. Muy erguida al volante, bien firme en el asiento envolvente, tenía la actitud del pura-sangre refrenado por mano firme de la cual intenta liberarse insistentemente, y transmitía ese bramido al acelerador. Cuando atravesaba Carcasona por las avenidas periféricas con el motor en segunda a seis mil revoluciones, la agitación que le fulguraba en los ojos pasaba al corazón de los peatones que quedaban atrás en la calle. Tal como su hijo Guillame, no gustaba de la señal roja de los semáforos y los pasaba así casi siempre. Su fama iba desde la policía municipal a la policía de carretera. Como esposa del señor de Miramont, demasiado rico para ser incomodado con multas y transgresiones y demasiado inquietante para alguien atreverse a recordarle su pasado de miliciano detrás del cual se perfilaba el hombre de las SS, se beneficiaba en la ciudad de indulgencia ilimitada.

Auda Isarn conducía locamente, pero con precisión infalible. Barbaïra le criticaba la masacre de varios coches, pero la justicia nunca dio a conocer un sólo accidente provocado por ella. Los Montgoradail le dijeron un día:

-¡Si los Perfectos conociesen el automóvil, serían vistos conduciendo de la misma manera, respetando todas las formas de vida, incluso la de las gallinas, y despreciando la mecánica, la materia, por tanto!

Auda tomó la carretera de Limoux, salió de Rouffiac-d'Aude en segunda con el motor a siete mil revoluciones y engranó las velocidades superiores para pasar a 160 kilómetros por hora en la recta de Saint-Martins-de-Villeréglan. Los neumáticos del *Triumph* soltaban aullidos mortales en las gargantas de Alet, los frenos humeaban, la aguja del cuenta-revoluciones no salía de la zona roja peligrosa. Maniobraba el volante y el pequeño cambio de velocidades con una calma que desmentía su mirada chispeante. Treinta minutos después de dejar Le Pech, estacionaba el vehículo humeante en la plaza sombreada de la pequeña aldea de Arques. A pesar de la travesía por Carcasona, había hecho una media de 115 kilómetros por hora.

El hombre que según el rumor público representaba el último obispo cátaro del Languedoc la recibió con caridad evangélica. Era un viejo de gran estatura, delgado, muy espigado, que caminaba lentamente. La nariz prominente, bien equilibrado por grandes orejas, le adornaba el rostro enrojecido, rostro de adolescente de una finura sorprendente en arcos supraciliares proyectados hacia adelante, sonreían unos ojos totalmente descoloridos. Toda su persona irradiaba inteligencia y pureza. Bastaba vestirle una túnica de lana negra de los Pirineos para tener enfrente un Perfecto cátaro del siglo XIII, tal como es posible imaginarlo a partir de los elementos de la tradición.

Auda Isarn permaneció en su compañía hasta al atardecer. Cuando se despidió, el sol poniente transfiguraba el betún ocre de las fachadas en película de oro. Arques dormitaba desde el mediodía. Más allá de esa existencia vegetativa, Auda imaginaba una otra que, siete siglos antes, arrastraba en un torbellino de cantos de amor, de bebidas, de elevadas certezas metafísicas, señores, burgueses, artesanos y campesinos de la región... Como si el corazón del país hubiese dejado de batir bruscamente. Como si la espada de Simon de Montfort hubiese cortado un hilo de color vivo en provecho de otro frágil y gris que se desenrollaba contra voluntad... El sol desapareció y las fachadas quedaron con color de ceniza fría. Inmóvil en el umbral de la puerta, el viejo continuaba muy erguido y radiante de juventud. Dijo:

-Auda, hija mía, no te olvides de atacar los errores fundamentales... Recuerda que, para nosotros, contrariamente a lo que afirman las personas sin cultura, o sea, los ignorantes, no hay un Dios absolutamente malo ni un Dios absolutamente bueno. Que la Nada no representa el Mal absoluto, sino el caos primigenio. Corrige las leyendas que circulan sobre la Endura de nuestros antepasados... Un mero ayuno de tres en tres días, un día el agua, dos días el pan seco... La Endura de aniquilamiento estaba reservada sólo a algunos elegidos...

Cubierto de luz muerta, la saludó la mano sin tocarla, como los antiguos Perfectos, y añadió:

-No te engañes a ti misma, Auda, no olvides que el Catarismo moderno es radical y no absoluto...

La mujer resplandecía como si acabase de captar en fuentes misteriosas un aureola de luz ofuscante. Se dirigió calmadamente hacia el vehículo. Con estilo desinhibido pero siempre ligado a una conducción de las más rápidas, entró de nuevo en la carretera de Carcasona.

### III

Fanjeaux, pira de piedra, flamea en la cumbre de la colina cuando el sol de verano le lanza fuego al mediodía. Los mercados de la plaza, las calles estrechas llenas de sombra defienden a los supervivientes de los antiguos suplicios. Es ahí que los fantasmas de los *bonshommes* buscan frescura y olvido. Entre la muerte de la siesta, a la hora meridiana, y la muerte biológica, la antigua ciudad cántara continua sobreviviendo en equilibrio precario...

Casas en ruinas. Parapetos desmoronados. Serpientes enrolladas en las murallas que recuerdan el pasado. La proa de la nave de piedra, el Belvedere, inmueble edificado por dominicanos, se yergue con un modernismo triunfante y vela como un candil de muertos puesto en una encrucijada de caminos donde se cruzan herejías. Las grandes aberturas vidriadas encuadran un paisaje extenso que las colinas flexibles arrastran en un ondear de océano. A lo lejos, se balancea la colegiata de Montreal.

Cuando el señor Isarn y la hija entran en la sala de conferencias, tres dominicanos ya están instalados tras una mesa. Escenario vulgar y instalaciones prácticas. Neutralidad deseable para un edificio que recibe indistintamente animadores de "coloquios" sagrados y profanos.

El señor Isarn para a la entrada de la sala. Es un hombre mayor, de baja estatura, siempre muy aplomado, como Déodat Roché. Aparte del bigote cortado a la inglesa, el rostro nada ofrece de notable, aunque los ojos desmienten todo tipo de banalidad. Ojos extraordinarios abrasados por pequeñas llamas que recuerdan los de la hija, generadores de impactos

insoportables para quien los recibe, irradiando una fuerza viril de la cual los de Auda están naturalmente privados. Contempla los tres dominicanos y dice:

-¡Señores padres, os veo instalados en la mesa como los miembros de un tribunal: el presidente al centro, los asesores a derecha e izquierda! ¿Acaso confundisteis las fechas?... En Abril de 1207, en Montreal, cerca de aquí, la reunión prevista para hoy no tenía carácter inquisitorial porque la Inquisición no existía entonces. Era un "coloquio" entre el obispo de Osmá, Domingo de Guzmán, Pierre de Castelnau y el hermano Raoul por la Iglesia católica, y Pons Jourdain, Arnaud Othon, Benoit de Termes y Guilabert de Castres por la Iglesia cátara. Los notables arbitraron la discusión. He aquí los nuestros... Les presento a los señores Malaveyre y Montgoradail...

Cogidos por sorpresa, los tres dominicanos se levantaron y se apartaron unos de otros para no ser el infortunio de comparación semejante como la que acababa de hacer el señor Isarn. El Reverendo Abad Guyot sonrió y dijo:

-Estemos a gusto, en gran fraternidad humana, sin preocupaciones protocolares...

De repente, ve a Auda y el tono cambia. Grita:

-¡Señora, id a tricotar camisones, no os compete tomar la palabra en esta asamblea!

Auda sonríe y replica:

-¡Te equivocas con la época, con los lugares y con las personas! ¡Ni estamos en 1207 en Pamiers, ni la condesa de Miramont se ve en Esclarmonde de Foix, ni tricota camisones!

El Reverendo Abad Guyot enrojece:

-Mi señora, dice lentamente, ¿qué te autoriza a tutearme?

-Leí tus artículos y los textos de tus sermones en *Témoignage Chrétien* y, por tanto, te recuso el carácter sagrado postulado por el hábito. ¡Para mi, continuas siendo el antiguo camarada de los albergues de juventud, nada más!

Con las cejas fruncidas y rostro rojo, el Reverendo Abad Guyot se sienta a la mesa murmurando entre dientes. Los otros dominicanos parecen azarados y uno de ellos rompe el silencio que amenaza comprometer el encuentro deseado por su superior.

-Estamos aquí, dice lentamente, para analizar la situación del modernismo a partir del pensamiento cátaro que sobrevivió y la doctrina de nuestra Orden...

Auda Isarn comenta con voz inflexible:

-El camarada Guyot no representa más que una pequeña fracción de ese pensamiento.

Y añade:

-¡Felizmente!

El antiguo *ajiste* se mueve en la silla pero no responde. El otro fraile se vuelve para el señor Isarn y pide:

-¿Podrá hacer una exposición sobre la evolución del principio dualista en la herejía cátara moderna?

El señor Isarn levanta la mano como para reclamar una suspensión del encuentro y anuncia:

-Quería hacer una declaración preliminar... El margen existente en 1965 entre un coloquio en Fanjeaux y una sesión del tribunal de la Inquisición es demasiado precaria para volver posible la existencia de una herejía cátara moderna... Mis amigos, mi hija y yo somos simples amantes de la historia especializados en el Catarismo. Respondo ahora a su cuestión... Los especialistas del pensamiento cátaro se dividen en dos tendencias, por lo menos. Mis amigos y yo damos un interés especial a la facción de los albanenses e, en particular, a Jean de Lugio. Tomamos como base el Liber de *Duobus Principiis*, la única obra escrita por un Cátaro que llegó hasta nosotros gracias al abad Dondaine... Somos por tanto... perdón!, traemos el testimonio del dualismo absoluto.

-¿¡Que implica, necesariamente, las divergencias de otrora relativas a los artículos de fe y a los ritos de la Iglesia!?

Es evidente... El mundo y todo lo que encierra procede del principio malo... El Purgatorio no existe... Rechazamos los sacramentos tal como la Iglesia los presenta. Reprobación del matrimonio. No hay resurrección de la carne. Prohibición de consumir carne, huevos, lácteos. Prohibición de juramento. No al derecho de castigo por los poderes temporales. No hay salvación fuera de la Iglesia del Paracleto. En cuanto a la segunda tendencia, la del dualismo, es representada

principalmente, sin embargo con ciertos matices y nuevas interpretaciones, por Déodat Roché.

-¿Por qué no vino también?

-Nunca asiste a los coloquios de Fanjeaux. Es una persona de gran soledad.

En la asamblea planea un sentimiento de mal estar. Auda dibuja figuras extrañas en las hojas en blanco que tiene delante de si y parece indiferente a la mirada sombría que el antiguo ajiste Guyot Peyrat de la Orden de los Hermanos Predicadores posa sobre ella...



Almuerzan en una sala moderna de restaurante. En lo concerniente al confort y aseo, las habitaciones nada dejan a desear. La gerente, antigua alumna de la escuela hotelera, muestra la máxima competencia y finura propia de una persona culta. Responde a todas las cuestiones formuladas, sea para conseguir una almohada suplementaria o un libro raro sobre el Catarismo que retira inmediatamente de la biblioteca.

El sol arde. Fanjeaux descansa. El señor Isarn, la hija y los amigos pasean por el túnel de sombra que las calles estrechas abren a través de la población y regresan a Belvedere a la hora prevista del reinicio del coloquio.

El Reverendo Abad Guyot parece haber dominado los accesos de cólera provocados por la presencia insólita de Auda y abre la sesión con voz pausada.

-Esta mañana, dice pausadamente, hablamos del Catarismo y, por tanto, del pasado. No tiene interés saber si se apoya en las Escrituras como la Iglesia católica. La Biblia es enteramente funcional. No se trata de descubrir una esencia, una especulación cualquiera sobre lo eterno, un periodo no histórico...

Auda interrumpe con voz clara:

-¡Hablas como mi marido, que no ve en la Biblia más que un monumento del imperialismo judaico, una compilación de directivas de la conspiración judaica contra el mundo romano. Solamente... debo recordarte que Barbaïra es un antiguo SS!

El Reverendo Abad Guyot enrojece de nuevo, reprime un gesto de irritación y continua:

-¡Lo esencial es reducir la fe a su núcleo elemental, primitivo. Dios se resume a lo que no tiene forma, a lo que no es reconocido!

-En ese caso, ¿concuerdas con nosotros?, pregunta el señor Malaveyre. ¿Vuestra Reverencia es Cátaro? Porque, para nosotros, Dios no piensa, el pensamiento es movimiento y el Dios absoluto está totalmente inmóvil. Es el Espíritu venido después del que piensa. ¿Me permite, Reverendo Abad, que le convenza de la herejía cátara?

-¡En el punto a que llegó!, dice Auda levantando los hombros.

El Reverendo Abad Guyot aparta la cuestión de Malaveyre cuya ironía se le escapa y continua:

-¡Dios se reduce a esa cosa enorme, conmovedora, informe, esa cosa manipulada, la masa. Diciéndolo de otro modo, el sentido del mundo, el significado global y universal de la historia se mantienen intactos en la pasión de las masas humanas!<sup>1</sup>

-¡Eso es disolver Dios en el devenir de la humanidad!, objeta Montgorodail.

-¡Censura infantil!

El señor Isarn levanta la mano para pedir la palabra, que le es concedida, y dice:

-Me complace saber que Dios se hizo marxista con la ayuda de un hermano predicador! Ciertamente ignoráis que cuando San Agustín usaba la palabra "masa" la acompañaba siempre del genitivo "perditionis", *masa perditionis*, *masa damnationis*... En nuestros días, el padre Chenu precisa que el sustantivo "masas humanas" fue extraído del lenguaje de la física de los cuerpos. No se puede ser más materialista, ¿no es cierto?... En el siglo XIII ya reprobábamos el materialismo de la Iglesia de Roma, pero, gracias a ustedes, el materialismo avanza ahora a pasos de

---

<sup>1</sup> Los dichos de Guyot Peyrat no dejarán de sorprender al lector. Los católicos más prevenidos comprenderán inmediatamente que el antiguo *ajiste* no hace más que repetir palabra por palabra los textos de los sermones y artículos de su maestro espiritual, el Reverendo Abad Jean Cardonnel O.P.

gigante en esa vía de negación, una vez que el propio Dios se convierte en masa, o sea, en materia. Sois verdaderamente un hereje, pero no un hereje cátaro, contrariamente a lo que dice mi amigo Malaveyre, una vez que el Catarismo mantiene contra ustedes lo esencial del cristianismo: ¡el triunfo del Espíritu sobre la Materia!

El Reverendo Abad Guyot comienza a mostrar señales de nerviosismo.

-¿No me entienden?, grita. El Dios en que creo manifiesta, revela sus trazos divinos por la recusación de evasión para las elites.

-¡Herejía! ¡Según enseña vuestro credo, el amor del Padre y del Hijo es ofrecido a todos los hombres sin distinción!

El señor Isarn sonrío y añade en un tono que contrasta fuertemente con el del dominicano:

-¡Los Cátaros que quieren morir para la masa, precisamente, esto es, para la materia, para renacer en el Espíritu, serían ahora acusados de integrismo y, como integristas, quemados de nuevo si vuestros delirios triunfasen en el seno de la Iglesia romana!

El Reverendo Abad Guyot corta cabezas con un gesto seco y confirma:

-¡De eso se encargarán los Fidel Castro, los Che Guevara y ese Camilo Torres hecho padre de Cristo que dice vivir el amor del prójimo a tiempo completo!

La discusión continua hasta el anochecer en tono de guerra religiosa. El crepúsculo que tejía las superestructuras de Fanjeaux en un cuadrado de seda azul yergue una barrera de hielo entre los dos grupos. Se separan sin intercambiar entre si fórmula alguna de cortesía.

-¡Vámonos!, dice Auda Isarn, ¡no me apetece cenar frente a frailes que comen carne como caníbales!

-No hay restaurantes en Fanjeaux, informa Montgorodail. Tenemos que ir a Montreal.

-¡Paciencia!, dice el señor Isarn. Ayunamos y rezamos para que estos infelices dominicanos vengan un día a pedirnos el Consolamentum para salvar el alma.

Van al cementerio y piden con fervor hasta caer la noche. Al volver a Belvedere, Auda hace una objeción su padre:

-Ese Guyot Peyrat cambió tanto que no lo reconocería si no tuviese el mismo acento que antes. ¡Debe pesar ahora más de cien kilos! ¿Reparaste como suda cuando se enfurece?

Y añade riendo:

-¡La noción de masa le sofoca la carne y el espíritu!

-Eres poco caritativa, Auda, comenta el viejo.



La discusión recomienza al día siguiente con el señor Isarn en la presidencia de la sesión. Da la palabra a la hija, que se dirige al antiguo *ajiste* y le dice después de consultar las notas tomadas en la víspera:

-Afirmaste ayer... que Dios está presente en las masas. Y hablaste del odio de Dios por las elites.

El monje se agita en la silla, carga la ceja todavía algo paciente, y acaba por gritar:

-¡Una vez más, mi señora, pido no me trate de tu!

-¡Imposible! ¡Transportándote a la época de los albergues, te reintegro en esa masa cuya promoción se intentaba en el movimiento *ajiste*. Y te trato con mucha consideración, ya que de esa masa no salió el hombre indiferenciado con que sueñas, sino, por el contrario, el testimonio de esas elites que, según tu, justifican el odio de Dios!

El Reverendo Abad Guyot ironiza.

-¡Me gustaría saber como aconteció eso!

-¡Casi todos nuestros camaradas prefirieron la muerte a la renuncia fácil! ¡Robuffay podía renegar al amor, Jordi Couquet, Ferrocas y Lou Ganet a la Milicia, y Caberol a la anarquía! ¡Ninguno de ellos lo hizo! ¡Aunque agnósticos, se portaron como nuevos Cátaros capaces de morir, como los antiguos, por algo que los rebasaba! ¡Es eso lo que separa a la elite de las masas! ¡Las masas nunca suben voluntariamente a la hoguera!

El Reverendo Abad Guyot encoge los hombros y replica:

-En suma, mi señora, ¿pretende entonces que las masas sólo existen por las elites?

-¡Exactamente, y explico porqué, una vez que te hiciste apóstol de las masas. Porque, en el momento preciso en que

Guyot Peyrat, *ajiste*, poeta de la lengua d'Oc y nacionalista occitano iba a erguirse por encima de ellas con su testimonio, prefirió la traición a la muerte!

El fraile enrojece violentamente, se levanta, agita los pliegues blancos y dice con voz ronca:

-¡Mi señora, mi señora! ¡Por favor!

Grande agitación en la asamblea. Malaveyre y Montgorodail fruncen las cejas y parecen reprobar la actitud de Auda. Un dominicano se dirige al presidente de la sesión y protesta...

-¡No vinimos a Fanjeaux para ajustes de cuentas!

El señor Isarn accede y dice a su hija:

-¡Auda, no está en causa el pasado de Guyot Peyrat. El tuyo, tampoco. Regresa al plano teológico o cállate!

Auda Isarn se levanta. Los ojos chispean y lanzan llamas del pasado. Vuelve a la actitud de animal ardiente contenido por las riendas, va y viene a través de la sala y anuncia con una voz ronca que persuade a los hombres hasta las entrañas:

-¡Pido disculpas, pero no me callo! Estamos en Fanjeaux, ciudad mártir del catarismo y tierra occitana. La traición de Guyot Peyrat niega lo que somos y lo que intentamos volver a ser.

Para frente al monje y le apunta con el dedo al pecho:

-He aquí, recomienza lentamente, un poeta de la lengua d'Oc que en 1939 luchaba más que cualquiera de nosotros por la liberación del país. Es el mismo hombre que a cubierto de una orden católica acaba de decir ahora que...

Regresa al lugar y vuelve a consultar las notas...

-Acaba de decir: "la pasión del hombre como masa anula lo que siente y tiene en sí"... ¿Es cierto?

-¡Es cierto y mantengo lo que dije!, replica el religioso.

-Y aún dice lo siguiente: "El hecho de tener nada, de no ser nada que no sea de todos, llega a una raíz, a una radicalidad tal, que hace sublevarse a las masas... etc. ¿Es cierto?"

-¡Perfectamente!

-Y esto: "Tal es la lógica del amor libertador que da todo, hasta lo que constituye la última defensa del hombre, la suprema posesión, el bien privado más legítimo: el cuerpo... "

Auda se levanta de nuevo y se aproxima al antiguo camarada:

-De acuerdo con tu pretensión, ¿tengo que identificarme con la masa para nacer de Dios? ¿El hombre-individuo ya no existe, sólo existe el hombre-masa? ¿Incluso, tengo que arrojar mi cuerpo al crisol de la indiferenciación para agradar a tu Dios? ¿No es lo que en otros tenemos lo que se llama mestizaje universal, genocidio, por tanto? ¿Niegas la realidad del hecho humano y la cambias por aquello que defines como "consciencia universal de la humanidad en masa"? Los hombres dejan de ser grandes o pequeños, flacos o gordos, como tu, negros, blancos o amarillos, buenos o malos, inteligentes o estúpidos... ¿Son "masa", cada cual haciendo parte de un todo indiferenciado?

El Reverendo Abad Guyot dice burlescamente:

-Pero... ¿es racista, mi señora? ¡Veo que su matrimonio con un antiguo SS dio sus frutos venenosos!

-¡No uses el lenguaje de la ignorancia, Peyrat! Responde a mi cuestión: ¿en el mundo-masa con que sueñas desaparecen todos los particularismos? ¿Qué es indiferente para cualquiera un ser bretón, flamenco o normando e, porque no, occitano?

-¡Es la propia evidencia!

Auda suelta un grito de triunfo:

-¡Era aquí hasta donde quería llegar, señores! ¡Este fraile traicionó a Guyot Peyrat, el nacionalista, y al mismo tiempo cometió una traición contra todos nosotros! ¿Vinimos aquí para hablar de los Cátaros? ¡Pues bien, hablemos! ¡Lo que no olvido es que esa pretendida herejía fue el pretexto para la conquista de nuestra patria! ¡Al quemar a nuestros Perfectos, que eran más hijos de Occitania que de Manes, Inocencio III y los capetianos dieron fuerza al proceso que tiende a suprimir las pequeñas patrias, las únicas capaces de hacernos diferentes unos de otros, o sea, como Dios quiso que fuésemos! ¡Este traidor no vendió al enemigo en 1944 porque no tuvo el coraje de enfrentar hasta las últimas consecuencias la elección que hizo! ¡Eres un miserable, Peyrat, pero tu dialéctica nada puede contra el testimonio de nuestros muertos, los antiguos y los nuevos Cátaros!

El señor Isarn golpea la mesa y grita:

-¡Auda, por favor! Deja de insultar a tu antiguo camarada! ¡Somos enemigos en el plano de la fe, pero somos personas educadas!

-¡Uso la misma delicadeza que usó Simon de Montfort!, y se hunde en la silla.

El Reverendo Abad Guyot transpiraba abundantemente. No obstante, retomó el tono familiar del tiempo de los albergues y murmuró:

-¡No sabia que eras tan conocedora de filosofía de la historia!  
¡Te admiro, pero me asustas!

Auda no se movió más, quedó inclinada sobre la mesa, cabizbaja con las manos delante de los ojos para esconder las lágrimas.



El coloquio continuó hasta la noche en un tono apasionado pero sin la violencia que Auda Isarn acababa de comunicarle. Perdida en un sueño, los ojos de abismo abiertos al paisaje flexible y dulce que se extendía más allá de las grandes aberturas vidriadas de la sala, no volvió a intervenir. El horizonte ganaba tonalidades azuladas. La colegiata de Montreal, cuenco posado en la ondulación de las colinas, bajaba los paños de las candelas y se preparaba para la noche.

El señor Isarn dirigió los debates con equidad ejemplar y reprendió a Auda durante el almuerzo que los separó de los monjes bancados en Belvedere, pero su rostro mostraba al final del día cierta dureza. A través de pequeños gestos que realizaban su personalidad hasta entonces relativamente apagada, parecía ganar una especie de densidad que sorprendía a los tres dominicanos. Les dijo:

-En Abril de 1207, en la época en que la cruzada todavía pacífica de Domingo de Guzmán confrontaba sus tesis con las de los Cátaros en Montreal, Pamiers y Fanjeaux, era costumbre someter las discusiones al arbitraje de notables locales. Traje a los míos, como reza la tradición, pero noto que los vuestros están ausentes. Es lógico. Como representantes de una religión triunfante, ¿qué necesidad tenéis de árbitros?

Marca una pausa llena de sobrentendidos y continua:

-Señor Reverendo Abad Guyot, ¿conocéis el milagro de Fanjeaux?

El monje sonríe. Había recobrado la confianza después que la condesa de Miramont dejó de manifestarse.

-¡Claro que sí!, respondió. La escena fue pintada por Fra Angelico... S.Domingo y Guilabert de Castres redactaban el libelo habitual de cada uno de los partidos... En Fanjeaux, los árbitros decidieron pasar por la prueba del fuego dos pergaminos de memorias. Mientras que el de los Cátaros se consumió normalmente, el de S. Domingo se elevó con la fuerza del fuego y quemó una viga que sustentaba el paño de la chimenea... La experiencia fue repetida tres veces y las tres el pergamino ortodoxo salió intacto del brasero y chamuscó la traviesa con quemaduras profundas... Esa viga todavía se muestra a los pobres turistas en la iglesia de Fanjeaux, pero toda esa historia es una patraña, ¡evidentemente!

-¿No lo creé así?, pregunta el señor Isarn con voz grave.

Los tres dominicanos saltan en las sillas, pero el Reverendo Abad Guyot se recompone y afirma:

-No me cabe la menor duda. ¡Los cuentos de ese género no pasan de oropeles de la fe!

El señor Isarn esboza una sonrisa y dice lentamente:

-Os admiro. Me gustaría tener tanta certeza como vos sobre las cosas de este mundo que continúan ocultas.

Se hace un silencio y los dominicanos se miran sorprendidos. El padre de Auda prosigue:

-Una vez que el arbitraje es imposible, propongo una prueba idéntica a la que dio la victoria a Domingo de Guzmán.

El Reverendo Abad Guyot se estremeció.

-¿Cómo? ¿Pretende encender una hoguera en esta sala?

El señor Isarn sonríe.

-¡El modo alguno, el fuego no dejaría de propagarse en este edificio magnifico pagado por los dominicanos y de consumirlo totalmente para mostrarles que Dios no está ahora con ellos, si es que alguna vez estuvo! No, propongo una cosa más simple pero que, según pienso, está más allá de vuestras expectativas... Ya que dais a la materia un lugar preponderante en la obra de Dios -*masa perditionis, masa damnationis*- espero que tengáis grandes poderes sobre ella, pues, de no ser así, habrá por vuestra

parte una usurpación de funciones. ¡Me gustaría que nos dieseis esa prueba!

-¡No entiendo!, dice el monje.

El señor Isarn se levanta, saca una Biblia del estante de la biblioteca, la posa en la mesa y dice al Reverendo Abad Guyot en una voz que parece venir de muy lejos:

-Sin tocar en esa Biblia, incluso con la punta del dedo, un hombre de vuestra categoría que encierra a Dios en la materia y lo hace descender hasta si, debe ser capaz, como mínimo, de conseguir un principio de transfiguración. Como el primero de los ángeles, podéis decir a esa Biblia: ¡"Levántate y camina"! ¿Qué pensáis?

El fraile encogió los hombros.

-¡Está bromeando conmigo!

-No estoy bromeando. ¿Sois capaz o no de desplazar ese libro sin tocarle?

-¡No se trata de eso, está colocando aquí un falso problema!

-¡De ningún modo! ¡Teniendo en cuenta vuestra galería de milagros, las fuerzas sobrenaturales deben jugar ahora a vuestro favor como jugaron a favor de Domingo de Guzmán, vuestro antepasado espiritual!

Se estableció un largo silencio. El Reverendo Abad Guyot observaba con el cejo fruncido la Biblia posada frente a él. Después, levantó de nuevo los hombros y bramó colérico:

-¡No creo en milagros! Los milagros no pasan de aderezos de teologías caducas!

-¡Pues bien, yo creo, y es la esencia de eso que nos separa de ustedes!

Casi en el mismo instante, su rostro se inmovilizó en un esfuerzo de concentración que recordaba el de la hija, pero en un nivel superior de intensidad. De los ojos castaños emanaba una claridad insoportable para quien los miraba de frente. No irradiaba, convergía sobre el libro posado en la mesa entre los dominicanos y los Cátaros... En la sala reinaba ahora un silencio pesado. Nada sucedió durante algunos minutos, pero, súbitamente, el Reverendo Abad Guyot vio que la Biblia ya no estaba encima de la mesa. Sintió un escalofrío helado en la

espalda. Dejó caer el labio inferior en señal de estupefacción, compartida por los otros dos religiosos.

La Biblia quedó suspendida en el vacío durante algunos segundos y comenzó a desplazarse lentamente en su dirección. Asustados, empujaron las sillas hacia atrás como quien quiere huir. El libro les pasó por enfrente a la altura de los ojos, reculó, rozó las grandes aberturas envidradas, subió lentamente hacia el techo, llegó al rincón de la sala y siguió a lo largo del tabique hasta el fondo de la sala. A medida que se alejaba, la luz emitida por los ojos del señor Isarn aumentaba de intensidad y el rostro ganaba una tonalidad pálida que iba de la lividez al cerúleo. Gruesas gotas de sudor perlaban su testa y sus mejillas.

La Biblia dio la vuelta a la sala y se posó en la mesa en el mismo sitio que ocupaba antes. El padre de Auda retrocedió un poco y cerró los ojos. Poco después, la sangre comenzó a colorearle de nuevo las mejillas y dijo con voz reprimida:

-Ahí tenéis...

Rojo de cólera, el Reverendo Abad Guyot se levantó a gritos agitando las mangas del hábito:

-¡Embuste!... ¡Magia negra!... ¡Brujería!... ¡Hereje!

El señor Isarn se limpió la frente y recobró progresivamente la calma. Preguntó sonriendo:

-¡Ya señalaste la fecha de mi suplicio?

Y después:

-Llamadle lo que os apetezca... ¡Como representantes de ese intelectualismo maldito que corta las fuentes de la fe y os encierra en el no-ser, pienso que debíais ser vosotros quemados por brujería! ¡La fe que perdió el carácter mágico, deja de ser fe! ¡Y si lo que acabo de hacer os causa espanto, recuerdo que los Perfectos que quemasteis en el siglo XIII eran iniciados, dignidad que Guzmán y sus respectivos compañeros no tenían! ¡La fe cátara no tiene necesidad de templos mundanos para sobrevivir, los verdaderos templos están dentro de nosotros!... ¡Adiós, señor Reverendo Abad!

Los Cátaros dieron la espalda a los dominicanos, salieron de la sala y dejaron Fanjeaux en el *Mercedes* de Barbaïra que Auda pilotaba con la mano ligera y el pie pesado.



Auda llegó a Le Pech con las mejillas ardiendo y los ojos brillantes. Gritó en tono tan exaltado, que el conde de Miramont se asustó:

-¡Acabo de asistir a una cosa extraordinaria: los dominicanos confundidos por los Cátaros, y confundidos por ellos como herejes!

Barbaïra la miró atentamente y dijo:

-¡Pareces muy interesada en los pequeños juegos de espíritu!... ¡Pensé que habías ido al coloquio de Fanjeaux sólo por curiosidad!

Auda se batió en retirada.

-Admito que si, pero valía la pena hacer el desplazamiento para asistir a escenas que apagan siete siglos de historia, ¿no te parece?

-¡Pienso que el futuro de Occitania no está ligado al Catarismo, que ya una vez fue causa de desgracias! ¡Me gustaría mucho que estuvieses de acuerdo conmigo en ese punto, pero, infelizmente, creo que confundes lo esencial con lo accesorio. Conozco tu viejo ternura por el Catarismo, pero eso no te lleva a lado alguno. Tal como el marxismo, no es el motor de la historia!

Y añadió...

-A propósito del marxismo, recibí hoy una carta de Chabrol. Dice que va a Paris porque fue invitado a comparecer ante el Comité central del PC. Piensa que van a requerirle retirar el apoyo a François Fontan y a prohibir a los militantes adherirse al P.N.O. No sabe que partido tomar y, una vez más, pide mi consejo.

-¿Qué respondiste?

-Tres palabras, las habituales: ¡deja el PC! ¡Sólo que no veo como va a salir de una situación que le tiene destruida la vida desde que descubrió la subordinación del PC al imperialismo soviético! ¡Realmente, no lo veo!

El *Midi Libre* iría a traer semanas más tarde esa respuesta que no venía... El periódico anunciaba con la firma de *Ariège*:

## "Montsegur de luto

Al final de la tarde del domingo pasado, un lamentable accidente vino a oscurecer un bello día de sol propicio para el turismo, ahora en pleno desarrollo y favorable a la vieja ciudadela de los Cátaros. Un garajista de Narbona, Marius Chabrol, que visitaba el castillo, fue víctima de una caída mortal en el desfiladero de Trébuchet. El cuerpo fue encontrado al día siguiente cerca de los riscos de la vertiente suroeste por un equipo de jóvenes espeleólogos que actualmente se dedican a investigaciones de carácter histórico.

Alertados por un telefonazo de la familia, iniciaron las búsquedas que rápidamente fueron coronadas con éxito. La víctima era muy conocida por los habitantes de Montsegur, que no pueden dar crédito al accidente. En efecto, en su cualidad de antiguo animador de los albergues de juventud antes de la guerra y héroe de la Resistencia, Marius Chabrol conocía muy bien el *pog*, cuyas faldas escalaba hace más de treinta años... ¿Será posible que haya sido dominado por el vértigo al contemplar el abismo tan cerca? ¿La niebla que se levantó al final del día no le dejó ver el borde extremos del risco? Hay muchas conjeturas sobre el origen del lamentable accidente.

La víctima deja profundas añoranzas en la sociedad narbonesa. La gran familia política a la cual perteneció desde siempre le hizo un conmovedor funeral"

El conde de Miramont pasó el diario a su mujer y permaneció inmóvil, de ojos caídos. Auda no hizo comentarios, pero la sangre le huyó del rostro. Estuvieron mucho tiempo en silencio, como dos extraños.

Una abeja volaba alrededor de la sala y el zumbido llamó a las *Mobyettes* de Guillaume y Amiel que llegaban del liceo. El pequeño Raymond jugaba en el jardín y soltaba potentes gritos. Tractores gemían en la lejanía. El perfume de las charnecas descendía hasta la finca y se esparcía alrededor. Todo conspiraba para mantener una paz que él y la mujer sabían engañosa. Auda, que se había dejado caer postrada en la silla, se irguió y dijo:

-¡El tampoco traicionó!

Barbaira irguió los párpados mojados con una interrogación muda en los ojos porque la mujer todavía no le había contados los pormenores del coloquio de Fanjeaux.

Auda no juzgó necesario responder a la demanda.

#### IV

Guillaume Barbaira cumplía veinte años. Al soplar sobre las velas de la tarta de cumpleaños el padre le dijo:

-¡Llegó el momento de tratar cosas serias!

Bachiller en ciencias, entre los diez primeros de la escuela de agricultura de Grignon, el primogénito de los Miramont gustaba de cosas serias y las trataba con el mismo interés y la misma tenacidad que el padre, que decía de él con orgullo: "La buena sangre no miente". En todos los actos de su vida joven suplantaba al hermano Amiel, que tenía ciertos celos de él; las hermanas Yolande y Gèralda no contaban más que la sirvienta de buen corazón en el universo patriarcal forjado por el conde de Miramont, que añadió:

-¡Estás de vacaciones, es tiempo de excursiones! Vamos mañana a visitar un lugar de Ariège olvidado por todos, excepto, claro, por la guía Michelin.

Después de pasar la aldea de Comus, el Mercedes de Barbaira entró en las gargantas de La Frau y el hijo se calló bruscamente. La carretera que estrechaba desde la nacional Aix-les-Thermes-Quillan ofrecía apenas un único carril y no permitía el adelantamiento de vehículos o circulación en sentido contrario. Una sucesión de paredes rocosas destacadas de los barrancos que culminaban a varios cientos de metros de altitud erguía chicanas que limitaban la visibilidad a una distancia de un tiro de piedra. Las murallas a plomo exhibían horribles llagas, producto del caos geológico primitivo y de la erosión. Los abetos fulminados por los rayos pendían de las asperezas de las paredes. El horror del pasaje justificaba su patrimonio: Gargantas del Miedo.

Llegaron a un espacio un poco más amplio a medio camino de las gargantas, justamente donde acababa la carretera levantada por la administración de los Puentes y Calzadas. A la izquierda, un camino rural ganaba impulso para escalar una ladera escarpada.

-¡Es por allí!, dice el padre mientras el gran *Mercedes* avanza a saltos... ¡Vas a ver como es impresionante el contraste entre las gargantas y el valle alto de Basqui!

En pocos minutos llegaron al centro del circo forestal, al punto donde antes se había instalado el campamento de Aurochs-Platz, pero del que no había el menor vestigio en la hierba azulada. Las fortificaciones construidas con las piedras de la heredad Blanc se habían desmoronado. La piedra regresaba a la piedra. La propia quinta, degradada, no presentaba más que paños de paredes en ruinas. Sólo los árboles de la floresta que los Lévis, convertidos Mirepoix, recibieron de las manos de Simon de Montfort, habían aumentado en altura, porte y majestad. Barbaïra dijo a su hijo, que descubría emocionado la gran floresta medieval:

-¡Es la más bella de Europa!

Elegantes como abetos jurásicos y tan altas como ellos pero profusamente esparcidos en un diámetro mucho mayor, las hayas se encontraban hasta los mil ochocientos metros de altitud en un lado y, en el otro, alienándose en formación de parada, orlaban el borde del bosque y montaban guardia en las fronteras de la planicie acariciada por la luz fina del atardecer del verano.

Florestas impenetrables. Hayas gigantes. Soledad que causaba escalofríos en la espalda, incluso en el auge de la estación benevolente. Ni un hombre, ni un animal visible. Tras la frontera negra de árboles se organizaba un inquietante misterio. ¡Una discreción secreta, vieja de muchos milenios! De ese paisaje de excepción surgía una fuerza imposible de traducir en términos usuales hecha de millones de crecimientos silenciosos, irresistibles, pacíficos también.... Barbaïra dice:

-¡Aquí, hijo mío, el espacio nace del tiempo!

Todo alrededor vivía con una fuerza temible y, sin embargo, nada parecía vivir, a no ser un torrente que saltaba de canal en canal y rasgaba su túnica de plata en la punta de los peñascos,

soplando en los túneles cavados a lo largo de las márgenes y recitando versos románticos en el lecho de arena blanda...

Se aproximaron, inclinaron sobre las aguas a la escucha de rumores nacidos en marmitas glaciares y se quedaron inmóviles durante mucho tiempo. El hijo dijo finalmente:

-¡Es curioso, papa... parecen voces humanas!...

Roger Barbaïra estremeció, observó al hijo con el rabillo del ojo y replicó con energía:

-¡Son voces humanas, si! Las hadas de la montaña cantan y responden unas a otras... ¡Oye!

Aún se inclinaron más sobre el torrente que disipaba largas colas de luz ardiente. Oyeron quejidos, notas reprimidas y tañidas interminablemente, largos gemidos de violines... Coros de aldeanos y caballeros.... Roger Barbaïra dice lentamente:

-Fue aquí que Richard Wagner y Beethoven vieron robar a la naturaleza el secreto de la música telúrica. Dos compositores que admiras y conoces bien, ¿no es cierto?

-¡Sí!, reconoce el hijo con voz sorda.

Permanecieron mucho tiempo a la escucha inclinados sobre las aguas hasta que Barbaïra se volvió hacia Guillaume.

-¿No son los temas de la *Sinfonía Pastoral*?

Guillaume no respondió inmediatamente, apuró el oído con atención casi dolorosa, después sacudió la cabeza negativamente y dijo:

-¡No... No es la *Pastoral*... Parece uno de los temas de *Parsifal*... Oye, papa... el motivo central del Graal!... Mi-Fá-Lá-Lá... Mi-Fá-Lá-Lá...

-¿Tienes certeza?

-Absoluta. Es cuando Gurnemanz dice a Parsifal: "Si eres puro, puedes esperar del Graal bebida y alimento... " Si, si, me acuerdo bien. En Bayreuth hace dos años, con mama y Amiel... Es el momento decisivo en que Gurnemanz pone el brazo en los hombros de Parsifal, lo agarra por la cintura y lo lleva para adentro.

Roger Barbaïra escudriña los ojos de Guillaume y pregunta con voz ronca:

-¿Y qué dice Parsifal?

Guillaume piensa durante algunos instantes con los ojos perdidos en la inmensidad de la floresta pero puestos también en su recuerdos de Bayreuth.

-Creo, dice lentamente, que es el momento en que Parsifal pregunta a Gurnemanz: "¿Qué es el Graal? "

Roger Barbaïra abraza los hombros del hijo, pasa suavemente un brazo alrededor de los riñones lo lleva consigo. El crepúsculo ocupaba por niveles de luces decadentes el espacio abierto entre los árboles negros y la hierba azul. El olor del humus milenario al mismo tiempo viril y nauseabundo sustituía poco a poco los aromas calientes de la tarde. El sol poniente flameaba tras el desfiladero de La Peyre. El escenario se transformaba insensiblemente. Las florestas espesaban en sombras malva que apagaban todos los relevos. Los peñascos que culminaban a los últimos sobresaltos de la luz sugerían torres de castillos románicos. Montsalvatches legendarios con escaleras secretas abriendo hacia salas pobladas de caballeros que los últimos árboles que luchaban contra altitudes demasiado elevadas sugerían con sus finas siluetas...

Barbaïra se sentó en la hierba con el hijo y le contó toda la historia de la búsqueda de las láminas de piedra grabadas en "escritura pagana cifrada", desde las primeras exploraciones de grutas en compañía del alemán Otto Rahn, hasta el levantamiento del campamento de Aurochs-Platz. Guillaume parecía perturbado. Incrédulo de inicio a pesar de juzgar al padre incapaz de inventar fábulas, entró gradualmente en las peripecias de su aventura y acabó por participar del todo en sus esperanzas, preocupaciones y desengaños. Cuando llegó al final, Guillaume preguntó:

-¿Qué se ha hecho de esas piezas?

Era ahora noche cerrada y la estrella del Pastor comenzaba a brillar. Reflejos rosáceos se arrastraban en las alturas inaccesibles. Padre e hijo percibían mutuamente sus rostros bajo el aspecto de manchas claras fundidas en los betunes de los cuadros de Rembrandt que, a medida que el tiempo pasaba, llegaron al negro absoluto.

- El 2 de Mayo de 1945, dice lentamente Barbaïra, una compañía SS de "destino especial" compuesta por entero de

oficiales, muy semejante a los regimientos que morían por el Zar de Rusia contra el Ejército Rojo, sin esperanza de salvar otra cosa que la honra, estaba en posición en el Tirol, en el cruce de las carreteras Innsbruck-Salzburg y Gmund-Zell am Ziller. En la víspera, tres de sus jefes, un francés, un noruego y un americano subieron a bordo de un avión de gran radio de acción que levantó vuelo en la autovía Munich-Salzburg y los llevó hacia un destino desconocido. Ahora pienso que fueron dejados en el Tibet <sup>1</sup>... A juzgar por las disposiciones tomadas y al parar durante cierto tiempo la ofensiva americana esperada al oeste y la de los rusos que avanzaban por el este, la compañía de destino especial esperaba cualquier acontecimiento importante. A la noche, finalmente, una columna motorizada venida de Berchtesgaden y fuertemente protegida confió a la compañía un arca de plomo con la misión de ocultarla sin demora en un glaciar del Zillertal. Ese arca contenía las láminas de piedra grabadas que los Cátaros escondieron en una gruta durante el cerco a Montsegur poco antes de la capitulación y que fueron encontradas aquí...

Apuntó con el dedo la cima del monte Cassou, pero la oscuridad de la noche no dejó ver el gesto e, al mismo tiempo, la luz de luna naciente transfiguraba el objetivo designado. El torrente bramaba ahora con menos intensidad que en las horas calurosas del día. Profundamente extasiado, Guillaume oía al mismo tiempo su canto y la voz del padre e imaginaba que la llamada de las aguas saltarinas traducía la invocación de Titurel: ¡Que el Graal venga a nosotros!

-Así esas tablas preciosas, continua Barbaïra, que los poetas cristianizaron bajo la forma de Graal pero que, según los especialistas alemanes, contiene un mensaje estrictamente pagano tan importante para los arios como los Diez Mandamientos de Moises para el pueblo judío., caminan hace veinticuatro años con el glaciar <sup>2</sup>. El arca debe reaparecer en la morrena frontal entre 1990 y 1995. No podrá caer en manos extrañas, sino en manos de la Orden Negra porque, si así no

---

<sup>1</sup> Ver nuestra obra *Les Hérétiques*, Presses de la Cité.

<sup>2</sup> Saint-Loup terminó esta obra en 1969 (Nota del traductor portugués António Carlos Rangel).

fuera, la ley será de nuevo escamoteada y el mundo blanco lanzado definitivamente al caos. Sus guardianes deben, por tanto, tener un conocimiento perfecto de la zona. El viaje que hago todos los años representa mi turno de vigilancia. No soy yo quien fija la fecha y el tiempo que debo permanecer allí. Es casi seguro que en 1990 ya no estaré en este mundo, por tanto, tu vas a rendirme. Si te sucediera alguna cosa, te sucede tu hermano Amiel... y luego Raymond. La cadena de generaciones puede tener alguno de los eslabones partido, pero debe continuar extendida entre el pasado y el futuro...

Estupefacto y arrebatado, Guillaume oye al padre y siente hervir en lo íntimo una especie de furor sagrado contra enemigos invisibles.

-¿Cuándo voy allí?

-Te propongo el primer viaje al Tirol en época de vacaciones. No hay prisa. Por ahora, basta reconocer el terreno y observar los que van al refugio de Furtschlag. Entre los paseantes y alpinistas hay gente curiosa, demasiado curiosa... El teniente austriaco Franz Gottlich desapareció en 1946 en la región de Altaussee, Helmut Mayr y Ludwig Pichler fueron asesinados en la montaña, Gert Gerens, especialista en submarinismo, como tu, apareció muerto en un abismo tras explorar el lago de Töplitz, Emmanuel Werba fue encontrado decapitado en la montaña de Gastein.



El bosque soplab alientos húmedos. El rocío vestía los follajes de cotas de malla plateadas por la luz de la luna. El frío descendía de la montaña y los dos hombres entraron en el automóvil.

-Se supieses lo que te voy a ofrecer en tu vigésimo aniversario, dijo Barbaïra, cambiarías el Mercedes por un helicóptero para llegar más deprisa a Le Pech.

Guillaume se agitó en el asiento.

-¿Es alguna cosa que estoy esperando? ¿Un reloj de buceo?

-¡Nada de eso!

-¿Una escopeta de cañones superpuestos?

-¡Menos aún!

-¿El tratado de armonía de Rameau en su edición original?

-¡No! No intentes adivinar. Tal como el documento capital posado en la mesa que el espía no descubre, lo que te ofrezco te toca bien de cerca para incitar tu imaginación. ¡Un poco más de paciencia!

Van en dirección a Carcasona. Son las once horas cuando Barbaïra para a la puerta del garaje. Sale del coche y abre la puerta del garaje contiguo que abriga el *Triumph* de la mujer y el *Renault* de servicio que el hijo conduce.

Cuando se enciende la luz, Guillaume suelta una exclamación contenida que traduce la angustia de la espera por fin acabada en un entusiasmo enorme. Frente a sus ojos, alargada en la inmovilidad apócrifa de una fiera al acecho de caza, ve una moto BMW nueva.

-¡Es una *600 Sport!*, afirma sin vacilar... ¡Fue hecha para coger ciento setenta kilómetros por hora! ¡Lo que quiero hacer antes de nada es llevarla al límite para ver si los alemanes no andan haciendo *bluff!*

-¡Espacio! ¡Espacio!, aconseja Barbaïra... ¡Ciento setenta kilómetros por hora sobre dos ruedas es una cosa seria!

Guillaume aprieta al conde de Miramont entre los brazos con ímpetu juvenil, de inmediato lo olvida, se agarra a la máquina, la pone a trabajar con un golpe de pedal, se inclina sobre ella cautivado por el ronronear satinado que su enorme potencia ofrece hipócritamente a cambio, monta y se lanza en la noche seguido de cerca por los consejos del padre...

-¡No conduzcas a lo loco!

Regresa diez minutos después con el rostro brillante y helado, ojos incandescentes, y dice con voz ronca:

-¡Qué máquina formidable!... ¡Oh, papá, con este animal entre las piernas, me siento señor del mundo!

Petrificado por una alegría demasiado intensa para ser exteriorizada, murmura medio inclinado hacia la moto:

-¡Yo te bautizo *Emperiglada!*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Relámpago. No olvidar que en Le Pech las conversaciones se traban indiferentemente en francés o en la lengua d'Oc.

Barbãira sonr e y dice:

-Descubriste la palabra justa. ¡No es una máquina, es un animal que escape rayos!

Un nuevo impulso tira a Guillaume a los brazos del padre que lo aparta con suavidad y dice:

-No me agradezcas. De algún modo, acabo de armarte caballero en Aurochs-Platz. Te doy ahora los medios del caballero. La moto no es un ingenio, es el caballo medieval. Conserva de él las antiguas aptitudes, trepa, salta, se vuelve como él, pero cuatro veces más deprisa. Sobretudo, mantén la posición "caballera", que más que una posición es una actitud ante la vida. Apela a la audacia, a la precisión, a la resistencia y al coraje del acto gratuito. ¡Es la propia esencia de la caballería! ¡Rodar a ciento cincuenta kilómetros por hora y atacar las curvas en el límite del vuelo es el acto gratuito por excelencia!

Envuelto por la alianza que está a punto de concluir entre él y el animal, Guillaume deja de oírlo.

-Una actitud ante la vida, continua Barbãira, y, bien entendido, ante la muerte, también.

Agarra al hijo por un brazo, lo arranca del círculo mágico cerrado por la *BMW* y le pregunta:

-¿Ya viste como en las películas americanas o francesas sobre las dudosas proezas de los "blusones negros" motorizados los muchachos adornan las máquinas? ¡Siempre cruces gamadas, cruces de hierro, runas de las SS!

-¡Es cierto, si!

-¡Son SS en potencia, pero prisioneros de un folklore de pacotilla porque nadie los inició! ¡Sin embargo no sabiendo porqué, la muerte los tiene fascinados! Piensan que la vocación del SS es dar muerte a si mismo, una vez que su misión consiste en contemplarla sin temblar durante la vida para llegar un día a dominarla!

Barbãira saca un pequeño objeto de la bolsa y lo pone en la mano del hijo. Es la *totenkopf* de metal plateada que adornaba su casco y gorra de las Waffen-SS durante la II Guerra Mundial.

-Era la que llevaba en la batalla de Berlín, dice en voz baja... ¡No logró salvar otras, luego es un capital insustituible! P gala en tu máquina, como los " ngeles del Infierno". Esos no saben

lo que hacen, pero tu sabes. La muerte es una aventura que debe ser dominada. La vida eterna está en este mundo y no en el de los amigos cátaros de tu madre...

Tuvo voluntad de añadir: y no de tu madre, evidentemente. Pero se calló. Profundamente emocionado, Guillaume se calló también, dio vueltas al animal acariciándole los flancos plateados del gran depósito de gasolina "fuera de serie", los blindajes pulidos en un material con los reflejos mate del estaño. Guarda cuidadosamente en la cartera la *totenkopf* y dice al conde de Miramont:

-Papá, voy a equiparme y abrir todo gas para Narbona, solo en la noche con el animal... Sólo para cuando llegue a la vera del mar, en La Nouvelle... ¡Y, llegando allí, contemplo el nacer del sol!

Se enfunda el mono, pone en la cabeza el casco de Roger Trencavel, se ajusta las gafas y se coloca los guantes. Ahora con los oídos tapados, no oye los últimos consejos del padre:

-¡No vayas a lo loco!... La *BMW* no es una *Mobylette* y, además, tienes malos hábitos... Acuérdate que ninguna fuerza militar se preocupó tanto en proteger las vidas de sus hombres como las *Waffen-SS*. ¡Presta atención!... ¡Todavía no conoces el animal, en primer lugar tienes que acariciarlo y dominarlo!...

Pero Guillaume ya había partido. Barbaïra sólo vio el piloto rojo de la máquina desaparecer como una estrella cadente en la noche de verano.



La película sobre la Cruzada contra los Albigenses y la epopeya cátara presentados por la televisión acaba de traumatizar a Francia entera. En el Languedoc, desempeña el papel de escritor alemán que en 1937 enseñaba a un pequeño grupo de *ajistes* la historia de su país. A partir de entonces, nada es como antes. Cuestiones que se ponían hace siete siglos, comienzan a ser puestas entonces. Y no a escala de profesores especializados o de "folkloristas", pero a escala de las masas populares.

Roger Barbaïra verifica que la actitud de la vecindad también cambió. El miliciano de otrora que quería liberar la Occitania no es visto ahora con tintas tan negras. Algunas familias, en principio hostiles, van a visitarlo. Hace ahora parte de la Confederación General de Vinicultores del Midi y da consejos que son siempre oídos. Por mediación de su hijo Amiel, grupos de izquierda lo convidan a asistir a sus reuniones.

Reunión de izquierda en un cuarto enorme en la planta baja de un inmueble cerca del puente viejo de Carcasona. Un antiguo comunista que curiosamente tiene el nombre de un Perfecto del siglo XIII, d'En Marti, recibe a los representantes de los grupos embarcados en la reivindicación occitana. Encontró el coraje que faltaba a Marius Chabrol y tomó las debidas distancias con el PC. Es todavía bastante joven. Moreno, de baja estatura y cuerpo atlético, se mostraba avaro de palabras como "coco" <sup>1</sup> verdaderamente responsable, sopesa las palabras y las acompaña de una mirada llena de energía. Irradia una fuerza tranquila y segura. Se trata de un materialista que bucea de repente en la epopeya. Recibe sucesivamente a Jonquièrre, delegado del P.N.O., después a Campelong, representante del comité occitano de Estudio y Acción, a continuación a los muchachos del Partido socialista occitano <sup>2</sup> y finalmente, a algunos jóvenes anarquistas dirigidos por Breil, hombre fino, grande y joven, rubio y casi diáfano, que habla el lenguaje propio de los tribunales.

Al entrar en la sala llena de humo acompañado de Amiel, que acaba de dejar el P.S.U., donde daba libre curso a las elucubraciones de su filosofía escolar, por el P.S.O., que le permite disfrutar del estatuto de "hombre de izquierda" sin traicionar la dinastía de los Barbaïra de Miramont, siente rejuvenecerse treinta años... Hay apenas adolescentes, muchachos y muchachas, llegados en Mobylette tras el cierre de los talleres y oficinas. *Blue-jeans*, chaquetas de cuero negro, botas de tacón y caña altos, cinturones anchos, cuellos de

---

<sup>1</sup> Como en el original (Nota del traductor portugués).

<sup>2</sup> Fundado por Robert Allan, durante mucho tiempo el Partido socialista occitano no tuvo más que una existencia embrionaria en razón de la posición intersticial que ocupaba entre un P.N.O. que lo rebasaba por la derecha y un C.O.E.A. que lo hacía por la izquierda. Actualmente corre como una flecha.

camisas abiertos en expectativas de corbatas olvidadas... Como en los antiguos albergues de juventud, toda la gente se trata de tu. Un litro de vino tinto circula alrededor y todos beben por el gollete de la botella. Las muchachas asumen una simplicidad falsamente desprovista de reservas mentales, como las que frecuentaban otrora los albergues de juventud. Como los muchachos, beben a morro de la botella y se instalan donde pueden, a la vera de una cama, en el parapeto de una ventana y hasta en el suelo...

En ese medio popular bruscamente reencontrado, Barbaïra se siente perfectamente a su gusto, pero, al mismo tiempo, rechazado. Piensa: atención. Corro el riesgo de quedarme encerrado en mi piel de SS como en un ghetto... La vida no es eso, la vida son ellos... El futuro de Occitania se sitúa a la izquierda y es en la izquierda que podré encontrar mi reserva de caballeros... La lucha hará desaparecer las viejas nociones de derecha e izquierda, a pesar de esas clasificaciones todavía cuentan a día de hoy. Mis hijos tienen razón.

-¡Camaradas!, anuncia En Marti, el nuevo Cátaro, ¡estamos aquí reunidos para intentar la unidad de acción entre el P.N.O., el P.S.O., el C.O.E.A. y los anarcas! Objetivo: la descolonización. Tu, Campelong, explícanos la posición del Comité de Acción... ¿Sabes que se critica vuestra táctica oportunista? ¡Estáis demasiadas veces al lado del poder!

Campelong explica la táctica del grupo, justifica su prudencia y anuncia que todos los puentes con París están ahora cortados. Conoce bien el asunto y habla como hombre culto.

-¿Y el P.N.O.? ¿Dónde estáis vosotros?

El delegado del P.N.O. presenta la cuestión de acuerdo con el pensamiento de François Fontan. El fundador del partido goza de gran prestigio. Es un teórico de la etnia. Dio su definición con varios folletos con los que Barbaïra no está de acuerdo. Fontan es también discípulo del filósofo alemán emigrado a los Estados Unidos, Wilhelm Reich. A ese propósito, el delegado concatena:

-¡Camaradas! ¡A continuación, procederemos a la desalineación sexual de los occitanos!

En Marti que hasta ese momento oía con toda paciencia, irguió la cabeza y cortó con voz gruesa:

¡Ah, no! ¡No, viejo amigo, no! ¡Esas historias son para después! Volvamos al asunto: ¿cuáles son los medios de acción que podemos disponer para obtener una descolonización rápida y total?

Barbaira piensa: ¡excelente! Finalmente, una izquierda que los En Marti van a... desalinearse de quimeras... Hete allí que pone los pies en tierra occitana, en un mundo en que "los hechos son tenaces".

El delegado del C.O.E.A. pide la palabra y acompaña a En Marti en el terreno realista:

-¡En Marti tiene razón! ¡Hay que definir los medios de acción! ¡Antes de nada, aprovechar la oportunidad que está ante nuestro alcance! El 24 de Marzo, de Gaulle dice en Lyon: "El esfuerzo multiseccular de centralización ya no se impone a partir de ahora. Por el contrario, las actividades regionales son los resortes del poder económico de mañana". El gobierno prepara asambleas regionales. ¡Tal vez sea inteligente de nuestra parte entra en ellas!

-¡Alto!, grita Barbaira... ¡Alto!



Un silencio constreñido queda pesando sobre la asamblea de jóvenes. El conde de Miramont se había prometido no intervenir en los debates, dejar eso al cuidado del hijo Amiel, por creer que la experiencia de una generación es intransmisible a la generación siguiente, pero no se contuvo y acabó por enrojecer como un joven con el peso de las miradas convergentes que parecían fijarse en su cabello grisáceo y en las arrugas finas de su rostro, como dándole a entender que la juventud dispensa a los más viejos. Sonríe a guisa de disculpa y dice:

-¡Camaradas, vine aquí con mi hijo porque trabajamos el mismo combate. Antes de la guerra, formaba parte de un grupo de *ajistes* que, como vosotros, acababa justamente de descubrir el estado de subdesarrollo que Francia, potencia colonial,

impuso a Occitania... Al estar con vosotros esta tarde, me siento con treinta años menos!

Se calló, pareció soñar durante unos segundos y continuó:

-¡Si... Es el mismo espíritu... Casi el mismo lenguaje. Mis camaradas pertenecían al partido comunista, a grupos trotskistas y a la S.F.I.O... y también había un anarca! Y, de repente, llegó lo que hoy también os amenaza. Es por eso que tomo la palabra. Pétain también prometía la descentralización. Nuestro grupo estuvo dividido en pétainistas y *maquisards*. Con todo aquello, perdimos cinco camaradas, tres del lado de Pétain y dos del lado del *maquis*. Y todo para nada, ya que Pétain mentía ayer como los gobiernos mienten hoy... ¡Los presidentes del Consejo se suceden a los reyes, pero la política hexagonal no cambia... De Gaulle se prolonga en Blanche de Castela, S.Luis, Richelieu, Napoleón y Clemenceau! Es una pérdida de tiempo pedir a los que gobiernan que ellos mismos sierran la rama del árbol desde donde os dominan... No es, digamos... razonable...

Dudó un poco ante de concluir, miró hacia su hijo y acabó por decidirse.

-¡La historia no hace referencia a un sólo pueblo vuelto libre por la mansedumbre de sus opresores! Por eso os digo: no entréis en esas asambleas a cualquier precio. Es una artimaña, una astucia para desarmar la violencia libertadora que se acumula en el Midi. ¡Desconfiad!

Una carcajada acoge la alocución de Barbaïra, que enrojece de nuevo y frunce el ceño pensando que los jóvenes se burlan de él. De inmediato, comprende el motivo de la reacción y se descontrae.

-Puede confiar en nosotros, dice En Marti con su voz cavernosa, conocemos bien la mala fe del poder.

Barbaïra responde:

-¡Bravo! Ratifico que los jóvenes de hoy tienen un madurez política que faltaba en los albergues de juventud.

La sesión terminó en medio en buen humor general.



Barbaïra e hijo dejan Carcasona y viajan en silencio en la noche. Amiel dice:

-Papá, hablaste muy bien al hacer el elogio de la violencia. Lo que nos falta es un Simon de Montfort de la lengua d'Oc.

-Era un vikingo, hombre de un linaje venido de Escandinavia a Normandía, después Isla-de-Francia, más tarde Occitania... ¡El mismo itinerario que fue seguido por las civilizaciones boreales cansadas de los hielos que arremetieron hacia el sur, hacia el sol, hacia el Mediterráneo, esa gran prostituta!

Amiel se agita ligeramente en el asiento. La claridad verde del salpicadero subraya sus cejas fruncidas. Replica:

-¡No forzosamente! Piensa en lo que hizo Israel...

Se calla. El roncar sedoso del *Mercedes* se sobrepone al silencio. Poco después, Amiel se agita de nuevo en el asiento atormentado por alguna cosa que no se atreve a revelar, pero acaba por decidirse:

-Repara, papá... la reunión... esos tipos que quieren hacer alguna cosa... Está bien, creo que muy bien... pero parecen muy desplazados de la realidad. Lejos de combate que debían entablar verdaderamente. Por mi, no quiero estar más tiempo esperando y voy a pedirte una cosa que te va hacer saltar...

Roger Barbaïra le lanza una mirada rápida, sorprendido por un ímpetu que cuadraba mal con la idea que tenía del hijo, en general reservado, casi tímido, siempre un poco dominado por el dinamismo de Guillaume.

-Quiero pedirte que me autorices a alistarme en el ejército de Israel...

Barbaïra da un frenazo violento. El *Mercedes* baja la nariz y para. Suelta el volante, levanta los brazos y exclama:

-¿Entonces eso continua? ¡Con Guillaume, eran los F.L.N.! ¿Ahora, contigo, son los judíos? ¿Qué mal hice al dios de los Cátaros para que tu madre diese a luz semejantes fenómenos?

Amiel evita el contacto de los ojos clavados en él. Contempla a través del parabrisas el río de asfalto negro que corre entre los arcenes dibujados por los haces de luz de los faros. Barbaïra le agarra el mentón con el pulgar y el índice y lo atrae hacia si.

-Mírame a los ojos, murmura sordamente, y dime una cosa: ¿quieres juntarte a los judíos para fastidiar a un antiguo SS o es por un ideal?

Amiel protesta.

-¿Fastidiar? No, en modo alguno. Vinimos a un mundo donde la aventura ya no existe. Quiero ir a Israel porque los judíos luchan por el mismo ideal que nosotros. Y no pierden el tiempo en discusiones, ¡tiran a matar!

Barbaïra refunfuña.

-De acuerdo, pero Israel no es Occitania. Es tan idiota un occitano batiéndose por Israel como un francés comprando "fondos rusos". Los franceses adoran ocuparse de los asuntos ajenos, pero te recuerdo que, según nuestra ley, ¡no eres francés!

Vuelve a poner el *Mercedes* en movimiento y parte pesadamente.

-Tu historia de Israel no hay por donde cogerla y los propios judíos te van hacer entender eso si continuas insistiendo. No quieren nada de ti porque no eres de la misma raza de ellos, ¿entiendes? ¡No se es judío por ideal! ¡Ni visigodo! Cada etnia lucha por su cuenta propia y nada puede por las otras.

Llegan a Le Pech. Los garajes están vacíos. Guillame Barbaïra había partido para el Tirol con la *BMW* y Auda para Toulouse, que desde el coloquio de Fanjeaux la atrae cada vez con más frecuencia. Barbaïra agarra el brazo del hijo y lo lleva consigo...

-Me siento feliz por saber que te quieres batir. Cuando tengas veinte años te hablaré de asuntos serios como hice con tu hermano. Mientras esperas, dedícate a nuestro sector y mantén los pies en tierra. Luchas por Israel atañe a los judíos de Francia, no es nuestro asunto. Un poco más de paciencia, las pruebas que nos están asignadas han de llegar. Los vinitores gruñen de rabia desde Carcasona hasta Montpellier. Dos vendimias bloqueadas en bodegas, ni un centavo en los bancos, el vino de Argelia entrando a raudales. El Midi va a sublevarse por motivos insignificantes, es cierto, pero es necesario comenzar de alguna manera.

Vuelve a agarrar el brazo de Amiel y entran ambos en casa.

-Conozco el hombre capaz de dirigir el inicio de la revolución que se prepara. Es André Castéra, un pequeño vinicultor de Montredon. Vas a visitarlo de mi parte. Te pago el viaje. Ciertamente te dará cosas interesantes para hacer. Tal vez algunos C.R.S. para meter en cintura. Prefiero verte maltratar C.R.S. que mantienen a Occitania sometida a su yugo que verte maltratar árabes. Después de la batalla de Poitiers, nada tenemos que censurar a los árabes... ¡Y ahora vamos a dormir!



En razón de algún atraso en el envío, la carta de Guillaume Barbaïra llegó a Le Pech casi al mismo tiempo que el telegrama del cónsul de Francia. La carta decía:

"Acabo de pasar dos días inolvidables en el refugio Furtschlag. Viaje sin incidentes. En el valle del Ródano, puse a *Emperiglada* a ciento setenta y cinco kilómetros por hora e hice el *huevo*<sup>1</sup>. En Suiza, a pesar del tráfico intenso, hice noventa de media. Tras llegar a Dornauberg, solicité al hostelero que cuidase bien del animal mientras estuviera ausente. Le coloqué una funda para protegerlo del polvo.

Seguí los caminos indicados en el plano de papá y llegué al refugio al ponerse el sol. Encontré dos alpinistas austriacos dispuestos a salir a las cuatro de la mañana para escalar el Hochfeiler. Me levanté al mismo tiempo que ellos y subí a la morena frontal. ¡Que caos! Llegado el momento, ¿cómo va a ser posible descubrir la cosa en medio de todos estos peñascos, pedazos de roca, montones de piedras y estas aguas que rezuman? Aprecié la sabiduría de las disposiciones tomadas y me convencí de la necesidad de que el equipo de búsqueda debe tener un conocimiento profundo del terreno. Deberá actuar rápidamente, ya que el refugio parece ser muy frecuentado y porque se puede ver toda la extensión de la morena a partir de la plataforma.

---

<sup>1</sup> Posición alargada que toma el motociclista para resistir a la presión del aire a gran velocidad.

La noche siguiente permanecí sólo, después llegó una multitud de jóvenes tipo *scout*. A la tarde, me llamó la atención un hombre cercano a los cuarenta años, probablemente inglés, pero no estoy seguro. Fue a pasear a la morena como yo el día anterior. Lo seguí discretamente. Al comer forcé la charla con él, pero habla inglés casi tan mal como yo. Primera sospecha fundada. Me dio su dirección (¡verdadera o falsa!) con el pretexto de la solidaridad alpina. La misma justificación en cuanto a las fotografías. Grandes primeros planos del rostro. Y desande: 'OSS 117 salva el Graal'. ¡Formidable!

Fui a buscar el animal a Dornauberg. Después de echar la carta al correo, parto para Innsbruck a todo gas. Tengo todavía mucho trabajo por delante hasta conseguir domar el animal que, a veces, por encima de 150 km/h, intenta escapar. Magnifico en las curvas. Soy el señor del mundo.

Besos para Tyran y Madone".

El telegrama del cónsul de Francia decía:

"Guillaume Barbaïra stop Accidente grave stop Presencia familiar urgente stop Zell-Krankenhaus".

Pálido y febril, el conde de Miramont una gran cantidad de dinero en la cartero mientras que Auda preparaba el botiquín médico.

-¡Conduce tú!, dice a la mujer.

Subieron el valle del Ródano como locos. A cierta altura, Auda levantó pié que aplastaba el acelerador del *Triumph* y murmuró con la voz descarnada que Barbaïra conocía bien:

-¡Inútil, es demasiado tarde!

Atravesaron Innsbruck al nacer el día. El cuerpo de Guillaume reposaba en una cama de la clínica, la cabeza vendada, los ojos cerrados, el rostro tranquilo. El cirujano informó:

-Fractura doble del cráneo. Murió sin recuperar el sentido.

Incapaz de sacar un sonido de la garganta, Barbaïra convidó por gestos al representante de la policía austriaca a hablar. El cirujano traducía... Que había sido visto la última vez atravesando Schwarz como un relámpago... Los habitantes de la aldea, asustados, alertaron por teléfono a la policía de carretera... Debe haberse despistado en una curva un poco más adelante...

Seguramente a más de 120 km/h, porque lo encontraron lejos de la carretera, en el margen del Inn.. La máquina arrastrada por las aguas y ciertamente destruida... El muchacho estaba en coma cuando los agentes de la policía descubrieron el cuerpo...

Barbaira oía al policía casi sin comprender... Velocidad... alerta... curva... despiste... aguas... no verá más... el animal... toda su fuerza vital estaba concentrada en la mirada que posaba en los ojos de la mujer una súplica desesperada.

-No resucito muertos... sopló Auda.

Dejaron la clínica con la cabeza baja, como viejos, y procuraron refugio en un hotel. Al final de la tarde, llegó el funcionario con papeles para firmar... ¿¿Por qué medios deseaban repatriar el cuerpo?

Barbaira sacudió la cabeza negativamente y manifestó su voluntad en breves palabras... De momento, su hijo no tenía otra patria más allá del Zillertal... El cuerpo reposaría, por tanto, en el cementerio más próximo del glaciar que domina el Hochfeiler... Y exhibió un voluminoso mazo de billetes confirmando su deseo de comprar una concesión...



Días más tarde, el coche fúnebre subía el valle del Zillertal seguido del Triumph que Auda conducía con mano distraída. La tarde de verano pesaba en el paisaje. Los henos ordenados en pequeñas pirámides exhalaban perfumes de bálsamo. Las vacas somnolientas agitaban de vez en cuando los cencerros de bronce colgados del pescuezo y esa música parecía caer gota a gota, como caen nota a nota los últimos compases de la *Pastoral*...

De ojos brillantes, Auda se alineaba maquinalmente delante del coche por la silueta negra del furgón que atravesaba las aldeas, erguidas como escenario de la opereta *Cheval Blanc* con hostales garridamente coloridos o barnizados, heredades de paredes pintadas de cal ornamentadas con pinturas sencillas. Barbaira parecía mirar esas imágenes tan deprisa desaparecidas como vislumbradas, pero sin verlas. El silencio que pesaba entre él y la mujer después de confrontarse con el hijo muerto, parecía adensarse de hora en hora...

Rodaban lentamente. Al llegar a Mayrhofen, el conde de Miramont tuvo la sensación de haber gastado más de veinte años para recorrer unos pocos kilómetros que separan Zell-am-Ziller de la cima del valle. Se estremeció al ver el albergue de la estancia turística frente al cementerio... Fue allí que el 2 de Mayo de 1945, poco antes de amanecer, la compañía de destino especial que transportaba el Graal al nuevo Mountsalvatge abandonó los camiones...

El fin de la reserva de gasolina coincidía con el final de la carretera transitable... Van Herdrick reunió la compañía e la mandó formar en bloque. En vez de lluvia que caía más abajo, la nieve descendía lentamente y cubría el suelo y los cascos. Las antorchas encontradas en la casa de unos paisanos en Zell-am-Ziller, ardían sin dificultad a pesar de la nieve... de una nieve que caía con lentitud fúnebre. La compañía formada en bloque al lado del cementerio... Los Waffen-SS, todos oficiales, representantes de las pequeñas patrias europeas que todavía no tenían nombre en los mapas y que probablemente no llegarían a tener tras la derrota militar... Ceñidos en uniformes de camuflaje con cintas de munición cruzadas en el pecho... de rostro tenso... suponían que el comandante los iba a presentar al Führer...

Van Herdrick anunció su subida al Walhalla... Los fusiles temblaron en los manos de esos hombres portadores de la medalla de oro de combate cuerpo a cuerpo, otros lloraban en silencio abrigados con las viseras de los cascos.

La nieve continuaba cayendo. Chorros de sangre escurrían de las antorchas a los hombros apoyados en el muro del cementerio. Van Herdrick no dio discurso, no habló de honra y de fidelidad, gritó simplemente como era habitual:

-Camaradas, ¡Sieg Heil!

Los hombres respondieron "Sieg Heil" y en largas filas tomaron el camino de la alta montaña curvados bajo el peso del arca de plomo...

Nadie sabía entonces lo que contenía, pero, ahora, Barbaïra no lo ignoraba. Al entrar en el cementerio tras la urna del hijo transportada por hombres vestidos de pantalones cortos de cuero, medias verdes y camisas blancas, de sombrero tirolés, se sentía aplastado por la fuga de Guillaume que destruía una parte

de su eternidad según la raza. Auda caminaba lentamente a su lado cargada de un misterio cada vez más opaco.

La urna descendió a la cueva. Barbaïra y la mujer arrojaron encima puñados de tierra. Los hombres repitieron el gesto y se retiraron de inmediato a una distancia respetuosa. El sepulturero empujó la tapa de piedra... Un mero rectángulo de granito. Un nombre: Guillaume Barbaïra, conde *Faydit* de Miramont... La runa de la vida y la fecha de nacimiento: 1946... la runa de la muerte y la fecha de la muerte: 1966...

Ningún religioso de las confesiones reconocidas habría bendecido el cuerpo. Roger Barbaïra dio un taconazo, extendió el brazo derecho sobre la "piedra grabada con signos paganos cifrados"... y el brazo parecía alargarse para cubrirla enteramente en la sombra azul del crepúsculo que transfiguraba todas las formas y todos los gestos y los alineaba en las dimensiones del Hochfeiler que a tres mil quinientos diez metros de altitud todavía flameaba al sol con la cintura de hielo que tomaba el color de la flor del melocotonero.

Nadie oyó al conde de Miramont, ahora viejo en su eternidad amenazada, murmurar el versículo del Graal de Wolfram von Eschenbach... "En verdad, tu nombre es Parsifal... Que significa justamente atormentado... "

Nadie. Al oír al cliente repetir en la sepultura la antigua salutación de los arios hacia tanto tiempo prohibida por la ley y por la moral, los de la funeraria y el sepulturero huyeron en pánico. Tampoco vieron a Auda desechar en sollozos caer sobre la piedra de la sepultura gritando su angustia al estilo de las antiguas plañideras. Pero, aunque oyesen, las palabras pronunciadas no tendrían cualquier significado para ellos:

-¡No recibió el Consolamentum!... ¡Todo está perdido!

## V

Amiel Barbaïra no se juntó a Moshé Dayán, jefe militar del Estado judaico, sino al ejército secreto de los vinicultores que

André Castéra reúne en algunas horas o licencia según las necesidades del momento.

Se encontró con el hombre por primera vez en Montredon, cerca de Narbona. Castéra estaba sentado con el cesto de la merienda a la sombra de un roble centenario en la falda de una colina cubierta de tomillo y lavanda. A su alrededor, un estado mayor de paisanos. Rostros curtidos del sol y del viento. Camisas medio desabrochadas, pechos cabelludos. Pantalones de tejido azul descolorido. Zapatillas en los pies. Del litro de vino viejo llovía en cada garganta un collar de rubíes. El sol danzaba en las cinco hectáreas de las viñas Castéra. Los coroneles trataban al general de tu y el general anunciaba:

-Les digo lo mismo que a Marcelin Albert en 1907: "Como en el tiempo en que los Albigenses defendían el país y la fe junto a los muros de Carcasona, el ejército de vinicultores acampa hoy en la antigua capital del Carcassès. Los nuevos antepasados de otros siglos cayeron como héroes para defenderla. ¡Hermanos vinicultores, sed dignos de ellos!"

El estado mayor saludó la alocución del jefe con antiguo grito de los pobres de Occitania:

-¡El Midi quiere! ¡El Midi tendrá!

André Castéra dice aún en tono amenazador:

-¡Y, si fuera necesario, el Languedoc volverá a ser cátaro!  
¡Haré saber esto a todos los periodistas de Paris!

Como S. Luis, Castéra se preparaba, no para servir, sino para hacer administrar, a la sombra del roble, la justicia a los productores de vino de los siete departamentos del Midi provisionalmente federados en una acción reivindicativa, pacífica en principio, violenta si fuera necesario.

Cuando hablaba de la tierra y de las viñas, su rostro irradiaba como el de un joven al evocar amores carnales. Como si acabase de descubrir la felicidad. Esa especie de transfiguración impresionaba más a Amiel Barbaïra que la gran estatura del hombre y su delicadeza flexible, la finura ascética del rostro hundido, las mejillas cortadas por dos arrugas verticales y profundas, la nariz imponente y puntiaguda revelando intuición y curiosidad, los ojos claros y las pobladas cejas negras. Hablaba con alguna dificultad debido a una operación reciente

que lo dejó casi sin dientes, por lo que necesitaba de más tiempo para adaptarse a ese vacío.

-¡Tendréis del gobierno lo que consigáis arrancar! Era lo que decía el Dr. Féroul en 1907, continuó Castéra. ¡Estamos en 1967, pero nada cambió!

El estado mayor del comité de acción vinícola reunido a su alrededor en el bucólico paisaje preparaba grandes manifestaciones. El 16 de Marzo de 1967 pensaba lanzar simultáneamente en Carcasona, Montpellier y Draguignan cientos de miles de aldeanos descontentos. Objetivo: obligar al gobierno a desbloquear las dos cosechas retenidas en las bodegas, rever el precio del *degré-hecto*<sup>1</sup> y acabar con la importación de vinos argelinos.

-Era lo que te decía, hijo, respondió Barbaïra cuando Amiel regresó de Montredon fascinado con la personalidad de Castéra... Como en 1907, van a batirse para recibir una limosna del gobierno y el gobierno va a darla. A continuación, se desvaloriza el franco, se hacen subir los precios, y, una vez más, el Midi va a extender la mano... Y continuará así mientras subsista el régimen colonial. No debían batirse por el precio del vino, sino por el precio de la libertad. Muy elevado. ¡El precio de la sangre vertida!

Posó las manos en los hombros de Amiel y continuó:

-Sobre Castéra, no alimentes demasiadas ilusiones, a pesar de pertenecer a la gran raza de los occitanos que saben hacer todo. Es entre ellos que Francia escoge los altos funcionarios, los presidentes de la República y los generales. ¡Francia no es tonta! Castéra puede ser, si quiere, el jefe de nuestro ejército de liberación, pero, se así fuese, y porque no entendió minimamente nuestra situación nuestra situación histórica. ¡Ya se como es!... ¡Al final de las reuniones manda cantar *La Marsellesa* y agitar la bandera tricolor! No se puede ser más ingenuo, pero todo puede cambiar se él percibe algún día sus contradicciones internas y las consigue dominar... A no ser que decida huir como Marius Chabrol, pero es poco probable. Bien,

---

<sup>1</sup> grado/hectolitro de vino.

se trata de un aldeano. Una cepa de vino muere pero no se suicida. En fin...

Salió del despacho con el hijo...

-¡Di a tu madre que estás autorizado a seguir a Castéra, pero no le digas que... te incité a ponerte a su frente!

Radiante de alegría, Amiel buscó a Auda en el palacete pero no la encontró. Acababa de partir a Toulouse. Después de la muerte de Guillaume, se ausentaba cada vez con más frecuencia y tardaba en regresar. Su presencia en el *chateau* parecía casi irreal. El sonido de su voz, raramente oído, venía de una zona de silencio indefinible y volvía a entrar allí casi a continuación. Una bruma invisible envolvía todos sus gestos y les daba una lentitud extraña como impidiendo que se cumpliesen. En el parque, al crepúsculo, a lo largo de los corredores francamente iluminados, la luz de su mirada, siempre algo especial, parecía existir por si misma, casi independiente, privada de lazos con la envoltura carnal prisionera en la ropa de luto. De vez en cuando, hombres y mujeres desconocidos del conde de Miramont la visitaban a la noche y las ventanas de la torre del ángulo norte, convertida en dominio suyo desde que pasaron a dormir separados, estaban iluminadas hasta altas horas de la noche...



En la mañana del 16 de Marzo de 1967, miles de automóviles van camino de Carcasona. Vinicultores y mujeres de vinicultores avanzan con el rostro cargado, mirada dura y labios cerrados. En muchos porta-equipajes van sacos de azufre, bordones, escopetas de caza, cartuchos cargados con perdigones y, en algunos casos, granadas y pistolas-ametralladoras de la época de la guerra, escondidas tras la disolución de los *maquis*.

El sol aparece al encuentro. André Castéra también. A las tres horas de la tarde, veinte mil manifestantes llenan totalmente la plaza Charles de Gaulle, entre los cuales Amiel Barbaïra y los camaradas del P.S.O., con matracas escondidas bajo la ropa y cócteles Molotov en los bolsillos.

Muchos colonos que afluyen sin cesar no llegan a insertarse en la marea humana. Dan media vuelta y van a recorrer las

calles de la ciudad. Los carteles que se agitan en la punta de las estacas anuncian: "Vinicultor, hipoteca tu piel en el Crédito Agrícola, pero deja los huesos para el cobrador... ", "Tempestad en el Midi: 1907-1967... ", "Vencer o morir con Castéra". Los vinicultores de Embies transportan una pequeña urna en la que se lee: "*Paisans rébelio té*". Los de Portellla anuncian: "Gobierno, acuérdate que el hambre no tiene ley". Los de Villemoustaussou prefieren jugar con las palabras: "*Villemoustaussou? Non. Ville sans le sou*"<sup>1</sup>. Tampoco faltan los humoristas: "¡Prioridad para mi vino, soy argelino naturalizado!".

En los escaparates de los establecimientos se proclama la solidaridad ente la ciudad y el campo: "Encerrado en solidaridad con los vinicultores... ", "Bebed vino...", "El francés que se precia, bebe vino, los burros y los camellos, beben agua". En todas las calles de la ciudad el himno al vino se canta en tono de cólera.

El Sr. Fit, presidente de la Cámara de Carcasona, da la bienvenida a los manifestantes y el Sr. Azibert, presidente de la Cámara de Agricultura, se aproxima al micrófono... Gritos, pitadas, silbidos. No consigue hacerse oír. Castéra interviene, calma a la turba y Azibert profiere un discurso. Benet, presidente de la Confederación de la Viticultura del Midi, habla a su vez, pero es Castéra a quien la multitud espera. Le dice:

-¡El gobierno no nos oye! ¡La minifalda de Raquel Welch produce más alboroto que las tres mil mujeres de vinicultores que desfilan en las calles de Narbona!

Habla con cierta dificultad y tiene que beber frecuentemente un vaso de agua, que una boca desdentada y tan exigente como un radiador de un automóvil en el Sahara. Alguien grita entre la multitud:

-¡Pourios aou mens béouré du bi!...

¿Castéra podría al menos beber vino?... se pregunta Amiel Barbaïra... es claro que si, ¿pero que espera para comenzar a escupir vitriolo?

---

<sup>1</sup> En francés forma un pareado cuya traducción sería "¿Villemoustaussou? No. Ciudad sin dinero".

Castéra se prepara y dice:

-¡Ahora, tenemos que batirnos! ¡La acción nos espera!

-¡Al Gobierno Civil!, grita Amiel... ¡Ahórquese al gobernador!

Castéra es un gran orador popular. Mantiene atentos a los veinte mil exaltados reunidos a su frente, pero predica la legalidad, el combate reivindicativo. En ningún momento coloca el problema político. Sólo Jammes, presidente del sindicato de los vinicultores de los Pirineos orientales, lo aflora:

-¡El 20 de Febrero, tres mil catalanes afirmaron su voluntad de unión nacional!

-¡Bravo!, grita Barbaïra, que interpreta lo dicho en el sentido de una reivindicación a favor de la unidad entre las dos Cataluñas... ¡Viva Cataluña libre! ¡Viva Occitania libre!

Los vecinos más próximos lo miran algo perplejos y él piensa: ¡es evidente que no estoy en la mejor sintonía! Les hablo de libertad y ellos piensan en la cartera. Es normal, pero poco importa. Y grita de nuevo:

-¡Viva Occitania libre!

Castéra se dirige ahora a las mujeres:

-¡Mujeres de los vinicultores!... ¡En los cortejos que se preparan, evitad ir con los del frente! ¡Visteis como los C.R.S. de Narbona las trataron! ¡Primero, dejad pasar a los hombres que fueron escogidos!

El cortejo se forma en medio de un gran tumulto. Barbaïra y los camaradas del P.S.O. abre paso para llegar a las primeras filas, pero a la cabeza va la delegación encargada de entregar al gobernador civil, Dufay, la moción ritual: ¡Los vinicultores del Midi reunidos en Carcasona, Montpellier y Draguignan el 16 de Marzo de 1967... exigen... protestan... afirman... esperan...! Inmediatamente atrás de la delegación compuesta por Castéra, Desbarrat, Francès y Cazes, marchan asociaciones de antiguos combatientes con estandartes, a continuación personalidades de la viticultura y, finalmente, la multitud...

La delegación pasa, pero la multitud choca con los camiones de los C.R.S. colocados en zigzag en el cruce de las calles Barbès y del Gobierno Civil. Son las cinco y media de la tarde. De repente, se abate sobre los pretorianos una lluvia de clavijas

y pedazos de hierro fundido provenientes de enrejados de estructuras, arrancadas y despedazadas, botellas y adoquines. Durante unos minutos se miran mutuamente, de una parte y de la otra. Los manifestantes gritan:

-¡Si sois hombres, atacad!

Los C.R.S. responden:

-¡Cobardes! ¡Poltrones!

Gran rumor, frases rimadas:

-A-sse-ssi-nos nazis... a-sse-ssi-nos nazis... C.R.S. SS...  
C.R.S. SS...

El sol penetra difícilmente en las calles estrechas y profundas de la ciudad. El olor ácido de las primeras granadas de gas lacrimógeno da súbitamente un gusto especial a la atmósfera. Amiel Barbaïra grita a los camaradas:

-¡Los camiones!

Lanzan varios cócteles Molotov a un camión, que se incendia. Alrededor rostros crispados de cólera. Un hombre es agredido por los C.R.S. y cae. Otros, lanzan sacos de azufre en el incendio naciente que se vuelve bruscamente mas elevado de color y mas caliente. Los pretorianos toman los extintores y huyen cuando el depósito de gasolina explota en un gran "pluf" negro cubierto de llamas de oro. Otros manifestantes esquivan a las fuerzas del orden por la calle Jean-Bringier.

-¡Vamos!, dice Barbaïra. ¡Casco en la cabeza!

Como revolucionarios prevenidos, se ponen en la cabeza cascos de motorista que los protegen pero que, al mismo tiempo, los designan para los golpes entre la multitud que se bate a cabeza descubierta, o cubierta con gorras y boinas vascas. Las granadas lacrimógenas no la hacen recular un paso. Un grupo que acaba de dismantelar unas rejas altas las lleva al frente como una especie de escudo móvil al que se agarran manos de vinicultores y manos de C.R.S. apretadamente mezcladas. Lentamente, metro a metro, el dique móvil empuja a los pretorianos en dirección del Gobierno Civil. Gritos. Insultos. Rechinar de dientes. Ecos sordos de puntapiés. Gemidos de heridos. Llamadas de bomberos. Gritos de mujeres a lo lejos. De ambos lados caen combatientes. En la niebla de gas lacrimógeno que pesa con toda la indiferencia técnica sobre defensores del

orden y manifestantes, es cada vez más difícil distinguir los cascos y uniformes de las gorras y las ropas. El olor a gasolina quemada se mezcla con el olor de los gases. Los bomberos municipales acuden prestos con un vehículo de intervención, pero son obligados a parar. Cien brazos yerguen el vehículo y lo vuelcan con las ruedas hacia arriba antes de que los soldados del fuego tengan tiempo de escapar.

En el fondo sonoro de las explosiones de granadas se inscribe ahora el despedazar de escaparates y el fragor de grandes lunas de vidrio que se abaten en los paseos. Amiel Barbaïra se bate con una rabia que le libera completamente los instintos. Hace muchos años que esperaba este día. Lucha como si su hermano Guillaume lo estuviese observando. Y Guillaume dice: ¡no te suponía capaz de tanto! El rictus que le inmoviliza la boca apaga la timidez de estudiante pacífico. Si para, es para lanzar injurias a los C.R.S. o para dar órdenes.



Amiel Barbaïra grita a los camaradas del P.S.O.

-¡Mudanza de sector! ¡Todos a la estación!

Se desembarazan lo mejor que pueden y corren para la estación. Al llegar, encuentran trabajo de demolición largamente adelantado. Estupefactos y maravillados, ven a un hombre de baja estatura y hasta de cuerpo frágil levantar una caja que no deben pesar menos de cien kilos. Parece erguirla con un movimiento de *ralenti* cinematográfico y, después, la lanza contra la taquilla... La caja atraviesa el escaparate, cae encima de los escritorios y los aplasta. En seguida, un hombre aún más insignificante pero transfigurado en un Hércules de la cólera, agarra a continuación una caja como quien se divierte, la tira hacia el despacho del jefe y todo se desmorona. Poco a poco, manejada por super-hombres de un día y hecha ahora carro de combate, la caja sigue su camino y arrasa todos los locales administrativos. Un viejo de aspecto cuidado, de barba rala y monóculo anda a pasos cortos siguiendo su rastro y completa el trabajo, apunto el bastón de puño de plata a los cristales todavía intactos y los hace caer uno tras otro... ¡Después de lo principal,

lo accesorio! Parece retirar del ejercicio la alegría de un príncipe hecho niño...

Siete convoyes están parados de principio a fin de la estación de Carcasona. Semáforos averiados. Raíles desatornillados. Postes de las líneas telegráficas abatidos. Vagones descarrilados obstruyen las vías férreas. Una septuagenaria que espera un tren extiende alrededor la corneta acústica para obtener una explicación de lo que pasa, abre la boca con una gran sonrisa y dice:

-¡Ah, siendo así, me quedo! ¡Me gusta lo movido!

Sentado en un vehículo de la policía tras un micrófono, un inspector civil se prepara para informar sobre la situación. Barbaïra y los camaradas lo avistan, le saltan encima y lo empujan por encima de la puerta. Las porras de caucho salen de la ropa y comienzan a golpear. Un grupo de vinicultores, menos radicales que los jóvenes, salvan al policía de una muerte segura y lo encierran en un café. A continuación, regresan al vehículo, le quitan el freno de mano, lo empujan y tiran al canal del Midi. Con un sincronismo sin fallos, otro equipo abre las compuertas del canal y la corriente arrastra el 203 a su destino mientras que las manivelas son a su vez arrojadas al agua para no poder ser utilizadas por los guardas de las compuertas.

Ningún tumulto en la zona de la estación, cuya posesión por los manifestantes no es cuestionada. La situación decepciona a los jóvenes revolucionarios del P.S.O., que vuelven a subir al Gobierno Civil. Son siete horas y la noche cae sobre la ciudad. Los escaparates sin vidrios se abren de par en par sobre los paseos. El vidrio molido que Barbaïra pisa rechina como trigo en la muela. Los gases se estacionan a la altura del hombre como las nubes en el flanco de una montaña tras la lluvia. Las siluetas de los combatientes se contorsionan en medio de un gris que pasa a negro y la lucha continua viva. No lejos de si, Amiel Barbaïra ve a un joven aldeano agarrar con gran habilidad las granadas listas para explotar y las lanza sobre los C.R.S.

-¡Es el gesto augusto del sembrador!, comenta un camarada del P.S.O.

El joven estudiante intenta ayudar al muchacho, se quema los dedos, maldice y desiste. Barbaïra escupe, tose, se queja y pregunta:

-¿Dónde están las pistolas-ametralladoras?

-¡Todavía no vi ninguna!

-¡Qué pena! Hay tipos que las tienen y no se sirven de ellas. ¡Hay que disparar, por Dios! ¿A qué esperan? ¡Una buena ráfaga y veríamos a los C.R.S. huir de aquí sin pedir documentación a nadie!

Barbaïra tira el casco de motorista que le hace sudar. Limpia sus gafas que más o menos lo protegen de los gases y muestra a los camaradas un grupo de vinicultores que carga contra los C.R.S. cantando *La Marsellesa*. En primera fila, un sexagenario, antiguo combatiente de la guerra de 1914-1918 que hace parte de la delegación encargada de depositar coronas de flores en el monumento a los muertos, embiste con la bandera de su asociación, la estameña enrollada en el mástil, la punta baja, y la blande como una lanza...

Barbaïra levanta los hombros:

-¡Y cantan *La Marsellesa*! ¡Panda de idiotas! ¡Mil rayos, hay quien haya traído escopetas y granadas! ¡No sé a que están esperando!

Castéra sabe que no faltan escopetas y granadas entre los manifestantes. Profundamente inquieto con el nivel que alcanzó la ira popular, recorre la ciudad en todas las direcciones y pide moderación. Si diese la orden de tirar, el Gobierno Civil sería conquistado en un instante. El gobernador, literalmente cercado, se vio obligado a pedirle que evitase lo peor. Y Barbaïra piensa: ese hombre tiene armas y no las entrega. ¡Está traicionando a Occitania! ¡Tiene que rendir cuentas por eso!

De repente, deja de pensar. Un grupo de C.R.S. salido de una calle lateral ataca el grupo del P.S.O. En el momento en que va a ponerse el casco, Amiel Barbaïra es agredido con un culatazo en la cabeza y cae sin sentido. Los pretorianos se disuelven en la noche a la búsqueda de otros adversarios mientras los jóvenes manifestantes, menos duramente tocados, llevan el cuerpo lejos del campo de batalla.

Los gritos van disminuyendo. La oscuridad se torna azul. En el centro devastado de la ciudad comienzan a circular pasmados. En todas las aldeas del Carcassès hombres armados son escopetas esperan el regreso de los combatientes. Reina la inquietud. La radio habla de granadas y de muchos heridos. Incluso de muertos. Si los muertos no regresaran, si el gobernador civil no libera a los ocho manifestantes presos (entre los cuales un paracaidista y un... candidato C.R.S.), si la policía tocó un cabello de Castéra, las dos cosechas de vino almacenadas en las bodegas irán a transformarse en olas de sangre...



Cuando Amiel Barbaïra llegó a Le Pech en la ambulancia que lo había transportado a la clínica para hacer un examen radiográfico, continuaba sin recobrar el conocimiento. El Conde de Miramont está a la cabecera de la cama, rígido. Posa en su mujer una mirada angustiada y dice:

-¡Auda, te lo pido! ¡Haz alguna cosa!

La mujer lanza al herido una mirada apagada, sacude la cabeza y murmura:

-Nada más puedo hacer por los Barbaïra... Les di todo, todo lo que tenía. Llama al médico.

Por primera vez, se llama a un médico. El tiempo pasa. Nada se mueve en el *chateau*. El joven Raymond y las pequeñas no están al corriente de lo que pasa y duermen. La luz de luna aplasta las viñas y les da un aspecto de surcos sin relieve. A lo lejos, en la carretera, pasan automóviles venidos de Carcasona. Uno de ellos se desvía, entra por el portón enrejado y sube por la alameda central.

El médico examina largamente al herido, a las radiografías y dice:

-No hay fractura de cráneo... apenas un fuerte conmoción cerebral. Lo que más me preocupa es la ataxia de los miembros inferiores. Pudiera darse el caso que vuestro hijo salga más o menos paralítico de la aventura.

Amiel despierta al nacer el día y pregunta porque lo dejan así a oscuras... Mira de nuevo, manifiesta apetito y toma un pequeño almuerzo. Enseguida intenta levantarse, no lo consigue, se apercibe del carácter trágico de su estado físico y rompe en lágrimas. Auda llora con él, cara con cara, y el conde de Miramont afirma con voz estrangulada:

-El médico dice que te pondrás bien... Unas sesiones de reeducación por semana. En menos de seis meses estarás andando normalmente.

Se calla y se eclipsa a través de los pasillos de un *chateau* ahora entregado al silencio.



Silencio. Veladas largas y tristes. Apartadas del conde de Miramont, las pequeñas leen en un rincón del salón alrededor de la madre. El pequeño Raymond junta las piezas de un *Mecano* con la energía habitual que le hace torcer o partir cualquier cosa se el montaje no le agrada. Echado en un lecho de reposo con las piernas extendidas, Amiel sueña. Después, se levanta penosamente y deja la sala con la ayuda de muletas. Auda sale también y deja el paso un beso helado en frente de su marido. Cada vez con más frecuencia se ausenta de Le Pech, de vez en cuando durante una semana entera. Si está presente, se retira a sus aposentos después de algunos minutos de lectura en el salón. Más tarde, entra en el parque un gran automóvil negro y silencioso con las luces apagadas y los convidados de la condesa llegan como ejemplo de discreción a su casa...

Cuando despierta a media noche, Roger Barbaira supone percibir cantos que franquean el obstáculo de las paredes con el espíritu sobrenatural que la superstición presta a las voces de los ángeles y la voz de Auda se mezcla a ellas a lo lejos. Con el tiempo, acabó por crear un dominio reservado y, por invisible que sea, la frontera que la rodea no es menos infranqueable. A pesar de las relaciones sexuales han disminuido hace mucho y cesado del todo tras la muerte de Guillaume, la sabe fiel según la carne, pero infiel según el espíritu.

No da a la situación una importancia exagerada. Aunque sufra con ella, nada puede hacer en contra. Auda cuida de los pequeños, especialmente de las hijas, que muchas veces lleva consigo a Toulouse, dirige las tareas domésticas sin descender nunca a los pormenores y obtiene celo y fidelidad en razón del carácter de sus órdenes que parecen bajar de las alturas donde reina Dios-Padre. Pero, de sus ojos, ya no irradia la luz de otrora, Barbaïra sólo ve en ellos la ceniza de las llamas muertas.

El conde de Miramont piensa con angustia que Auda está extinguiéndose, aunque, nunca la vio enferma. No se atreve a mandarla examinar por un médico o por un psiquiatra ni pide consejo al suegro, imposible de encontrar a pesar de las varias tentativas hechas. La condesa de Miramont parece vivir ya en el plano intemporal del fantasma encargado de la guardia del *chateau* en que ira a tornarse cuando el hombre que intenta restablecer su título y consolidar su dinastía desaparezca.



El verano comienza a dorar las viñas. Las cigarras vuelven a rajar el silencio con la precisión desgarradora de la sierra que se hunde en la madera. La tierra sopla hálitos calientes y las depresiones ofrecen al sol un rostro de arcilla agrietada. La nueva vendimia entrará en breve en las bodegas ahora vacías, desbloqueadas por el poder tras la manifestación de Carcasona.

Amiel anda cada vez mejor, como el médico había dicho, y su restablecimiento completo parece ahora posible. Sin embargo, a pesar de menos pesada, la atmósfera de las veladas mantiene un carácter casi intemporal.

Una tarde, cuando se encuentran solos en el salón, Auda levantan los ojos del libro y pregunta a Roger Barbaïra:

-¿Te acuerdas, Roger, de aquella pieza teatral que íbamos a representar antes de la guerra?

El conde de Miramont tiene un sobresalto como alertado por un peligro de naturaleza indefinible, se fija en los ojos de su mujer y responde:

-¡Naturalmente que sí!

-¿Que habrá sido de aquella horrible *mère aubergiste* que pasaba el tiempo cortando lagartijas?

-¡Nunca más oí hablar de ella!

-¡Yo tampoco, lo que es bastante curioso, porque hay un lazo invisible entre esa mujer y yo!

-¿Un lazo?, murmura el conde con la mayor perplejidad... ¡La condesa de Miramont puede pensar lo que quiera en el plano de la religión, pero no tiene derecho de mantener relaciones vergonzosas!

Auda esboza una sonrisa.

-¡No entendiste! Las relaciones de que hablo son puramente subjetivas. Tal como tu, no volví a ver a esa mujer...

Agradablemente sorprendido por el tono familiar que la conversación va tomando, en quiebra con las breves conversaciones habituales, Barbaïra piensa: ¿qué pasa? ¿Mi Auda vuelve a poner los pies en tierra?

-Hablé de esa mujer, continuó ella, porque desempeñaba el papel de Brunissende de Montaure y yo el de la hija Jordane... ¿Te acuerdas?

-Los ensayos me marcaron tanto que soy capaz de recitar toda la pieza de memoria... ¡Si, si!... El choque entre Pons de Montaure, el señor occitano, y su mujer Brunissende, la Cátara... ¡Mira, si no me acuerdo! Pons de Montaure entraba en escena y decía: ¿Me mandaste llamar, señora?

Auda Isarn hace una señal de asentimiento con la cabeza.

-Y Brunissende responde: ¡Por mi alma, quería ahorraros la crueldad de esta conversación, pero no hay tiempo, caballero! ¡Cantasteis demás las gracias de la primavera y las blandicias del amor para que yo consiga mostraros el mundo tal como lo veo!

-¿El mundo? ¿Será que viéndolo a través de vuestros queridos ojos dejaría de parecerme amable y bello?

-¡Mi pobre caballero, habláis el lenguaje de Satanás puesto en boca de los hombres para ayudaros a engañaros a vosotros mismos!

-Brunissende, entendiste mal los discursos de los Perfectos. No pueden haberos impelido a atormentar a un hombre que

nunca deseó el mal y que gusta ver a las personas reír a su alrededor. ¿Olvidasteis lo que quiere decir padre, madre e hijos?

-¡Mentiras! Ya no sois nada para mi y los hijos son mi remordimiento.

-¿Es entonces Satanás quién me da este sufrimiento o esos hombres en nombre de quién habláis y que considero tan puros?

-¡Sufrís porque ignoráis!

-Lo que se, lo que veo, lo que siento, es que os amo, Brunissende. Será posible que habiendo rimado tantas canciones para vos, hayáis pensado que no eran sinceras? Brunissende, os suplico, mirad bien en el fondo de vuestro corazón y, si soy un poco querido para vos, si por alguna fibra del recuerdo, de la compasión, de la amistad, os sentís aún ligada a mi, juradme que no me arrancareis!

-¡Después de mirar en el fondo del corazón, juro que no hay absolutamente nada que me prenda a la tierra!



Se callan. Los perfumes de la noche entran de pleno a través de la ventana del salón. En algún lugar, un autillo pía. Los automóviles que pasan cada cierto tiempo anuncian a lo lejos su roncar, lo hacen crepitar en el exterior del parque, después lo extinguen progresivamente y lo arrastran no se sabe donde. Una puerta bate. La vieja sirvienta llega de la quinta, a pie, y el foco de luz móvil de la linterna eléctrica de la que se socorre se pasea en la bóveda de plátanos. Auda dice lentamente:

-Mi vida era tan completa, que tenía que representar al mismo tiempo los papeles de Brunissende y de Jordane. Pero no importa porque, a pesar de todo, las cosas se suceden como Dios quiere...

Roger Barbaïra irgue las cejas y muestra sorpresa.

-¡No entiendo!, dice inquieto.

Auda se levanta, se sienta a su lado en el canapé y le coge la mano. El contacto despierta antiguos calores que duermen en él.

-¡Auda!... murmura con voz estrangulada... ¡Auda! ¿Qué pasa?

-Nada de especial, mi pobre Roger. Lo que tenga que pasar, pasará. Salgo la próxima semana.

Barbaïra la mira con atención al mismo tiempo que recula un poco manteniendo sin embargo la mano de ella en la suya.

-¿Sales? Bien... ¡no es la primera vez!

El silencio yergue entre ellos una pared infranqueable. Momentos después, Auda continua con voz fatigada...

-Si, Roger, pero de esta vez no vuelvo. ¡Perdóname, sufrí demasiado!

Roger Barbaïra se queda estático, los ojos dilatados de espanto y la garganta seca. Sabe perfectamente que no vale la pena cuestionar esa decisión de la mujer, cuyo carácter conoce bien.

-¿Para donde vas?, pregunta con voz cansada.

Para una casa de retiro que tenemos cerca de Bérghamo, en Italia.

-¡Retiro!... ¡Pero aún no tienes cincuenta años!

Auda sonríe con melancolía.

-Mi pobre Roger, ya soy una mujer vieja. Tengo poco tiempo para ponerme en regla con Dios.

-Comprendo... murmuró Barbaïra bajando la cabeza... comprendo.

Auda le acaricia la mano con extrema dulzura.

-Roger, te amé con todas mis fuerzas y continuo amándote de alguna manera. Por ti, desafié la voluntad de los que querían ponerme entre los elegidos y di un disgusto a mi padre que me esperaba entre los Perfectos. Acepté casarme contigo y darte cinco hijos. ¡Estoy en regla con la vida como tu mismo la concebiste, pero me siento culpable ante aquel que ve todo e que me va a juzgar! ¡Tengo que redimirme y salvar los hijos que todavía pueden ser salvados!

Barbaïra saltó en la silla y soltó la mano que intentaba agarrarse a la suya en un impulso de ternura desesperada.

-Exactamente, dice con lentitud, ¿qué casa de retiro es esa de que hablas?

Auda sonríe.

-Digamos, Roger, que la conoces hace más de treinta años... ¿Te acuerdas de aquel convento de mujeres oficialmente

católicas de día y cátaras de noche donde Brunissende de Montaure se retiró?... Queda cerca de Bérghamo. Será oficialmente consagrado a la verdadera fe cuando la Iglesia católica, hundida en la materia, se pierda totalmente, ¡o sea, en breve!... Nuestra religión resucitará como Occitania ha de renacer gracias a hombres como tu y tus hijos. Hace mucho tiempo que no pertenecemos uno al otro, Roger, y las vacaciones que nos concedemos a nosotros mismos, tal vez con demasiada indulgencia, acabarán hoy. Es todo.

Aplastado por la decisión de la mujer, Barbaïra busca palabras con que poder responderle y no las encuentra. Siente el corazón preso en un bloque de hielo y su pensamiento vaga a través de los espacios en que la muerte pesa. Toda la vida se retira de la noche. La luna se tumba, las viñas se ahogan en las tinieblas, las aves enmudecen, las flores niegan al mundo sus perfumes. Y quien sabe, tal vez la vieja criada, tocada de embolia, yaciendo en las hierbas del camino de la quinta...

De repente, encuentra las palabras necesarias para gritar su inquietud:

-¿Y las niñas?, grita.

-Yolande y Géralda van conmigo, naturalmente. Me pertenecen y consienten en eso, una vez que comencé hace mucho tiempo a prepararlas según el Espíritu. Te dejo a los muchachos. Tenemos misiones diferentes...

Roger Barbaïra iba a protestar, pero percibió que nada podía oponer a la lógica y al rigor de la elección. Al hablar de misiones diferentes, al recordar que ya no pertenecen uno al otro, barre todos los compromisos. Pensó en lo que podría decirle, pero sólo se le ocurrió lo más lamentablemente banal:

-¿Escribes?, preguntó en tono solícito y angustiado.

-¡Claro que sí! Veamos... ¡Nos separamos en el plano material por fines que nos sobrepasan, pero estamos juntos en espíritu, como siempre, hasta la muerte! Ya no eres mi marido, pero continuas siendo mi caballero.

Le dio un beso leve en la frente y se retiró. Barbaïra se quedó solo, afligido de tristeza. Al cabo de cierto tiempo, sólo sentía dentro de sí el orgullo del macho herido. Se levantó, cerró las ventanas, apagó las luces e entró en el pasillo... Recordaba

aquella noche triunfante en su tienda de réprobo montada veinte años antes en medio de los bojs del *pog* de Montsegur y pensaba: ¡jamás conquistarás totalmente una mujer si dejas a los padres hablarla del buen dios bajo cualquier forma!

Salió del *chateau*, entró en el garaje que hacía poco cobijaba la *BMW* de Guillaume. La vieja *Norton* del tiempo de los albergues, siempre en estado de marcha, lo esperaba. Se lanzó en la noche. Intentó reencontrar su estilo de inclinarse en el límite de la adherencia, como antes, pero, al escapar por poco de un vuelo mortal, cortó el gas y percibió que ahora tenía miedo de llevar a cabos actos gratuitos como otrora.

Después de regresar a Le Pech a marcha normal, se sentía avergonzado consigo mismo y pensaba que si Auda entreveía algún otro futuro abierto ante ella, él ya había tenido su tiempo.



Como estaba previsto Auda Isarn dejó Le Pech una semana después. Contempló el gran *Mercedes* que Barbaïra acababa de ofrecerle y dijo:

-¡Lo vendo después de llegar a Bérghamo!

-¿El dinero es para tus pobres, no?

-No, voy a quemar esos fajos de notas impuras. Cuanto menos dinero tuvieren los hombres, más deprisa pedirían el Consolamentum.

El crepúsculo tejía alrededor de los árboles una túnica de seda azul. Infatigables, las cigarras roían el silencio ávido de espacio, obligado a esperar el plazo fijo de la noche para imponerse. La ofensiva de perfumes se agotaba en oleadas sucesivas. Roger Barbaïra estaba con los hijos junto al coche, rígido, con la mirada fija en el portón del dominio abierto al fondo de la arboleda, vestido con un traje de cuero negro, pantalones de montar y botas negras, la pequeña insignia de la cruz de hierro de primera clase en el ojal. Amiel lloraba apoyado en el bastón que ahora sustituía a las muletas. Habitado a ver a la madre partir y regresar a pesar del parloteo de las hermanas, el joven Raymond no entendía la razón de las lágrimas del hermano. Observaba por el rabillo del ojo el comportamiento de

la familia y se preguntaba si debía llorar como Amiel o reír como Géralda.

-¿Trajiste los equipajes abajo?, preguntó el conde de Miramont.

-No llevamos equipaje.

En efecto, el porta-maletas del *Mercedes* estaba completamente vacío. Barbaïra vio apenas tres pequeñas bolsas de viaje posadas en el asiento trasero y, en la parte latera trasera, un vestido largo de lana negra de los Pirineos que recordaba al de los Perfectos del tiempo de la Cruzada. Aconsejó con voz estrangulada:

-No acabes con el coche antes de venderlo.

Auda levantó los hombros.

-No te preocupes. Ahora ya no tengo prisa, iré despacio.

El tono de la voz lo sobresaltó. Estudio más atentamente el rostro de la mujer. El tono de la voz y los trazos del rostro hacían parte de dos armonías complementarias que reflejaban una felicidad tranquila y pura. En su mirada un poca velada se habían extinguido del todo las llamas de las antiguas inquietudes. Por alguna gracia nueva, los gestos de Auda Isarn parecían traducir en estado de imponderabilidad y el crepúsculo daba cada vez más a su cuerpo una irrealidad desconcertante.

Al verificarlo, el desanimo de Roger Barbaïra se calmó. Pensó: finalmente, mi Auda encontró la felicidad. ¡Tanto mejor para ella! Y le preguntó:

-¿Por qué vas de noche? Es peligroso.

Hizo un gesto de enojo, consideró que el paisaje todavía era visible alrededor que la noche iba a privar también de pasado y respondió:

-Tengo necesidad de la noche. No voy, desaparezco.

Después de abrazarse fríamente el padre, Yolande y Géralde se agitaban en el asiento trasero. Él devolvió los besos, pero sin convicción. Las hijas no le interesaban y ocupaban poco espacio en su vida. Una voluntad enorme de llorar le estrangulaba la garganta y le picaba los ojos. Se contuvo. No quería mostrar lágrimas delante de los hijos. Auda continuaba inmóvil, apoyada en la puerta entreabierta, como inclinada sobre la réplica que acababa de hacer e intentando completarla a fin de volverla

perfectamente inteligible al camarada, esposo y, ahora, viejo amigo...

-Como dijo el Eterno, murmuró, saldrás como un emigrante con tu equipaje para ellos ver que son una casa rebelde...

Le abrazó la cabeza sin tocar el resto del cuerpo y se sentó al volante. Barbaïra distinguía ahora con más nitidez sus trazos arrancados a la sombra difusa por las luces del salpicadero y no encontró un término de comparación para definir la naturaleza de la felicidad que le surgía en el rostro. Auda inclinó la cabeza sobre el cristal medio bajado y dijo aún:

-Roger, espero por ti el tiempo que fuera preciso...

El automóvil comenzó a rodar lentamente. Las luces rojas de los pilotos sustituyeron de repente la luz de los focos. Roger Barbaïra esbozó un gesto con los brazos, intentó retener con las manos cualquier cosa que le huía como agua entre los dedos y jadeó en el tono del animal privado bruscamente de la hembra...

-¡Auda!...

Pero Auda ya no podía oír. El vehículo se deslizó lentamente bajo la bóveda de plátanos. El conde de Miramont lloraba ahora, pero en silencio, porque, si es cierto que Amiel y Raymond no podían ver las lágrimas, los sollozos lo habían traído... Nublaban la playa de luz que dibujaba la fuga del *Mercedes*. Las luces rojas centellaban en una fosforescencia de estrellas en breve engullida por la noche de verano y todo comenzó a girar a su alrededor.



El verano muere. Los euforbios visten las colinas de rojo. La viña espera a los hombres que van a coger los racimos de uvas. Los castaños dejan caer en los caminos una miriada de piezas de oro. André Castéra y los primeros comandos del ejército de vinicultores se preparan para el 29 de Noviembre cortar la circulación de los trenes franceses en la línea Burdeos-Niza. Parte de las promesas hechas por el gobierno no fueron cumplidas. ¡El Midi quiere!... ¡El Midi tendrá!...

Amiel Barbaïra acaba de pagar la última prestación de su primera victoria en los amotinamientos de Carcasona. Ya anda normalmente pero, como está todavía muy débil para acompañar al padre en las grandes caminatas de domingo, cede su lugar al joven Raymond, ahora con once años, que se muestra un caminante infatigable y audaz escalador.

-¡Mañana subimos a Montsegur!, anuncia el conde de Miramont.

Raymond no conoce Montsegur. Entran en el *Triumph* que ya por entonces había sido equipado con un motor nuevo y comienzan a rodar...

-Antiguamente, había allí un albergue de juventud... Los alemanes lo quemaron. El bosque avanzó. Ni siquiera se ven las ruinas...

-Aquí, es Lavelanet. Mi camarada Reboul hizo aquí su aprendizaje de patrón y es hoy un gran industrial...

-¿Puedes ver allí arriba? Es la gruta de La Frau... El *maquis* la utilizó durante la guerra...

Y después:

-¡Mira, pequeñote... Montsegur!

En el movimiento ascendente un tanto teatral correspondiente a la progresión del vehículo que lo anima, el *pog* gana altitud tras el desfiladero de Seguelà y sube escaleras invisibles del levante suspendidas del cielo. La fortaleza reposa en la cumbre como una corona de ceniza. El bosque de bojs gigantes y hayas despliega en sus pendientes un manto verde, casi negro, bordado con siglas doradas. Mucho más arriba, en el cielo, el castillo de Raymond de Péreilhe, todo de piedra pálida en el fondo de un azul estañado por la luz fina del otoño, gana un carácter impresionante de irrealidad.

El joven Barbaïra contempla el *pog* con ojos críticos y dice:

-Parece un peñasco grande. ¡Puylaurens es mejor!

El conde de Miramont para el coche en el desfiladero de Seguelà y el hijo pregunta:

-¿Papa, esos hombres crueles del norte que mataban criaturas en Béziers y arrojaban hombres buenos al fuego, el tesoro escondido, perdido y reencontrado por los hombres de negro de que hablabas cuando ibas a dormirme... es conversación creíble,

o no? Géralda me contó todo... Me dijo que era una pieza de teatro que ibas a representar allí en la cima, en las ruinas, que no llegaste a representar... Y que cuentas esa historia a toda la gente como si fuese verdadera.

Roger Barbaïra no respondió. El muchacho insiste con una nota de amargura en la voz:

-¿Es el tesoro del Graal, también era conversación creíble?

El conde de Miramont fuerza una sonrisa cansada y responde:

-Eres aún muy nuevo para comprender. Cuando tengas veinte años, dependerá solamente de tu voluntad que él exista o no.

De nuevo pone el coche en movimiento y murmura:

-A cada uno, su Graal...

Almuerzan en el restaurante Coste. Los Bouquet tienen siempre menús para los clientes que llegan. Aunque ya viejos, continúan manteniendo el estilo amable y familiar que tanto agrada al escritor Otto Rahn. Fiel, Barbaïra los visita siempre que pasa, pero no almuerza ni cena allí. Se habituó a bajar hasta el Coste, tal vez porque el pequeño empresario parece ligado más que nadie al destino de la vieja fortaleza. Sólo trabaja en el restaurante si la dirección de los Monumentos Históricos le deja tiempo libre. Poca cosa, como hacer salir el agua de la murallas, impedir que las vergas de las poternas cedan, velar por el buen estado de la escalera que da acceso a la parte oriental superior del recinto. Ayuda a los jóvenes espeleólogos de Ariège a limpiar las terrazas invadidas por los bojs en la vertiente norte del *pog*. También cree en el tesoro de Montsegur.

Barbaïra tiene por él la mayor estima y es un su casa que almuerza ahora con el hijo. En la lista hay algunos menús gastronómicos que no pide... Jamón serrano, platos típicos de la región. Los tres canes de los Pirineos, Jericó, Hermine y Laïka, animales enormes de pelo blanco, dan de vez en cuando una vuelta a las mesas. En toda Francia no hay más de doscientos ejemplares de esos canes. El conde de Miramont acaricia a Hermine y dice al hijo:

-Es una raza de señores y, por eso mismo, en vías de extinción. La sociedad francesa sólo gusta de los perros pequeños. ¡La democracia también fue hecha para los canes!

Raymond no lo oye, está inmerso en el libro de oro que la señora Coste guarda religiosamente de la abertura del hostel. Los turistas de todas las nacionalidades que suben al *pog* cada vez en mayor número, dejan allí los testimonios, en la mayor parte contestables, de su genio. El joven Raymond intenta descifrarlos con aplicación porque, aparte de la lengua d'Oc y del francés, sabe también un poco de alemán. El padre quiere que reine un día a su escala en la Europa de las pequeñas patrias liberadas y federadas y, por tanto, le da medios de cumplir esa ambición.

Barbaïra acaba de tomar el café en el momento en que Raymond se levanta para mostrarle el libro de oro...

-Papa, mira lo que estas personas escribieron...

Barbaïra se inclina un poco y lee:

"El 11 de Septiembre de 1964, varios descendientes de Eleazar de Grave, mártir de la Cruzada muerto en las prisiones de Carcasona, vinieron aquí a recogerse y depositar flores en el monumento a la memoria cá tara... Als Catars... Als Martyrs del pur Amor Crestian..."

Firmado: E. de Senneville-Grave, Frédéric de Grave <sup>1</sup>

Roger Barbaïra vuelve a levantar la cabeza y se queda silencioso.

Raymond insiste y apunta con el dedo otra inscripción.

-Mira, papa... Aquí... ¿Qué quiere decir la señora con esto?

Cécile de Senneville-Grave había escrito el 10 de Agosto de 1965:

"Nunca es demasiado tarde".

Roger Barbaïra, conde *Faydit* de Miramont, se prepara para cerrar el libro, titubea un segundo, se levanta y lo deja abierto encima de la mesa.

1968.

FIN

---

<sup>1</sup> Varias ramas de esa gran familia occitana viven actualmente en Paris.